

JUTBAS DE DAR AS SALÂM

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ



World Islamic Call Society

Jutbas de Dar As Salâm

Hashim Cabrera



© Edición en español: Junta Islámica, 2007
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
Y PUBLICACIONES ISLÁMICAS

Depósito Legal: NA-0735-2007
ISBN 978-84-932513-2-1

Medina Sabora
14720 Almodóvar del Río
(Córdoba)

Tlf.: 00-34- 957 634005

e-mail: correo@juntaislamica.org

Edición: Mansur A. Escudero
Maquetación e ilustración de cubierta: Hashim Cabrera

Impresión: Gráficas Lizarra



INDICE

- ♦ *Introducción* ♦ IX
- ÂDAM
- ♦ Jutba 1 ♦ 1
- ♦ Jutba 2 ♦ 12
- NUH
- ♦ Jutba 3 ♦ 23
- ♦ Jutba 4 ♦ 32
- ♦ Jutba 5 ♦ 43
- ♦ Jutba 6 ♦ 55
- ♦ Jutba 7 ♦ 67
- ♦ Jutba 8 ♦ 77

- ♦ Jutba 9 ♦ 88
- ♦ Jutba 10 ♦ 98
- ♦ Jutba 11 ♦ 108

MUSA

- ♦ Jutba 12 ♦ 117
- ♦ Jutba 13 ♦ 125
- ♦ Jutba 14 ♦ 135
- ♦ Jutba 15 ♦ 146
- ♦ Jutba 16 ♦ 157
- ♦ Jutba 17 ♦ 168
- ♦ Jutba 18 ♦ 181
- ♦ Jutba 19 ♦ 193

DAUD Y SULEIMĀN

- ♦ Jutba 20 ♦ 211
- ♦ Jutba 21 ♦ 222
- ♦ Jutba 22 ♦ 233
- ♦ Jutba 23 ♦ 245
- ♦ Jutba 24 ♦ 258

ISA

- ♦ Jutba 25 ♦ 273
- ♦ Jutba 26 ♦ 284
- ♦ Jutba 27 ♦ 297

MUHĀMMAD

- ♦ Jutba 28 ♦ 307
- ♦ Jutba 29 ♦ 317
- ♦ Jutba 30 ♦ 327
- ♦ Jutba 31 ♦ 337
- ♦ Jutba 32 ♦ 347

MAQĀMĀT

- ♦ Jutba 33 ♦ 357
- ♦ Jutba 34 ♦ 370
- ♦ Jutba 35 ♦ 379
- ♦ Jutba 36 ♦ 388
- ♦ Jutba 37 ♦ 397
- ♦ Jutba 38 ♦ 408
- ♦ Jutba 39 ♦ 417

- ♦ Jutba 40 ♦ 425
 - ♦ Jutba 41 ♦ 433
 - ♦ Jutba 42 ♦ 446
 - ♦ Jutba 43 ♦ 453
 - ♦ Jutba 44 ♦ 460
 - ♦ Jutba 45 ♦ 470
 - ♦ Jutba 46 ♦ 477
- RAMADĀN
- ♦ Jutba 47 ♦ 487
 - ♦ Jutba 48 ♦ 497
 - ♦ Jutba 49 ♦ 508
 - ♦ Jutba 50 ♦ 517
- ♦ *Bibliografía* ♦ 526

A Laila y a mis hijos: Zahrà, Abdelmu'min, Bashira, Mariam, Saida e Isma'il, quienes comparten conmigo, día a día, las vivencias que he tratado de describir en estos jutbas.

INTRODUCCIÓN

HACE UNOS CUANTOS años, en las postimerías del pasado siglo, mis hermanos y hermanas musulmanes me pidieron que dirigiese la oración de los viernes en la mezquita de *Dar As Salâm*. En un primer momento me resistí a ello, consciente de mis escasos conocimientos de la lengua árabe, de las fuentes tradicionales del *islâm* y de mi condición de '*musulmán nuevo*'. Más tarde comprendí que, aún con todas estas limitaciones, esa podía ser la mejor excusa para acercarme un poco más al Corán y a los fundamentos del *din* del *islâm*, de la forma islámica de vivir, para profundizar en la vía del sometimiento a la Realidad.

Finalmente acepté la propuesta al mismo tiempo que llegaban a mis manos los textos de los místicos orientales o *ishrâqîyûn*. Su hermenéutica coránica y sus plásticas sugerencias me ofrecieron un marco de comprensión que

me iba a facilitar la tarea, pues resultaba muy sencillo y cercano a la vez. Tal vez —sólo Allâh puede saberlo— porque ellos guardaron e hicieron fructificar muchos de los tesoros espirituales que nuestros antepasados andaluces llevaron a Oriente tras la caída del Califato de Córdoba. Resultó un tanto fácil, quizás, porque estos pensadores y místicos orientales dieron continuidad a un pensamiento y a una visión que un día fueron parte de nuestra manera de vivir, y que hoy constituyen un sustrato importante de nuestra memoria y de nuestra identidad cultural como musulmanes andaluces.

Estos escritos me proporcionaron un precioso hilo conductor para abordar la Revelación de una manera profunda y significativa, siguiendo la *silsila*, la genealogía de los mensajeros divinos, no sólo en el itinerario horizontal de la historia, sino en el ámbito de la experiencia interior, espiritual, en el devenir de mi propia vida.

Mis hermanos y hermanas me alentaron en esta tarea valorando mi esfuerzo, y así, de *jutba* en *jutba*, y en medio de sugerentes diálogos, me fui dando cuenta de que estaba siendo agraciado con el regalo incomparable del *islám*, surgiendo en mi conciencia al zambullirme en los suras coránicos y en los dichos del profeta, al asumir de esta manera un compromiso real con la palabra revelada.

Abdennur Prado, Abdelmu'min Aya y Mehdi Flores me hicieron interesantes y profundas sugerencias, a lo largo de esta búsqueda de sentido. Me ayudaron a leer a Henry Corbin y a comprender un poco mejor el significado de las expresiones que son propias del *'irfân* y del sufismo. Yo he

sido el principal beneficiario de estas incursiones en el mundo del pensamiento y de la imaginación creadora, activados por la Revelación. Doy gracias a Allâh por ello y a Él Le pido comprensión y perdón por todos los errores y faltas que han jalónado esta experiencia irrepetible.

Me siento agradecido a Allâh, también, por Su cuidado, por haberme hecho leer y conocer, en esta tesitura, los textos de estos gnósticos orientales: de Sohravardî, Naim Razi, Semnânî, Naim Kobra y Karim Jan Kermâni, entre otros. A través de ellos y con Su ayuda he podido ir comprendiendo gradualmente que, en diferentes contextos socioculturales y sirviéndose de lenguajes diversos, han existido seres humanos capaces de percibir las energías sutiles, de tener una vivencia de lo Real y del mundo dinámica y vibrante, una experiencia viva de la Revelación.

Estos autores frecuentaron con asiduidad la estación o *maqâm* que se halla “*en la confluencia de los dos mares*”, el ámbito donde brotan, al mismo tiempo, la percepción y su significado, el lugar donde la conciencia se abre a ese Corán cósmico que, tal vez por esa y otras razones, se halla en una tabla bien guardada. En el lugar donde la creación se torna elocuente, en el mundo intermedio del *mizal*, en el mundo del alma.

El marco interpretativo de esta escuela, su concepción del mundo y su experiencia de la Realidad no están configurados por la estructura paradigmática lineal, lógica, mecanicista y geométrica del averroísmo, tan cercano a la tradición filosófica occidental, sino que se sirven de una red o andamiaje más abierto y flexible, en gran medida aviceniano, pleno de

inseguridades y de vacíos, de centros emergentes, un ámbito epistemológico capaz de la mayor compasión y empatía, de la más amplia apertura o ensanchamiento de la conciencia, sin menoscabo de la coherencia y la racionalidad.

El pensamiento de los *ishrâqîyûn* considera el mundo del alma como un espacio vinculante e intermedio donde es posible encontrar y experimentar la sinergia de los mundos que constituyen el devenir humano, su sentido más unitivo y revelador: el mundo de las ideas y conceptos y el mundo de la percepción sensorial. El alma como lugar, “en la confluencia de los dos mares”, donde se nos revelan precisamente las correspondencias y analogías entre esos ámbitos que nos parecen inconexos, en el mundo angélico, en el *malakût*.

Sohravardî, denominado *sheij al Ishrâq*, Maestro del Amanecer de las Luces, mediante su Metafísica de la Luz se adentró, en la Persia del siglo XII, en el terreno de la fisiología luminosa. Su cosmovisión se cimenta en la angelología irania, en la metafísica de Ibn Sina —Avicena— en la gnosis chiita y en el sufismo, los cuales, a diferencia de lo que ocurre en el sistema de Ibn Rusd —Averroes— no descartan el mundo intermedio o imaginal —‘alam al mizal— el mundo de los ángeles-alma, el *malakût*, sino que éste es considerado como un eslabón unitivo imprescindible para toda experiencia de conocimiento holístico y trascendental, para cualquier adquisición profunda y diversa de significación.

Semnânî, en el siglo XIV, prosigue la andadura del *sheij al Ishrâq* y va más allá. Su hilo conductor es el *ta'awil al*

Qur'ān, la hermenéutica coránica, una reconducción del texto revelado y fijado, de la letra hacia sus sentidos. O como bien lo describe Henry Corbin, “*la estructura de los siete sentidos esotéricos del Corán es homologada a la estructura de una antropología o una fisiología mística articulada en siete órganos o centros sutiles (latifa), cada uno de los cuales está tipificado respectivamente por uno de los siete grandes profetas.*”

De *latifa* en *latifa*, de estación en estación, el ser humano va conociendo y experimentando las diferentes etapas del despertar. Cada estación espiritual o *maqām* está teñida de un color específico, que es su cualidad esencial, su perfume, lo que permite al buscador hallar la referencia energética, significativa, más que material y literal, de su situación en el mundo, encontrar vínculos y correspondencias, adquirir sentido y significación. Esta interiorización es, al mismo tiempo, una experiencia de esas mismas estaciones o *māqāmat*, las cuales nos señalan la dirección, el sentido y el grado de nuestro peregrinar hacia lo Real.

Con la ayuda de Allāh y animado con estas referencias tradicionales fui redactando y pronunciando esta serie de *jutbas*, a partir de las menciones que hace el Corán de los diferentes mensajeros de la Revelación y de las distintas etapas de su desenvolvimiento gradual. Teniendo en cuenta las opiniones y conclusiones de estos maestros orientales y extrayendo y deduciendo otros contenidos del propio acontecer personal y del devenir de nuestra pequeña comunidad y de la *ummah*, se fueron enhebrando estos pensamientos y reflexiones a lo largo de varios años.

Sorprendentemente, aún siendo signos genéricos, los *âyat* del Corán nos conducen a nuestra realidad cotidiana, a los hechos concretos que enhebran nuestras vidas. Por esta razón estos *jutbas* no son un compendio académico y ordenado de los principios islámicos, sino más bien una inmersión en las fuentes del *islâm*, en el Corán y en la *sunnah*, con el salvavidas que procuran la buena compañía, la reflexión y la consulta mutua. Todas ellas, y algunas otras más, fueron pronunciadas en la humilde mezquita de *Dar As Salâm*, en Almodóvar del Río, bello pueblo cordobés donde tiene su sede central la comunidad musulmana Junta Islámica.

El lenguaje de estos sermones, por tanto, es el propio de las alocuciones y los discursos elaborados para ser leídos o recitados en un entorno cercano y familiar, en el ámbito de una comunidad elemental que está descubriendo el *islâm*. Integran una serie de textos sobre las estaciones espirituales —*mâqâmat*— de los mensajeros divinos, la paz sea con ellos, siguiendo el itinerario coránico de los *ishrâqiyûn*, y teniendo presente aquella reflexión de Semnânî que dice:

"Cada vez que en Libro oyas las palabras dirigidas a Âdam, escúchalas a través del órgano de tu cuerpo sutil. Medita en aquello que simboliza. (...) Sólo entonces te será posible aplicarte a ti mismo la enseñanza de la Recitación y cogerla como una rama cargada de flores que acaban de abrirse."

Y así para cada uno de los siete mensajeros que aparecen en el Libro Revelado. Las *mâqâmat* se articulan mediante reflexiones sobre algunos aspectos de la adoración —*'ibâda*— y de los fundamentos espirituales del *islâm*. El

número de *jutbas*, cincuenta, permite que puedan usarse como referencia para estructurar los contenidos de los sermones durante un ciclo completo de, aproximadamente, un año de duración en cualquiera de los calendarios al uso.

Gracias a Allâh, que nos ofrece Sus signos y así llena de sentido nuestra existencia, que es, en realidad, la Suya.

Al hamdulillâh. Gracias a Allâh, Quien nos ayuda a recorrer y a reconocer, por medio de la Revelación, las estaciones espirituales, las *mâqâmat* de Sus profetas y mensajeros, la paz sea con todos ellos, no tanto como personajes de una historia lineal sino como expresiones de nuestra realización humana integral, indiferentes al tiempo y al lugar, como un patrimonio vital y espiritual que nos regala a todos los seres humanos.

Así, no hacemos más que cumplir el decreto de nuestro sometimiento, de nuestro *islâm*, expresar nuestra adoración, vivir como testigos y actores en un tiempo que se nos sugiere y desaparece constantemente, donde ya no hay yo ni tú ni nosotros que establezcan diferencias. Pero ¿Qué nos ocurre en las cercanías de ese vacío creador? ¿Qué conciencia es la que permanece? Las *mâqâmat* son las estaciones del peregrino que va marchando, paso a paso, hacia la tierra de la Realidad.

La aproximación a las *mâqâmat* de los mensajeros nos ayuda, sobre todo, a saborear los estados de la servidumbre, de la precariedad, y a experimentar, en la medida de nuestra capacidad, las estaciones espirituales que implican. Estos estados van apareciendo poco a poco, arraigándose en nuestro interior en el transcurso de un arduo,

pero no los vivimos como una consecuencia de este esfuerzo, sino como regalo del Más Misericordioso.

El sentido de nuestro viaje es acercarnos a Allâh, vivir más cerca de la Realidad Única, más conscientes y despegados. Podemos decir que los logros están en el camino, en la propia vía. En un mundo siempre cambiante y diverso, perseverar en una vía es un logro, esperar es un logro, confiar es un logro, agradecer es un logro.

El proceso que experimenta el peregrino espiritual es un desvelamiento. En un primer momento desciende al pozo de la tiniebla interior y allí se da cuenta de que vive entre las sombras, que el mundo es sólo huella, eco o señal de una realidad luminosa que así, desde esa ausencia o invisibilidad, se lo sugiere. La meditación le lleva a abolir cualquier asociación establecida previamente. La práctica continua de la oración y del Recuerdo le acercan a lo Real. Tras este proceso de interiorización regresa al mundo sensible con una conciencia desfragmentada, con una visión liberada de las apariencias que se adhieren por el uso y por la cultura.

Quiero, finalmente, expresar mi agradecimiento a todos mis hermanos y hermanas de la mezquita de *Dar As Salâm*, por la confianza y cariño que me han mostrado y por haberme facilitado, a través de fructíferas conversaciones y encuentros, la posibilidad de conocer y vivir el *islâm* en el día a día de mi experiencia cotidiana.

Hashim Cabrera, Enero de 2007

ADÂM

Jutba 1

LOS SERES HUMANOS somos criaturas muy diferentes del resto de los animales, de las plantas y de todos los seres creados. Allâh nos ha diferenciado y distinguido con una naturaleza verdaderamente compleja, con una existencia que se mueve entre el olvido y el recuerdo de la Realidad, entre la inconsciencia y la conciencia, atravesando un sinfín de sentimientos y estados.

No nos resulta fácil comprendernos a nosotros mismos porque nuestra naturaleza, creada en el *tauhid* de la Presencia Divina, vive escindida en nuestro pensamiento, en nuestra atención y en nuestra memoria. Allâh crea los mundos porque Él es la conciencia que los soporta. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, es el creador de todo, el Único Señor, Quien conoce nuestra naturaleza, nuestra condición e intención más profundas. En el Corán Allâh nos dice:

“¿Como podéis rechazar a Allâh si estábais muertos y os dio vida, luego os hará morir y de nuevo os volverá a la vida y a Él seréis devueltos? Es Él quien ha creado para vosotros todo cuanto hay en la tierra, y volviéndose hacia el cielo lo conformó en siete cielos; y sólo Él tiene pleno conocimiento de todo.”

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, AYAT 28, 29)

No podemos recordar nuestra creación sin recordar a nuestro creador, y por eso Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos propone Su Recuerdo. No éramos nada y Allâh nos hizo ser, nacer a la existencia en este mundo, y nos hará morir al mundo, a sus manifestaciones, y resucitar a la Realidad. Así nos lo asegura. Pero no acabamos de conocer nuestra naturaleza, de someternos completamente a lo Real.

Nuestra conciencia se distrae, petrificándose, nuestra vida se nos muere sin que podamos hacer nada para evitar la desaparición. Allâh nos da la vida, la muerte y la resurrección para que comprendamos Su creación y seamos conscientes de que Él es Único y Poderoso.

El recuerdo de nuestra creación está en algún remoto rincón de nuestra interioridad. Nos olvidamos de nuestra propia nada y creemos existir por nosotros mismos. Estamos vivos, somos unas criaturas distinguidas y extrañadas, pero nos olvidamos de nuestra condición. Vivimos como si no fuésemos a morir nunca, como si fuésemos inmortales. Y a pesar de lo absurdo de esta creencia, constantemente desmentida por la muerte de todo lo que palpita a nuestro

alrededor, nos obstatamos en vivir en este mundo con una extraña vocación de inmortalidad, de permanencia, tratando de conquistar identidad, de acumular objetos y poder, cuando en realidad Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, ha creado todo cuanto podemos ver e imaginar sólo para nosotros, para que podamos disfrutar de la existencia conociéndoLe.

"Y he ahí que tu Sustentador dijo a los ángeles: 'Voy a poner en la tierra a alguien que ha de heredarla.' Dijeron: '¿Vas a poner en ella a alguien que extenderá la corrupción en ella y la corromperá, mientras que nosotros proclamamos Tu gloria infinita, Te alabamos y santificamos Tu nombre?' Allâh respondió: 'Ciertamente, Yo sé lo que vosotros no sabéis."

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, ÂYA 30)

Los ángeles fueron creados antes que nosotros. Ellos son los portadores de las órdenes de Allâh, los mensajeros de Su creación. Su naturaleza es luminosa y anterior a la separación del cielo y de la tierra, de la tierra y el agua. Y a esas primeras criaturas se dirige Allâh para anunciarles la creación de otra criatura cuyo decreto es ser *jalifa al ard*, regente de la tierra, *tayali* o manifestación teofánica del Creador en Su Creación, espejo distinguido.

Los ángeles no conocen la separación sino el *tauhid*, la presencia de lo Único en lo Único Real. Por eso mismo, el anuncio de un jalifa hecho de arcilla les hace plantear la comparación. La creación del ser humano les commueve. Allâh responde a la cuestión suscitada por los ángeles,

confirmándoles la naturaleza absoluta y exclusiva de Su *Haqîqa*, de Su sabiduría. En otro pasaje del Corán leemos:

"Y, ciertamente, hemos creado al hombre de arcilla sonora, de cieno oscuro transmutado, mientras que a los seres invisibles los habíamos creado, mucho antes de eso, del fuego de los vientos abrasadores."

(SURA 15. AL HICHR, ÂYAT 26-27)

La arcilla es un conglomerado de diversas sustancias que existen en la tierra. Nuestros cuerpos están hechos de un cieno oscuro, de la mezcla de sustancias orgánicas e inorgánicas en un medio húmedo y acuoso. De esa pasta primigenia y caótica, de ese fango oscuro, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, sedimenta una arcilla, le va dando forma y la va cociendo hasta que produce una articulación, un chasquido, la vibración o el eco de un nombre.

Nuestro molde es una recopilación de todos los elementos que componen los universos. Un ser creado sólo de fuego o sólo de agua no podría contener ni reflejar la diversidad de lo creado. Por eso, el molde del jalifa ha sido hecho de un fango que contiene todos esos elementos constituyentes de los mundos creados por Allâh y ha pasado por todos los estados de la materia. En la creación del *jalifa al ard* está implícita la capacidad de reconocer la diversidad y la vastedad de la Creación:

"Y enseñó a Âdam los nombres de todas las cosas; luego se las mostró a los ángeles y les dijo: 'Decidme los nom-

bres de estas cosas, si es verdad lo que decís.' Dijeron: 'Gloria a Ti! No tenemos más conocimiento que el que Tú nos has impartido. Ciertamente, sólo Tú eres omnisciente, sabio.'

Dijo: '¡Oh Ádam: Infórmales de los nombres de estas cosas.' Y cuando Ádam les hubo informado de sus nombres, Allâh dijo: '¿No os dije: 'Ciertamente, sólo Yo conozco la realidad oculta de los cielos y de la tierra, y conozco todo lo que ponéis de manifiesto y todo lo que ocultáis?' Y cuando dijimos a los ángeles: '¡Postraos ante Ádam!', se postraron todos, excepto Iblis, que se negó y se mostró arrogante: y así se convirtió en uno de los que niegan la verdad.'

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, AYAT 31-34)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos revela así la naturaleza de nuestro primer *maqâm*, de la primera estación del ser humano, el molde del *jalifa al ard*. Ádam, la paz sea con él, es tanto el primer individuo como toda la humanidad, porque está en el *maqâm* primordial, en la raíz de la génesis humana. Ádam es nuestra naturaleza mestiza, compuesta, hecha de materiales y capacidades diversas, y también nuestra condición abarcante y abierta, capaz de conocer los nombres de las cosas, de reflejar el mundo.

Somos las únicas criaturas capaces de interiorizar y comprender la división, la diferenciación y el movimiento de la creación, que va de la nada al ser y del ser a la nada incesantemente, sin pausa. Durante el día podemos recor-

dar la oscuridad, y en la noche recordamos la luz del día.
Somos depositarios del Recuerdo.

Los ángeles no pueden comprenderlo. No tienen memoria ni Recuerdo porque viven en la Presencia. Sólo conocen lo que Allâh les presenta, en este caso la creación de Su jali-fa, de Su Âdam, a través de lo que le constituye esencialmente: su naturaleza compuesta y el conocimiento de los nombres de las cosas, la capacidad de reflexionar sobre el mundo y de razonar. Esta capacidad le sitúa más cerca aún de Allâh, tan cerca como su vena yugular, formando parte de su naturaleza libre, creadora y palpitante.

La creación es una articulación, una inflexión de la luz que forma la imagen de los mundos. La capacidad de articular la luz, de discriminar su itinerario, es la más alta expresión de la creación, su teofanía, su *tayali*.

La creación de Âdam es la piedra filosofal de la creación de Allâh porque se trata de una criatura transformante, reflexiva, capaz de contener todos los estados posibles, todas las manifestaciones creadoras a través de Sus nombres. Por ello, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, ordena a los ángeles que se prosternen ante Âdam, que reconozcan su superioridad sobre ellos, una vez que Âdam les ha mostrado su naturaleza esencial, diversa, abarcante y deductiva.

Escuchando la recitación de Âdam, los ángeles asisten a la verdadera creación del mundo y, como no ven más que a Allâh, se postran ante aquello de Su creación que Le manifiesta de la mejor manera posible. Los *malâika* se postran ante Allâh, no ante Âdam, una criatura hecha de barro y agua, porque los ángeles se prosternan ante el *tayali*, reco-

nocen la teofanía. De la misma manera en que los jefes distinguidos, los profetas y enviados, la paz sea con ellos, reconocen a Allâh en Sus *malâika*.

Todos los ángeles se postran excepto Iblis, que será, en adelante, de los que nieguen la verdad. Iblis está negando la verdad porque no puede ver ningún reflejo, sólo ve la arcilla sonora. Iblis no puede ver la creación porque sólo ve a Allâh. Es el único ángel que no puede someterse a la creación, porque Allâh quiere que incluso los ángeles tengan su Âdam, su molde.

Iblis es el Âdam angélico, arrogante y caído, de la misma manera que Âdam es el ser humano que perderá su condición original, su *fitrah*. Iblis y Âdam son expresiones aparentemente distintas de un mismo modo de proceder de Allâh. Él crea a sus criaturas y las hace vivir en el *kâbad*, en una tensión, en un pálpito. Para ello crea la luz y la sombra y todo lo que hay entre ambas, para que se constituyan las formas y las visiones del mundo. Es necesario un exilio de la luz para que la criatura reclame la conciencia, la luz que ha perdido u olvidado.

Iblis será, en adelante, el mensajero del olvido y de la arrogancia, porque en la creación de todo Âdam está inscrita la posibilidad de separar, de discriminar y elegir, pero también de olvidar. Âdam, la paz sea con él, conoce el nombre de la oscuridad y el nombre de la luz. Puede pensar en ellos como cosas diferenciadas y dirigir su visión hacia un lado u otro. Cosa que no pueden hacer los ángeles.

El Âdam de nuestro ser siempre recuerda a Iblis, al ángel que se negó a prosternarse ante él, como una forma de re-

cordar nuestra primera impresión del mundo. En el corazón de Âdam permanece el recuerdo de que la adoración pertenece exclusivamente a Allâh.

La existencia de Iblis implica que nuestra arrogancia y nuestra rebeldía son decretadas por Allâh y que la capacidad de reflexión no nos pertenece, sino que es una creación de Allâh en nosotros, un préstamo, una *amâna*. Por esta razón es tan importante la humildad para el ser humano, porque nos protege del extravío y nos ayuda a mantenernos en el sometimiento a lo Real.

Iluminar al Âdam de nuestro ser es volvernos a nuestro principio, recordar el origen oscuro y mestizo de nuestra creación. Si conseguimos ser conscientes de nuestra naturaleza original, de la materia prima de nuestro ser, de nuestra *fitrah*, nos volvemos humildes, porque en eso nos reconocemos precarios e iguales. Âdam, la paz sea con él, es un profeta sin revelación porque él mismo es Revelación, teofanía, como *jalifa al ard*.

Allâhumma: Ayúdanos a recordar nuestra naturaleza de barro y haznos humildes. Despierta a nuestro Âdam luminoso para que así descienda el comienzo de Tu Revelación, de profeta en profeta, de *maqâm* en *maqâm*. *Amin*.



"Y dijimos: ¡Oh Âdam! Habita con tu esposa en este jardín, y comed con libertad de lo que en él hay; pero no os acerquéis a este árbol, porque seríais transgresores.'

Pero Shaitân les hizo caer en eso, y precipitó con ello la pérdida de su estado anterior. Y dijimos: ‘Descended, y sed en adelante enemigos unos de otros; y en la tierra tendréis vuestra morada y bienes de que disfrutar por un tiempo!’

Luego Âdam recibió palabras de guía de su Sustentador, que aceptó su arrepentimiento: pues, en verdad, sólo Él es el Aceptador de Arrepentimiento, el Dispensador de Gracia. Pues, si bien dijimos: ‘Descended todos de este estado,’ ciertamente, os llegará de Mí una guía, y los que sigan Mi guía nada tienen que temer y no se lamentarán; pero los que se obstinen en negar la verdad y desmientan Nuestros mensajes, esos están destinados al fuego y en él permanecerán.’

(CORÁN SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, ÂYAT 35-39)

ALLÂH, SUBHANA WA TA’ALA, crea a Âdam y lo sitúa en el jardín de Su creación para que disfrute de todas las criaturas, formas y frutos posibles. Pero ese jardín tiene un límite, una sola *sharíah*, que consiste en no acercarse a un árbol que implica la dualidad, la escisión. Ese árbol produce como fruto el *shirk* esencial, la ruptura fundamental, que es la experiencia del dualismo, opuesta al *tauhid* que disfrutaba Âdam en el jardín de Allâh, en la Presencia. El peligro de ese árbol está en que comer de sus frutos produce una herida, un vacío, y hace que el ser humano necesite de una moral, de una ley, pues alimentarse con ese fruto tiene como consecuencia el olvido de la condición original, y unitaria, el extrañamiento, la separación y el sufrimiento.

Por esta razón los ángeles sabían que el ser humano, el *jalifa al ard*, corrompería la tierra, porque su creación estaba implicando una ruptura, una herida que sólo Allâh podrá restañar con Su poder.

Âdam vive ya con su esposa Haua. Ya conoce a otro ser. Juntos y extrañados descienden como una revelación sobre la tierra. Así nos hace Allâh descender a la tierra, recobrar nuestro estado de fango, de cieno oscuro que sólo se libera en la transmutación, que sólo alcanza su forma original en el sometimiento a lo Real. En adelante los seres humanos seremos enemigos unos de otros porque esa polaridad lleva en sí misma el extrañamiento, la oposición, la conciencia de un otro que nos sume en el más denso olvido.

Âdam, la paz sea con él, inaugura la peregrinación del ser humano sobre la tierra, una peregrinación hacia nuestro origen, hacia ese Jardín que se había perdido en su especulación y que ya para siempre vivirá en su memoria. La memoria de Âdam, recobrar al Âdam de nuestro ser, es recordar nuestro estado unitario, nuestra naturaleza original, la *fitrah*, y comprender que nuestro destino y nuestro origen son expresiones de una misma Realidad. *Lâ ilâha illâ Allâh*.

Nada más producirse la reflexión, la herida, Âdam se da cuenta y retorna. La primera acción de Âdam como *jalifa al ard* es hacer *tauba*, volverse a la Realidad arrepentido. La primera palabra que dice Âdam al descender de su estado original es '*Astagfirullâh, perdóname*'. Allâh acepta nuestro arrepentimiento porque sabe más de nosotros que nosotros mismos y conoce la forma de nuestra creación. Allâh crea al ser humano en el olvido para que Le recuer-

Jutba 1

de. Y así Allâh le promete a Âdam, a la humanidad que inaugura Su primer profeta, una Guía, una Revelación que le permitirá el regreso. A Allâh Le gusta que Sus criaturas conscientes se Le vuelvan, haciendo Le *tauba*.

Allâhumma. Dános paciencia y comprensión de nosotros mismos. Ayúdanos a comprender y a reconocer nuestra forma de barro. Ayúdanos a aceptar Tu decreto con buen carácter. Procúranos la *tauba*. *Amin*.

Jutba 2

TRAS COMPLETARSE el ciclo de la Revelación con el Corán que nos trae Muhámmad, volvemos a encontrarnos con nuestro principio, con nuestro Ádam, la paz sea con ellos. El Corán nos ha procurado la claridad, la dirección y el sentido, pero hemos vuelto a caer sobre la tierra, hemos vuelto a extraviarnos en esta tierra de Ádam que es nuestra morada por un tiempo.

¡Cuántas veces hemos creído conocer la solución definitiva a nuestros problemas y, sin embargo, hemos vuelto después a vivir de una manera equivocada, a cometer los mismos o parecidos errores! ¡Cuántas veces hemos disfrutado de la conciencia de Allâh para regresar, más tarde, a nuestra mente opaca, contradictoria y sufriente! Esa naturaleza voluble, contradictoria y maleable, es la arcilla con la que Allâh crea al ser humano: La libertad de decidir sobre el propio destino.

La responsabilidad que ello implica sólo nos ha sido concedida a nosotros. Esa naturaleza diferente y extraña a las demás criaturas es lo que hace que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos esté situando en Su creación como jefes, por nuestra capacidad de reflejar interiormente, como algo propio, todo aquello que Él está creando sin cesar. El Âdam de nuestro ser es esa naturaleza común a todos nosotros, esa disposición para el reflejo de la diversidad, para el olvido y para el retorno.

El ser humano es la única criatura que recorre un camino sintiendo, como sintió el poeta, que hace camino al andar. Todas las demás recorren un camino trazado sin sentirse autores o responsables de nada. Somos las únicas criaturas que tenemos la capacidad de transgredir la *Shariah*, de cruzar los límites que nos propone la Realidad, de trascender las formas, las apariencias.

"Y ciertamente, oh gentes, os hemos asignado una excelente posición en la tierra y os hemos puesto medios de subsistencia en ella: sin embargo, ¡qué raras veces sois agradecidos! Y, ciertamente, os hemos creado y luego os dimos forma."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 10-11)

Los seres humanos no sabemos valorar aquello que nos es regalado sin cesar en esta tierra de Âdam. Allâh nos creó en un soplo, en un instante, y ahora nos va dando forma, haciéndonos vivir en el tiempo. Âdam, la paz sea con él, pasa de la experiencia trascendental del *tauhid*, de la conciencia del instante, a la experiencia relativa de las seña-

les, del *ihsân al islâm*, de la experiencia gozosa de la Realidad al exilio doloroso en la tierra de las palabras. El extrañamiento de Âdam tiene lugar en la tierra de la historia, en el universo lineal del antes y el después, en esta morada del tiempo donde Allâh nos va conformando hasta el momento mismo de nuestra muerte. Allâh nos crea en el jardín de la Presencia y nos va dando forma en la tierra del exilio y del pensamiento, de la dualidad y de la prueba.

Âdam ve ahora a Haua a su lado, la paz sea con ellos. Ya son dos seres humanos, una pareja, un otro y una otra. Allâh nos crea a partir de ese primer ser interiormente dividido, apareado y extrañado. Con esa aparente escisión está creando la posibilidad de un reconocimiento, de una existencia reflexiva y consciente.

"Pero tan pronto como hubieron probado ambos el fruto del árbol, se volvieron conscientes de su desnudez; y comenzaron a cubrirse con hojas del jardín."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYA 22)

Mientras no comieron del árbol no se apercibieron de ninguna presencia extraña. No veían sino la Realidad Única, porque sus conciencias eran pura conciencia de Allâh. Y esa conciencia era su única vestidura. ¿De quién podrían sentir pudor si aún no habían visto a nadie? ¿Qué vergüenza podían sentir si aún no se habían cruzado con ninguna otra mirada más que con la de Quien todo lo ve? Dice Ibn Ata' Allâh que el momento de la ruptura sólo causa la desgracia del corazón, no la del alma, porque esta

alienación, este olvido de Allâh, coincide con los deleites, caprichos y distracciones de nuestros *nafs*.

La conciencia de la desnudez es el sentimiento de nuestra precariedad. En el momento en que se cruzan nuestras miradas sentimos pudor, vergüenza de ser reconocidos en nuestra miseria. Cuando reconocemos al otro nos sentimos desnudos. Nos hemos atrevido a mirarnos, a vivir, a transgredir nuestros límites, para sentirnos extraviados, perdidos en el sinsentido que supone creer en otro distinto de Allâh. Sentimos pudor, una necesidad de cubrirnos, de protegernos del vacío.

La conciencia de nuestra miseria y vacuidad es el principio de nuestra *taqua* o conciencia de lo Real, que comienza a vivir con nuestra *tauba*. Por eso Allâh nos dice que:

"Luego, no obstante, su Sustentador lo eligió para Su gracia, aceptó su arrepentimiento, y le concedió Su guía."

(CORÁN, SURA 20, TA HA, ¡OH, SER HUMANO! ÁYA 122)

Derrotados, naturalmente vencidos ante nuestra propia irreabilidad, nos volvemos a Allâh haciéndole *tauba*, pidiéndole como criaturas indefensas que nos devuelva a Su conciencia, que nos alcance Su *magfira*, su perdón. El corazón humano no puede contener por mucho tiempo el olvido porque está siendo creado en y para el recuerdo de lo Real. Un recuerdo que, en esta tierra de Ádam, adopta todas las formas posibles, desde la nostalgia hasta la voluptuosidad, para acabar deshaciéndose en la Realidad.

"¡Oh hijos de Ádam! Ciertamente, hemos hecho descender para vosotros el conocimiento de la confección de vestidos para cubrir vuestra desnudez, y como adorno: pero el vestido de la conciencia de Allâh es el mejor de todos. En esto hay un mensaje de Allâh, para que el hombre pueda tenerlo presente. ¡Oh hijos de Ádam! ¡No permitáis que Shaitân os seduzca de la misma forma en que hizo que vuestros antepasados fueran expulsados del jardín: les despojó de su vestimenta de conciencia de Allâh para hacerles ver su desnudez. En verdad, él y su tribu os acechan desde donde no podéis percibirles!"

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 26-27)

La necesidad de cubrirse, es netamente humana. Ningún otro animal oculta su cuerpo más allá de sus protecciones y adornos naturales, de su piel, su pelo o su plumaje. Los animales no sienten pudor ni vergüenza de su condición natural. Sólo los *banu Ádam* necesitamos ocultar nuestra propia vergüenza, nuestro extrañamiento, nuestra naturaleza dividida, porque somos los únicos exiliados de la Realidad.

Los animales viven en su naturaleza sin contradicciones, en su *fitrah*. No padecen ningún extrañamiento, ningún exilio, no sienten ningún pudor, porque no son conscientes de sí mismos, ni tampoco piensan el mundo. Nacen, viven y mueren. Incluso nosotros apenas notamos las diferencias entre los individuos de una misma especie. Todas las gaviotas nos parecen iguales. Siempre oímos al mismo ruiseñor. No nos ocurre lo mismo cuando miramos a los seres humanos. Lo primero que sentimos son las diferen-

cias, las particularidades, los rasgos que hacen de cada uno de nosotros una criatura irrepetible.

Esta conciencia de lo distinto, esa mirada "*desde el exilio*" es uno de los secretos de nuestra creación, cuyo conocimiento nos llega a través de la revelación coránica sobre Âdam, la paz sea con él, porque Âdam es un profeta sin libro, sin Revelación. Sólo conoce los nombres, sólo transmite un inventario de posibilidades, un código genético. Él es nuestro molde. Y así llaman los gnósticos orientales al Âdam de nuestro ser, *latifa qalbiya*, el molde.

Âdam se sustrae de la conciencia de Allâh y, más tarde, se da cuenta de aquello que en realidad ha perdido. Su corazón se vuelve entonces, tratando de regresar a lo Real través del recuerdo. Ese es el Âdam de nuestro ser, la tensión básica que nos constituye. Así nos crea Allâh con Su ciencia y con Su poder. La capacidad de alternar olvido y recuerdo, la flexibilidad para vivir estados distintos sin resistencias es lo que nos conduce de nuevo al *ihsân*, a la impecabilidad, a la excelencia, aquello que nos devuelve nuestra *fitrah*.

Oh Allâh: Haz que transitemos por todos los estados sin resistencias. Créanos con la mejor de Tus energías, con la mejor disposición y con el mejor carácter. Realiza en nosotros la promesa que hiciste a nuestro Âdam. *Amin*.



LA TAUBA DE NUESTRO Âdam hace que recobremos la conciencia de Allâh por un momento. Âdam vivirá debatiéndose entre el olvido y el Recuerdo, pero sólo mientras esté vivien-

do en esta tierra. Es aquí donde los *banu Âdam* sentimos que hubo una primera y habrá, *insha Allâh*, una última *tauba* de nuestro corazón, antes de que cesen sus latidos. Ese olvido y ese regreso son los cimientos de nuestra verdadera creación.

"Verdaderamente, quienes son conscientes de Allâh se hallarán, en la âjira, en medio de jardines y fuentes, habiendo sido recibidos con el saludo, 'Entrad aquí en paz, seguros!' Y para entonces habremos eliminado todos los pensamientos y sentimientos impropios que pudiera haber en sus pechos, y descansarán como hermanos, unos enfrente de otros, recostados sobre lechos de felicidad. No se verán aquejados allí de desasosiego alguno, ni tendrán jamás que renunciar a ese estado de dicha. Informa a Mis siervos de que Yo, sólo Yo, soy realmente indulgente, el verdadero dispensador de gracia; pero que el castigo que habré de imponer a los transgresores será ciertamente un castigo muy doloroso."

(CORÁN, SURA 15, AL HICHR, ÂYAT 45-50)

Librarnos de los velos del mundo y de las palabras, librarnos de nosotros mismos, nos conduce a la conciencia de Allâh. Esa conciencia nos devuelve a la Tierra de la Realidad, de la que un día fuimos extrañados por el lenguaje. El proceso de liberarnos del *shirk*, de los velos del mundo y de la tiranía de nuestros *nafs*, es el medio que utiliza Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, para dar forma a nuestra creación como seres capaces de contenerLe y reflejarLe.

Nada puede contener a Allâh salvo el corazón de Su siervo amante. Así vamos alcanzando la *taqua*, la plena con-

ciencia de lo Real, mientras nos liberamos de nosotros mismos, de esa serie de imágenes, asociaciones y pensamientos que nos mantienen prisioneros en una realidad que lo es tan sólo en apariencia. Para hacernos vivir una vida imperecedera, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, va purificando nuestros pechos de todo lo que nos separa de Él, de todos nuestros sufrimientos y anhelos, de todo pensamiento separador. *Lâ ilâha illâ Allâh*. Esta purificación implica un reconocimiento, una *shahâda*, la posibilidad de regresar por el mismo camino que extravió a nuestro Âdam.

Âdam, la paz sea con él, comió del árbol de la dualidad y del lenguaje y esta transgresión le supuso el extrañamiento, la división y el sufrimiento. Una vez que hubo digerido ese fruto que no le saciaba, se volvió hacia el verdadero Sustentador, hambriento y suplicante. Él nos dice que comamos de lo que Él nos da y que nos mantengamos en Su recuerdo.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice que es el Único que puede restablecer nuestra conciencia de lo Real, el Único Indulgente, el Único Perdonador. Eso nos lo repite constantemente. También nos dice que Él es Quien nos inflinge el dolor de la separación. Pero que su Misericordia, Su Compasión y Su *magfira* no tienen límite.

Por ello, después de exiliarle en la tierra, Allâh promete a Âdam que a sus descendientes nos llegará un mensaje con una guía mediante la cual podremos regresar a Su jardín, a la Tierra de la Realidad. Ese mensaje ha ido descendiendo progresivamente a nosotros hasta su completa y definitiva revelación. Nosotros ya sabemos lo que tenemos que hacer para regresar a la Realidad, para que nues-

tra existencia tenga sentido, para que nos sintamos en paz. En el jardín de la Presencia descansaremos como hermanos, unos enfrente de otros, en paz, sin ningún desasosiego ni temor de volver a perdernos entre las sombras, porque descansaremos, *insha Allâh*, en una sombra translúcida y acogedora.

Allâh nos dice que, si seguimos Su guía, si templamos nuestros corazones con Su Revelación, alcanzaremos una vida de plenitud y de dicha permanentes. No nos dice que desapareceremos en Él, no nos dice que nuestro destino será la aniquilación sino todo lo contrario. Seguiremos viviendo, estaremos unos enfrente de otros pero no enfrentados. Seguiremos existiendo como criaturas, pero ahora como criaturas conscientes de nuestra completa semejanza, de nuestra pertenencia a una especie única y privilegiada creada por y para la Única Realidad.

Allâh nos está hablando a nosotros, unos seres extraños y extrañados, prometiéndonos una creación verdadera. Sólo Él es Indulgente, Dispensador de Gracia, de *magfira*, sólo Él siempre responde a nuestra *tauba*. Él es *Al Gaffur*, Él es *At Tauab*.

Oh, *Tauab*: perdona nuestras faltas, danos Tu *Magfira*.
Oh, *Uadûd*, Señor del Amor: Tranquiliza nuestros corazones, cura las enfermedades de nuestras almas. Oh, *Nasir*: Haz que nuestras vidas recobren su sentido. *Amin*.

N_{UH}

Jutba 3

ESTUVIMOS HABLANDO de la primera humanidad, del *maqâm* de Âdam, la paz sea con él, vivido por aquellos primeros habitantes de la tierra, y de nuestra memoria más antigua. Allâh crea a la humanidad en un instante para ir luego dándole forma, modelándola según una Sabiduría cuyo verdadero alcance siempre se nos escapa. El ser humano fue exiliado a la tierra del olvido para poder suscitarle así el mejor Recuerdo, el regreso a la Realidad.

Esa primera humanidad es una comunidad sin ley, sin criterio, sin guía. Âdam, la paz sea con él, no trae ningún mensaje, sólo es portador del conocimiento de los nombres de las cosas. La historia de la humanidad se inicia, por tanto, con un exilio, con un extrañamiento. Según nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán, el primer profeta portador de un mensaje inspirado es Nuh, la paz sea con él:

JUTBAS DE DAR AS SALÂM

"Ciertamente, te hemos inspirado, Oh Profeta, como inspiramos a Nuh y a todos los profetas después de él..."

(CORÁN, SURA 4, AN NISÁ, LAS MUJERES, ÁYA 163)

A partir de él, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, enviará a la tierra a una serie de hombres guiados e inspirados que tienen como misión transmitir criterio, guía e iluminación. Ellos son los maestros de la humanidad, los que advierten de los peligros y señalan los velos y los límites que nos mantienen prisioneros en el exilio de las sombras. Son advertidores, amonestadores, depositarios de la *Hikma*, de un conocimiento divino que les es transmitido por Allâh para que, a su vez, ellos lo transmitan al ser humano.

No tiene ningún sentido imaginar que Allâh iba a crear a un jalifa para hacerle vivir en un estado de desgracia. Sin embargo, la ciencia de la creación exige de la contradicción y de la polaridad. Tampoco la advertencia y la amonestación contenidas en el mensaje tienen la finalidad de amargarle la vida al ser humano:

"¡Oh hombre! No hemos hecho descender este Corán sobre ti para hacerte desgraciado."

(SURA 20, TA HA, ¡OH, SER HUMANO!, ÁYA 1)

A la luz de las historias contenidas en el Corán y en los libros antiguos de sabiduría, podemos deducir que aquella primera humanidad estaba entregada a una existencia de-

sordenada y caótica. Las historias de Nuh, Lut, Iunus, e Idris, la paz sea con ellos, nos hablan de ello extensa y repetidamente. A esa oscura humanidad, Allâh comienza a enviar a sus mensajeros para iluminarla. Ninguna criatura queda desasistida de lo Real, ningún ser humano queda privado de Su Luz. Por eso Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice que:

"Cada comunidad ha tenido un enviado; y sólo una vez que su enviado ha aparecido y ha transmitido su mensaje son juzgados con total equidad; y no son tratados injustamente."

(CORÁN, SURA 10, IUNUS, JONÁS, ÁYA 47)

Es el juicio y el criterio lo que nos señala la puerta de salida a la luz, la condición para que nuestra libertad sea verdaderamente responsable. Sólo así podremos ser juzgados. Sin la posibilidad del conocimiento no se puede exigir responsabilidad. En otro Sura encontramos también:

"Y Allâh proseguirá, diciendo: 'Vosotros que habéis vivido en estrecha comunión con malvados seres invisibles y seres humanos afines a ellos! ¿Acaso no os llegaron enviados de entre vosotros que os advirtieron de la llegada de este vuestro Día del Juicio?' Dirán: '¡Atestiguamos contra nosotros mismos!', pues la vida de este mundo les ha seducido: y darán testimonio contra sí mismos de que, ciertamente, rechazaron la verdad. Y es así porque tu Sustentador no destruye a una comunidad por su perversión mientras sus habitantes son aún ignorantes del significa-

do del bien y el mal: pues todos serán juzgados conforme a sus actos conscientes y tu Sustentador no está desatento a lo que hacen."

(CORÁN, SURA 6, AL ANAAM, EL GANADO, ÁYAT 130-132)

La misión de los profetas es acrecentar la conciencia, enseñar a los seres humanos a distinguir la verdad escondida entre los velos y así sacarlos del exilio. Una vez conocido el mensaje podemos decidir libremente entre aceptarlo o rechazarlo. Esta es la expresión básica de nuestra condición y de nuestra libertad. Por eso ninguna criatura quiso ser depositaria de la *amâna* de Allâh, de la conciencia, por la responsabilidad que se deriva de ella.

Porque si aceptamos la Revelación como verdadera y luego la rechazamos caemos en el más denso de los velos, negando aquello que se nos muestra como real. La Realidad está viva en nosotros. Somos seres conscientes y esa conciencia es lo único que somos y lo único que tenemos. Para nosotros, la conciencia es, fundamentalmente, responsabilidad. Somos responsables de lo que sabemos y conocemos. Cada ser humano que es alcanzado por la Revelación es responsable del conocimiento que implica. En el Sura *Al Aaraf*, La Facultad de Discernir, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice:

"Ciertamente, enviamos a Nuh a su gente, y dijo: 'Pueblo mío! ¡Adorad sólo a Allâh: no tenéis más deidad que Él. En verdad, temo por vosotros el castigo de un Día terrible!' Los dignatarios de su gente respondieron: 'En verdad, vemos que estás claramente extraviado!'

Nuh dijo: 'Pueblo mío! No hay en mí extravío sino que soy un enviado del Sustentador de todos los mundos. Os traigo los mensajes de mi Sustentador y os doy buen consejo: pues sé por revelación de Allâh lo que vosotros no sabéis. ¿Os resulta extraño que os llegue una amonestación de vuestro Sustentador a través de un hombre de entre vosotros mismos, para que os advierta, y para que os hagáis conscientes de Allâh, y seáis agraciados con Su misericordia?'

;Y aún así le desmintieron! Y entonces, le salvamos a él y a los que estaban con él, en el arca, y ahogamos a quienes desmintieron Nuestros mensajes: ¡en verdad, eran una gente ciega!"

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 59-64)

El mensaje que Nuh inaugura en esta tierra es el mensaje del *tauhid*, de la unicidad de lo Real, frente a la aparente diversidad que exhiben las criaturas. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos conoce muy bien, mejor que nosotros mismos. Él sabe que cuando nos afecta una prueba intensamente nos volvemos hacia Él, y que cuando nos aligera la carga tenemos tendencia al olvido y al extravío.

Hay que sentir de verdad el exilio de Allâh, la pérdida de la Realidad, para que se suscite en nosotros con fuerza el deseo de retornar a la conciencia. Esa prueba muchas veces dolorosa es la purificación necesaria para que se esclarezcan nuestras mentes enturbiadas.

Los dignatarios de todos los tiempos, los agraciados con la facilidad, no suelen estar abiertos a la trascendencia. Están ocupados con los asuntos del mundo, con sus placeres y bienes, con sus imágenes interiores y sus conceptos. Los dignatarios del tiempo de Nuh le desmintieron, como desmintieron a todos los profetas las gentes que disfrutaban de algún poder terrenal. Por eso debemos valorar más el sentido de las dificultades y las pruebas que Allâh nos impone, porque hay en ellas una misericordia escondida, un conocimiento que nos hace falta para poder realizarnos como siervos de lo Real.

Tratamos de ser musulmanes, de someternos a la Realidad, de seguir la Guía que Él está trazando para nosotros. A veces nos duele la incomprendión de los que no creen, su ironía, su burla no disimulada. Alguna vez nos ha afectado ser tratados como incautos, como ingenuos o como alienados. Pero ese dolor no nos corresponde. No es un dolor que tenga base real ninguna, porque ni siquiera los profetas, en sus corazones compasivos, podían, por sí mismos, por su voluntad, hacer que las almas enturbiadas se volvieran hacia la luz de la Realidad.

La incomprendión hacia los creyentes y la negación del mensaje forman parte del velo de esas criaturas obstinadas. Nosotros no podemos hacer nada más que transmitir el mensaje de la mejor manera, con nuestros latidos, con nuestras vibraciones. Es Allâh quien tienen el poder de abrir y cerrar los corazones y por eso Le hacemos *du'a*:

Allâhumma: dános la conciencia de nuestras pruebas, el sentido purificador que tiene nuestro pesar, nuestra dificultad y nuestro alejamiento. *Amin*.



EN JUTBAS SUCESIVOS vamos a recorrer, con la ayuda de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, el itinerario que Nuh inaugura, tratando de encontrar el sentido de esa primera Revelación que llega al ser humano como *Rahma* de Allâh.

Veremos, *insha Allâh*, que la purificación que va a experimentar la humanidad en estos tiempos iniciales adquiere tintes escatológicos: Nínive, Sodoma, Irem, la de las altas columnas, Babel y Babilonia y tantas otras ciudades de la antigüedad serán destruidas juntamente con sus habitantes.

A todos ellos les llegó el mensaje del *tauhid* pero, salvo Nínive, el resto de las comunidades fueron violentamente destruidas mediante el agua, el fuego y todo tipo de desastres y catástrofes indescriptibles. Sus habitantes habían sido advertidos y reaccionaron desmintiendo. Perecen quienes se obstinan una y otra vez en negar la realidad trascendente, quienes se aferran a los velos. Subsistieron aquellos que hacen suyo el mensaje, los profetas y quienes les siguen.

"Y luego, después de él, enviamos a otros emisarios, cada uno a su gente, y les trajeron todas las pruebas de la verdad; pero no estaban dispuestos a creer en algo que ya hubieran desmentido antes: así es como sellamos los corazones de quienes acostumbran a transgredir los límites de lo correcto."

(CORÁN, SURA 10, IUNUS, AYA 74)

La obstinación es, sobre todo, pérdida de flexibilidad. Los corazones son sellados mediante un endurecimiento que les hace incapaces de latir armoniosamente. Un corazón abierto a la Revelación de Allâh es un corazón siempre joven, atento a responder a la luz. Un corazón sellado está fijo en las imágenes, detenido su pálpito en la imaginación, roto su latido en el *shirk*.

Por eso, muchos de aquellos que desmienten a los creyentes lo hacen por obstinación, por comodidad, por costumbre o, sencillamente, porque tratan de mantener un estado de placer y disfrute de forma indefinida. Los resultados para las comunidades y los individuos son atroces. Si sólo se detuvieran un momento a escuchar, sus corazones devolverían un eco de lo Real, pero no, se han secado y endurecido como la tierra y acaban agrietándose irremediablemente.

Esa es una de las enseñanzas contenidas en la Revelación divina que inaugura el profeta Nuh, la paz sea con él. La humanidad perdida en la fragmentación de los nombres y de las cosas va a recibir la posibilidad de reencontrarse a sí misma a través de una palabra inspirada, va a adquirir la posibilidad del sentido, de la dirección y del criterio para escapar de su adámico exilio.

La visión de los tiempos antiguos que Allâh nos provoca con el Corán está cargada de fuerza y violencia. Un planeta inhóspito habitado por gentes enloquecidas y depravadas, entregadas a la realización de sus deseos, unas conciencias absolutamente veladas, una humanidad inmersa en las sombras y en el olvido.

En esa deprimente humanidad es donde Allâh va a suscitar una comunidad de seres humanos que tratarán, desde entonces, de someterse a la Realidad. El *maqâm* de Nuh inaugura la *silsila* de los profetas y la comunidad de los musulmanes. Hasta ese momento la humanidad era una multitud sin guía, una turba cegada. Nuh se sitúa en el principio de la comunidad profética, de la *ummah*. Desde entonces hasta ahora no han dejado de existir seres humanos luminosos e iluminadores. Pocos en número, es verdad, pero suficientes para que no desaparezca la conciencia del corazón humano y, por tanto, de toda la creación.

Pedimos a Allâh por todos ellos, por los que han muerto y por aquellos que todavía están vivos. Oh Allâh: Haz que nuestro viaje a través de la oscuridad se vea siempre iluminado por una guía. *Amin.*

Jutba 4

EL MAQÂM DE NUH, la paz sea con él, es el comienzo de la travesía espiritual, del viaje interior. Es la purificación que necesita nuestro cuerpo para recobrar su naturaleza luminescente. En este *maqâm* se establece nuestra *tajara*, la ablución o *gusl* más profundo y generalizado. Esta purificación mediante el agua es la prueba que nos aquilata, que nos prepara, dándonos la fuerza y el conocimiento necesarios para ser capaces de vivir la Revelación en nuestro propio ser y poder así desarrollarnos como criaturas conscientes.

Allâh nos va dando forma dentro del vientre de nuestras madres. Evolucionamos dentro de la placenta, flotando en un agua acogedora, protectora y nutritiva. Así nos prepara nuestro Sustentador para recibir la luz en el mundo de sombras al que habremos de nacer. En este *maqâm*, dentro de nuestras madres, experimentamos otra luz, una luz que

se tiñe con el azul del agua, una luz tamizada ya por una piel animal, maternal, y humana.

Según Semnâni, en nuestro cuerpo luminoso, la *latifa* relacionada con este *maqâm* se denomina *latifa nafsiyya*, y es el órgano sutil que rige el alma orgánica y vital, el alma sensible, el centro donde brotan con fuerza los deseos y la pasión. En el Corán aparece denominado como *nafs ammâra*, el yo imperativo (Sura 12, áya 53) De ese *nafs ammâra* dice Allâh, refiriéndose al ser humano, que “*le incita, sin duda, al mal*”.

Es el yo de los sentidos, que otorga credibilidad y realidad sólo a aquello que contemplan los ojos y oyen los oídos, y nada más que eso. Es la inconsciencia asociada a la entropía, es un *nafs* en bruto, un yo sin pulir, una energía que se desborda en olas sin límite, que trata siempre de encontrar su expresión, de la forma que sea, un torrente energético.

Nuestra primera humanidad está atravesando su prueba de madurez, el *maqâm* donde se decide la naturaleza de nuestro viaje. La medicina tradicional conoce muy bien el sentido purificador de este centro sutil. Para restablecer el equilibrio energético perdido por la enfermedad es preciso sacar el fuego del vientre mediante el agua fría sobre la piel, provocando una reacción térmica.

La medicina de Nuh es una medicina de la salud pues trabaja sobre las causas del caos, del desequilibrio, que es siempre exceso de fuego, de calor, en el interior de un ser humano que es fundamentalmente agua. Se trata de restablecer el equilibrio térmico, nivelar la balanza entre lo interno y lo externo mediante el agua. Esto nos templá, pero hay que estar dispuestos a soportar el frío en nuestra piel durante su travesía.

Es precisamente este *nafs ammara*, ese impulso que se desborda hacia el caos, hacia la entropía, lo que la Revelación de Nuh trata de reconducir en nosotros, iniciando una travesía interior que nos irá transformando hasta que, en el mejor de los casos, quiéralo Allâh, lleguemos a ser una *nafs motma yanna*, ese alma sosegada que nos regala Allâh en el Corán, en el Sura *Al Faýr*:

“Oh tú, alma sosegada! ¡Vuelve a tu Sustentador, complacida y digna de Su complacencia: entra, pues, con Mis verdaderos siervos, si, entra en Mi jardín!”

(CORÁN, SURA 89, AL FAÝR, EL ALBA, ÁYA 27-30)

Para realizar el viaje a través de esa noche del caos, desde la oscuridad de los sentidos hasta la percepción luminosa del *fajr*, del alba espiritual, del *ishrâq*, es necesario comprender los profundos significados de la revelación de Nuh, la paz sea con él, comprender el sentido purificador de la servidumbre y del sometimiento conscientes a Allâh.

El deseo es vida y la vida es calor que se expande. Los seres humanos nos distraemos con los nombres y esa distracción acaba alterando nuestro propio sentir. Nuestros sentidos no se embriagan sólo con las sustancias químicas sino que se intoxican de pensamientos, de imágenes, y así nuestra experiencia se degrada. Nos convertimos en una conciencia turbia que no dispone de la claridad suficiente para diferenciar entre aquello que estamos viendo y aquello que, sin control, imaginamos y proyectamos. Nuestro calor deja de expandirse y se queda encerrado dentro, y nuestra piel

se enfriá. Sentimos una combustión encerrada en el vientre, una energía prisionera en un cuerpo de arcilla plástica y permeable.

La turbiedad es una resistencia al paso de la luz a través del agua. Son impurezas, son cenizas de la luz, pero también son organismos vivos porque el agua es la placenta de nuestra tierra. La vida surge y crece como una luz atravesando el agua, una luz blanca que deja ver bandas azules, de un azul luminoso, líquido y ondulado. Curiosamente son los mismos colores litúrgicos que el cristianismo asigna a la Inmaculada Concepción.

La luz que atraviesa las aguas es la Revelación que Allâh hace a través de Sus mensajeros, la paz sea con ellos. En este caso de Nuh, que trae la revelación de nuestro nacimiento espiritual, de nuestra primera experiencia como criaturas sometidas y como creyentes, como *muslímún* y como *mu'minún*, al hamdulillâh.

Âdam fue el primer musulmán cuando quiso someterse a Allâh haciendo Le *tauba*. Nuh es el primer *mu'min* porque es el primer ser humano que siente una recitación interior, una Revelación cierta de Allâh, una conciencia de lo Real en su corazón.

Nuh, la paz sea con él, advierte a su pueblo y le señala la vía de someterse a Allâh, de adorarLe, tratando de llevarlos hacia la luz, de mostrarles el *tauhid*, pero los dignatarios se niegan a reconocer la verdad y lo combaten como a todos los profetas después de él, con los mismos o parecidos argumentos: *"este hombre no es sino un mortal como vosotros... si Allâh hubiese querido transmitirnos un men-*

saje habría hecho milagros", etc. En el Sura *Al Mu'minún* nos encontramos con Nuh recibiendo la Revelación mientras está sintiendo el rechazo de su pueblo:

"Nuh dijo: '¡Oh Sustentador mío! ¡Vindícame frente a su acusación de que miento!' Y entonces le inspiramos: 'Construye, bajo Nuestra mirada y según Nuestra inspiración, el arca que ha de salvaros, a ti y a los que te siguen. Y cuando llegue Nuestro decreto, y las aguas broten a torrentes sobre la faz de la tierra, lleva a bordo de este arca a una pareja de cada clase de animal, de ambos性os, así como a tu familia —excepto a aquellos contra los cuales ha sido dictada ya sentencia—; y no apeles a Mí más en favor de los que se empeñan en hacer el mal pues, ciertamente, están destinados a morir ahogados! Y tan pronto como tú y los que están contigo estéis instalados en el arca, di: '¡Toda alabanza pertenece a Allâh, que nos ha salvado de esta gente malvada!'"

Y di: '¡Oh Sustentador mío! ¡Hazme arribar a un destino bendecido por Ti pues Tú eres quien mejor muestra al hombre cómo llegar a su verdadero destino!' Ciertamente, en esta historia hay en verdad mensajes para quienes reflexionan: pues, ciertamente, siempre estamos poniendo a prueba al ser humano."

(CORÁN, SURA AL MU'MINÚN, LOS CREYENTES, ÂYAT 26-30)

Ciertamente hay muchos mensajes en esta historia. Uno de ellos es la cruda expresión de una fractura en la humanidad.

dad. La división interior que forma parte de la creación del ser humano, al serle confiados los nombres de las cosas, aparentemente deshecho el *tauhid* en la mirada del otro, puede ser reconducida mediante la conciencia de Allâh, mediante el *tauhid* del *islâm* y del *imân* hasta la luz unitaria y elevada del *ihsân*. La herida puede cerrarse pero hemos de preservar la conciencia, cultivarla, porque la conciencia no puede imponerse sino que surge y crece en el núcleo del corazón humano. Pero hay gentes que son refractarias a la Luz, que están cerradas a Su mensaje.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, quiere purificar a la comunidad y amonesta a Nuh diciéndole que no pida por aquellos que se empeñan en negar la verdad y en hacer el mal. Sobre esos ya ha sido dictada sentencia, precisamente porque sus corazones han sido cerrados y sellados.

Nuh pide por ellos no por ingenuidad sino por compasión y bondad, por el deseo de que se salven todas las almas; no en vano su misión consiste en construir una nave y salvar el alma animal completa: una pareja de animales de cada especie y la propia familia humana.

El ser humano superviviente de la prueba sobrevive con toda su alma animal, orgánica y funcional, pero es un alma aquilatada ya con la sumisión a Allâh y confortada con Su Protección, con Su *áman*. Quien no soporta la prueba no sólo permanece velado a la Realidad, sino que su alma vital se va apagando prematuramente hasta que deja de latir.

Nuh recibe la Revelación mientras siente el rechazo y la hostilidad de su propio pueblo, de su propia familia. El *maqâm* de Nuh es la travesía que hemos de hacer de *maqâm*

en *maqâm*, de profeta en profeta, hasta completar el círculo luminoso de la Revelación, atravesando las grandes aguas, las más duras circunstancias. Durante el trayecto adquirimos una fuerza espiritual que surge en nosotros y nos hace *mu'minún*, mientras nos sentimos inmersos en la adversidad, sintiendo la hostilidad y las resistencias de los otros y de nosotros mismos.

Navegar en la barca de Nuh implica trascender los nombres, los conceptos y las imágenes, trascender la propia visión. Esa navegación luminosa atravesando las grandes aguas, sintiendo la humedad en la piel, es el primer acontecer del alma, del *nafs*, su primera experiencia del mundo luminoso y sutil. Es el momento en que Allâh insufla Su *rûh* al ser que se está gestando y le concede la dignidad de ser verdaderamente humano.

Desde ese instante Allâh nos está preparando para que podamos afrontar el momento de nuestro nacimiento terrenal, el paso del mundo del agua al mundo del aire, para que atravesemos al fin la piel de nuestras madres. Desde ese momento trascendental la barca navega sobre las aguas a contracorriente, oteando el horizonte exterior, tratando de hallar la fuente de la que provienen las olas y las mareas de la apariencia hasta encontrar la calma.

Es el '*viaje del héroe a través de la noche*' que describe Carl G. Jung para referirse a la travesía de la conciencia por el mar oscuro del inconsciente humano. Es el regreso de Ulises a su patria de origen a bordo de un barco a cuyo mástil mayor se amarra: el héroe que se tapa con cera los oídos para que los genios no le distraigan del regreso y no le hagan enloquecer.

Pero Nuh, la paz sea con él, no puede taparse los oídos porque es Allâh quien Le habla a su corazón y Le revela el *du'a* que ha de hacer todo aquel que habite en este *maqâm*. Nuh no quiere ni puede taparse los oídos porque es un profeta verdadero, el primero de los mensajeros después de Muhámmad, la paz sea con ellos. Porque el alma de Muhámmad fue creada antes que la de Âdam y porque en el Corán de Muhámmad están todos nuestros *du'a*:

¡Oh Sustentador nuestro! ¡Háznos arribar a un destino bendecido por Ti, pues Tú eres quien mejor muestra al hombre cómo llegar a su verdadero destino! *Amin*.



EL MAQÂM DE NUH nos procura la conciencia de nuestro viaje, de su alcance y sentido. Es la conciencia de nuestra condición ante la Realidad. Nos sometemos o nos rebelamos. No caben medias tintas. Las aguas se desbordan y ya no nos da tiempo a rectificar.

Quienes suben a la barca de la conciencia se salvan, los incrédulos se ahogan inevitablemente porque están velados con las cosas del mundo, con sus nombres e imágenes, y no se dan cuenta de que las aguas hace ya tiempo que se desbordaron. Y eso es lo que percibimos cuando nos sentimos navegar en esta barca de los *mu'minún*... sentimos las expresiones desesperadas de los incrédulos como un fuego en el vientre y nuestra piel siente un escalofrío, porque somos humanos y nos afecta todo aquello que afecta a la humanidad y la creación.

Los *mu'minún* no sólo no nos tapamos los oídos sino que prestamos atención a esos gritos desesperados y vemos en ellos la expresión del inmenso poder de Allāh, *Subhana ua Ta'ala*, que hace con el corazón humano lo que quiere. Pero los *mu'minún* hemos subido ya a la barca y escuchamos atentamente la recitación de Nuh:

"Entonces dijo a sus seguidores: '¡Subid a este barco! ;Con el nombre de Allāh serán su curso y su fondeo! ;Ciertamente, mi Sustentador es en verdad indulgente, dispensador de gracia!' Y navegó con ellos entre olas como montañas".

(CORÁN, SURA 11, HUD, AYAT 41-42)

El jalifato, la realización de la promesa de Allāh en el ser humano, inicia su andadura en la barca de Nuh. Es el primer jalifato de la *ummah* porque hasta ese momento la comunidad había vivido sin guía ni orientación, era sólo una humanidad vital entregada a una disolución irreversible, a la entropía, extraviada por el lenguaje.

Entonces Allāh suscita un jalifa luminoso en nosotros, un profeta que habrá de guiarnos a través de la prueba, y que nos irá purificando hasta hacernos arribar a un puerto en el que cada miembro de nuestra comunidad acabará siendo un jalifa de la Realidad, un *jalifa ullāh*. El *mu'min* navega con el nombre de Allāh y amarra la barca con Su nombre. Esa es la barca de los locos que decían los que se ahogaron, la barca de los locos de Allāh, de los iluminados que se salvan porque sienten que todo depende de Su

Poder, porque descubren Su Compasión y Su luz en cada latido, *al hamdulillâh*.

Nuh, la paz sea con él, navega con nosotros mientras escuchamos la Revelación que Allâh nos hace a través de él. El Nuh de nuestro ser es la conciencia de nuestra vitalidad esencial y de la necesidad imperiosa de purificarnos, de separar lo grosero de lo sutil, de restablecer nuestro equilibrio en el mundo. Es el *maqâm* de la salud integral de nuestro cuerpo, porque es la balanza de la luz en el agua, la clave del equilibrio entre lo interno y lo externo, una manifestación corporal de nuestra sumisión.

Somos creados a partir de un *qutb*, de un eje que se abre en una polaridad intensa hasta un desdoblamiento de riñones y glándulas que, para equilibrarse, necesitan compensar el calor y la entropía mediante el agua. Y todo ello dando lugar a estados diferentes, a *mâqâmat* que son como esas olas gigantescas que nos describe el Corán. La Revelación de Nuh, la paz sea con él, nos hace viajeros de las *mâqâmat*, peregrinos de luz hacia la Luz. *Al hamdulillâh*.

Nuh nos lleva a cruzar las grandes aguas, nos orienta en el mar de la noche. Nos enseña la brújula que marca la dirección de nuestra travesía, de nuestra *quibla*. Esa orientación no es, en este caso, hacia el oriente geográfico ni hacia el oriente de los orientalistas, sino hacia el oriente del amanecer de la Luz de luces, hacia el *ishrâq*. Nuh nos saca del occidente de las sombras, del crepúsculo de fuego, oscuridad e ignorancia.

Durante su travesía en este *maqâm*, Sohravardí ve aparecer sobre el horizonte de las aguas la Estrella del Yemen,

Suhail o Canope, que se eleva “sobre ciertas nubes tenues, compuestas de lo que tejen las arañas del mundo elemental en el mundo de la generación y la disolución”.

La Estrella del Yemen nos señala el oriente del amanecer espiritual, la dirección en que se encuentra la Fuente de la Vida. Fue ese guiño luminoso el que sintió Muhámmad, la paz sea con él, cuando dijo: “Siento el Aliento del Misericordioso viniendo de la dirección del Yemen.”

El profeta, la paz sea con él, se refería a la luz espiritual de un gnóstico contemporáneo suyo que vivía en esa tierra, un *salih* llamado Oways al Qaraní que le conocía sin haberlo visto nunca físicamente y a quien el profeta asimismo conocía de la misma manera. Oways no tuvo un maestro humano visible pero no por eso dejó de sentir la Guía en su interior. Por esa razón los buscadores que no tienen un guía visible se llaman a sí mismos *owaysís*.

La aparición de la Estrella del Yemen durante la travesía espiritual significa que ya hemos abandonado el occidente de las sombras, que estamos ya cruzando hacia nuestro verdadero destino que no es otro que la Fuente de la Vida, esa Luz que no es del oriente ni del occidente y que arde sin haber sido tocada por el fuego. Luz sobre Luz. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, ilumina a quien Él quiere.

Allâhumma: Acércaos a Tu Presencia en la barca de Nuh. Oh Allâh: Nos sentimos agradecidos por la sabiduría que se esconde en Tus pruebas. Te pedimos fuerza, valor y entrega para vivir en las *mâqâmat* que Tú nos decretas. Háznos conocer el sentido luminoso de nuestras dificultades, muéstranos la Estrella del Yemen. *Amin*

Jutba 5

NAVEGAMOS EN LA BARCA DE NUH sobre el mar de la prueba y de la purificación de nuestros *nafs*, conducidos por un profeta que nos trae la primera expresión de la Revelación, Nuh, la paz sea con él, quien ha sido enviado por Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, para empezar a transmitir la ciencia del *tauhid* y constituir la primera comunidad de seres sometidos, conscientes de que sólo existe una Realidad Única que les trasciende y constituye.

El vínculo que cohesiona a esta primera comunidad profética no son los lazos de sangre y parentesco ni las servidumbres existenciales de unos seres humanos hacia otros, sino el *imân* de cada uno de los viajeros. El sólo hecho de la existencia del *imân* en nosotros es ya una respuesta cierta, un destino bendecido por Allâh. Es la respuesta en forma de *amâna* y de *âman*, de préstamo de conciencia y protección.

Esa conciencia que surge en nosotros es un préstamo y no una cesión porque todo en este mundo es transitorio y no podemos poseer nada. Sólo somos depositarios, usufructuarios. Nada podemos llevarnos de aquí porque en el lugar hacia donde nos dirigimos en la barca de Nuh no conocaremos necesidad de nada, *insha Allâh*, sino que la Realidad nos será entregada ya sin condición ni prueba. Allí no necesitaremos del *imân* porque degustaremos la Presencia.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos aclara en el Corán el vínculo real, el *tauhid* que traba a quienes pertenecen a Su comunidad esencial, a su *ummah*. En el Sura *Hud*, cuando Nuh está llamando a las gentes al *islâm*, encontramos los siguientes *âyat*:

"En ese momento Nuh llamó a un hijo suyo, que se había mantenido apartado de los otros: '¡Oh hijo mío! ¡Sube con nosotros, y no te quedes con los que niegan la verdad!' Pero el hijo respondió: 'Me refugiaré en una montaña que me proteja de las aguas.' Nuh dijo: '¡Hoy no hay protección para nadie del decreto de Allâh, salvo para aquellos que hayan merecido Su misericordia!' Y una ola se interpuso entre ellos, y el hijo fue de los que se ahogaron."

(CORÁN, SURA 11, HUD, ÂYAT 42-43)

Nuh sólo puede transmitir el mensaje. Es un ser humano, una criatura que no tiene poder para cambiar el curso del decreto divino. Su hijo, apartado de los demás, cree que la montaña lo salvará. Está prisionero del olvido y del *shirk* y su corazón cerrado al mensaje. Es uno de los que niegan la verdad, un *kâfir*, y Nuh, la paz sea con él, nada puede hacer para

convencerle. Una ola se interpone entre ambos y el hijo se ahoga. La ola que se interpone entre ambos es una barrera de incomprendión, un muro de inconsciencia.

¿Cómo es posible que el hijo no se dé cuenta de lo que está ocurriendo, mientras se alzan las olas amenazantes? Esa inconsciencia y esa incomprendión van a ser deshechas de un solo golpe de agua. El *káfir* se ahoga irremediablemente porque la barca de Nuh sólo alberga a los creyentes, a los confiados, a aquellos y aquellas cuyos corazones han sido abiertos a la Realidad a través de la Revelación.

La purificación de la comunidad humana es, en primera instancia, una purificación de su sangre, del vínculo elemental inicial y biológico. Allâh nos enseña que el vínculo de la comunidad luminosa trasciende la sangre, y así la purifica. Lo importante no es ser padres, madres, hijos, hermanas, esposas, sino *mu'minún*, musulmanes, hombres y mujeres cuyos corazones han sido purificados para recibir el mensaje de la Realidad. Sólo así, con esa prioridad existencial, podremos ser esposos, hermanos, padres e hijos realmente humanos.

Allâh señala la condición de aquellos que forman parte de su *ummah*. A esta comunidad no pertenecen quienes niegan la Realidad y asumen actitudes y conductas inmorales, extrañas. La inmoralidad es, básicamente, un rechazo de la capacidad de discriminar nuestros actos, una incapacidad para asumir la responsabilidad, ya que rechazamos la *âmana*, el sentido que nos propone la Realidad en forma de compromiso vital y existencial, en forma de palabra.

Pero Allâh sí nos establece una discriminación: señala el *islâm* y el *kufr* y la diferencia que hay entre ambas actitudes y,

una vez la comunidad ha sido purificada, cuando todos los seres sordos y ciegos a la Realidad han perecido, Allâh ordena la calma, la meditación, y entonces Nuh, la paz sea con él, Le invoca e implora:

"Y se dijo: '¡Oh tierra, traga tus aguas!' Y, '¡Oh cielo, detén tu lluvia!' Y las aguas se hundieron en la tierra y se hizo la voluntad de Allâh, y el arca se posó sobre el monte Yudi. Y se dijo: 'Fuera con esa gente malvada!'

YNuh invocó a su Sustentador, y dijo: '¡Oh Sustentador mío! ;En verdad, mi hijo era parte de mi familia; y, en verdad, Tu promesa se cumple siempre, y Tú eres el más justo de los jueces!'

Allâh respondió: '¡Oh Nuh, ciertamente, él no era de tu familia, pues era, en verdad, de conducta inmoral. Y no deberás pedirme algo de lo que no tienes conocimiento: En verdad, te prevengo para que no seas de los que ignoran qué es lo correcto.'

Nuh dijo: '¡Oh Sustentador mío! ;En verdad, busco refugio en Ti de pedirte nunca más algo de lo que no tenga conocimiento! ;Y si no me otorgas Tu perdón y me concedes Tu misericordia, seré uno de los perdidos!"

(CORÁN, SURA 11, HUD, ÂYAT 44-47)

La purificación se ha producido ya. La tierra absorbe el agua desbordada. Los que han perecido son ahora abono para una tierra regada y fertilizada. Nuestra piel se hidrata y alcanzamos

un estado de equilibrio u homeostasis. El veneno desaparece de nuestro cuerpo, disuelto entre las aguas. El *kufr* es reconocido y desenmascarado. Así supera Nuh la prueba de la purificación de su sangre. Aceptando el decreto y haciendo *tauba*, volviéndose con claridad hacia la Realidad, hacia Allâh.

Nuh, la paz sea con él, comprende que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, es su Sustentador, que todo depende de Él y que sólo por Su *Rahma* podrá salvarse de la disolución. Sabe ya que la conciencia y la disposición del corazón humano dependen sólo de Su voluntad. Él agracia a quien Quiere con Su luz y hunde a quien Quiere entre las aguas. Una vez establecido este comienzo del *islâm*, de la sumisión a la Realidad Única —en contraposición al *kufr*, a la negación de la Realidad— Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, se dirige a Nuh y le habla:

"Entonces se dijo: '¡Oh Nuh! Desciende con Nuestra paz, y con Nuestras bendiciones sobre ti y sobre las gentes que te acompañan, y los justos que surgirán de ti y de quienes están contigo. Pero a la gente malvada que ha de surgir de vosotros, les dejaremos disfrutar de sus vidas por un breve tiempo, y luego les sobrevendrá un castigo doloroso procedente de Nosotros.'"

(CORÁN, SURA 11. HUD, ÂYA 48)

Allâh ordena a Nuh, la paz sea con él, descender a una tierra ya purificada. Este descenso al mundo tras recibir la Revelación va acompañado del *salâm*, de la energía pacificadora que produce el sometimiento consciente y voluntario a Allâh. El *islâm* produce *salâm*, la conciencia de la Realidad

tranquiliza el corazón humano. Allâh bendice a quienes se Le someten y rechaza a quienes desmienten Sus signos.

En estos *âyat*, además, Allâh nos señala el carácter permanente de la purificación en esta vida, la naturaleza constante y recurrente de la prueba. La revelación de Nuh viene a discriminar y a purificar a la primera comunidad humana, a los *banu Âdam*, que se habían extraviado en el occidente de las sombras, en las sombras del pensamiento y del lenguaje. Pero esa comunidad purificada sigue siendo la de los *banu Âdam* porque los seres humanos no podemos renegar de nuestro origen, de la naturaleza y condición con las que Allâh inició nuestra creación en este mundo.

Así, los descendientes de Nuh, la paz sea con él, que somos toda la humanidad, no estamos libres de esa responsabilidad sino que, por el contrario, ésta es ahora clara y determinante. Hemos recibido el mensaje y hemos conocido la prueba y sus resultados. Allâh nos señala la diferencia entre el *islâm* y el *kufîr*, y, una vez comprendida ésta, nuestra decisión es vinculante.

O bien nos unimos a los navegantes luminosos de Nuh y de su *silsila* o, por el contrario, rechazamos la invitación y, negando la Realidad, nos sumimos sin remedio en las olas de lo aparente sin solución de continuidad. Por esa conciencia que tenemos del poder de Allâh es por lo que Le pedimos que sea Misericordioso con nosotros, porque seguimos siendo *banu Âdam*, porque mientras estemos en esta vida sólo somos peregrinos en pos de la Realidad.

Oh Señor nuestro: Conforta nuestros corazones con Tu *Rahma*, con Tu *báraka* y fortalece nuestro *imân* para que así podamos vivir conscientemente en este mundo Tuyo. *Amin.*



NO DEBEMOS OLVIDAR que conocemos la Revelación de Nuh, la paz sea con él, gracias al Corán, y que es en el Corán Generoso donde encontramos los signos y, sobre todo, el Criterio que no permite movernos entre las energías del mundo, entre las olas inmensas e incontrolables de la Creación.

Es Muhámmad, la paz y las bendiciones sean con él, quien nos transmite la historia de nuestro despertar a la Realidad, los signos que hacen posible la creación de un ser humano consciente y trascendente. Por eso Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, le dice:

"Estas son reseñas de algo que estaba fuera del alcance de tu percepción y que ahora te revelamos, Oh Muhámmad: pues ni tú ni tu pueblo lo conocíais a fondo antes. Sé, pues, como Nuh, paciente en la adversidad, pues, ¡ciertamente, el futuro es de los conscientes de Allâh!"

(CORÁN, SURA 11, HUD, ÂYA 49)

Las experiencias básicas que Allâh nos hace vivir en este *maqâm* son el *sabr*, la paciencia ante la adversidad, y la conciencia de la Realidad, la *taqua*. *Sabr* y *taqua* son la mejor provisión para nuestro viaje. Un *mu'min* no puede ser impaciente ni inconsciente de Allâh durante la prueba existencial. Precisamente su condición es la vigilia, el estado despierto, la atención a las señales. Nuh no se tapa los oídos ni cierra sus ojos ante aquello que la Realidad le muestra. Abre sus sentidos y su corazón a Allâh y sólamente espera Su respuesta.

Otea el horizonte hasta que Allâh le regala con la visión de Su estrella resplandeciente. El *mu'min* es, como el enamorado, una criatura que espera la Presencia del ser amado, un ser a quien la adversidad no vence.

Todos los profetas de aquella primera humanidad viven en este *maqâm*. Además de Nuh, Saleh, Shuayb, Lut, Iunus e Idris, la paz sea con ellos, tienen como misión transmitir a los seres humanos el mensaje del *tauhid* y advertirles de la grandeza y de las consecuencias del *tadbir*, de la libre elección.

Casi todos ellos expresan la purificación de la comunidad humana como una purificación de sus lazos de sangre. La mujer de Lut muere en la prueba. El hijo de Nuh se ahoga y Iunús casi perece él mismo en medio de la angustia. Sólo sobreviven aquellos que aceptan el mensaje y se someten a la Realidad.

Todos estos viajeros de la Realidad y sus seguidores están realizando un *Hach al asuad*, el itinerario luminoso hacia la Kaaba de Luz que aparecerá en la visión de Ibrahim, la paz sea con él.

Por eso el *maqâm* de Nuh es, en cierto sentido, el despertar de nuestra conciencia humana inicial en su peregrinación hacia la Realidad, de nuestra condición de *muhrim*, de peregrinos que queremos cumplir con aquello que nuestros corazones sienten o intuyen como verdadero, aceptando las pruebas que el itinerario divino nos propone.

De Nuh, la paz sea con él, parten todas los pueblos y culturas. Él es el tronco común de todas las comunidades humanas, *qutb* de aquella primera humanidad. El Nuh de nuestro ser es el dominio de nuestra pasión, el control de nuestro deseo más imperioso, la templanza de nuestros vientres.

Un *maqâm* es un estado establecido y permanente, en tanto que un estado transitorio se denomina *hal*, pero también las *mâqâmat* tienen decretado su tiempo y su plazo. Son las estaciones de parada y de comprensión, la conciencia de las *lataif* que vibran en nosotros como una perfecta sinfonía.

Nos dirigimos desde el centro sutil de nuestra vitalidad orgánica y sexual, *latifa nafsiya*, hacia el centro sutil de nuestra comprensión interior, *latifa qalbiya*, para circunvalar la Kaaba Luminosa, para establecernos en el *maqâm* de la adoración consciente, de la *'ibâda*. La energía luminosa va ascendiendo desde el vientre hasta el corazón, y allí comienza a ser consciente de sí misma.

Con la purificación de nuestros *nafs* se hace posible la experiencia de la Realidad y el conocimiento del *tauhid*. El *maqâm* de Nuh es el *gusl* que hacemos al comenzar nuestro *Hach*, una purificación necesaria. Luego nos vestimos con dos piezas de tela, el *izar* y el *ridâ'*; un delantal y un manto. Con una nos cubrimos el vientre y con la otra el pecho. *Sabr* y *taqua* son las mejores provisiones que podemos llevar en nuestro viaje. El delantal de la paciencia y de la templanza nos protege de la pasión y del caos. La conciencia de Allâh es el manto que nos mantiene contentos, seguros y arropados durante la vigilia.

Oh Señor nuestro: manténnos conscientes de Ti y dános paciencia y perseverancia durante nuestra peregrinación por el occidente de las sombras. Háznos peregrinos de luz hacia la Realidad. *Amin*.

IBRAHIM

Jutba 6

COMIENZA LA LUZ a levantarse sobre la tierra una vez más, atravesando la tiniebla, y empiezan a crecer los días. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos revela Su poder de hacer la creación como Él quiere y donde quiere. Él hace brotar la vida en la tierra yerma y hace surgir el deseo de Él, el fuego de Ibrahîm, *aleihi salem*, en nuestros corazones dormidos.

A Âdam, la paz sea con él, Allâh le condujo desde el conocimiento de Sus más bellos Nombres hasta el conocimiento de los nombres de todas las cosas, desde el sentimiento de Su presencia en el jardín de la Realidad hasta la necesidad de recordarLe en la tierra del peso y la gravedad. Con Âdam, la paz sea con él, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, aleja al ser humano de su principio situándolo en el mundo de las imágenes, de las palabras y de los velos materiales hasta extraviarlo completamente.

Más adelante, Allâh le encomienda a Nuh que advierta a las gentes de su extravío y les amoneste llamándoles a regresar a la verdadera existencia, pero los seres humanos de su tiempo habían perdido la memoria de su origen luminoso y eran entonces habitantes de una tierra sombría. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, purificó a esa humanidad con el agua del diluvio y así le hizo *gusl* a la tierra toda, que había sido contaminada por la inconsciencia humana. Los hijos de Nuh cruzaron todos los mares y océanos y se dispersaron por todos los continentes, poblándolos con los antepasados de la humanidad que hoy conocemos.

Después será Ibrahîm, la paz sea con él, el encargado de reunir a la humanidad escindida y dispersa para establecer la adoración, el regreso hacia la conciencia. Para ello Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, le revela las formas que ha de tener la llamada para suscitar el Recuerdo.

En *Los Jardines de los Justos*, An Nawaui recoge a su vez de Al Bujari un testimonio de Ibn Abbás. Se trata de una narración del profeta, la paz sea con él, reveladora de la relación íntima que Allâh nos propone como modelo. El profeta nos describe el *maqâm* de Ibrahîm, un episodio central de la historia profética en el que Allâh nos señala nuestra condición de criaturas dependientes y nos muestra la forma natural en que los seres humanos hemos de relacionarnos con Él.

Allâh le enseña a Ibrahîm la ciencia del corazón porque ese es el conocimiento que nos procura el encuentro con la Realidad. Ibrahîm es el amigo íntimo de Allâh, el *jalil ullâh*. Y Allâh le revela que Él es el *Wali* de los que confían, amigo de los *hunafa*, de los corazones libres de idolatría.

Es esta intimidad con Allâh la que hace posible la revelación de Ibrahîm. Esta familiaridad templá la visión del profeta que vino a enseñarnos la forma de regresar a Allâh mediante un conocimiento que surge del corazón.

Ibrahîm, el buscador de Allâh, lo buscó en todas las cosas creadas, en el sol, la luna y las estrellas, y finalmente lo encontró dentro de sí, en su más profunda intimidad. Ibrahîm era uno de los pocos seres humanos de su tiempo que aún conservaban la memoria luminosa, el Recuerdo de Allâh, como también le ocurriera a casi todos los profetas y al último de ellos, la paz sea con todos. Ibrahîm buscaba a su señor con todas sus fuerzas. Tal era su necesidad de luz. Él era el ser humano que más necesitaba encontrarLe y por eso Allâh le reveló el secreto de Su intimidad y el regalo de Su amistosa presencia.

El testimonio de Ibn Abbás nos hace oír una narración del profeta Muhámmad, la paz sea con él, que conoce por la Revelación, por el Corán. Esta descripción maravillosa nos suscita una visión clara de la historia de Ibrahîm, de su *maqâm*, porque es la descripción de quien fue sello de todas las visiones humanas. Muhámmad, la paz sea con él, conocía a todos los profetas anteriores a él. Y él fue su *imâm* en la Mezquita *Al Aqsa*.

"Dijo Ibn Abbás que el profeta, la paz sea con él, dijo que llegó Ibrahîm con Hayyâr, la madre de su hijo Isma'il, siendo éste un niño pequeño, hasta dejarlos ante el lugar de la Kaaba, junto a un árbol grande por encima del lugar de Zamzam y en lo más alto de la mezquita, sin que hubiera en Meca nada en ese tiempo, ni tan siquiera

agua, los dejó allí con un hatillo de dátiles y un recipiente con agua. Después, Ibrahîm partió, volviéndose por donde había venido. La madre de Isma'il lo siguió y lo llamó: 'Ibrahim! ¿Adónde vas dejándonos en este valle desierto?' Se lo gritó varias veces sin que por ello se volviese hacia ella. Y ella le preguntó: '¿Es que te lo ha dicho Allâh?' Ibrahim le contestó: 'Sí!' Y dijo ella: 'Entonces, no nos abandonará!'. Después ella regresó e Ibrahim se marchó.'

El profeta nos está revelando una ciencia divina por la que el ser humano puede relacionarse con Él, tener conciencia Suya. Y nos remite al *maqâm*, a la estación, al lugar donde ese profeta íntimo de Allâh va a acudir en dos momentos de su vida. En esta ocasión, la primera, llega al lugar guiado por Allâh y abandona allí a su familia para que establezcan el *salât*.

Pasados unos años, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, le hará regresar al mismo lugar, donde recibirá una revelación que ayuda desde entonces a los seres humanos a tener conciencia de Allâh y conciencia del mundo, a aprender la forma que debe tener la oración, el reconocimiento de la necesidad humana de la adoración y sus expresiones más acertadas. Allâh le muestra a Ibrahim la Kaaba de Luz y éste, ayudado por su hijo Isma'il, que ya es un hombre, construye un santuario de piedra de forma cúbica.

El profeta Muhámmad, la paz sea con él, nos describe un desierto seco en el que sólo había un árbol. Contempla el lugar de la Kaaba y el lugar de Zamzam, pero cuando alude al lugar donde Ibrahim ha dejado a su familia dice "Y en lo más alto de la mezquita." El profeta veía la misma Mezqui-

ta de Luz que Ibrahim había reconocido al llegar al lugar. Había llevado a los suyos hasta allí para establecer el *salât* y la peregrinación. Ibrahim no dudó que aquella fuese la Mezquita, *Al Masyid*, el lugar donde nos postramos irremediablemente, donde nos sometemos, el *maqâm* original donde regresamos los seres humanos. Allâh señaló en su corazón el lugar, la casa, la forma de nuestra adoración.

La intimidad con Allâh aparece reflejada claramente en la pregunta de Hayyar, quien no comprende por qué Ibrahim los abandona en aquel inhóspito lugar: *¿Te lo ha dicho Allâh?* Cuando Ibrahim le contesta que sí, Allâh está hablando por boca de su profeta, diciéndonos que Él es el *wâli* de Ibrahim y que en su corazón no cabe la duda sobre Él.

El *maqâm* de Ibrahim es la estación de la humanidad purificada que se vuelve naturalmente hacia la conciencia. Tras la purificación de Nuh viene la adoración, el reconocimiento, la vuelta, la reunión. Ese regreso comienza con el Recuerdo, con la apertura del corazón. Ibn Abbás prosigue su transcripción de la narración del profeta:

"Y cuando Ibrahim se encontraba en un paso entre montañas, en un lugar sustraído a cualquier mirada, y antes de alejarse definitivamente, hizo el siguiente du'a, alzando sus manos y encarando a la Kaaba:

'Señor, he establecido a mi familia en un valle desierto, junto a Tu Casa sagrada para que establezcan las formas de Tu adoración. Haz, pues, que los corazones de la gente se vean motivados para acudir a ellos y aprovisionalos de frutos, tal vez así sean agradecidos!'

En su *du'a*, Ibrahîm está viendo la Kaaba Celeste porque el santuario de piedra aún no ha sido erigido. En ese momento el profeta está viendo la Kaaba de Luz, la Casa, *Al Baytul*, el betilo cósmico y fundacional, y en su visión no caben sino la prosternación y el reconocimiento.

La casa de Allâh no es un cubo de piedra sino la estación donde la criatura se Le somete, el *maqâm* donde se prostrerna. Este sometimiento es fruto de la conciencia, del sentimiento de necesidad, y consiste en entregarse o adecuarse a la Realidad cuando ésta se manifiesta sin concesiones. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, lo ha dicho. Se lo ha dicho a Sus profetas y a Sus santos y lo sabe bien Su mensajero amigo.

Accedemos a la Revelación de Ibrahîm por medio de un *maqâm*, de una estación espiritual y de un lugar. Un centro de la humanidad que está indisolublemente unido a su conciencia, una Revelación que procura la intimidad con Allâh, Su más íntima cercanía.

Una forma de adoración seguida por todos los profetas y seres humanos sometidos a Allâh que vinieron después de él. Allâh establece ese centro, el eje de Su relación con la criatura, en el *salât*, en la prosternación, en el sometimiento voluntario y consciente a Él, en el deseo de Su intimidad.

Ibrahim le pide a Allâh que esa misión se vea recompensada con la Realidad, que esa prueba sirva para que las gentes recobren sus conciencias mediante un movimiento de sus corazones. El profeta le está pidiendo a su Señor que los seres humanos reconozcan la luz escondida en el sometimiento, en la aceptación, en el regreso, que sus corazones comprendan que su familia, que su *silsila*, están allí para

enseñarles a adorarLe, como un modelo vivo de la relación que Él quiere que sus siervos tengan con Él.

En su *du'a*, Ibrahim está expresando una de las formas que habrá de tener la adoración: la vuelta, el regreso, la peregrinación a aquel lugar, a la Mezquita de Luz que se estaba erigiendo en la tierra en aquel momento.

Los seres humanos habrán de volver a aquel lugar y mero-dejar dando vueltas tratando de encontrarLe, tratando de hallar la forma de adorarLe, de hacerse oír por Él o de oírLe, porque ese *maqâm* es la apertura del corazón humano a la Realidad, a la trascendencia. Sigue diciéndonos el profeta:

"Permaneció un tiempo la madre de Isma'il amamantando a su hijo mientras que ella bebía del agua, hasta que se agotó el agua que tenían y la sed se apoderó de ellos de tal manera que la madre de Isma'il veía cómo su hijo iba deshidratándose por la falta del líquido."

El *maqâm* de Ibrahim es la estación de la confianza en Allâh y por eso implica también una purificación, una prueba. Cuando Ibrahim se marcha, Hayyar se queda en el desierto porque así lo ha querido Allâh, Quien se lo ha dicho a Su amigo Ibrahim.

La adoración va a establecerse a partir del reconocimiento de una necesidad real como la sed misma, de la conciencia de ser una criatura. Allâh nos crea en la precariedad y en la necesidad para que Le busquemos sin cesar y así sean posibles nuestras vidas en la conciencia, en la Realidad. Esta es la condición real de las criaturas.

Hayyar está amamantando a un profeta, a un ser humano capaz de contener la Revelación, dotado de visión y agraciado con la conciencia de Allâh. La sed, la necesidad, el deseo de vivir se apoderó de ellos. La sed extrema es quizás una de las experiencias de privación más duras que un ser humano puede vivir, pero el movimiento de Hayyar no está causado por el miedo a su propia muerte o por la desconfianza en su Señor, sino porque veía cómo su hijo iba deshidratándose.

Hayyar, Allâh esté complacido con ella, estaba viendo cómo la vida, la única vida que existía en aquel lugar o *maqâm*, además de la suya, iba secándose. El movimiento de Hayyar trata de perpetuar la visión de la vida en la tierra. Continúa el profeta Muhámmad diciendo:

"La montaña que tenía más cerca era Safâ, se subió a ella y oteó el valle desde su cima tratando de divisar a alguien, pero fue en vano. Al no ver a nadie, descendió de Safâ hasta el valle, allí se recogió el extremo de su túnica y echó a correr con las fuerzas propias de una persona agotada y hambrienta. Hasta que atravesó el valle para subir después a Marua, que era otra montaña que se elevaba frente a Safâ. Desde lo alto escudriñó el horizonte tratando de ver a alguien, pero tampoco vio a nadie desde allí. Así estuvo subiendo y bajando de una montaña a otra hasta siete veces."

Dijo Ibn Abbás, Allâh esté complacido de él, que dijo el Profeta, Allâh le bendiga y le dé paz:

'Por ese motivo, la gente corre entre las dos montañas siete veces, durante la peregrinación.' Cuando subió a la montaña de Marua por última vez, oyó una voz y se dijo

a sí misma: '¡Sssss!'. Después prestó atención con el oído y volvió a oír la voz."

El profeta nos recuerda que la otra forma de adoración que Allâh le reveló a Ibrahîm, la peregrinación, *Al Hach*, es un regreso, un recuerdo del tiempo y lugar en que se estableció la forma de nuestra adoración. Damos vueltas alrededor de ese *maqâm* para darnos cuenta de que su centro es inalcanzable, para sentir que la misericordia de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, no conoce límites.

El peregrino ha de correr entre las dos montañas siete veces, revivir la angustia, la búsqueda infructuosa de la vida en el horizonte de la visión, la llamada a Allâh, la mirada desesperada. Finalmente, Hayyar encuentra la respuesta. Dijo Ibn Abbás, Allâh esté complacido con él, que dijo el profeta, Allâh le bendiga y le dé paz:

"Allâh se compadeció de la madre de Isma'il y aunque ella no hubiese escarbado en la arena de Zamzam, el agua habría manado, en cualquier caso, de forma inagotable.' Dijo: 'Así pues, bebió la madre de Isma'il y pudo seguir amamantando a su hijo. Y le dijo el ángel': 'No temáis perderos, porque aquí estará la Casa de Allâh y la construirán este niño y su padre. Y ciertamente, Allâh no abandonará a su familia!'

"En aquel tiempo sólo estaba el lugar de la Kaaba que lo constituía una elevación del terreno, como una especie de cerro, en el que las corrientes de agua pasaban a derecha e izquierda."

Vuelve a insistir el profeta, la paz sea con él, en el hecho de que en aquel tiempo el lugar de la Kaaba era tan sólo una elevación del terreno. En ese promontorio el profeta ve con claridad el *maqâm* donde se produce la Revelación, la Mezquita de Luz, la teofanía, el corazón telúrico que hace moverse los arroyos y los ríos, la fuente de la vida en la tierra. Junto a ese lugar elevado, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, hace brotar el agua a través de Su ángel. Él muestra así Su poder a la conciencia que se hace capaz de Él, lo Real inasible.

Allâh nos dice en el Corán, en el sura *Hud*, áya 7, que “desde que ha dispuesto la creación de la vida, el trono de Su poder ha descansado sobre el agua.” En el desierto de Meca hizo brotar un manantial inagotable como expresión de Su poder y de Su compasión, en el más inhóspito lugar, en el más olvidado y solitario *maqâm* de Su creación.

El agua de Zamzam es la respuesta de Allâh a la llamada de Su siervo, la expresión real de Su compasión hacia el ser humano. La respuesta divina no es otra que la vida, su posibilidad, su continuidad. Vamos hacia la vida y para ello hemos de morir alguna vez. Vamos hacia el encuentro con la Realidad y, para ello, Allâh nos va regalando la vida en la conciencia.

La narración nos sugiere que el santuario de piedra es tan sólo una representación material de la Kaaba de Luz, del *maqâm* que no es sino el corazón de quienes se someten a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*. La estación de Ibrahim no es el obelisco que señala el lugar desde donde el profeta encaraba la Kaaba y hacia sus *du'a*, sino la disposición interior que hemos de tener los seres humanos para recibir el agua de la vida espiritual, el regalo de la Realidad, de la conciencia.



TERMINA IBN ABBÁS transcribiendo la narración profética:

"Al cabo de un tiempo acertó a pasar, por las inmediaciones del lugar, una partida de gente de la tribu de Yurhum, procedentes del camino de Kadá, que descendieron al valle de Meca. Vieron un pájaro que planeaba en el aire y dijeron: '¡Ciertamente, es un pájaro dando vueltas sobre un lugar en el que hay agua. Así pues, reconoceremos el valle y veremos dónde está el agua!' Envían un emisario o dos y encontraron el agua. Después regresaron e informaron a los demás. Se presentaron todos y encontraron a la madre de Isma'il en el lugar del agua, a la cual pidieron permiso para instalarse allí. Y ella les dijo que sí pero que se reservaría el derecho al uso y distribución del agua y no ellos. Y aceptaron quedarse de ese modo.'

Dijo Ibn Abbás, Allâh esté complacido con él, que dijo el profeta, Allâh le bendiga y le dé paz:

'Así fue como encontró esta gracia la madre de Isma'il! ¡Siendo una mujer a la que le gustaba ser sociable!'

(RIYAD AS SALIHIN, CAPÍTULO 367)

No es que Allâh haya respondido al *du'a* de Ibrahîm. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, crea el mundo a través de la visión de Sus mensajeros. El *du'a* del profeta lleva a los seres

humanos a la visión, en este caso a la contemplación de un pájaro que vuela dando vueltas, circunvalando un ojo de agua. En el ojo de agua está Hayyar, la madre de un profeta. Ella y el agua son lo mismo porque ella ha sentido la sed de la vida en el desierto.

El agua es de Allâh y los seres humanos debemos conocer su valor, su significado. Hayyar conoce el secreto del agua, no porque la hubiera buscado como Ibrahîm buscaba a su Señor, no. Ella oteaba el horizonte buscando a los seres humanos en su visión, buscando a la humanidad. Por eso los seres humanos reconocemos en este *maqâm* la fuente de la compasión y del amor.

Allâhumma: Conserva el conocimiento en el corazón de los seres humanos, guíanos hacia la luz de la Realidad. *Allâhumma:* háznos conscientes en nuestra adoración de manera que nuestros corazones se hagan más capaces de Tí. Que nuestros corazones no se endurezcan para poder así beneficiarnos de Tu Revelación, para seguir vivos con plena salud hasta que muramos.

Allâhumma: manténnos sonrientes y confiados, háznos ser como Ibrahîm, Hayyar e Isma'il, que Tu poder haga posible la continuidad del ser humano consciente sobre esta tierra de Àdam. *Amín*

Jutba 7

EL VIERNES PASADO estuvimos hablando del *maqâm* de Ibrahîm, la paz sea con él, siguiendo el relato del profeta Muhammâd, la paz sea con él, que nos transmitió Ibn Abbás. Hoy continuamos con esa narración extraordinaria de quien mejor ha conocido la historia profética, por ser su culminación y su sello. Dijimos que el profeta Ibrahîm, la paz sea con él, acudió a Meca en dos momentos axiales de su vida, con el mandato de Allâh de establecer la forma de la adoración, de la *ibâda*.

En su primer viaje va en busca del lugar, del *maqâm*, donde ha de establecer a su familia, a su *silsila*. Un promontorio elevado junto a un árbol en medio del desierto. Ibrahîm, la paz sea con él, ve la Mezquita de Luz que es el lugar señalado por Allâh y hace un *du'a* para que Allâh proteja a su familia y les permita transmitir la Revelación.

Más tarde, Ibrahîm retorna a Meca para seguir transmitiendo a la humanidad en qué consiste esa adoración y para explicarnos con todo detalle qué es la Casa de Allâh, que no es otra cosa que el corazón humano, el *maqâm* que procura la intimidad con Allâh. Ibrahîm nos habla de la vida que conocemos, de la humanidad que somos. En la transmisión de Ibn Abbás, continúa diciéndonos el profeta:

"Pasó el tiempo y aumentaron las familias. Isma'il se hizo mayor, aprendió el árabe con las gentes de la tribu de Yurhum que se habían establecido junto a Zamzam y llegó a alcanzar cierto prestigio entre ellos. Cuando alcanzó la pubertad lo casaron con una mujer de ellos. Después murió su madre.

Llegó Abraham para interesarse por su familia y ver cómo estaban, pero no encontró a Isma'il. Entonces, preguntó a su mujer por él, y ésta le dijo: '¡Ha salido a buscar de comer para nosotros o a cazar para nosotros!'

Después le preguntó por su vida y cómo se encontraban. Ella le respondió quejándose: 'Estamos mal y padecemos una estrechez muy fuerte!' Él le dijo: 'Cuando venga tu marido, salúdale de mi parte y dile que cambie 'el umbral de su puerta'. Regresó Isma'il a su casa y, notando algo familiar, preguntó a su mujer: '¿Ha venido alguien?' Ella contestó: 'Sí! Ha venido un hombre mayor, de tal y tal aspecto. Me ha preguntado por ti y que cómo vivíamos. Yo le he contestado que vivíamos en una situación de estrechez acuciante.'

Isma'il le preguntó: '¿Y te ha dado algún consejo o te ha dicho algo?' Dijo ella: 'Sí, me mandó que te diera un saludo y que cambiara el umbral de tu puerta!' Él dijo: 'Ese es mi padre y me ha mandado separarme de ti! Así pues, ve con tu familia.' Isma'il la divorció y se casó con otra mujer de la misma tribu.

Se ausentó Ibrahîm durante un tiempo y regresó de nuevo a ellos. Y como no encontrara a su hijo Isma'il, preguntó a su mujer por él. Y ella le dijo: 'Ha salido a buscar de comer para nosotros!'

Preguntó: '¿Y cómo os encontráis?' Preguntando por su vida y su estado. Contestó ella, ensalzando y dando alabanzas a Allâh: 'Estamos bien y somos felices!'

Ibrahîm le preguntó: '¿Cuál es vuestro alimento?' Ella contestó: 'La carne!' Dijo: '¿Y cuál es vuestra bebida?' Dijo ella: 'El agua!' Dijo Ibrahîm: 'Oh Allâh, bendícelos e incrementa para ellos la carne y el agua!'

Dijo el Profeta, Allâh le bendiga y le dé paz:

'Y no tenían ese día para comer ni un sólo grano de trigo y aunque hubiesen tenido, Ibrahîm habría pedido para ellos de la misma forma!' Continuaron alimentándose exclusivamente de carne y agua, suficiente para ellos en Meca, pero no fuera de ella.'

En su regreso a Meca, Ibrahîm vuelve al lugar de la adoración. El profeta, la paz sea con él, nos dice que en ese tiempo ya había muerto su mujer, Hayyar, y que Isma'il había cre-

cido y se había casado. Ibrahîm se dirige a su casa cuando va al encuentro con Isma'il, la paz sea con ellos. Encuentra a la mujer de éste y le pregunta. Ante la expresión de descontento de ella le aconseja a su hijo que se divorcie. Ibrahîm se marcha y, al regresar, encuentra a una nueva esposa, contenta y sometida a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*. Esa eran la condiciones indispensables para poder erigir la Casa de Allâh, el *maqâm* de la adoración: el contento de ánimo, el agradecimiento, el regreso, el sometimiento.

Hayyar ya ha muerto y la visión de la Mezquita de Luz ha quedado atrás. Ahora es necesario establecer lazos de sangre y levantar muros de piedra, para que los seres humanos puedan vivir el sometimiento a Allâh en un *naqâm* localizado y visible, con una orientación interior y exterior, con un *imán* y con una *quibla*.

El establecimiento del *islâm* requiere de esa disposición alegre, confiada e inocente porque es en nuestros corazones donde se produce el sometimiento, la adecuación a lo Real. En ellos vive el recuerdo de aquella Kaaba de Luz que vieron Ibrahîm y Muhámmad, la paz sea con ellos.

El profeta nos está diciendo que la revelación de Ibrahîm sobre la adoración, sobre la *ibâda*, tiene que ver con la familia, y que la mujer es la puerta de la casa. Y por eso también, en otros hadices, el profeta, la paz sea con él, nos asegura que el matrimonio armonioso es la mitad del *din*, la más inmediata adoración, porque es la expresión más natural e intensa del amor, la más fecunda, la más real para nosotros que somos criaturas, seres creados para albergar la vida. Sin esa condición no nos es posible vivir y

transmitir el *islâm* por muy fuertes y elocuentes que sean nuestras palabras. Un ser humano estructuralmente descontento no ayuda a construir una comunidad espiritual, que es la que han tratado de configurar y establecer los profetas y los hombres justos.

Vuelve de nuevo la enseñanza de que la vida espiritual implica el mejoramiento de nuestra condición, de nuestro carácter. Pero esa es una tarea difícil porque nuestro carácter es la expresión más elemental de lo que somos, una condición que sentimos como innata e inamovible. Nuestra mente puede ser brillante, podemos comprender racionalmente muchas cosas, pero si no somos capaces de convivir, si no podemos alcanzar el diálogo, vivir el encuentro, no podremos acceder a la Realidad y nos debatiremos en una lucha estéril y en un monólogo sin sentido.

El *maqâm* de Ibrahim nos revela también que la única relación posible con Allâh pasa necesariamente por la aceptación de la Realidad, y nos lleva directamente al centro de la cuestión. Realidad es lo que nos ocurre, lo que nos llena o nos entristece, lo que nos configura y nos derborda. Nada hay fuera de la Realidad, pero somos ignorantes y, sobre todo, somos dependientes de lo más elemental, del agua y del alimento.

¿Cómo vivimos esa dependencia? ¿Nos sentimos maltratados porque la vida es difícil y nos cuesta un gran esfuerzo obtener el sustento? ¿Estamos descontentos porque la Realidad no es como quisiéramos? ¿O, por el contrario, nos sentimos agradecidos con la Realidad porque Allâh nos la está dando sin límite?

Todos sabemos que, en algún momento, hemos salido de las sombras y hemos vislumbrado un paisaje esperanzador, una luz motivadora. Y ha ocurrido así, súbitamente, por un movimiento de nuestro corazón, que ha sido iluminado por Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, agraciado con sus latidos. Así sabemos que es posible vivir ese cambio de nuestra conciencia, esa transición hacia la Realidad que hace que toda nuestra vida sea un solo y único acto de adoración, la sura de un regreso a la Luz Originadora.

El profeta, la paz sea con él, nos está diciendo con su mejor lenguaje que seamos hijos de la sonrisa, de la alegría, y que el contento de ánimo es una expresión irreversible de nuestra condición de musulmanes. Es así de claro y de rotundo. No puede haber pleno sometimiento, adoración, *ibâda*, donde haya alguien descontento, algún yo doliente que se interponga.

El profeta nos revela, además, un hecho singular. En el lugar donde Allâh establece su casa los seres humanos pueden alimentarse exclusivamente de carne y agua. En otro lugar, no. Su casa es el jardín, porque la Mezquita de Luz se levanta en un lugar elevado por cuyos bajos fluyen los arroyos, en este caso la fuente de Zamzam, la única fuente del Jardín cuya agua podemos beber los seres humanos en esta vida, porque es como un agua de todos los mundos que fluyera en esta tierra nuestra, el agua de una humanidad despierta.

Al *hamdulillâh* que hace que Ibrahîm nos enseñe la ciencia del corazón, la que nos sirve para purificarnos, para reflexionar, para adquirir sentido.

Allâhumma: Haz que vivamos contentos, que seamos alegres y confiados. Que nuestros corazones no se enderezcan con el olvido. ¡Oh Allâh!: Háznos adoradores sinceros en todos los actos de nuestras vidas. Destierra el mal humor de nuestro espacio cotidiano. Guiános por el sendero de los que están contentos y háznos vivir en su compañía. Mantén la alegría en nuestras familias y entre las gentes que Te reconocen y Te adoran. *Amín.*



CONCLUYE LA NARRACIÓN con el encuentro entre Ibrahîm y su hijo Isma'il, que tiene lugar precisamente en el mismo sitio donde Ibrahîm y el propio Muhámmad, la paz sea con ambos, habían visto la Mezquita de Luz, en el lugar elevado junto a Zamzam, donde había un solo árbol y las aguas del manantial lo circundaban.

"Permaneció ausente Ibrahîm durante un tiempo. Después regresó y encontró a Isma'il afilando una flecha, bajo un árbol cercano a Zamzam. Y cuando éste vio a su padre, se levantó y fue a recibirlo y se saludaron como corresponde al encuentro del padre con el hijo y del hijo con el padre."

La narración nos dice que ese lugar de adoración es el lugar natural del cazador, de Isma'il, *aleihî salem*, quien sale a cazar y afila sus flechas. Puede vivir alimentándose exclusivamente de carne y de agua. No es un ser humano sedentario aunque se haya establecido allí, en aquel *maqâm*. Recorre los espacios en busca de alimento, y

cuando lo consigue vuelve al manantial. Así hemos de vivir, lanzándonos en pos de la Realidad y encontrándola a nuestro regreso. Isma'il, la paz sea con él, manifiesta en esa cualidad el dinamismo que ha de tener el alma para hacerse capaz de Allâh, la condición despierta, el impulso irrefrenable hacia la Realidad, el incesante encuentro con ella, y la extinción.

Se saludaron de la mejor manera posible. Eran padre e hijo pero eran algo más: ambos tenían plena conciencia de Allâh porque eran profetas Suyos y estaban sometidos a Su decreto, que era transmitir la forma de la adoración, la revelación de la *ibada*.

Contento de ánimo, condición despierta y conciencia de Allâh. Una vez establecidas las condiciones de la adoración, el profeta nos narra cómo Ibrahim, la paz sea con ambos, enseña al ser humano la forma concreta de la casa:

"Dijo Ibrahim: '¡Isma'il, Allâh me ha encomendado un asunto!' Isma'il contestó: '¡Pues haz lo que te ha ordenado tu Señor!' Ibrahim dijo: '¿Y me ayudarás?' Contestó: '¡Y te ayudaré!' Dijo: '¡Allâh me ha ordenado construir una casa aquí!' (Señalando a una elevación del terreno).

En ese tiempo fue cuando levantaron los pilares de la casa. Después Isma'il acarreaba las piedras mientras que Ibrahim las iba colocando y de esa forma se iba elevando la construcción hasta que hubieron terminado y dijeron: '¡Señor nuestro, acéptanos este trabajo. Ciertamente, Tú eres El que todo lo oye, El Sabio!'"

La narración se cierra con la perfecta correspondencia entre el cielo y la tierra. Dos profetas, padre e hijo, expresan su sometimiento a la Realidad Única, a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*. El encuentro entre Ibrahim e Isma'il aparece como una suma de voluntades que quieren realizar a Allâh en este mundo. Todas sus acciones son las que Allâh les decreta y ellos las realizan con toda naturalidad. Pero no es sólo una concordancia entre el cielo y la tierra o un sometimiento de unos seres humanos a la ley del cielo, sino el reconocimiento tácito de la servidumbre absoluta, de la extinción en lo Real.

Ibrahim es el *jalil ullâh*, el amigo íntimo de Allâh, el que Le escucha en su corazón y el que se sabe escuchado, porque cuando hace su *du'a* Le dice: 'Tú eres el que todo lo oye'. Isma'il, cuyo nombre significa "Él oyó", sabe que su padre es el amigo de Allâh, que mantiene un diálogo interior con Él, y con esa conciencia le ayuda a realizar su tarea, como si en ese momento la Revelación necesitase de dos profetas para hacernos comprender el mensaje, que no es ahora sino el reconocimiento, la continuidad en la adoración y en el diálogo. Allâh les manda construir entonces, no un templo sino una casa, un espacio para que alguien viva.

Isma'il acarrea las piedras. Es más joven y tal vez más fuerte. Ibrahim las va colocando. Él es el *'arif*, el que conoce las proporciones y las formas de la Casa, porque había recibido ese conocimiento durante su visión de la Mezquita de Luz en su primer viaje a Meca. Finalmente hacen un *du'a* juntos y le piden a Allâh que acepte su trabajo.

Así, el profeta, la paz sea con él, da por terminada su narración del *maqâm* de Ibrahim que es la estación del

JUTBAS DE DAR AS SALÂM

establecimiento de la *'ibâda* y de la devoción, episodio central de la historia de nuestra *ummah* espiritual.

Allâhumma: Ayúdanos a mejorar nuestro carácter, a ser prudentes, equilibrados y justos. Ayúdanos a mejorar-nos unos a otros y haznos reconocer el amor. Ilumina nuestra ignorancia y sitúanos en la verdad compasiva-mente. Tú eres el Bueno, *al Barr*, Quien nos cura del amor por el mundo. Acércanos a Ti. Abre nuestras conciencias y haz que seamos realmente los hijos de la sonrisa. *Amin.*

Jutba 8

SEGUIMOS CAMINANDO de la mano de Ibrahîm, la paz sea con él, en la vía del sometimiento a la Realidad, asistiendo al despertar del corazón sutil, que es el *maqâm* donde se producen el encuentro, el diálogo íntimo y la adoración. Vamos a sumergirnos en el Corán para tratar de comprender cómo se producen ese despertar del corazón y ese diálogo interior que constituyen toda adoración, cualquier relación del ser humano con la divinidad, con lo sagrado, con Allâh, *Subhana ua Ta'ala*.

En el sura *Hud*, Allâh nos revela un episodio luminoso de la historia espiritual. El profeta Ibrahîm, la paz sea con él, es visitado por los ángeles en la intimidad de su hogar. Los emisarios van de viaje a advertir al profeta Lut, de la destrucción que se cierne sobre su pueblo a causa de su incredulidad y de su extravío. Dice Allâh en el Corán:

"Y, en efecto, vinieron a Ibrahîm Nuestros emisarios celestiales, con la buena nueva. Le ofrecieron el saludo de paz, y él respondió: '¡Y con vosotros la paz!' y se apresuró a presentarles un ternero asado."

(CORÁN, SURA 11, HUD, ÂYA 69)

Lo primero que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos revela en este âya es que Ibrahîm estaba con Él. No dice que fueron o llegaron sino que 'vinieron' al profeta. Allâh nos habla desde el propio *maqâm* de Ibrahîm, desde el lugar donde se produce la teofanía que nos provoca la conciencia de Allâh, el *tayali* que nos produce la *taqua*.

El *jalil ullâh*, el profeta que vive en estado de intimidad, de unión con Allâh, tiene como misión transmitirnos la forma en que Allâh nos hace ser conscientes de Él, la forma de vivir en Su compañía. Ibrahîm conoce el éxtasis de amor y Allâh le elige como Su *jalil*. El *jalil* es un amante totalmente entregado a su amado. Ibn 'Arabi nos dice que este grado de intimidad con Allâh le corresponde al *Insân al Kâmil*, al ser humano realizado, a la criatura en la que Allâh se manifiesta en la más perfecta de las formas.

Los viajeros saludan a Ibrahîm y éste les ofrece hospitalidad. Con ello expresa una actitud de apertura hacia el ser humano en general puesto que los viajeros le son desconocidos. Y les ofrece un alimento que no es sino la manifestación, el *tayali* de la esencia divina, en forma de apertura hacia todas las criaturas. Ibrahîm, la paz sea con él, nos ofrece a todos esa comida de hospitalidad porque para

él nada hay sino Allâh y nosotros, las criaturas, no cesamos de manifestar la Realidad Única, Aquella que, según el hadiz *qudsí*, sólo nuestros corazones pueden contener.

Dependemos de Allâh porque es Él Quien nos crea y nos da la provisión y la vida por medio de la conciencia, de la *taqua*, de la intimidad con Él. El alimento que nos ofrece es la Realidad. Y lo hace a través de Ibrahîm, que nos enseña cómo hemos de tratar a las criaturas, cómo hemos de darles lo mejor, aquello que de divino hay en nosotros y alimentarlas con Allâh porque Allâh es *Al Qayyûm*, Quien nos sostiene y nos nutre. Hemos de ser la mejor expresión de Allâh con Sus criaturas, alimentarlas con la luz más pura que seamos capaces de transmitir, con todo el amor y la conciencia que seamos capaces de albergar.

También Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos enseña cómo hemos de alimentar a nuestro Señor, a nuestro *Rabb*, en nuestra intimidad, para mantenernos vivos espiritualmente. Y nos dice que sólo podemos hacerlo a través de Su ángel, de aquello que nos está expresando paz, *salâm*, buena nueva. En el *maqâm* de Ibrahîm el ángel es huésped habitual, es la energía sutil que comunica al siervo con el Señor y a Éste con el siervo, la vibración unitiva y la expresión de la belleza y del bien. Continúa Allâh revelándonos el significado del *maqâm*:

"Pero al ver que no tendían sus manos hacia el alimento se extrañó de su conducta y sintió aprensión hacia ellos. Pero dijeron: "¡No temas! Ciertamente, hemos sido enviados al pueblo de Lut."

(CORÁN, SURA 11, HUD, ÂYA 70)

Los ángeles no comen. Su sustento es la adoración y su conciencia es el decreto, el *Qadr*. Pero Ibrahîm no conoce aún la naturaleza de sus huéspedes y siente miedo, porque en la tradición de los semitas del desierto el rechazo de la comida de hospitalidad es signo de clara hostilidad. Ibrahîm no pensó nada, sintió..., sintió aprensión, experimentó un estado momentáneo de separación, de extrañeza. Y en ese estado de sorpresa, en ese *barzaj*, se produce el encuentro, en ese momento se nos revela el ángel diciéndonos: '*No temas, no sientas miedo, soy Yo.*'

Y ese Yo no es sino el germen de nuestra vida espiritual, la conciencia de Allâh que vive en nuestra más cercana intimidad. Sentimos aprensión hacia los demás cuando los sentimos como otros, como distintos. Esa aprensión nos lleva a preguntarnos: *¿Quién será?*

Y el ángel nos responde: '*¿Quién sino Allâh?*' porque el ángel es el destello de Allâh en nuestras conciencias, la energía luminosa que nos transmite la buena nueva del encuentro, de la unión. El ángel es ese ser de luz que nos acompaña en nuestra travesía por estos mundos, la sonrisa sincera, la idea útil, el rostro de la belleza, la hospitalidad desinteresada y tantas otras recreaciones y presencias que a veces se dejan sentir por nosotros en los momentos en que Allâh se nos revela como *Al Latif*, como lo más Sutil.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, ha creado a los ángeles para que nos sirvan. Y nos sirven porque purifican y confortan nuestros corazones con la presencia divina, porque son la forma que tiene Allâh de producir la luz en nuestro corazón y por eso mismo nos dice Allâh que sostienen Su

trono. Ellos nos sirven porque si no existieran esos seres luminosos en nuestras conciencias no tendríamos ninguna posibilidad de encontrar el camino de vuelta.

Hemos sido creados en la sombra interior. Allí brotó la luz de nuestra conciencia, rodeada por la penumbra, y desde entonces no hemos hecho más que regresar, cruzando los límites, los colores, las formas y los pensamientos. El ángel es el recuerdo de aquella luz primera, su eco más cercano en la creación de Allâh, en la conciencia humana.

El encuentro con el ángel es la *báraka* que nos transmite el ser humano sometido a Allâh, la medicina que cura al corazón de su nostalgia. No podemos ver la Luz, porque es la Luz la que nos hace ver. Sólo vemos los colores, las sombras, las huellas, pero la realidad es translúcida, transluminosa, trans-aparente. Continúa diciéndonos Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Y su mujer, que estaba de pie al lado, se rió de felicidad y entonces le dimos la buena nueva del nacimiento de Ishak y, después de Ishak, de su nieto Yacúb."

(CORÁN, SURA 11, HUD, ÁYA 71)

La *báraka* de Allâh se derramó en la intimidad de Ibrahîm. Su casa era honrada por Allâh con Su presencia angélica. Tal era el pacto que Allâh había establecido con Su *jalil*. Su mezquita, su corazón y su casa eran lo mismo. No había ninguna fractura en su experiencia. Y por esa razón establece en él su morada, su *maqâm*, y lo hace con tal fuerza

que su linaje se ve fortalecido con la presencia divina y surgen de él incontables profetas, enviados y santos.

Allâh Se le revela a Sarai y le asegura su descendencia como se la había asegurado a Ibrahîm, de cuyo linaje surgirán Isma'il e Ishak, Yacûb y Yusuf, la paz sea con todos ellos. Éste último, según nos dice la Revelación, expresó la belleza como ningún otro ser humano. Parecía un ángel. Sarai se rió de felicidad al enterarse de que los huéspedes eran emisarios de Allâh y sintió Su *báraka*.

La presencia de Allâh se manifiesta en Sarai como alegría, como felicidad: Rió de alegría. Estaba siendo atravesada por el ángel y sintiendo aquello que siempre hemos deseado sentir, la verdadera unión, el verdadero encuentro, la muerte y la resurrección verdaderas pero, inmediatamente, su conciencia se vuelve sobre sí misma. Dice Allâh:

"Dijo ella: 'Ay de mí! ¿Cómo voy a tener un hijo, siendo ya vieja y mi marido un anciano? ¡Ciertamente, eso sería en verdad algo asombroso!'"

(CORÁN, SURA 11, HUD, AYA 72)

Tras la sacudida, tras el destello alumbrador de la presencia divina, Sarai se mira a sí misma y percibe la sombra: 'Ay de mí', dice. Contempla su cuerpo vencido por el tiempo y siente su propia esterilidad, su incapacidad para producir la vida. Es el grito desesperado de Yerma, el dolor incontenible de la mujer que no puede tener hijos, que incluso ha incitado a su esposo, Ibrahim, para que se una

con Hayyar, la esclava egipcia que le ha asegurado la continuación de su linaje con Isma'il. La esterilidad de Sarai aparece aquí como una sombra que arroja la presencia de Allâh sobre el mundo, como un contrapunto inevitable.

Sarai parece decir: “*Reconozco la luz, pero cuando la luz me anega, puedo ver aquello que ocultaba mi sombra, puedo verme a mí misma tal y como soy, como una criatura débil y sometida al tiempo, al desgaste, a la muerte. Y además me doy cuenta de mi incapacidad para crear nada, de mi esterilidad*”.

Sarai es entonces una criatura deslumbrada y aquí se produce el mayor contraste, la mayor tensión. No podemos eludir nuestra condición de criaturas, pero Allâh nos muestra Su luz y nos provoca la pregunta: “*¿Cómo puedo ser luz, atravesar la muerte y producir la vida, si no soy más que un cuerpo cansado y sometido?*”. Dice Allâh en el Corán:

“Los emisarios respondieron: ‘¿Te asombras de que Allâh decree lo que Él quiera? ¡La gracia de Allâh y Sus bendiciones sean sobre vosotros, Oh gente de esta casa! ¡Ciertamente, Él es digno de toda alabanza, sublime!’”

(CORÁN, SURA 11, HUD, AYA 73)

Los ángeles responden siempre a esa pregunta. Son emisarios de Allâh, heraldos de Su presencia y de esa forma Le adoran, cumpliendo la orden de servir a Sus jali-fas. Los ángeles expresan a Allâh como *An Nur* porque son la mejor luz que nosotros podemos vivir.

¿Nos extrañamos del poder de Allâh delante de Su Ángel? Sí, me extraño en la más cercana presencia porque estoy desapareciendo en la luz, disolviéndome en ella y mi conciencia se está expandiendo, alejándose de todo aquello que reconozco como yo, como mío. Un momento de asombro, de sombra, de vacío.

A la pregunta de Sarai, los ángeles responden con otra pregunta: *¿Te asombras?*, pero esa pregunta es en realidad la expresión del *Qadr*, del decreto de Allâh cuando dice *“¡Sé! y es!, Kun Fayakun”*, cuando el decreto es pronunciado y la Realidad se manifiesta en nosotros, porque inmediatamente el ángel nos transmite la *báraka* y nos devuelve a la presencia del Amado.

¡Oh gentes de esta casa, oh huéspedes del corazón, de la confianza, del Recuerdo!: Allâh es vuestro Único huésped, vuestro Único invitado! Adoradle sólo a Él porque sólo Él es digno de ser adorado, porque Él es *Al Hamid*, *Al hamdulillâh*, el Único capaz de ser amado, el Sublime.

Allâhumma: Quiera Allâh para nosotros el servicio constante de Sus ángeles porque esta sería la prueba de la pureza de nuestras intenciones. Quiera Allâh para nosotros lo mismo que quiso para Ibrahîm, *alethi salem*, y las gentes de su casa: la intimidad y la disposición para la vida luminosa, la ternura del corazón. *Amin.*



TERMINA ALLÂH, *Subhana ua Ta'ala*, narrándonos el desenlace del encuentro de Ibrahîm con Sus ángeles:

"Y cuando se desvaneció el temor de Ibrahîm y hubo recibido la buena nueva que le fuera transmitida, comenzó a interceder ante Nosotros por el pueblo de Lut: pues, ciertamente, Ibrahîm era sumamente benigno y tierno de corazón, dispuesto a volverse a Allâh una y otra vez."

(CORÁN, SURA 11, HUD, AYAT 74-75)

Ibrahîm, al igual que Sarai, tras reconocer a los seres de luz que Allâh les envía ha sido deslumbrado por la presencia y arrojado a su sombra. La sombra de Sarai era de naturaleza mental, era la extrañeza, el asombro ante el vacío, pero la sombra de Ibrahîm, la paz sea con él, es su propio corazón donde vive *Al Rahîm*, el Misericordioso, y nada más conocer la buena nueva comienza a interceder por la humanidad perdida.

Así Allâh nos dice cómo era su profeta, el *hanif* que había preparado su casa, su corazón y su mezquita para que fuesen un lugar de adoración y de manifestación, y cumplir así un destino que nos permite a todos regresar. Y lo mejor que puede manifestarse en el corazón humano es la compasión. Allâh elige a las gentes de su casa, a Sus adoradores conscientes, entre aquellos que han purifica-

do sus corazones de toda idolatría y se han llenado con la luz de la Realidad. Y lo hace así para que transmitan al ser humano esa misma Luz y le permitan así conocer el camino de regreso a Ella.

Ibrahim, la paz sea con él, era muy bueno. Su sombra era la compasión. Su decreto era compartir el decreto de todas las criaturas, sentirlas, sentir con ellas, compadecerse de su condición y de su estado.

Un corazón sano y vacío se compadece porque está reflejando la Realidad en la creación. Y en ese momento la Realidad son las criaturas extraviadas que sufren y van a ser aniquiladas. Ibrahim no sufre *por ellas*, a causa de ellas, sino *con ellas*, siendo capaz de contenerlas en su interior, de experimentar sus estados, de reflejar sus pensamientos. Pero Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, sabe más y termina diciéndonos:

"Pero los emisarios de Allâh respondieron: '¡Oh Ibrahim! ¡Desiste de ello! ¡Ciertamente, el decreto de tu Sustentador ya ha sido promulgado: y, en verdad, les sobrevendrá un castigo que nadie puede impedir!'"

(CORÁN, SURA 11, HUD, AYA 76)

Ni tan siquiera el *jalil*, el *hanif* que Allâh había elegido para levantar Su casa, puede cambiar el decreto, el *Qadr*. La compasión marca el límite y señala el final, el desenlace del encuentro y de la enseñanza. De la misma manera Allâh advierte al profeta Muhámmad cuando le dice, en el Corán, en el Sura El Trueno:

"Pero tanto si te dejamos ver en la vida, Oh profeta, el cumplimiento de algo de lo que les hemos prometido, o si te hacemos morir antes de su cumplimiento, tu deber es sólo transmitir el mensaje, y Nuestro es el ajuste de cuentas."

(CORÁN, SURA 13, AR RAAD, EL TRUENO, ÁYA 40)

En nuestro caso, el deber de Ibrahîm, como el de todos los profetas, la paz sea con ellos, es sólo transmitir el mensaje. Y el mensaje es aquí muy claro: el límite de nuestra capacidad de transmitir la luz está en la compasión, en ser capaces de compartir el decreto y el destino de los otros. Eso es lo más difícil y requiere, como nos dice Allâh, de una naturaleza bondadosa y de un corazón tierno.

Una naturaleza bondadosa es una casa abierta. Un corazón tierno es una casa donde sus habitantes intercambian sonrisas en sus miradas. Eso es lo que nos dice Allâh, que a partir de ahí sólo se manifiesta en nosotros Su decreto y somos el ojo por el que Él ve y el oído por el que oye.

Allâhumma: Háznos bondadosos como Ibrahîm y que nuestros corazones conserven la flexibilidad y la transparencia. *Amin.*

Jutba 9

EL TIEMPO DE LA REVELACIÓN no es el tiempo lineal de esa historia que ha decretado su final sino el tiempo del sentido que no cesa de acontecer, son esos momentos de realidad que a veces disfrutamos y que tantas veces nos pasan desapercibidos entre los velos de la manifestación, en el devenir de lo aparente. A pesar de que la historia lineal muestra también las evidencias de la historia profética, no es capaz de explicarnos el sentido trascendente de nuestro acontecer, pues sólo trata de mostrarnos que unos sucesos son consecuencia de otros.

No es esa la *Historia del Alma* que escribe nuestro querido Said Zhang Chengzi, ni la historia de un despertar, sino un encadenamiento de cifras, palabras e imágenes que no consiguen ni expresar ni ocultar la Realidad, porque cualquier acontecer es expresión del poder de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*,

que es Quien crea el movimiento y decreta su comienzo y su final. Pero incluso en esa historia también encontramos los ecos de nuestro despertar espiritual.

La arqueología encuentra las huellas del diluvio de Nuh a una profundidad de tres mil años antes de Isa. Los restos del pueblo de Lut han sido hallados en el lecho del Mar Muerto, en un estrato mil años posterior al diluvio. La cronología lineal nos señala un período de tiempo de mil años entre Nuh e Ibrahîm, la paz sea con ellos. Mil años de la vida de una humanidad que, aunque ha recibido reiteradamente el mensaje, se debate entre el sometimiento a la Realidad y la inconsciencia.

Nuh, la paz sea con él, ha guiado a esta comunidad entre las olas tempestuosas de los nombres y de las palabras, y la nave se ha posado en un sitio seguro. La humanidad purificada desciende con el propósito de constituirse en una comunidad de seres que viven sometiéndose a la Realidad Única. Esos mil años de tiempo lineal nos ayudan a darnos cuenta de que los siglos no sirven de nada frente a la obstinación humana.

Pero la historia que necesitamos no es la de los siglos y los milenios, sino la cronología de nuestro acontecer espiritual y su disolución en el mundo de la Revelación y del sentido. Han pasado mil años, mucho tiempo, sobre esta tierra de Nuh cuando Ibrahîm, la paz sea con ellos, la encuentra nuevamente habitada de seres velados a la Realidad, ocupados ahora en la rutina de adorar la memoria de sus antepasados, de adorar precisamente la historia desalmada y lineal de las criaturas.

Mil años después de Nuh, tal vez millones de humanidades más tarde, Ibrahîm, la paz sea con él, asume la misión de restablecer el vínculo del ser humano con la Realidad, de transmitir a la criatura todas las formas de la adoración, todas las expresiones de la ‘ibâda. Allâh le otorga la Ciencia de la Unidad, el *tauhid*, y le procura certeza ontológica mientras le enseña a articular la *shahâda*: *lâ ilâha illâ Allâh*. No existen dioses, ni ídolos ni formas ni nada excepto la Realidad Única. *Lâ ilâha illâ Allâh*. La visión de Ibrahîm es la del íntimo testigo de la Realidad. En el Sura *Al Anaam*, El Ganado, Allâh nos dice:

“Y, he aquí, que Ibrahîm habló así a su padre Asar: ‘¿Tomas acaso a los ídolos por dioses? ¡En verdad, veo que tú y tu gente estás evidentemente extraviados!’ Y dimos así a Ibrahîm su primera visión del magnífico dominio de Allâh sobre los cielos y la tierra, para que fuera de los que poseen certeza interior.”

(CORÁN, SURA 6, AL ANAAM, EL GANADO, ÂYAT 74-75)

Es la hora de *Asr*, la hora en la que el sol comienza a declinar, el momento en que las apariencias se desvanecen. No es la luz del sol la que nos ilumina sino que es el Creador del sol y de todas las cosas Aquel que hace posible nuestra conciencia y nuestra vida, Aquel que nos sustenta.

La luz azul y blanca del cielo de *duhr*, que había nacido en el oriente, y había navegado con Nuh durante mil años, va tiñéndose de rojo luminoso a medida que se va exiliando en el crepúsculo, cuando la travesía nos va acercando a

ese *magrib* donde las sombras comienzan a alargarse y a adueñarse de nuestra visión.

Ibrahim comienza entonando la primera parte de la shahâda: '*La illaha, la illaha, la illaha...*' a un interlocutor que es su padre, Asar. La claridad y profundidad de su visión le lleva a vivir las formas como pura apariencia, a contradecir a su propio padre, a oponerse a la sangre y a la costumbre, como hicieron sus antecesores en el *isnad* profético, la paz sea con ellos.

Es Allâh Quien ordena al sol de *asr* que decline, en el momento en que el Ibrahim de nuestro ser nos dice que estamos viviendo una historia que no es la memoria de nuestros antepasados sino la vibración luminosa del tiempo de la Revelación, de un ahora lleno de sentido. En ese tiempo real es donde Allâh nos muestra a Ibrahim viviendo la experiencia de los ciclos, del día y de la noche, recibiendo en su corazón la sabiduría del *salât* y el conocimiento de sus momentos, la conciencia de la adoración y de sus ritmos. Porque somos criaturas y estamos sujetas a Allâh, sujetas al Tiempo y a Sus cambios. Así, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, continúa diciéndonos en el Corán:

"Cuando se hizo sobre él la oscuridad de la noche, vio una estrella; y exclamó: 'Este es mi Sustentador!' pero cuando se ocultó, dijo: 'No amo lo que se desvanece.'

Luego, cuando vio salir a la luna, dijo: 'Este es mi Sustentador!' pero cuando se ocultó, dijo: 'Ciertamente, si mi Sustentador no me guía, seré sin duda de los que se extravían!'

Luego, cuando vio salir al sol, dijo: '¡Este es mi Sustentador! ¡Este es el más grande de todos' pero cuando este también se ocultó, exclamó: '¡Pueblo mío! ¡Ciertamente, estoy lejos de atribuir, como vosotros, divinidad a algo junto con Allâh! Ciertamente, me he vuelto por entero, como hanif, a Aquel que creó los cielos y la tierra, apartándome de toda falsedad; y no soy de los que atribuyen divinidad a algo junto con Allâh.'

(CORÁN, SURA 6, AL ANAAM, EL GANADO, ÁYAT 76-79)

En plena experiencia de desvelamiento, de *tauhid*, Ibrahîm es envuelto por las llamas del crepúsculo que no consiguen quemarlo. La oscuridad se cierne sobre el profeta que está conociendo en la Realidad, en Allâh, los pilares del *din* del *islâm*, las formas del sometimiento y de la adoración. Tras recitar a su padre Asar la primera parte de la *shahâda*, trata de encontrar la *quibla* de su adoración, la dirección de su prosternación, de su *sujûd*, deteniéndose en cada uno de sus momentos.

Tras el desvelamiento de *asr* se cierne el crepúsculo del *magrib*. Allí Ibrahîm cree que le sustenta una estrella, cuando en realidad la estrella es sólo un signo, una promesa de luz en el mar de oscuridad. Cuando su brillo deja de sustentar su visión el profeta comprende que no es esa la luz que está creando su conciencia. *La illâha*.

La luz que ansía el profeta es una luz inmutable e inextinguible, un alumbramiento que le trasciende. Tampoco la luna de *ishâ* le responde y su luz reflejada le confunde. *La*

illâha. Pide dirección a Allâh durante la noche, pero ni aún la luz del amanecer, ni el sol de *subh*, consiguen colmar su sed de claridad. No es ese el *Ishraq* que busca. *La illâha*.

Ibrahîm está conociendo el ritmo de la adoración: *Asr*, *magrib*, *ishâ*, *subh*... hasta llegar al *duhr*, al céntit donde el movimiento se detiene y la luz se nos revela como inmutable, quieta y trascendente a los astros. Por eso Ibrahîm, la paz sea con él, construye la Kaaba en el mediodía de su visión, en el lugar más elevado sobre la corriente del agua de vida. Las inflexiones de la luz marcan nuestros ritmos y los ritmos de toda creación.

Así proclama Ibrahîm la *shahâda* ante su pueblo, una *shahâda* que ha insistido sobre todo en su primera parte, en el testimonio de que ningún ídolo, ninguna forma ni criatura pueden ser comparadas o asociadas con el Único Sustentador. Es necesario señalar con un solo dedo de la mano los velos que ocultan a *Al Wahid*, expresión del *tauhid* que aventa las cenizas de cualquier ídolo. El *din* de Ibrahîm es el *din* de los *hunafa*, de quienes adoran al Dios Único, solo y sin asociado, el *islâm* de los jalifas reales.

La *shahâda* es el primer pilar de nuestro *din* porque abre la puerta del reconocimiento y nos posibilita la adoración de la Realidad, aboliendo inútiles servidumbres. La *shahâda* no son vanas palabras sino el testimonio que nos procura la conciencia del *shirk*, del velo, y por eso es el comienzo de nuestra *taqua*, de nuestra conciencia de Allâh y de nuestro sometimiento.

Oh Señor nuestro: Libranos de las cadenas del *shirk* para que podamos disfrutar de los bienes de este mundo y

alcanzar Tu Jardín. Háznos testigos de la Realidad, conscientes de Tu poder. Procúranos el *tauhid* incesantemente para que seamos de la *tariqa* de Tus *hunafa*. Amin.



EL PADRE DE IBRAHÎM, Asar, representa la tradición de los antepasados, la fuerza de la costumbre, el peso de la rutina. Los pueblos antiguos adoraban al sol, a la luna y a las estrellas porque así lo habían hecho sus ancestros. El argumento de la creencia era, pues, un argumento fundamentado en la historia lineal, en la genealogía y en la cultura, y no en la experiencia de la Realidad, en la conciencia. Por eso Allâh nos aclara en el Corán la condición de Ibrahim, la paz sea con él, en el Sura Los Profetas:

"Y, ciertamente, mucho antes del tiempo de Musa dimos a Ibrahim su conciencia de la rectitud; y éramos conscientes de él cuando les dijo a su padre y a su gente: '¿Qué son esas imágenes de las que sois tan intensamente devotos?' Respondieron: 'Hallamos a nuestros antepasados adorándolas.'

(CORÁN, SURA 21, AN ANBIYA, LOS PROFETAS, AYAT 51-53)

Ibrahim, la paz sea con él, es agraciado con la Ciencia del *tauhid*, con la experiencia y la comprensión de la unicidad. La Ciencia del Corazón le lleva a desvelar la falsedad que supone atribuir realidad a las criaturas en sí mismas. Su mensaje es, básicamente, el establecimiento de los pilares del someti-

miento o adecuación del ser humano a la Realidad. La Revelación que nos transmite rompe las barreras que nos separan de esa Única Conciencia que nos sustenta. Ibrahîm tiene conciencia de Allâh y Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, es consciente de Ibrahîm cuando éste pregunta a su pueblo sobre la naturaleza de los ídolos, cuando desvela la falsedad de su adoración: ¿Qué son esas imágenes?

El profeta responde con la acción. Sus manos son más fuertes que esos falsos dioses que sumen a su pueblo en el error, en la oscuridad. La Ciencia del Corazón es la ciencia de la acción verdadera, de la palabra cierta y del silencio aleccionador. Ibrahîm, la paz sea con él, rompe en pedazos las máscaras de los antepasados, el falso testimonio a que nos lleva la costumbre, el prejuicio, la religión consuetudinaria. Ese movimiento arrebatado e incluso violento del corazón no es una expresión irracional sino la recuperación de la racionalidad, del pensamiento libre de los velos.

"Ibrahîm dijo: '¿Adoráis, pues, en lugar de Allâh a algo que en nada os puede beneficiar ni perjudicar? ¡Fuera con vosotros y con todo lo que adoráis en vez de Allâh! ¿No vais a usar vuestra razón?'"

(CORÁN, SURA 21, AN ANBIYA, LOS PROFETAS, ÂYAT 66-67)

Normalmente no vemos lo evidente, lo más sencillo y claro, porque estamos velados por las palabras y por las imágenes, porque nos sentimos razonables. No vemos la Realidad porque nos sentimos ajenos a ella, porque dirigimos nuestra atención a las formas y éstas nos limitan,

devolviéndonos sólo una imagen, una palabra, un gesto o una huella. Así vivimos entre los velos de los nombres como si sólo aquello que pensamos o imaginamos fuese cierto y real. Ibrahîm, la paz sea con él, completa su discurso con la segunda parte de la *shahâda*, entonando un maravilloso *illah Allâh*:

"Ibrahîm dijo: '¿Habéis, pues, considerado alguna vez qué es lo que habéis estado adorando vosotros y esos antepasados vuestros? En cuanto a mí, sé que esos falsos dioses son ciertamente mis enemigos, y que nadie me presta auxilio salvo el Sustentador de todos los mundos, que me ha creado y es Quien me guía, y es Quien me da de comer y de beber, y cuando caigo enfermo, es Él Quien me devuelve la salud, y quien me hará morir y luego me devolverá a la vida, y Quien, espero, perdonará mis faltas en el Día del Juicio.'"

(CORÁN, SURA 26, ASH SHUARA, LOS POETAS, ÂYAT 75-82)

Para Ibrahîm sólo Allâh existe porque sólo Él le sustenta. Ante semejante revelación, su pueblo se le enfrenta y le combate a muerte:

"Exclamaron: '¡Quemadle, y vindicad así a vuestros dioses, si estáis dispuestos a hacer algo!' Pero dijimos: '¡Oh fuego! ¡Sé frío, y una fuente de paz interior para Ibrahîm!'"

(CORÁN, SURA 21, AN ANBIYA, LOS PROFETAS, ÂYAT 68, 69)

Las llamas no queman a Ibrahim. El crepúsculo no le confunde porque detrás de la vacuidad de las cosas creadas ha encontrado a su Señor, ha llegado a ser consciente de Quién le sustenta. El agua no moja a Nuh ni el fuego quema a Ibrahim, la paz sea con ellos, porque han cruzado el mundo de la apariencia hasta llegar a la presencia de su Señor. Tras la purificación del vientre, del *nafs ammara*, del deseo compulsivo, nos llega la purificación del corazón, el pulimento de nuestras palabras y acciones mediante el testimonio de la unicidad, del *tauhid*.

Por eso el fuego de la Realidad, en este caso, no sólo no nos quema sino que se convierte en una fuente de paz interior para el Ibrahim de nuestro ser. El transcurrir, la incesante danza de los ciclos, ya no es sufrimiento sino *salâm*. En la vida y en la muerte hay un signo para los que razonan y así aceptamos en paz la vacuidad de nuestro *nafs* como la de todo aquello que es creado sin cesar, porque estamos reconociendo a Aquel que nos da la vida y nos da la muerte, detrás de todas las formas, circunstancias y manifestaciones.

Sólo Allâh puede procurarnos la paz, sólo Él nos hace devenir musulmanes, criaturas consciente y voluntariamente sometidas a lo Real. Gloria a Aquél que quiere para nosotros la conciencia. Al *hamdulillâh* que ha enviado a Sus profetas y nos ha hecho llegar esos mensajes Suyos que nos alumbran. *Barakalaufiq* porque en Ibrahim nos regalas la forma impecable de nuestro *din*, la expresión sincera y clara de nuestro sometimiento, el manantial inagotable del *tauhid* de la vida de lo Real. La paz, la compasión y la gracia de Allâh sean siempre con el profeta amigo. *Amin*.

Jutba 10

LA PEREGRINACIÓN, *al Hach*, es uno de los pilares del *islám*. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos ha declarado obligatorio aquello sin lo cual nos sería muy difícil poder recobrar la conciencia de Él. Porque nos ama y nos enseña aquello que por nosotros mismos no podemos concebir. Somos peregrinos en este mundo y Allâh nos procura esa conciencia, esa Guía. Somos viajeros en una tierra llena de claroscuros y nuestra meta es la Luz, una luz que nos atraviesa y que atravesamos casi sin darnos cuenta.

Allâh mandó a Ibrahîm, la paz sea con él, que construyese la Kaaba como una referencia exterior y material que nos permitiera escenificar un rito con unas profundas consecuencias espirituales, pues el *Hach* nos ayuda a comprender que nuestra peregrinación es la de un ser precario que busca el *áman*, la protección y la ayuda de su Señor.

Cuando vemos la Kaaba de piedra nuestros corazones se commueven. La piedra nos enseña la forma de nuestro corazón, vacío de todo pensamiento, de todo deseo y temor, lleno de Presencia. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice:

"Pues, cuando señalamos a Ibrahîm el emplazamiento de esta Casa de Adoración, le dijimos: '¡No atribuyas divinidad a nada junto a Mí!' y: 'Purifica Mi Casa para los que han de dar vueltas en torno a ella, los que permanecerán en retiro junto a ella, y los que se inclinarán y se postrarán en oración.'

(CORÁN, SURA 22, AL HACH, ÂYAT 26-37)

Allâh señala a su *hanif* el *maqâm* de la adoración, y lo hace mediante la revelación de una forma, de un cubo vacío. *Al Bayt*, La Casa, el espacio de la adoración, la condición para que ésta tenga lugar, es el lugar del *hanif*, de aquel que no asocia nada con Allâh, cuyo corazón está limpio de idolatría y, por lo tanto, está preparado para la conciencia y la experiencia de la Realidad.

La casa del *hanif* es la casa de la adoración porque sólo puede adorarse la Realidad cuando nos hacemos conscientes, capaces de ella.

El *maqâm* del *hanif* es el corazón. Ibrahîm preparó y purificó su *maqâm* para que nosotros pudiésemos adorar a Allâh, ser conscientes de Él, de la Realidad Única. Las formas de nuestra adoración son señaladas por Allâh a su *hanif*: Circunvalar la Kaaba, meditar junto a ella, proster-

narnos en nuestro *sujûd*. El profeta Muhámmad nos reveló la peregrinación establecida por Ibrahîm como uno de los pilares fundamentales de nuestro sometimiento a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, Quien le dice:

“Así pues, anuncia a todas las gentes el deber de la peregrinación: vendrán a ti a pie y en toda clase de montura veloz, procedentes de todos los puntos remotos de la tierra, para que experimenten mucho que les servirá de provecho, y para que proclamen el nombre de Allâh en los días señalados para el sacrificio, sobre aquellas cabezas de ganado con las que Allâh les provea para tal fin: comed, pues, de ello y alimentad al pobre desvalido. Luego, que den fin a su estado de abstinencia, y que cumplan los votos que hayan hecho, y que den vueltas otra vez alrededor de la Antigua Casa de Adoración. Todo esto os ordena Allâh; y quien honra los mandamientos sagrados de Allâh, mejor para él ante su Sustentador.”

(CORÁN, SURA 22, AL HACH, ÂYAT 27-30)

El Corán nos aclara que el cumplimiento de los pilares obligatorios de nuestro *din* tiene un inmenso beneficio para nosotros, que la restricción tiene un sentido y que la abstinencia ha de romperse también. El peregrino no conoce ningún estado definitivo más que la conciencia de su precariedad, en la dificultad y en la facilidad. Esa indigencia le aproxima a su *Rabb*, a su Señor y Sustentador, Quien le provee con la conciencia de la Realidad y le conforta con Su presencia. La peregrinación al *Harâm* de Meca,

tal y como quedó establecida por Muhámmad, la paz sea con él, es un itinerario espiritual, una profunda experiencia de reconocimiento de la Realidad. El *Hach* es un regalo que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos hace, una energía que conduce a nuestro ser real y luminoso a través de todos los estados y *mâqâmat*, incluso de la muerte, porque nos procura la experiencia de una resurrección.

"Y os está permitido todo tipo de ganado para el sacrificio y como alimento, excepto lo que se os menciona como prohibido. Evitad, pues, todo lo que Allâh ha prohibido y, sobre todo, el mal inmundo de las creencias y las prácticas idólatras; y evitad toda palabra falsa, inclinándoos hacia Allâh, y apartándoos de todo lo falso, sin atribuir cualidades divinas a nada excepto a Él: pues quien atribuye divinidad a algo aparte de Allâh es como uno que cae del cielo y entonces las aves se lo llevan, o el viento lo arrastra hasta un lugar lejano. Esto es algo que debéis tener presente. Y quien honre los símbolos que Allâh ha consagrado sabrá que, en verdad, estos símbolos derivan su valor de la conciencia de Allâh en los corazones de los creyentes. En esa conciencia de Allâh hallaréis beneficios hasta que se cumpla un plazo fijado por Allâh y sabréis que su fin y objetivo es la Antigua Casa de Adoración."

(CORÁN, SURA 22, AL HACH, ÂYAT 30-33)

Allâh nos regala las cosas del mundo para nuestro disfrute. Somos descendientes de Âdam, la paz sea con él, y Allâh nos ha vedado algunas cosas, nos las ha hecho ilíci-

tas a nosotros que vivimos en un claroscuro, pero son muy pocas. Son como el fruto prohibido a Âdam. Podemos disfrutar de todos los frutos del jardín excepto de algunos. Sobre todo debemos evitar el *shirk*, la idolatría, el asociar alguna idea, sentimiento, forma, palabra, símbolo, imagen o creencia con lo Real. La Realidad, Allâh, trasciende a cualquier cosa, a cualquier pensamiento.

Una de las estaciones del *Hach* es el vaciamiento de todo, la purificación del *shirk*, de la idolatría. Por eso, frente a la puerta de la Casa de la Adoración está señalado el *maqâm* de Ibrahîm, lugar desde donde el peregrino, el *muhrim*, hace sus *du'a*.

Dice la Tradición que esos *du'a* se cumplen siempre, y los musulmanes lo comprobamos una vez y otra, porque son *du'a* que hacen unos corazones purificados de la idolatría. Cuando la intención es pura la petición es inmediatamente concedida. Los ángeles la elevan por encima de la Kaaba hasta los universos donde no existe sino la adoración.

El *shirk* es la tiniebla, el alejamiento. El *mushrikin*, idólatra o asociador, es uno que cae del cielo, del espacio luminoso, y es arrastrado hasta la separación, hasta la lejanía, hasta el olvido entre las sombras.

Eso hemos de tenerlo presente, nos dice Allâh en el Corán, como también el hecho de que en las formas de adoración existen grandes tesoros espirituales, claras posibilidades de crecer como seres de luz, como jalifas, como seres humanos que se están sometiendo a la verdad de su condición, de su precariedad ante la Realidad.

El mayor tesoro, la mejor provisión para este viaje, es la conciencia de Allâh, la *taqua*, Su recuerdo sincero. Es esa nostalgia que invade al peregrino cuando ve por primera vez la Kaaba. Porque Allâh ha establecido en este maqâm la forma en que mejor podemos recordarLe y adorarLe.

Si nuestro sometimiento es sincero y nuestra intención es pura podremos disfrutar de esa conciencia hasta el momento de nuestra muerte, *masha Allâh*. Esa conciencia que Allâh nos procura durante el *Hach* es el *tauhid* del corazón, el sentimiento compasionado de la unicidad de lo Real, la conciencia de Allâh.

La *taqua* nos acompañará hasta el momento de nuestra muerte, será nuestra compañera de viaje en esta peregrinación incesante, *insha Allâh*. Ese tesoro es el agua de Zamzam, que apaga la sed del peregrino, el manantial constante de la Realidad, única e inacabable.

La Kaaba es el lugar de adoración que no ha dejado de ser circunvalado, la prueba de la permanencia de la conciencia de Allâh en este mundo, un símbolo que acaba con los símbolos, una forma que las contiene a todas.

Allâhumma: Te pedimos que nos hagas conscientes de nuestro viaje. Que procures a nuestros hermanos una peregrinación luminosa, que obtengan los mayores beneficios y vean incrementada su conciencia de Ti. Y que Tu áman les alcance siempre. Háznos conscientes de los regalos que sin cesar nos haces en nuestra adoración. *Amin.*



UNA VEZ QUE SE HAN DISUELTO las adherencias en la purificación que conlleva el *Hach*, el peregrino se encuentra con la *ummah*, con la comunidad. La *ummah* es el mundo de los otros hasta que comprendemos que es el único mundo para todos los que vivimos tratando de someternos a la Realidad. La *ummah* es la expresión del nosotros, un nosotros que va más allá de las razas y de las culturas.

La condición de musulmán está presente y ausente en todos los pueblos de la tierra. Todas las culturas tienen sus musulmanes y sus cafres. Nuestra *ummah* es la *ummah* de Muhámmad, la paz sea con él, donde la Revelación se hace posible en nuestras vidas, donde podemos someternos a la Realidad viviendo en el mundo. En el mismo Sura *Al Hach*, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, le dice al profeta:

"Y así es: a cada comunidad que ha creído en Nosotros le hemos asignado el sacrificio como un acto de adoración, para que proclamaran el nombre de Allâh sobre las cabezas de ganado de que Él les haya proveído para tal fin. Y tened esto siempre presente: vuestro Dios es un solo Dios: así pues, someteos a Él. Y da la buena nueva del beneplácito de Allâh a los que son humildes, aquellos cuyos corazones tiemblan de temor cuando se menciona a Allâh, y los que soportan con paciencia cualquier adversidad que les afliga, y los que son constantes en la oración y gastan en otros de lo que les proveemos como sustento.

Y en cuanto al sacrificio de ganado, os lo hemos ordenado como uno de los símbolos consagrados por Allâh, en los que hay gran bien para vosotros. Así pues, mencionad el nombre de Allâh sobre ellos cuando estén alineados para el sacrificio; y una vez que hayan caído al suelo sin vida, comed de su carne, y alimentad al pobre que se contenta con lo que tiene y no pide, y también al que se ve forzado a pedir. Para este fin, los hemos sometido a vuestras necesidades; para que esto os mueva a ser agradecidos.”

(CORÁN, SURA 22, AL HACH, ÂYAT 34-36)

La otra forma de adoración es el sacrificio. También en este caso Allâh se sirvió de Ibrahîm, la paz sea con él, para enseñarnos las formas de adorarLe. En uno de sus viajes a la Mezquita de Luz junto a Zamzam, Ibrahîm recibe de Allâh el mandato de sacrificar a su hijo Isma'il.

Ibrahîm no duda de su Señor, de su *Rabb*, y cuando se dispone al sacrificio, Ýibrîl le trae un cordero y la orden de Allâh de que lo sacrifique en lugar de su hijo. Cuando somos capaces de todo por agradar a Allâh, Él nos da el mejor de todos los sustentos, Su presencia como nuestro señor y Sustentador. Así nos hace jalifas suyos y nos dice que alimentemos al que tiene hambre y sed. Allâh ha sometido a los animales al sacrificio para procurarnos el sustento.

Seamos, pues, agradecidos. Devolvamos la conciencia, la *amâna*, en forma de conciencia, de sentido. Para eso nos los ha sometido, para que conozcamos el agradecimiento y seamos agradecidos.

Termina diciéndonos Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Pero tened esto presente: ni su carne ni su sangre llegan a Allâh: Le llega tan sólo vuestra conciencia de Allâh. Para este fin los hemos sometido a vuestras necesidades; para que glorifiquéis a Allâh por la guía con la que os ha agraciado. Y da esta buena nueva a los que hacen el bien: En verdad, Allâh defenderá del mal a los que llegan a creer; y, ciertamente, Allâh no ama a quien traiciona la confianza depositada en él y carece por completo de gratitud."

(CORÁN, SURA 22, AL HACH, ÂYAT 37-38)

El sacrificio real no es el de Isma'il. Isma'il ha de vivir porque a través de él surgirán profetas y santos. El sacrificio real es un esfuerzo que nace de la conciencia, un movimiento de nuestro corazón por el que nos desprendemos de aquello que nos separa de lo Real. El sacrificio es la renuncia a las pretensiones del *nafs*, del yo, de usurpar la Realidad en nuestra conciencia.

Sacrificamos nuestros ídolos y a cambio nos encontramos con Allâh. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, no quiere que acabemos con nuestra descendencia luminosa sino con la materia oscura, con el animal creado para nuestro sustento. Hemos de acabar con las ideas que tenemos de nosotros mismos y de lo Real, no con nuestros hijos.

Con nuestros hijos, al igual que Ibrahîm, podremos construir, *insha Allâh*, la forma de nuestra adoración en este mundo, en este momento, la Kaaba de Luz que siem-

pre nos espera como un signo de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en medio del desierto, como una piedra inconmovible que es capaz de ablandar todos los corazones.

Allâhumma: inunda de luz a Tus peregrinos y derrama Tu báraka sobre ellos mientras circunvalan Tu Casa. Abrillanta el espejo de sus corazones para que puedan así reflejar toda la majestad y toda la belleza que se manifiestan en este *maqâm*. Libranos de cualquier distracción y manténnos en un estado elevado de conciencia y de realidad. Cuida nuestros corazones y haz que latan acompañados en la hermandad. Y haz que disfrutemos de una bella estancia en Tu Medina *Al Munauara* y que sintamos la báraka de Tu profeta Muhámmad, la paz sea siempre con él. *Amin.*

Jutba 11

AL HAMDULLILÂHI *rabbil'alamin, a Rahmâni ar Rahîm, al Hadi, al Wali. Hasbuna Allâhu ua ni'amâ al Wakil.* Las alabanzas son para Allâh, Señor de los mundos, Quien nos guía, Quien nos procura Su intimidad. Bendito Sea Allâh. Él es el mejor Protector. Dice Allâh en el Corán que a quien recita este *dikr* se le protege y se le incrementa su *imân*.

"Y Él es quien hace caer la lluvia después de que los hombres hayan perdido toda esperanza, y por medio de ella despliega Su gracia: pues sólo Él es su Protector, Aquel que es digno de toda alabanza."

(CORÁN, SURA 42, ASH SHURA, LA CONSULTA, AYA 28)

Aquí tal vez se halle uno de los mayores secretos de nuestro *din* y de nuestro camino espiritual. Ya sabemos que Allâh

no quiere para nosotros nada malo sino todo lo contrario. Nos ha creado para Él, para lo Real, para lo único que tiene sentido. Allâh nos cerca como a Ibrahîm, *aleihu salem*, con un círculo de fuego, y nos ofrece así una imagen verdadera del mundo, que aparece entonces como el equivalente del infierno, de *Yahannam*. No hay reposo en la generación y la corrupción, en la transmutación permanente. Todo desaparece, todo aquello que creímos real y existente se convierte en cenizas. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, saca fuego del árbol verde y nosotros encendemos nuestros fuegos con él:

"Aquel que del árbol verde produce para vosotros fuego, pues, ¡he ahí! que encendéis vuestrlos fuegos con él."

(CORÁN, SURA 36, YA SIN, ¡OH, SER HUMANO!, AYA 80)

Pero ¿Qué fuego encendemos nosotros con el fuego que Allâh hace brotar? ¿Qué se prende en nosotros ante la visión del fuego? Surge en nosotros la conciencia de lo efímero de esta vida, de lo frágiles que somos nosotros y todas las criaturas. Hasta las piedras se derriten convirtiéndose en vidrio fundido. Ninguna criatura permanece, todo cambia, todo perece. Sólo Allâh permanece inmutable. Por eso, por Su poder, por Su capacidad de estar más allá de cualquier suceso y contingencia, sólo a Él podemos pedirLe, sólo Él es digno de nuestra alabanza y de nuestra adoración.

Con esa imagen coránica nos damos cuenta del poder de Allâh, de que la vida, cualquier vida particular, cualquier árbol o persona está destinada a la muerte y a la desaparición. El tiempo que estemos en este mundo es un regalo que

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos hace, una creación misteriosa que nos regala con el único propósito de que Le conozcamos a Él, de que despertemos finalmente a la Realidad.

Nuestros corazones perplejos se asoman al mundo, miran a través de unos ojos: Afuera todo está en llamas: el fuego se ha apoderado del mundo. Las llamas están ahí, mostrando una incesante danza, quemando nuestros pensamientos, nuestros recuerdos y deseos, cualquier signo que quiera articularse. Un círculo de fuego alrededor de nuestro corazón, de nuestra Kaaba. Dentro, el fuego no nos quema. Es la estación del *jalil*, el corazón de nuestro viaje espiritual, pero, en este *maqâm* ¿Cómo vemos el mundo? ¿Quién lo ve? ¿Quién vive nuestras vidas? ¿Quién ve por nuestros ojos?

Luces del oscuro deseo, alas que se batén en retirada, rumor apagado en su vuelo, revelación fija en la piedra, en la ceniza, en la mirada, revelación incesante y única en la historia de cada uno. Las palabras se cruzan sin cesar, los estallidos de la vida no encuentran su forma ni su destino. El crepitar del fuego se lo impide. Sólo respeta nuestra conciencia, nuestra visión de lo Real, de lo Inmenso. Pero esa visión y esa conciencia ya no nos pertenecen. Surgen de nuestro *imân*, de un *imân* que está siendo purificado y fortalecido en la prueba, en una experiencia devastadora.

El cerco de fuego se ha deshecho, *al hamdulillâh*, pero estamos exhaustos. No nos quedan ya temores pero tampoco esperanzas fuera de Allâh. Esperamos sólo Su *Rahma*, una brisa de aire fresco y húmedo que nos recuerde la Realidad, la vida que alguna vez hemos sentido vivir, el ver-

dor que hemos conocido en un mundo ahora negro y acabado. Esperamos la Resurrección, el brote alegre y sereno de la conciencia, esperamos, *insha Allâh*, volver a mirarnos a los ojos, tratar una vez más de conocernos, de desvelar el misterio de nuestras almas y encontrarLe a Él en esa mirada.

Así nos enseña Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, que no hay lugar donde descansar de la vida, de la existencia, ni rincón donde escondernos de la Realidad. ¿Hacia donde dirigimos nuestra mirada cuando el fuego nos cerca? ¿Hacia qué horizonte interior, hacia qué recóndito rincón u hogar? Ante el paisaje devastado sólo quedan nuestras almas purificadas, *al hamdulillâh*.

Así la Realidad se vacía de Sí misma y de Sus reflejos, así Se abre a nosotros al mismo tiempo que nos abre y nos expande sin límite. La Realidad Una y Única nos hace renacer incessantemente, volver a abrir los ojos, volver a mirar una y otra vez. La Realidad nos desintegra y nos vuelve a reunir en cada momento, nos mantiene en Su pálpito. El fuego es un signo, un *âya* que Allâh nos regala en Su Corán:

“¿Habéis considerado alguna vez el fuego que encendéis? ¿Disteis vosotros vida al árbol que le sirve de combustible, o somos Nosotros quienes le damos vida? Nosotros lo hemos hecho como un recuerdo Nuestro, y como fuente de bienestar para quienes están perdidos y hambrientos en el desierto de sus vidas.”

(CORÁN, SURA 56, AL WAQIAA, ÂYAT 71-73)

Ciertamente Allâh es el creador de todo, el creador del árbol y del fuego, de lo que nos alimenta y de lo que nos procura energía para sobrevivir en el desierto del mundo, en la absoluta precariedad de nuestras vidas. Ese fuego está en el origen de toda la luz que conocemos.

La luz del sol es fuego, la de las estrellas y galaxias también. Así, quiera Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, que ese fuego nos sirva para recordarLe, para saber que "*Allâh es la luz de los cielos y la tierra*".

Desierto, desolación, hambre y sed, también son devorados por el fuego. "*Aquellos que están perdidos y hambrientos en el desierto de sus vidas*" encuentran así, en el fuego divino, el recuerdo de Allâh, el *dikr*, y a través de ese Recuerdo una fuente de bienestar, de paz, de *salâm*. Una vez que el fuego ha pasado queda la negrura, de la que dice Mahmud Shabistari:

"Sabe Allâh que la negrura del rostro de lo temporal nunca le será quitada a los dos mundos. La negrura del rostro del faquir, en los dos mundos, no es sino la negrura suprema."

Una negrura que no es sino majestad, silencio trascendente y sabiduría.

Allâhumma: ayúdanos a comprender Tus señales, los signos que componen Tu creación. Dános así sentido y bienestar. Amin



EN LA DIFICULTAD *está la facilidad y en la facilidad está la dificultad*, nos dice el Corán. Cuando sentimos que la Realidad está frente a nosotros, que pasan los días y no podemos distinguir ninguna señal de apertura, nos deslizamos hacia la desesperación.

Todo está acabado, quemado y como muerto. Pero esa experiencia es también, como todo lo que les ocurre a nuestros *nafs*, una cuestión transitoria. Incluso los profetas y mensajeros, la paz sea con ellos, han llegado a ese límite, tal y como nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Todos los enviados anteriores tuvieron que sufrir persecución por mucho tiempo; pero al final, cuando esos enviados habían perdido toda esperanza y se vieron tachados de mentirosos, les llegó Nuestro auxilio: entonces, todo aquel a quien quisimos salvar fue salvado y los que negaban la verdad fueron destruidos: pues Nuestra furia no será apartada de la gente que está hundida en el pecado."

(CORÁN, SURA 12, YUSUF, ÁYA 110)

Los profetas, la paz sea con ellos, fueron desmentidos por sus propias gentes, que consideraban las esperanzas y expectativas de estos enviados acerca del auxilio de Allâh como invenciones, locuras o fantasías. La Realidad a veces parece contradecir nuestras esperanzas y sentimos que el auxilio de Allâh no nos llega.

"¿O acaso creéis que vais a entrar en el paraíso sin veros antes afligidos como se vieron los creyentes que os precedieron? La desgracia y la adversidad se abatieron sobre ellos, y su angustia era tal que el enviado y los que con él creían, exclamaron: "¿Cuando vendrá el auxilio de Allâh?" ¡Ciertamente, el auxilio de Allâh está siempre cerca!"

(CORÁN, SURA 2 AL BAQARA, LA VACA, ÁYA 214)

El mero reconocimiento intelectual de la Realidad no nos es suficiente. Es necesario que el ser humano, para llegar a ser un verdadero *mu'min*, viva la experiencia de la Realidad con todo su ser. No es que Allâh quiera hacernos sufrir sino que, debido a nuestra naturaleza compleja y olvidadiza, necesitamos de la prueba y de la dificultad para llegar a reconocer la Realidad por medio de Sus manifestaciones, siempre cambiantes y diversas. Esta purificación espiritual es absolutamente necesaria e inevitable para llegar a ser lo que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos decreta, para alcanzar ese Jardín de la Realidad que Él nos promete.

Allâhumma: haz que seamos conscientes de que Tu auxilio nos ha llegado ya. *Amin.*

MUSA

Jutba 12

TRAS LA REVELACIÓN de las formas de la *'ibâda* a Ibrahîm, Allâh transmite a través de Musa las bases para establecer la sociedad profética, la *ummah* de aquellos que viven sometiéndose a Él. Este establecimiento aparece como una dialéctica entre dos formas básicas de vivir, el *islâm* y el *kufr*. Musa, la paz sea con él, es el conductor de una *ummah* que tiene que definirse en contacto con otras formas de vida que la contradicen, la combaten y la esclavizan.

Esta dialéctica se irá explicitando progresivamente hasta llegar a nuestro tiempo, por lo que la Revelación de Musa tiene una lectura profundamente contemporánea. Musa y Faraón aparecen en el Corán como representantes de una dialéctica entre los pueblos y las culturas, como expresión de una tensión y de un esfuerzo, de un *yihâd* que tiene lugar tanto en el corazón humano como en la *ummah*.

Allâh nos revela el diálogo paradójico entre quienes tratan de vivir sometiéndose a la Realidad Única y aquellos que tratan de ocultarla con objeto de servir a sus propios intereses, a sus dioses y fantasmas personales.

Es la misma dialéctica que encontramos cuando Ibrahîm, la paz sea con él, invita a su padre Asar a someterse a la Realidad, abandonando la religión de sus ancestros, las formas de la tradición, borrando las huellas de la costumbre. Ya con Ibrahîm aparece el *islâm* como una forma de vida que nada tiene que ver con la religión consuetudinaria, con unas prácticas culturales, con unos ritos y con una liturgia, porque Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos señala el sometimiento a la Realidad como una apuesta por aquello que está vivo y fluyente.

Cuando aceptamos la Revelación estamos aceptando la liberación de esas rutinas y de esas formas que nos conducen a la muerte moral y espiritual, que nos cierran a la percepción nítida del mundo como manifestación, como teofanía, como *tayali*, y que ahogan nuestra posibilidad de realizarnos como lo que en realidad somos: peregrinos luminosos que vamos al encuentro del *Ishrâq*, de la Luz Reveladora, del Alba.

Por esta razón tampoco la *sunnah* debe ser considerada como un repertorio de costumbres sino como actualización de una conducta única e irrepetible. El ejemplo de los profetas no pretende establecer ninguna liturgia, ningún rito ceremonial. Las formas de sometimiento y de adoración las establece Allâh en nuestros corazones y nos las revela, nos las vuelve humanas, a través del corazón de los mensajeros

fundamentalmente. El *salât* no es una costumbre que data de los tiempos de Ibrahîm, por ejemplo, sino una forma divina, intemporal e imperecedera de adoración que nos es conocida por la *Rahma* de Allâh, a través de la comprensión de nuestro Ibrahîm interior, no por la costumbre. Eso es algo claro para quienes tratamos de vivir sometiéndonos a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, conscientemente, para cualquiera que haya emprendido la vía del *islâm*.

Musa, la paz sea con él, realiza en su *maqâm* un encuentro vivo y directo con Allâh, con la Luz de luces, un *fanâ* que le deslumbra y aniquila. Y lo hace, como ya hiciera Ibrahîm, tras desenmascarar los falsos velos que nublan la trascendencia, la experiencia directa de la Luz. Pero ahora, a diferencia de lo que le ocurrió al *jalil ullâh*, a Musa le toca conducir a todo un pueblo, a una *ummah* que aparece con todas sus contradicciones, con sus aciertos y sus errores, como paradigma de la humanidad.

A Musa le es encomendada la tarea de liberar a la *ummah* de su tiempo, formada por los *banu Israil*, de las cadenas que la mantenían esclavizada dentro de la estructura imperial egipcia, y conducirla a través de la prueba del desierto hasta el jardín prometido a los *âdamiyún*.

También es Musa quien transmite a esa *ummah* el primer mensaje registrado, la *Torah*, que incluye —además del conocimiento de la creación del mundo y la historia de los profetas y revelaciones anteriores— una *Shariâh*, unas prescripciones que son tanto una guía, el diseño de un itinerario para cruzar el mundo de la *duniâ*, como un conjunto de prohibiciones y mandamientos para lograr una paz social.

Una *Shariah* es siempre una expresión de leyes universales, un repertorio de las formas básicas de la creación, de sus relaciones y correspondencias. Una *Shariah* no es comparable a una legislación entendida como resultado de un pacto o consenso entre los seres humanos, sino más bien un camino que nos conduce a la liberación.

La *Shariah* que transmite Musa tiene por objeto liberar a la *ummah*; es tanto una liberación interior y real de los individuos como la posibilidad de que los seres humanos vivamos en el mundo de una forma armoniosa, de que formemos una comunidad, una humanidad que no esté basada en la dominación de unos sobre otros por la fuerza sino en el sometimiento voluntario a la Realidad.

Musa, la paz sea con él, es el profeta que expresa ante Allâh sus carencias, sus balbuceos, su miedo a la muerte, tras haber matado él mismo a otro ser humano, pero es también el profeta que es asistido por su hermano, aquel a quien es revelado el significado de la hermandad y el valor de la comunidad.

El paradigma civilizador y dominador, el imperio, era en tiempos de Musa el reino de los faraones egipcios. Un pueblo que consideraba a sus gobernantes dioses y les rendía adoración, un pueblo alienado y dividido en castas. Esa forma social, esa estructura jerárquica de dominio de unos seres humanos sobre otros, aparece expresada claramente en los monumentos, en las pirámides cuyo vértice es un solo punto, el faraón, y cuya base de sustentación es una masa enorme de esclavos, de seres humanos desposeídos de dignidad y de derechos.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, condena taxativamente esta forma de vida cuando nos dice en el Corán:

"Ciertamente, Faraón se conducía con altivez en el país y dividia a sus habitantes en castas. Consideraba a un grupo de ellos como del todo insignificantes; degollaba a sus hijos varones, dejando con vida a sus mujeres: pues, en verdad, era de esos que siembran la corrupción en la tierra."

(CORÁN, SURA 28, AL QASAS, LA HISTORIA, ÂYA 4)

La división de la comunidad en clases o castas con distintos estatutos y derechos choque frontalmente con la concepción coránica de la sociedad, que es siempre horizontal e igualitaria aún cuando reconozca la diferencia como una de las cualidades básicas de toda la creación, incluidos los seres humanos.

Los musulmanes en tiempos de Musa, la paz sea con él, eran los *banu Israil*, un pueblo que había sido esclavizado por los faraones y sometido a los mayores grados de explotación y genocidio, expresado en el degollamiento de sus varones.

Un pueblo cuyos varones son degollados se encuentra tácitamente entregado a sus enemigos, aunque las madres sigan transmitiendo valores y actitudes. Recordemos el terrible genocidio de los musulmanes bosnios, donde los varones fueron degollados, descabezados, y sus mujeres violadas por los serbios.

Quizás este hecho pudiera explicar también la evolución del judaísmo hacia una transmisión de la pertenencia social, del vínculo comunitario, a través de las madres, como costumbre que trata de proteger la comunidad, como resultado de una experiencia de genocidio.

En esa situación de derrota, de vencimiento, de sometimiento de un pueblo a otro, de un ser humano a un semejante, Allâh nos envía al profeta Musa, la paz sea con él, para hacer posible la liberación interior contra toda lógica, contra toda magia y contra toda tecnología o estructura mental alienante.

Allâhumma: Dáños la conciencia del *maqâm* de Musa para que podamos comprender así el sentido de toda *Shariâh*. Libra a los sometidos a Tí de las cadenas del *kufr*, de las interiores y de las exteriores, mediante Tu poder. *Amin.*



PARA QUE EXISTA una liberación ha de existir necesariamente una situación de opresión previa. Musa es la conciencia de la esclavitud del individuo y de la *ummah*. Su mensaje anuncia el establecimiento firme del *islâm* en la tierra de los *âdamiyún*. Allâh nos dice en el Corán:

"Pero quisimos otorgar Nuestro favor precisamente a aquellos que eran considerados insignificantes en el país, y hacerles imames, y hacerles herederos, y establecerles firmemente en la tierra, y hacer que Faraón, Hamán y

los ejércitos de ambos experimentaran a través de esos precisamente aquello de lo que querían protegerse.”

(CORÁN, SURA 28, AL QASAS, LA HISTORIA, AYAT 5-6)

Es precisamente en medio de una situación de injusticia, de dominio y aplastamiento, donde Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, quiere inspirar al ser humano las claves de su liberación. Es precisamente en el más denso de los velos donde ha de producirse la necesidad y la capacidad de una Revelación esclarecedora. Por eso la propia vida de Musa, la paz sea con él, es un ejemplo de esa contigüidad. Los cafres no viven en un lugar y los creyentes en otro. Comparten un mismo espacio, un mismo país, un mismo sistema opresivo. Los oprimidos creen en un Dios sin rostro. Los opresores no creen realmente en Allâh, son constructores de ídolos, tejedores de velos.

Esa dialéctica entre distintas comunidades que conviven en una misma sociedad es intemporal, de la misma manera que el Corán es intemporal. La Revelación de Musa, la paz sea con él, no sólo acontece en un momento histórico concreto y a un pueblo concreto —los hebreos de finales del siglo XIIII antes de Isa— sino que es una revelación que nos sirve a nosotros y a cualquier ser humano de cualquier tiempo y lugar.

Por esta razón la Revelación de Musa, la paz sea con él, aparece hoy actualizada claramente en su propia tierra de promisión, en Palestina. Los roles de los pueblos se intercambian, porque los pueblos, en un sentido islámico, no

son las etnias ni las castas. Algunos de los herederos de los *banu* Israil se comportan hoy como los seguidores de Faraón, con altivez y arrogancia, con ejércitos que siembran la muerte por un territorio que es asimismo habitado por los sometidos, por los esclavos, por aquellos que tienen que sufrir el arresto y el genocidio selectivo de sus varones, por los palestinos de nuestro tiempo.

Nosotros vivimos inmersos en esa dialéctica, como minoría musulmana en la *Cultura de la Imagen*, soportando el discurso de los poderes fácticos que generan, entre otros velos indeseables, la islamofobia. También quiere Allâh, como nos lo asegura en el Corán, favorecernos a nosotros, una minoría considerada insignificante desde la estructura social dominante. Allâh quiere, a través del mensaje de Musa, hacernos imames, conductores, herederos, y establecernos firmemente en la tierra, porque el mensaje de Musa es el *islâm*, el sometimiento a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, porque no hay profeta que no traiga ese único mensaje liberador y universal.

El mensaje de Musa es el encuentro real con la luz pura sin ningún color, la liberación realizándose, la comunidad humana con su real y cruda dialéctica, con todos sus claroscuros, a plena luz.

Allâhumma: Que Tu *salâm* y Tus bendiciones se derramen sobre Musa, Harún y todos aquellos que han conocido y conocen el *tauhid* de la hermandad. Concede Tu *âman* a todos aquellos que sufren persecución y genocidio en la tierra a manos de cualquier Faraón. *Amin.*

Jutba 13

EL ESTABLECIMIENTO de una comunidad de musulmanes, de una *ummah*, se produce en el corazón mismo del *kufr*, entre los más tupidos velos. El ejemplo de Musa, la paz sea con él, es muy elocuente en este sentido.

Allâh quiere sembrar la semilla del *islâm* y azotar a los asociadores, a los *mushrikin*, desde dentro, y para ello introduce a Musa recién nacido en la misma familia de Faraón. La Verdad llega y disipa la falsedad porque ésta no es sino imagen, representación, huella, reflejo y apariencia. El mensaje divino es, para el ser humano, un manantial de luz que surge en lo más profundo de la sombra interior. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos explica en el Corán cómo introduce a Musa en el corazón mismo del imperio, en la propia casa y en la familia de Faraón:

"Y así inspiramos a la madre de Musa: 'Dále de mamar por un tiempo, y luego, si temes por él, ponlo en el río, y no temas ni estés triste, porque te lo devolveremos, y haremos de él uno de Nuestros mensajeros!'

Y la familia de Faraón lo encontró y le dio protección: ¡porque quisimos que fuese para ellos un enemigo y una fuente de aflicción; pues Faraón, Hamán y los ejércitos de ambos eran en verdad pecadores! Y la mujer de Faraón dijo: 'Este niño podría ser una alegría para mis ojos y los tuyos! ¡No le mates: quizás nos sea útil o lo adoptemos como hijo! Y no presintieron lo que llegaría a ser.

Sin embargo, la madre de Musa llegó a sentir un doloroso vacío en su corazón, y hubiera ciertamente revelado todo acerca de él si no hubiéramos fortalecido su corazón para que mantuviera viva su fe en Nuestra promesa. Y luego dijo a su hermana: 'Síguele', y la muchacha le vigiló de lejos, sin que se dieran cuenta.

Y desde un principio hicimos que rehusara el pecho de las nodrizas; y cuando su hermana supo esto, dijo: '¿Queréis que os indique a una familia que os lo críe, y cuide fielmente de él? Y así lo devolvimos a su madre para que se alegraran sus ojos y no estuviera triste, y para que supiera que la promesa de Allâh se cumple siempre, pero la mayoría de ellos no sabe.'

(CORÁN, SURA 28, AL QASAS, LA HISTORIA, ÂYAT 7-13)

Cuando Faraón ordena el genocidio de los varones, Allâh inspira a la madre de Musa para salvarlo y hacer de él un azote para los *mushrikin*. La visión del niño Musa provoca la alegría de los ojos, tanto los de la mujer de Faraón como los de su propia madre. Musa alegra los ojos de quien lo mira porque su *maqâm* es la estación de la visión de Allâh y sus ojos llevan en sí la huella de la Luz Divina, son Su *tayali*, Su manifestación, Su teofanía.

De nuevo vuelve a decirnos el Corán que Faraón, Hamán y sus ejércitos son transgresores, seres que aparecen indisolublemente unidos a la destrucción, al imperio de la guerra y el genocidio. Es precisamente en el escenario de la discordia, de la dominación, donde Allâh quiere instaurar la luz y la guía. El áya siguiente nos indica los dones con que Allâh ha distinguido a Musa, la paz sea con él:

"Y cuando alcanzó la madurez plena y estuvo formado mentalmente, le concedimos la habilidad de juzgar entre el bien y el mal y también conocimiento: pues así recompensamos a los que hacen el bien."

(CORÁN, SURA 28, AL QASAS, LA HISTORIA. ÁYA 14)

La recompensa a quienes hacen el bien, a aquellos que asumen la misión de establecer el sometimiento a la Realidad, es razón y es conocimiento. Allâh concede a Musa conocimiento, pero distingue entre el pensamiento racional, la *hikma*, y la conciencia trascendental, el *'ilm*. Musa es agraciado con ambos. La *hikma*, racional y lógica, es una criba discriminatoria que nos sirve para distinguir los

opuestos, para reconocer nuestra división interna y la polaridad que constituye nuestro mundo. El *'ilm* es la conciencia espiritual que nos enseña que dicha polaridad es sólo aparente y nos muestra el *tauhid* que subyace en las diversas formas de nuestra visión, de nuestro mundo.

El Corán nos indica la manera en que Allâh procura a Musa esas dos modalidades de la conciencia. La primera, el discernimiento racional, le es entregada durante el episodio de la muerte del egipcio. La segunda, la conciencia trascendental, es sembrada inmediatamente después de que Musa mate al egipcio, y llevará al profeta a un exilio en el que vivirá la experiencia paradójica de la visión de Allâh en el Tur Sina, recibiendo la *Shariah* y la *Haqîqa* tras el encuentro.

Musa, la paz sea con él, vivirá toda su vida en medio de esa aparente paradoja, entre la *hikma* y el *'ilm*, entre la *Shariah* y la *Haqîqa*. Crece y se debate entre dos identidades, entre dos pueblos. Ni siquiera su exilio es un exilio porque es la vuelta a su tierra matriz, a su origen.

La forma en que Musa resuelve la contradicción de esa doble vinculación es parte central de la Revelación que le acontece. Esa misericordia de Allâh en forma de conciencia racional y trascendental nos acompaña hoy a nosotros como acompañó a Musa hasta su muerte, que acaece tras la visión de la tierra prometida, del jardín abundante de lo Real. Vemos aquí el paralelismo con Muhámmad, la paz sea con ambos, cuando alarga su mano para coger los frutos del Jardín momentos antes de morir.

Los musulmanes nuevos también vivimos con especial intensidad la paradoja de la doble vinculación. Tratamos

de vivir como musulmanes, someternos a la Realidad, pero viviendo en una sociedad y en un mundo productores de velos y de imágenes. Es precisamente en esta cultura de la imagen donde hemos de trascender la idolatría.

El regalo divino de la *hikma* a Musa se produce en un escenario duro y singular. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, sigue diciéndonos en el Corán:

"Y un día entró en la ciudad mientras sus habitantes estaban descansando en sus casas ajenos a lo que pasaba en las calles; y encontró allí a dos hombres peleándose, uno era de su gente, y el otro de sus enemigos. Y el que era de su gente le pidió ayuda contra el que era de sus enemigos, y entonces Musa le dio un puñetazo, causándole la muerte.

Pero luego dijo para sí: '¡Esto es obra de Shaitân! Ciertamente, es un enemigo declarado, que extravía al hombre.' Y oró: '¡Oh Rabb,! ¡Ciertamente, he pecado contra mí mismo! ¡Concédeme, pues, Tu perdón!. Y Él le perdonó, pues, ciertamente, sólo Él es realmente indulgente, dispensador de gracia. Dijo: '¡Oh mi Rabb! ¡Prometo, por todas las bendiciones que me has concedido, que jamás asistiré a quienes están hundidos en el pecado!'

(CORÁN, SURA 28, AL QASAS, LA HISTORIA, ÂYAT 15-17)

El escenario no puede ser más expresivo. Los habitantes del imperio descansan dentro de sus casas, ajenos a lo que ocurre en el exterior, en las calles, en los campos, en las obras. Los

kafirún viven plácidamente entre los velos que les procuran las imágenes, las palabras, las ideas. No les afectan ni el sufrimiento ni la lucha de quienes se debaten en las calles ardientes, ni las vidas de quienes subsisten como esclavos sin poder aspirar al descanso. Aunque Musa pertenece a la casta de los dominadores al ser adoptado por Faraón, su condición es otra. Él sale a la calle y encuentra allí la expresión del conflicto entre dos pueblos y de su propia contradicción interior.

Musa, la paz sea con él, ayuda al hebreo por una cuestión de solidaridad étnica, tribal, sin detenerse a considerar quién lleva razón, pero inmediatamente comprende su error, se da cuenta de que, en este caso, la razón estaba de parte del egipcio y de que había matado a un inocente movido por un prejuicio racial. Al darse cuenta de ello promete a Allâh no ayudar a aquellos de su tribu que sean *kafirún*, porque ha comprendido que la *ummah* de los creyentes no está trabada por la sangre sino por la condición interior. La *hikma* le es entregada así como herramienta para transmitir y aplicar una *Shariah*, una herramienta de liberación tanto para el individuo como para la comunidad.

La enseñanza implícita en este pasaje del Corán es destacada y explicada por el profeta Muhámmad, la paz y las bendiciones sean con él, en varias ocasiones. A propósito de ello existe un hadiz de Abu Da'ud, transmitido de Yubair ibn Mutîm, donde el profeta dice:

"No es de los nuestros quien proclama la causa del partidismo tribal; no es de los nuestros quien combate por la causa del partidismo tribal; y no es de los nuestros quien muere por la causa del partidismo tribal".

Cuando se le pidió que explicara el significado de "*partidismo tribal*", el profeta respondió: "*Significa apoyar a tu gente en una causa injusta.*"

Cuando Musa, la paz sea con él, se da cuenta de su error, es agraciado con la *hikma*, con la capacidad de juzgar con ecuanimidad, de trascender los propios prejuicios raciales y culturales, y establecer la distinción entre los seres humanos, no en base a su pertenencia a una etnia o a una cultura sino en función de su sometimiento a lo Real. Promete no ayudar a los *kafirún* aunque sean de su propio pueblo. Y aquí tenemos una de las claves de su *maqâm*, el discernimiento moral indispensable para comprender el sentido de la *Shariah* y poder así aplicarla, la conciencia de la misericordia que contienen las prescripciones divinas.

Allâhumma: Ayúdanos a discernir lo verdadero de lo falso haciéndonos conscientes de que sólo Tú eres la Realidad. Líbra a nuestros corazones de la servidumbre hacia lo irreal, de la tiranía de los opresores. *Amin.*



EL MUSA DE NUESTRO SER, nuestro Musa intemporal y luminoso, nos ayuda a tener una idea clara de qué es el *islâm* y qué es el *kufr*. No son dos etnias ni dos culturas ni dos territorios sino la resolución interna, en cada ser humano, de su propia contradicción esencial, de su paradoja genealógica, de la liberación de toda servidumbre que no sea el sometimiento a la Realidad Única, el desvelamiento de la falsedad de los ídolos de la destrucción y de la muerte.

"Y a la mañana siguiente se encontraba en la ciudad, temeroso y vigilante, cuando ¡he ahí! que aquel que le había pedido ayuda el día anterior, de nuevo le llamaba a gritos, y entonces Musa le dijo: ¡Sin duda eres alguien claramente descarriado!. Pero, justo cuando estaba a punto de echarse sobre el que era enemigo de ambos, éste exclamó: ¡Oh Musa! ¿Quieres matarme como al hombre que mataste ayer? ¡No quieres mas que imponer tu tiranía en el país y no quieres ser de los que ponen orden!"

Y un hombre llegó corriendo del otro extremo de la ciudad, y dijo: ¡Oh Musa! ¡Los dignatarios del reino están deliberando sobre ti para matarte! ¡Vete, pues: en verdad, soy de los que te desean sinceramente el bien!. Salió, pues, de allí, temeroso y vigilante, y oró: ¡Oh mi Rabb! ¡Sálvame de la gente malhechora!. Y volviendo el rostro hacia Madián, dijo para sí: "¡Puede que mi Rabb me guíe así al camino recto!"

(CORÁN, SURA 28, AL QASAS, LA HISTORIA, ÀYAT 18-22)

Los musulmanes se reúnen y los *kafirún* se reúnen, aún en un mismo pueblo, en una misma familia y en una misma tribu. Las condiciones internas se buscan, se necesitan para sobrevivir en sus respectivas visiones. Musa, la paz sea con él, a pesar de haber comprendido su error está a punto de reincidir, por el impulso de la costumbre, por la fuerza que tienen los vínculos de la sangre y de la cultura, pero Allâh lo libra de ello y es advertido del peligro. Siente miedo a la muerte y pide la protección de su Señor. Su miedo

es un miedo profundamente humano lo mismo que su contradicción esencial, lo mismo que su reincidencia en el error. Allâh conoce los entresijos del alma humana porque la está creando sin cesar en medio de los velos.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, está sembrando la semilla del alma espiritual en una genealogía, en un pueblo y en una cultura, no para hacerlos depositarios exclusivos de ella, sino para que la difundan a toda la humanidad. Porque Allâh es *Al Rahmân* y no establece más distinciones y grados entre los seres humanos que aquellos que resultan de la conciencia de Él y del sometimiento a Su Realidad.

La semilla profética de Ibrahîm se había dispersado entre los pueblos. Todos eran semitas, pero, como toda genealogía, es un semitismo que se difunde, que se expande y se mezcla con los otros pueblos supervivientes de la purificación por el agua en tiempos de Nuh. Los *banu Israel* vienen de Ishak como los árabes vienen de Isma'il. Ambos descienden de Ibrahîm, la paz sea con ellos.

Musa se encamina a Madián, donde encontrará a una mujer que pertenece a la tribu árabe de los amoritas, y se casará con ella. Musa, la paz sea con él, rompe con este matrimonio las costumbres endogámicas de los *banu Israel*, como una aseveración más de que su mensaje va más allá de la etnia y de la cultura, de que la *ummah* que Allâh quiere establecer establece su vínculo en la conciencia.

Sólo pueden resolver la paradoja genealógica, esa doble vinculación, aquellos seres que trascienden la multiplicidad mediante la experiencia del *tauhid*. Quienes son prisioneros de la costumbre son esclavos de la dualidad y del

shirk, del prejuicio racial y cultural. La naturaleza etnocéntrica y clasista de muchos de quienes hoy se denominan *banu Israil* es una prueba de su alejamiento de la tradición de sus profetas. Es más, es una negación de su propia historia profética. El Corán nos ofrece las claves para comprender lo que hoy está sucediendo en Palestina, por parte de unos y de otros, confundiéndose la condición interior con el territorio, con la cultura, con la lengua, haciendo casi imposible la convivencia y el establecimiento de una comunidad multicultural y multirreligiosa.

Alâhumma: Libra a los musulmanes de la opresión y de la tiranía de los kafirún. Ayúdanos a resolver nuestras contradicciones. Amin.

Jutba 14

TRAS EL EPISODIO de la muerte del egipcio, los dignatarios de Faraón están deliberando para matar a Musa, quien siente miedo y huye en dirección a Madián. Al llegar a este oasis encuentra a un numeroso grupo de hombres que abrevan allí a sus rebaños y, a cierta distancia de ellos, a dos mujeres que no pueden dar de beber a sus animales porque están débiles y porque su padre es ya un anciano. Musa, la paz sea con él, abreva por ellas sus rebaños.

El padre, un árabe de la tribu de los amoritas, le recomienda y le da a una de sus hijas en matrimonio a cambio de que le sirva como jornalero durante ocho o diez años. Durante este tiempo Musa, la paz sea con él, pastorea por el desierto meditando en las más vastas soledades, muchas veces sin saber siquiera dónde está. Esta meditación en la soledad y en la incertidumbre, esta prolongada *jalua* lo irá

preparando interiormente para recibir la iluminación que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos describe en el Corán:

"Y cuando Musa hubo cumplido su plazo, y estaba viajando con su familia por el desierto, distinguió un fuego en la ladera del monte Sinaí; y dijo a su familia: 'Quedáos aquí! Puedo distinguir a lo lejos un fuego; quizás pueda traeros de él alguna indicación, o al menos una antorcha, para que podáis calentáros.'

Pero cuando se aproximó a él, exclamó una voz desde la ladera derecha del valle, desde el árbol que ardía en tierra bendecida: '¡Oh Musa! ¡En verdad Yo soy Allâh, el Sustentador de todos los mundos!'. Y luego dijo Él: '¡Tira tu vara!' Pero cuando la vio moverse rápidamente, como si fuera una serpiente, huyó atemorizado, sin atreverse a volver.

Y Allâh le habló de nuevo: '¡Oh Musa! ¡Acércate y no temas, pues, ciertamente, tú eres de los que están a salvo en este mundo y en el próximo!'

Y ahora pon tu mano en tu costado: saldrá luminosamente blanca, sin mácula. Y en adelante mantén tu brazo pegado al costado, libre de todo temor. Pues, estos serán los dos signos de que eres portador de un mensaje de tu Sustentador a Faraón y sus dignatarios, pues, ¡ciertamente, son una gente depravada!"

(CORÁN, SURA 28, AL QASAS, LA HISTORIA, ÂYAT 29-32)

Musa, la paz sea con él, lleva años pastoreando en el desierto, arrastrando con él su miedo a la muerte entre las soledades de la Península del Sinaí. En esa devastadora estación recibe la iluminación espiritual y la conciencia de su misión profética. Musa percibe paradójicamente a Allâh a través de una forma, de un fuego encendido, porque nadie puede ver a Allâh, porque Allâh no tiene igual ni existe un otro que pueda verLe.

Musa, la paz sea con él, ve Su manifestación, Su teofanía, Su *tayali*, de la misma manera que Muhámmad, la paz sea con él, dice en el hadiz de la visión: "*He visto a mi Señor bajo una forma de suprema belleza*". Musa no recibe al mensajero Ýibril con las buenas nuevas de su Señor, sino Su *tayali*, la teofanía de Allâh en forma de una zarza ardiente, en forma de *nar*, fuego. *Nar* que en este caso es sinónimo de *nur*, de luz cegadora que le habla.

En otro pasaje coránico Allâh le dice: "*Lan taranî*", no me verás. Ibn 'Arabi aclara esta aparente paradoja poniendo el ejemplo del espejo. No podemos vernos en el espejo y ver al mismo tiempo la superficie del espejo, no es posible ver a la vez la imagen que aparece en el espejo y el espejo en sí. La Realidad, *Al Haqq*, es nuestro espejo, el espejo donde nos miramos, y nosotros somos el espejo de *Al Haqq*, donde Él contempla Sus nombres.

"*Yo era un tesoro escondido que quería ser conocido y por eso hice la Creación.*" nos dice el hadiz qudsí. En el sura *An Naml*, Las Hormigas, donde también se recoge el encuentro de Musa con la zarza ardiente, Allâh nos aclara:

"Pero cuando se acercó a él, exclamó una voz: '¡Benditos los que están en torno a este fuego, y los que están cerca de él! ¡E infinito es Allāh en Su gloria, el Sustentador de todos los mundos!"

(CORÁN, SURA 27, AN NAML, LAS HORMIGAS, AYA 8)

La manifestación de Allāh como fuego ardiente es el *tayali* de la Realidad Única que todo lo consume, que no permite ninguna contigüidad, ninguna fijeza. Si tocamos el fuego nos quemamos, desaparecemos entre las llamas. Esas mismas llamas que son indescriptibles, inapresables en una forma, y que sin embargo le hablan y se mueven. Las llamas recitan el discurso de la Realidad y le dicen a Musa que tire su vara, que su deambular por el mundo de la apariencia ha terminado, que ha llegado al fin de su periplo por el desierto.

En otro pasaje del Corán, Allāh le dice también a Musa: "*Quitate las sandalias*", con el mismo sentido. Y este es el sentido que tiene el descalzarnos cuando vamos a proster-narnos ante Allāh. En las puertas de las mezquitas se amontonan los bastones y las sandalias, porque las mezquitas son los oasis del desierto del mundo. En cualquier lugar donde nos postremos ante Allāh hallamos un oasis de intimidad con la Realidad, y Allāh bendice a quienes se acercan a Su *tayali*, a esa zarza ardiente que exhala formas y significados, a quienes se reúnen en torno a Él para adorarLe.

Cuando Musa, la paz sea con él, arroja su cayado, lo ve moverse como una serpiente y huye de nuevo aterrorizado.

El Corán nos presenta a Musa como un hombre lleno de temor, un alma sensible y frágil expuesta a cualquier contingencia y que no oculta en ningún momento su miedo. De hecho él está en el desierto, en la soledad, porque ha huido de quienes querían matarle. Y la iluminación le acontece en esa situación desolada, de intimidad profunda consigo mismo.

El centro sutil que rige este *maqâm* es denominado por Semnânî como *latifa sirrîya*, el centro sutil del secreto, del coloquio íntimo, de la oración confidencial. La luz que percibe Musa es una luz blanca sin ningún color, el *tayali* más cercano a la esencia sin ser la esencia. No podemos ver la luz porque precisamente es la luz lo que nos hacer ver, aquello que hace posible cualquier visión. Para tener conciencia de la luz es necesario que alguna forma se interponga, que algo la refracte o refleje, que algún color se exprese en el deseo de Allâh de ser conocido en y por Su criatura.

Allâh es el tesoro escondido que quiere ser conocido, y el *maqâm* de Musa es la estación del secreto —*sirr*— que se revela en la intimidad, del tesoro que quiere ser descubierto en el interior del corazón humano. Es el regalo de Realidad que Allâh hace a Su criatura en el silencio, en la desolación, en el extravío.

Musa, la paz sea con él, recibe así la gracia de la visión y de la profecía. Allâh le dice: “*acércate y no temas*” mientras le muestra la luz blanca en su propia mano, en su propio cuerpo. Con esta secuencia coránica Allâh le está diciendo al Musa de nuestro ser: *No Soy algo exterior a ti. Tú no eres algo distinto de la luz que perciben tus ojos. Tú eres luz*

blanca sin color y sin mancha. Acércate y no temas porque tú eres uno con Mi Luz.

La iluminación que vive Musa, la paz sea con él, le libra de temor y le otorga la capacidad de trascender la propia visión, la apariencia de las cosas. Allâh le hace ver que su cayado es una serpiente. Con ello le hace comprender que es Él, con Su poder, Quien construye cualquier visión de la Realidad, cualquier apariencia, y que el mundo que perciben sus ojos no es sino una visión entre infinitas visiones. La fijeza y la movilidad no son realidades sino cualidades de la Realidad Única. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, Se muestra así como *Al Musauir*, el Diseñador de todas las formas.

La experiencia luminosa que vive Musa le hace, además, capaz de transmitir la luz con todo su ser. Su cuerpo es ahora el *tayali* de la luz blanca, teofanía de la luz pura sin mancha capaz de suscitar el color, la visión de los Nombres Divinos, el contento de ánimo y el agradecimiento.

El Musa de nuestro ser es el umbral de nuestra conciencia superior. Es el *maqâm* donde comprendemos que no podemos ir más allá en el acercamiento a nuestro Señor, porque más allá del árbol ardiente desaparecemos consumidos en Él. Ese es el límite de nuestra visión porque allí se deshacen todas las visiones entre las llamas de la Realidad, de *Al Haqq*. Para trascender este *maqâm* necesitamos a Muhámmad, la paz sea con él, que es el único profeta y mensajero que ascendió más allá del Azufaifo del Límite, del *Sidrat al Muntaha*.

La experiencia paradójica de la Realidad como visión y la capacidad de transmitir la luz pura son los signos de que

Musa es portador de un mensaje de Allâh. Pero a pesar de la iluminación, a pesar de los regalos que está recibiendo, Musa, la paz sea con él, no ha logrado desterrar del todo su temor, en este caso el miedo a no poder cumplir su misión como enviado. En el Sura *Ta Ha*, le dice a su Señor:

"Musa dijo: ¡Oh Sustentador mío! Abre mi corazón a Tu luz, y facilitame mi misión, y suelta el nudo de mi lengua para que puedan entender bien mis palabras, y nombra, de entre mi gente, a uno que me ayude a llevar mi carga: Harún, mi hermano. ¡Refuérzame con él, y hazle partícipe de mi misión, para que juntos alabemos mucho Tu infinita gloria y Te recordemos sin cesar! ¡Ciertamente, Tú ves dentro de Nosotros!"

(CORÁN, SURA 20, TA HA, ¡OH, SER HUMANO! ÂYAT 25-35)

Musa, la paz sea con él, es aniquilado y comprende entonces que es la luz lo que le hace ver, aunque él mismo no pueda verla, comprende que sólo la conciencia es capaz de transmutar la existencia. Musa ve con sus ojos y quiere ver también con su corazón para que su lengua pueda articular el mensaje. La misión de Musa es transmitir la conciencia de la luz, y pide a Allâh que abra su corazón y suelte su lengua, porque ha de ayudarse de la palabra para comunicar esta experiencia luminosa a los seres humanos.

La visión paradójica de la Luz hace a Musa profeta, pero Allâh quiere hacerle también mensajero y para ello le hace ver el *tayali* luminoso en su propio cuerpo. Aquí podemos encontrar algunas claves para comprender la diferencia

entre *nabî* y *rasûl*, entre profeta y mensajero. Un profeta, *nabî*, es un ser humano dotado de visión interior, alguien que ha sido agraciado con la contemplación, con la experiencia imaginal de las cualidades divinas, de los Nombres. También los gnósticos y los santos viven esta experiencia del mundo intermedio, del '*alam al mizal*' que forma el mundo angélico e invisible, el *malakût*. Un mensajero de Allâh, un *rasûlullâh*, es un profeta que, además de visión, recibe la orden de transmitir un mensaje de Él, ser una expresión Suya, una teofanía, para enseñar o donar a los seres humanos una ley divina, una *Shariâh*.

En el caso de Musa, la paz sea con él, el mensaje lo recibe directamente de Allâh, mediante una voz que surge del mundo exterior, de un fuego llameante. En el caso de Muhámmad, la paz sea con él, éste recibe el anuncio del mensaje a través del Ángel, de Ýibril, y el mensaje le brota del interior del corazón. Esta es una de las claves que nos ayudan a comprender la perfección del *maqâm* de Muhámmad, y la inseguridad en el corazón de Musa, quien no sabe si será capaz de transmitir lo que ha visto y oído: No sabe si su lengua podrá articular el Recuerdo de la palabra divina, si su lengua podrá expresar la luz, como más adelante realizará el profeta Isa, la paz sea con él. Por eso le pide a Allâh que abra su corazón y suelte su lengua. *Subhana Allâh*.

Musa no es como Isa o como Muhámmad, la paz sea con ellos, pero está preparando el camino para que se complete la Revelación en el ser humano, para hacernos capaces de vivir la Realidad. Musa muere contemplando la tierra prometida de la Realidad, la tierra de Muhámmad, el *maqâm* del profeta iletra-

do que no tiene que recordar nada porque la Revelación le brota como un manantial desde su corazón purificado. Por eso nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán, en diversos *âyat*, que la Revelación desciende gradualmente, siguiendo un proceso de desenvolvimiento progresivo, de desvelamiento gradual. Musa, Isa y Muhámmad, mensajeros de Allâh, la paz sea con ellos, van abriendo paso a paso el sendero de la realización, quitando las cerraduras que mantienen oculto el tesoro escondido, la conciencia dormida.

¡Oh Señor nuestro, oh *Rabbi*!: Te pedimos que nos ampare en este desolado *maqâm*, que abras nuestros corazones a Tu Luz y sueltes las trabas que mantienen prisioneras a nuestras lenguas. Que Tu *Rahma* nos alcance en este desierto por medio de la *bâraka* de Muhámmad, de este Corán que nos aporta luz, dirección y sentido. *Amin*.



MUSA, LA PAZ SEA CON ÉL, le pide a Allâh que nombre a alguien como porteador —*wasir*— que le ayude a soportar la carga del mensaje. Siente el mensaje como algo que pesa sobre él, como algo exterior que tiene que llevar.

Musa sabe de Âdam, de Nuh, de Ibrahîm, pero no conoce a Isa ni a Muhámmad, no puede concebir el *tauhid* del mensajero con la Revelación. Isa es el verbo divino, la lengua sin trabas, y Muhámmad es el sello, el broche, el *imâm* de todos los mensajeros, porque Muhámmad es uno con el mensaje, con la Revelación. He aquí una diferencia significativa en sus *mâqâmat*.

Musa, la paz sea con él, pide a Allâh que haga posible la transmisión completa del mensaje. Allâh es el Sabio, *al Hakim*, y conoce a Su siervo, conoce su *maqâm*. Por ese Conocimiento Divino, Allâh da a Musa lo que Le pide, porque el mensaje no ha llegado aún a hacerse uno con el mensajero. Y por eso le dice en el Corán:

"Dijo Él: 'Fortaleceremos tu brazo con tu hermano, y os dotaremos a ambos de poder, de forma que no podrán tocaros: ¡Gracias a Nuestros mensajes, vosotros dos y quienes os sigan seréis los vencedores!'"

(CORÁN, SURA 28, AL QASAS, LA HISTORIA, ÂYA 35)

Allâh designa a Harún como *wasir* de Musa, la paz sea con ellos. Un *wasir* es un visir que comparte la responsabilidad con el emir, con el conductor que habrá de guiar a la *ummah* hasta su liberación, haciéndola atravesar el desierto de lo aparente, del *duniâ*, cruzar los siglos y llegar hasta el presente, donde los seres humanos tenemos la posibilidad de encontramos con el mensaje íntegro y completo, con una Generosa Recitación, *Al hamdulillâh*.

Los regalos que Musa, la paz sea con él, ha recibido de su Señor, le hacen vivir en un mundo intermedio, en un *barzaj*. Su *maqâm* le impide fijarse en una forma concreta, en un color, porque su vida es un fuego crepitante en incesante cambio. Es, al mismo tiempo, una vara recia y una serpiente movediza. La sensibilidad y la flexibilidad son condiciones para poder vivir en ese atanor donde cualquier aspecto particular desaparece en la Esencia.

De la misma manera que es la luz blanca la que, refractándose, provoca el arco iris, la multiplicidad de los colores, el Musa de nuestro ser es la estación que nos permite contemplar la sabiduría de la luz expresada en la creación, en la *Shariyah*, en la armoniosa diversidad del arco iris de los Nombres divinos.

Allâhumma: Témplos en la luz blanca de Musa para que así podamos ser capaces de disfrutar de los colores, de la luz verde y resurrectora de Muhámmad. Háznos conscientes del sentido de Tus leyes y de Tus decretos. Háznos conscientes de la perfección de Tu creación. *Amin.*

Jutba 15

GRACIAS A ALLÂH, *Subhana ua Ta'ala*, que nos permite comprender Sus signos y llena con ellos de sentido nuestra existencia, que es, en realidad la Suya. *Al hamdulillâh*. Gracias a Allâh, que nos ayuda a comprender las estaciones espirituales, las *mâqâmat* de Sus profetas, la paz sea con ellos, no tanto como personajes de una historia sino como expresiones de la realización humana, indiferente al tiempo y al lugar, como un patrimonio vital y espiritual que nos regala a todos los seres humanos.

Ahora nos encontramos en el *maqâm* de Musa, la paz sea con él, estación de la luz blanca, cegadora y ardiente, que alumbría el coloquio íntimo del siervo con el Señor. La luz blanca de *duhr* va desvelando al Musa de nuestro ser, el centro sutil de nuestro secreto, la *latîfa sirriyya* que está en un punto de equilibrio de nuestro cuerpo, en la frente, entre y

sobre los ojos, allí donde nuestros nervios luminosos se juntan tejiendo la visión que nos relaciona con los mundos.

La luz blanca de *duhr*, el mediodía en su máxima pureza y cenitalidad, casi no produce sombras. El *tayali* de Allâh como fuego ardiente es el de la Realidad Única que acaba con cualquier sombra, con cualquier proyección, que no permite ninguna contigüedad, ninguna fijeza. La luz de la creación va ascendiendo hasta su cémito, mostrándose allí incapaz de permanecer, ni siquiera por un momento, ocupando el lugar de su Creador. Allâh va desvelandoSe como ese tesoro oculto que quiere ser descubierto, en este caso, en el interior de quienes atienden a Sus *âyat*. En el Sura *An Nahl*, La Abeja, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice:

“¿No se han parado jamás a considerar ninguna de las cosas que Allâh ha creado? ¿Cómo sus sombras se vuelven a derecha e izquierda, postrándose ante Allâh sumisas por completo a Su voluntad?”

(CORÁN, SURA 16, AN NAHL, LA ABEJA, ÂYA 48)

Y de la misma manera que leemos el *Injîl*, el Evangelio recogido en el Corán, podemos también leer en la Recitación acerca de la revelación hecha a Musa, la paz sea con él, de la *Torah*. En un comentario sobre los cuarenta hadices, el *imâm* Rûhallâh Jomeini cita un hadiz de Abu Ya'far que dice lo siguiente:

“En la Torah que no ha sido alterada está escrito que Musa, la paz sea con él, le preguntó a su Señor: ‘Oh

señor! Dime: ¿Estás cerca de mí para que te susurre mis súplicas o estás lejos para que te implore en voz alta? Entonces Allâh le reveló: 'Oh Musa, Yo soy el compañero de quien me recuerda.' Musa, la paz sea con él, dijo: ¿Quiénes estarán bajo Tu protección el día en que no haya más protección que la Tuya? Él, Exaltado Sea, respondió: 'Aquellos que Me recuerdan a Mí y Yo les recuerdo a ellos; aquellos que se aman mutuamente por mí y Yo les amo. Ellos son a quienes recuerdo cuando quiero golpear a las gentes de este mundo con la aflicción, y por ellos les libro de ella.'

(SOBRE EL RECUERDO DE ALLÂH. IMÂM JOMEINI)

Encontramos en el Corán algunas expresiones paradójicas que conforman el *maqâm* de Musa. La aparente dualidad de la vara y de la serpiente, como expresión de que la creación es sólo visión, apariencia y cambio incesante, expresa la relación indisoluble que existe entre *Shariah* y *Haqîqa*, que es la misma que encontramos en la relación del siervo con su Señor. Musa, la paz sea con él, habita un *maqâm* de incertidumbre, de temor, de búsqueda y de trascendencia, un *barzaj* de visión paradójica e inacabable. No sabe dónde está Allâh aunque Allâh le hable claramente. No sabe desde dónde le habla. Musa no conoce a Isa, como le ocurría a Muhámmad, la paz sea con ellos, que los conocía a todos por sus nombres y por sus *mâqâmat*.

Allâh es el tesoro escondido que quiere ser conocido, y crea a Sus criaturas para hacernos conscientes de Él, que es la Única Realidad. El *maqâm* de Musa es la estación de la

Realidad que se revela a Sí misma en una intimidad a plena luz, el *maqâm* del tesoro que está siendo descubierto en el núcleo más profundo del corazón humano, en lo más cercano. Por eso Musa, la paz sea con él, no ve a Allâh en la zarza sino a Su *tayali*, lo que vive es una manifestación, un desvelamiento. Musa hace a Allâh la pregunta *¿Dónde estás? ¿Estás lejos o estás cerca? ¿A quién protegerás con Tu luz?* Pide con ansiedad una respuesta.

Allâh le revela entonces el secreto del *dikr*, la vía del Recuerdo. Sólo aquellos que meditan y reflexionan en la soledad del desierto reciben este regalo luminoso. Sólo busca a Allâh quien sufre el olvido en su visión y se da cuenta. De aquellos que están velados por su visión nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Pero quien se aparte de Mi recuerdo tendrá una vida de estrechas miras; y en el Día de la Resurrección le haremos comparecer ciego. Preguntará: '¡Oh Sustentador mío! ¿Por qué me has hecho comparecer ciego, si estaba dotado de visión?'. Allâh responderá: '¡Así es: te llegaron Nuestros âyat, pero te olvidaste de ellos; y así hoy eres tú relegado al olvido!'."

(CORÁN, SURA 20, TA HA, ¡OH, SER HUMANO!, ÂYAT 124-126)

Este contundente *âya* nos hace revivir la más honda soledad, el más lejano olvido, porque ¿Qué forma podemos olvidar, qué momento, qué mirada, qué voz o qué paisaje, sin olvidar a Allâh al mismo tiempo? Cuando olvidamos Sus signos, Sus *âyat*, Sus señales, nos sentimos abandona-

dos y olvidados. ¿Dónde estás, Señor? ¿Lejos, cerca, fuera o dentro? ¿Dónde Te ocultas? Y Allâh nos dice que está más cerca de nosotros que nuestra vena yugular. Y a pesar de todo seguimos buscando sin cesar, sin encontrarLe, en este árido *maqâm* de la luz plena y blanca de *duhr*.

La visión precede al Recuerdo, el *fikr* —la meditación, la contemplación— es la condición del *dîkr*. El reencuentro en la Realidad nos ocurre tras la experiencia de la separación. Separación es visión, diversidad, alteridad, discriminación, espacio, temor y ansiedad... unión es unicidad, realización, confianza y tiempo. El olvido de Allâh, el *nisyân*, hace que la vida del ser humano pierda sentido y se ensombrezca.

Nos encontramos en la profundidad del desierto. Cuando nos damos cuenta de nuestra situación desolada y ensombrécida buscamos la luz, ansiamos la palabra. Pero no la encontramos en el mundo. Sentimos que la luz del mundo, la palabra del mundo, son un *tayali*, un eco que nos recuerda sin cesar el manantial de todas las luces, sin descanso ni tregua. Surge entonces el *dîkr* entre las llamas de la zarza, haciéndonos sentir y comprender que, tras las llamas, late la Realidad. Y la buscamos porque toda la creación de Allâh no cesa de adorarLe y porque Él es el Sabio que nos enseña sin cesar a conocer y cumplir Su decreto.

El Musa de nuestro ser es la ansiedad de nuestras miradas extendiéndose por las soledades del desierto en busca de una respuesta vital, es la ansiedad de Hayyar oteando las dunas, la eclosión del Recuerdo, el Recuerdo mismo, el *dîkr* Allâh. Allâh lleva a Musa hasta el límite de su ansiedad para regalarle el *tayali* de la zarza, para suscitar en su cora-

zón la necesidad de encontrarLe. Así le enseña la senda del *dikr*, la vía del Recuerdo. Musa ha sentido la imposibilidad de ver a Allâh y se ha aterrorizado y ensombrecido. Sus ojos ven pero su corazón sigue ansioso. Allâh entonces lo tranquiliza acercándolo a Él, revelándole en su Recuerdo. En el Corán encontramos un pasaje en el que Musa, la paz sea con él, Le dice a Allâh:

"Abre mi corazón a Tu luz, y facilitame mi misión, y suelta el nudo de mi lengua."

(CORÁN, SURA 20, TA HA, ¡OH, SER HUMANO!, ÂYA 25)

Allâh da a Musa lo que Le pide, porque Él es su creador y conoce su *maqâm* y sus necesidades reales. Musa está llamando al Isa y al Muhámmad de su ser, a dos profetas que no conoce. El *maqâm* de Musa, la paz sea con él, es el umbral de las *mâqâmat* de Isa y de Muhámmad, la paz sea con ellos. Por esta razón, el *ihsân* del Recuerdo, la excelencia del *maqâm* de Muhámmad, tranquiliza al Musa de nuestro ser, calma nuestra ansiedad anímica y espiritual. En un hadiz *hasan* de At Tirmidí se narra lo siguiente:

"Preguntó un hombre: 'Oh mensajero de Allâh: las formas del sometimiento a Allâh son muchas. Dime algo a lo que me pueda aferrar.' El profeta dijo: 'Que tu lengua se mantenga húmeda con el recuerdo de Allâh.'

(DE YÁBIR, RIYAD AS SALIHIN, CAPÍTULO 244, HADIZ 1445)

El nudo de la lengua seca de Musa se suelta y humedece con el *dikr*, con el recuerdo de Allâh. Esa era la respuesta que Musa necesitaba y que todos nosotros necesitamos, la eclosión del Recuerdo, el principio de un despertar luminoso y fluido, que afecta a todo nuestro ser, a todo nuestro cuerpo. La búsqueda es una petición, una insatisfacción, una rebeldía. El Recuerdo es una dádiva, una satisfacción, un contentamiento. En un hadiz transmitido por Abu Dâhr, el profeta Muhámmad, la paz sea con él, nos dice:

"Es obligatorio dar, por cada una de vuestras articulaciones, una sâdaqa, para agradecer a Allâh por ella. Eso es posible porque decir 'subhana Allâh' es sâdaqa, decir 'Alhamdulilah' es sâdaqa, o decir 'lâ ilâha illâ Allâh' es sâdaqa y cada 'Allâhu akbar' es sâdaqa. Recomendar hacer el bien es sâdaqa, prohibir lo ilícito es sâdaqa. Y cada una equivale a dos rakaa de los que se rezan en el salât de duhr."

(DE MUSLIM, RIYAD AS SALIHIN, CAPÍTULO 13, HADIZ 118)

La luz del *dikr* es más intensa que la luz de *duhr*. El recuerdo es superior a la visión, la culminación del *fîkr* es el *dikr*. Sin Recuerdo, la contemplación no tiene sentido. Cuando Âdam, la paz sea con él, contempla el mundo hace *tauba*, recuerda súbitamente a su Señor y pide la *magfira*. La *magfira* de Allâh, nuestra reconciliación con Él, nuestra experiencia del *tauhid*, y también es la conciencia abarcante que Él tiene de nosotros, Sus criaturas, una conciencia que despierta en cada una de nuestras articulaciones,

en cada una de nuestras *lataif*, las mejores resonancias. El *dikr* es un desperezamiento.

Allâhumma: Háznos desear con fuerza Tu Recuerdo. Despereza nuestras articulaciones, nuestras *lataif*, ayúdanos a cruzar el desierto con el agua de Tu Compasión. *Amin.*



EL MUSA DE NUESTRO SER es el umbral de nuestra conciencia trascendental. Es el *maqâm* donde comprendemos que no podemos ir más allá en el acercamiento a nuestro Señor, allí donde Le sentimos como *Ar Rahîm*. Es el límite de nuestra visión que se deshace en el Recuerdo, entre las llamas de la zarza de la Realidad, entre Su *tayâli*. Para trascender esta paradójica estación necesitamos a Muhámmad, la paz sea con él, el único de los profetas y mensajeros que ascendió más allá del árbol del límite. El Muhámmad de nuestro ser es la conciencia que nos devuelve los *âyat* olvidados y escondidos en la visión:

“Así pues, cuando el Corán esté siendo recitado, prestad atención y escuchad en silencio, para que seáis agraciados con la Rahma de Allâh. Y recuerda a tu Sustentador humildemente y con temor, y sin alzar la voz; recuérdale mañana y tarde, y no te permitas ser negligente. Ciertamente, quienes están próximos a tu Sustentador no tienen a menos adorarle; proclaman Su infinita gloria y se postran sólo ante Él.”

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 204-206)

No existe ningún misterio. El secreto se va descubriendo en forma de Recuerdo, de regreso a la Realidad. La forma de ver a Allâh es no viéndoLe. “*Lan taranî*”, no Me verás, le dice a Musa. Y así Le encuentra, en la posibilidad de subsistir en Su Presencia por su *Rahma*, por Su *magfira*.

El *dikr* está íntimamente asociado a la palabra divina, al *kalam*. Es Su *tayali*, de la misma manera que la zarza ardiente es la paradójica e imposible teofanía de la Esencia. El *Nafs Rahmâni*, el Aliento del Misericordioso, se propaga en el mundo, es el mundo en permanente creación. Cuando hacemos *dikr*, el Aliento de *Al Rahmân* nos atraviesa y recorre como un talismán, proyectándose en todas las cosas. El tesoro va así descubriéndose en nuestro interior, como *Ar Rahîm*, como una respiración acompasada, como un aliento que se está creando a sí mismo sin cesar.

Kalam es, al mismo tiempo, palabra y herida, espada que atraviesa y articulación que provoca sufrimiento y separación. Mediante el *kalam*, Allâh Se nombra a Sí mismo, se actualiza en nosotros, Se revela en nuestro interior, que es así abierto a toda la creación. Corán no significa escritura sino Recitación, palabra recitada, dicha, nombrada. Por eso Musa, la paz sea con él, pide a Allâh que suelte el nudo de su lengua, para poder articular el *dikr*, para que su lengua pueda contener el *tayali* de Allâh en el mundo de la generación, del sufrimiento, de la muerte, y así reconducirlo a su principio, llevarlo a su liberación.

Musa va necesitar de ese *dikr*, de ese recuerdo de la zarza ardiente de su visión en forma de palabra, para liberar a su pueblo de las cadenas del mundo, de la magia alien-

nante de Faraón. Necesita recordarle su paradójica visión para poder conducirle por el desierto que tan bien conoce.

Ibn 'Arabi nos dice que la palabra *dikr* está relacionada con *dakr*, macho, principio activo y penetrante. El *dikr* es entonces la presencia del principio creador y generador dentro del mundo de la manifestación, que es la matriz donde se generan las formas, las apariencias y los seres. El *dikr* ordena el mundo, lo fertiliza reconduciéndolo a su principio. Nuestras almas son una creación del *Nafs Rahmâni*, del aliento amoroso de *Al Rahmân*. Esa compasión, ese suspiro amoroso de Allâh es como la contracción del útero de la madre cuando está dando a luz, son esos vínculos de sangre que Musa, la paz sea con él, ha necesitado reconocer en profundidad para no quedar prisionero de su visión.

El amor es el fundamento de toda creación. *Hubb*, amor, viene de la misma raíz que *habb*, semilla. El conocimiento del amor que Allâh siente por su creación implica un conocimiento de los lazos de la sangre, y por eso Musa, la paz sea con él, vive el exilio de su madre, de su tierra, de su comunidad y de Su Señor. Ese exilio lo hace capaz de sentir el *tayali* de la Realidad en la más pura de las luces, en la luz blanca que provoca el arco iris de los Nombres divinos, de las tribus y las lenguas diversas, de los colores de la creación de la que, querámoslo o no, formamos parte.

El *dikr* llega hasta Musa, la paz sea con él, hasta el fondo de su corazón desolado en el Sinaí. El *dikr* ayuda al Musa de nuestro ser a salir del desierto de las apariencias, la zarza ardiente del *dikr* ilumina la noche del alma. En este sentido el *sheij* Naim Kobra dice lo siguiente:

JUTBAS DE DAR AS SALĀM

"Cuando el dikr se sumerge en el corazón, éste se siente entonces como si fuera un pozo, y el dikr como un cubo que desciende a él para coger el agua."

El *dikr* va soltando nuestras lenguas, nuestras *lataif*, esos centros sutiles que se van despertando poco a poco o súbitamente. *"Su fuego no deja de arder, sus luces ya no se extinguen."*

Oh Señor nuestro: Procúranos sin cesar Tu Recuerdo. Humedece nuestras lenguas con el recuerdo de Tus más bellos nombres. Protégenos del olvido. *Amin.*

Jutba 16

CON EL CORAZÓN y la lengua humedecidos con el Recuerdo de Allâh, Musa, la paz sea con él, va a regresar al mundo del que había huido y va a enfrentarse a sus miedos, a sus verdaderos enemigos. El *maqâm* de Musa es una estación de combate espiritual, de gran *yihâd*. La lucha se establece, en el interior, entre la conciencia de Allâh y la visión cegadora del mundo, y en lo externo, entre la luz del mensaje divino que trae Musa y los hechizos de los magos que sirven a Faraón. En ambos planos, la lucha es entre el *islâm* y el *kufîr*, entre el sometimiento a la Realidad y su negación.

Faraón es la expresión más densa del velo, el ídolo vivo que trata de ocultar a Allâh entre sus dorados destellos, sin conseguirlo. Es la personificación del *kufîr* porque Faraón sabe que él no es un dios, sino un ser humano que sufre y goza como los demás, pero lo oculta tras los ropajes litúrgicos.

gicos de la religión de los antepasados, los ritos, pautas y hábitos establecidos y consensuados para mantener los privilegios de una clase. La sociedad que establece el *kufr* es una sociedad de castas, en la que la mayoría de los seres humanos sirven como esclavos a unos pocos. Es una sociedad castiza, esclavista e injusta, un sistema opresor y alienante, una pirámide en cuyo vértice se sitúa un ser humano privilegiado y poderoso.

La religión de Faraón ha estado presente en la tierra con los más variados ropajes, siempre invocando el culto a la muerte, a los antepasados y a sus costumbres, como si éstas hubiesen sido siempre las mismas. Es la expresión del conservadurismo extremo, del estancamiento moral y de la momificación espiritual, implantado en las conciencias mediante el hechizo de la imagen, de la ciencia o de la tecnología.

El combate de Musa es contra el *shirk*, contra el velo separador, pero no es una lucha como la de Ibrahim y los profetas anteriores, la paz sea con ellos. Ahora el ídolo está vivo, es un ser humano que se proclama dios de los otros, y al que los otros sirven como a un dios. No es una figura de barro, de piedra o de madera, sino un ser humano que se sitúa por encima de todos los demás y les exige obediencia y adoración.

La lucha de Musa es contra la arrogancia y la prepotencia del *kufr*, y su victoria es el logro de la humildad y de la paciencia. El gran *jihâd* es intemporal. Ocurre en el corazón humano que se abre a la revelación mientras comprende y discierne. El combate espiritual ocurre en la conciencia y produce, en el mejor de los casos, un conoci-

miento de nuestra naturaleza en forma de responsabilidad, de *ajlāq*, y de abandono confiado o *tauakul*.

El Corán describe en numerosos pasajes el encuentro entre Musa y Faraón. En el Sura *Al Aaraf*, la Facultad de Discernir, Allāh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice:

"Y despues de esos, enviamos a Musa con Nuestros mensajes a Faraón y a sus dignatarios, y los rechazaron obstinadamente: ¡y mira cómo acabaron los que sembraron la corrupción!. Y Musa dijo: '¡Oh Faraón! En verdad, soy un enviado del Sustentador de todos los mundos, instruido para decir acerca de Allāh sólo la verdad. Os he traído una prueba clara de vuestra Sustentador: ¡dejad, pues, que partan conmigo los banu Israel!'

Faraón dijo: 'Si has traído un signo, muéstralo, si eres hombre veraz.' Entonces arrojó Musa su vara y, he aquí, que se convirtió en una serpiente, claramente visible; y extrajo su mano y, he aquí, que apareció luminosamente blanca ante los espectadores.

Los dignatarios de entre la gente de Faraón dijeron: 'En verdad, este es un mago de gran maestría, que quiere expulsaros de vuestra tierra!' Faraón dijo: '¿Que aconsejáis, pues?'. Respondieron: 'Dadles largas, a él y a su hermano, y envía emisarios a todas las ciudades que hagan venir ante ti a todos los magos de gran maestría.'

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 103-112)

JUTBAS DE DAR AS SALÂM

En otros pasajes Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, quiere aclararnos la naturaleza de aquello que Musa mostró a Faraón:

"Y entonces le mostró el gran portento de la gracia de Allâh."

(CORÁN, SURA 79, AN NASIAAT, ÂYA 20)

"Y los magos acudieron ante Faraón y dijeron: 'Tendremos, sin duda, una gran recompensa si somos nosotros los vencedores.' Faraón respondió: 'Sí; y seréis, ciertamente, de mis allegados.' Dijeron: '¡Oh Musa! Arroja tú tu vara o arrojaremos nosotros primero.' Respondió: 'Arrojad vosotros primero.'

Y cuando arrojaron sus varas, pusieron un hechizo en los ojos de la gente, sobrecogiéndoles de espanto, y consiguieron una magia poderosa. Y entonces inspiramos a Musa: '¡Arroja tu vara!', y he aquí que se tragó todos sus engaños: y así la verdad fue vindicada, y se desvaneció todo lo que habían hecho. Y en aquel momento y lugar fueron derrotados y humillados por completo. Y los magos cayeron al suelo, postrándose y exclamando: 'Creemos en el Sustentador de todos los mundos, el Sustentador de Musa y de Harún!'"

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 113-121)

¿Cuál puede ser ese Gran Signo, ese gran portento que Musa muestra a Faraón y a los magos? ¿Qué fuerza es capaz de hacer que esos magos se prosternen ante Allâh?

¿Qué poder tiene la luz blanca y pura para operar esa transmutación? ¿Qué sentiríamos nosotros ante alguien que irradiase esa luz blanca que atraviesa todos los velos?

Cuando los magos se prosternan, Faraón ve peligrar su poder y los amenaza a ellos y a los *banu Israil* con el genocidio y la crucifixión. No tiene ya ningún argumento. Todas las magias se han deshecho ante la luz blanca. La naturaleza del *kufr* es la del velo, es negar lo evidente, y lo más denso del velo es negar precisamente la luz que lo atraviesa y constituye, aquello que nos procura la evidencia y la apariencia. Cuando Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, hace caer sobre Faraón y sobre su pueblo la desgracia en forma de plagas, de sequía y de muerte, Faraón responsabiliza a Musa y a los *banu Israil*, tratando así de construir un enemigo exterior que siga justificando su despotismo y su arrogancia. Musa, la paz sea con él, ya sabe que el enemigo exterior no existe, como no existe un dios exterior, visible en su esencia. Y sin embargo Faraón construye y alimenta el mito, el ícono del bien y del mal absolutos.

El paralelismo con la situación contemporánea no puede ser más claro. Hoy vemos cómo la magia de Faraón, en forma de tecnología mediadora y redentora, es capaz de mantener en el hechizo a millones de ciudadanos del mundo. El Faraón contemporáneo son esas expresiones del poder que imponen su visión y su virtualidad a sangre y fuego. En tiempos de Musa, la paz sea con él, los musulmanes eran su propio pueblo, a quien estaba llegando el mensaje y que se debatía entre la sumisión y la rebeldía. Un pueblo esclavizado y diezmado hasta lo impensable. Dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Y Musa dijo a su pueblo: 'Buscad ayuda en Allâh y sed pacientes en la adversidad! En verdad, la tierra pertenece por entero a Allâh: se la da en herencia a quien Él quiere de Sus siervos; y el futuro es de los conscientes de Allâh.' Pero los banu Israil dijeron: '¡Hemos sufrido antes de que tú vinieras a nosotros y después de que vinieras a nosotros!' Musa respondió: 'Puede ser que vuestro Sustentador destruya a vuestros enemigos y os haga sucederles en la tierra: y entonces ha de ver Él como actuáis.'

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 128-129)

Hoy los musulmanes sufrimos una persecución política, económica y bélica. El nuevo Faraón nos acusa de todos los males que afligen a la humanidad, usando a sus magos de la comunicación para convencer a sus súbditos de la naturaleza perversa del *islâm* y justificar la destrucción y el genocidio. La naturaleza del *kufîr* es negar lo evidente mediante la manipulación de las palabras y de las imágenes.

Y también hay otra similitud interesante: los magos egipcios, ante la evidencia del mensaje se hacen musulmanes, mientras que los *banu Israil* persisten en sus dudas y ambigüedades. De la misma manera que hoy prende el *islâm* con fuerza en la sociedad de Faraón, y se debilita en muchos lugares donde ha llegado a ser la religión de los antepasados.

La claridad con la que el Corán expresa esto debería servirnos para reflexionar sobre la naturaleza de los acontecimientos que hoy está viviendo la *ummah*, la comunidad de los seres humanos que tratamos de someternos a la Realidad

según nuestra capacidad y nuestro *imân*. A nosotros nos está diciendo Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, que seamos pacientes en la adversidad y que busquemos ayuda sólo en Él.

Y de la misma manera que sabemos que no existe ese enemigo exterior, tampoco podemos nosotros hoy considerar que Faraón es un dirigente poderoso o un grupo poderoso, sino el velo que esas personas construyen y que puede llegar a velarnos interiormente.

El verdadero Faraón es el tirano interior que trata de mantenernos en el más denso de los velos, el que nos separa de Allâh, es el *nafs ammara* en estado puro, el antropocentrismo que nos sitúa como protagonistas y responsables de todo lo que nos ocurre, tratando de sustraernos, mediante una rígida imagen del yo, a todo lo divino que hay en nosotros, a aquello fluyente e inbarcable que escapa a nuestra razón y a nuestro poder.

Musa, la paz sea con él, vence a Faraón porque ha vencido su miedo y no le otorga realidad inherente a aquello que le muestra su visión. Musa no cree en sí mismo sino en Su Señor. Esa es su victoria, ese es el gran portento que Musa muestra a Faraón, quien, desde ese mismo momento, está vencido. Sólo queda esperar con paciencia a que el velo se disuelva y la luz blanca ilumine todos los rincones oscuros.

Allâhumma: Protégenos de la magia de Faraón. No dejes que sus hechizos hagan mella en nuestros corazones. Ilumínanos con la luz blanca de Musa para que nuestros miedos y nuestras dudas se disuelvan. *Amin*.



EL MAQĀM DE MUSA, la paz sea con él, es la liberación de la esclavitud mediante la sumisión completa a la Realidad, mediante la confianza en Su poder. Es la expresión luminosamente blanca del *imān* en el centro de nuestro cuerpo y de nuestras vidas inmersas en el arco iris del *duniā*.

Es un *maqām* duro y arduo porque la luz blanca opera en nosotros y en nuestro mundo una cirugía espiritual irreversible, porque elimina cualquier traza de *shirk*, porque alumbra en nuestras conciencias todo su potencial de Realidad: *La jaula ualla quata illah billāh*. Todo el poder pertenece a Allāh. La dureza de este *maqām* hace también que sea una estación plena de auxilio divino. Porque Allāh conoce la débil y precaria condición de Su criatura y la asiste como *Ar Rahīm* en los momentos más duros de su gran *ŷihād*:

"Y ciertamente afligimos a la gente de Faraón con años de sequía y escasez de cosechas, para que pudieran recapacitar. Pero cuando les llegaba algún bien, decían: 'Esto lo teníamos merecido'; y cuando les afligía algún mal, culpaban de su mala suerte a Musa y a quienes le seguían. ¡Que va! En verdad, su mala fortuna había sido decreta- da por Allāh, pero la mayoría no lo sabían."

Y le dijeron a Musa: 'Sea cual fuere el signo que traigas para hechizarnos con él, no te creeremos!'. Y entonces enviamos contra ellos inundaciones y plagas de langosta, de piojos y de ranas, y agua que se convertía en sangre,

signos claros todos ellos: pero se mostraron altivos, pues eran una gente hundida en el pecado.

Y cuando una plaga les azotaba, exclamaban: '¡Oh Musa, ruega por nosotros a tu Sustentador en virtud de la alianza que ha concertado contigo! ¡Si apartas de nosotros esta plaga, ciertamente te creeremos y dejaremos partir contigo a los banu Israil!' Pero cada vez que apartábamos de ellos la plaga y les dábamos tiempo para cumplir su promesa, he ahí que faltaban a su palabra. Y por ello les infligimos Nuestro castigo; e hicimos que se ahogaran en el mar, por haber desmentido Nuestros mensajes y haberse desentendido de ellos; mientras que a la gente que antes eran considerados insignificantes, les dimos por herencia las partes oriental y occidental de la tierra que hemos bendecido.

Y así se cumplió la hermosa promesa de tu Sustentador a los banu Israil por haber sido pacientes en la adversidad; mientras que destruimos por completo todo lo que Faraón y su gente habían forjado y todo lo que habían construido."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 130-137)

Allâh nos asegura que, detrás de todas las pruebas que nos propone hay un sendero de liberación y un destino de paz y de belleza. La prueba es necesaria para alcanzar el bien, porque esa es la forma en que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos da Su *Rahma*, haciéndonos capaces de Él en

nuestro interior, apostando por la Realidad frente a todas las apariencias. La prueba consiste en desenmascarar esas apariencias, en ser capaces de ver y asumir la irreabilidad del velo.

Las consecuencias del *kufr* son funestas y atroces. La absoluta arrogancia de Faraón produce los más desastrosos resultados. También el mito faístico sobre el que se asentó la modernidad está impregnado del alma de Faraón. Sus efectos están hoy por todos sitios: Plagas, pobreza, genocidio, injusticia, racismo, islamofobia, persecución, crisis medioambiental y climática... pero, nuevamente, demostrando la intemporalidad de la Revelación y de sus signos, es entre las gentes que sufren estos azotes con paciencia donde Allâh suscita una nueva *ummah*, la comunidad a quien pertenece el futuro de lo humano.

La paciencia en la adversidad implica el fortalecimiento del *imân* y un evidente progreso moral y espiritual, que es lo que más necesitamos para realizarnos como seres humanos. Y esa condición humana es intemporal, se expresa en tiempos de Musa de la misma manera que se expresa hoy, si de verdad somos capaces de trascender lo aparente, el brillo de las formas y palabras de cada tiempo.

La victoria en el gran *yihâd* pertenece a quienes son pacientes en la adversidad, a aquellos que son capaces de preservar su *imân* en los momentos más duros, difíciles y oscuros. La victoria es conseguir el sometimiento completo a Allâh, a la Realidad Una y Única. La confianza plena, el abandono, el *tauakul*, implica liberarnos por completo de los velos del *kufr*. Conseguir eso es alcanzar el Jardín de lo Real sin ninguna duda.

Oh señor nuestro: Haz que nuestro *imān* sea fuerte y luminoso. Háznos ser transmisores conscientes de la luz blanca. Derrama Tu *báraka* sobre Musa y sobre todos Tus allegados, la paz sea con todos ellos. *Amin.*

Jutba 17

MUSA, LA PAZ SEA CON ÉL, parte con su pueblo desde la tierra del velo hacia la tierra de la Realidad, hacia *dar al Haqq*, y para ello tiene que conducirlo progresivamente a través de *dar al islām*, de un ámbito donde pueda expresarse el sometimiento a la Realidad, libre de la tiranía del ser humano y de sus costumbres. El enemigo exterior ha sido aparentemente vencido cuando los *banū Israīl* ven a Faraón dando testimonio de la Realidad y suplicando la magfira mientras se ahoga en el mar.

Han visto con sus propios ojos la mentira de la encarnación, la falsedad del velo. Ya saben que Allāh no se encarna en ninguna criatura, que no es algo exterior que se introduce misteriosamente en los cuerpos, también saben que tienen un enviado de Allāh y que Allāh les está prometiendo una liberación segura y completa. Siguen a Musa y a

Harún, la paz sea con ellos, en su vuelta hacia su Señor, dirigiéndose hacia la península de Sinaí.

La *ummah* sigue los pasos del mensajero Musa, la paz sea con él, que ya había recorrido ese mismo trayecto con anterioridad, en un estado parecido al que ahora viven sus gentes, como un pueblo perdido, sin conciencia de Allâh. Ya tienen un profeta y un guía que les ha librado del enemigo exterior, pero no saben vivir de manera distinta a como lo hacían durante el cautiverio, no saben ni siquiera a donde van ni a quién adorar ni cómo hacerlo. Aún están viviendo en *ÿahiliyya*, en situación de ignorancia, faltos de discernimiento y de criterio. En ese estado le piden a Musa que les de un dios como el que tienen los otros pueblos que ellos han conocido, un dios al que puedan ver con sus propios ojos, como nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Y franqueamos a los banu Israil la travesía del mar; y luego se encontraron con un pueblo entregado a la adoración de sus ídolos. Dijeron: "¡Musa, danos un dios como el de ellos!". Respondió: "¡En verdad, sois un pueblo sin criterio! Respecto a estos, ciertamente, su modo de vida conduce a la destrucción; y todo lo que hayan hecho habrá sido en vano."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÆYAT 138-139)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en Su majestad y con Su poder, da a cada ser humano la guía que necesita para cruzar la tierra de la creación y de la prueba a plena luz, da a cada pueblo, a cada ser humano, Su mensaje, cada vez de una

forma distinta, siguiendo un desenvolvimiento cabal y armonioso. La Revelación ilumina nuestra ignorancia.

El *maqâm* de los *banu Israil* es el mismo *maqâm* de Musa, la paz sea con él. El *maqâm* de un siervo es el *maqâm* de su mensajero y el *maqâm* del mensajero es el *maqâm* donde se realiza su Señor como *Al Mu'izz*, Aquel que honra al ser humano con Su teofanía, siempre viva y renovándose en cada profeta, en cada *ârif*, en la recitación de Sus Más Bellos Nombres, en un olor, en un sonido y en un color que nos alcanzan mediante Su *Rahma*, haciéndonos conscientes de Él mediante Su Recuerdo.

Los *banu Israil* quieren ver a Allâh con sus propios ojos, como Musa, que oye el discurso de su Señor como un Recuerdo, como un eco, sin saber bien desde dónde Le habla, sin poder encontrarLe en ningún sitio. En esta estación paradójica tiene que transmitir la Revelación, articular el mensaje, señalar a su pueblo el sendero hacia la *âjira* de la luz blanca, de la conciencia trascendental.

Cada pueblo tiene sus mensajeros. La enseñanza de Musa, la paz sea con él, ilumina a unas gentes ensombrecidas por el cautiverio y por el olvido. La luz de los *banu Israil* se ha ensombrecido con el velo, en la tierra del *nisyân*, cautiva en el *kufr* de la sociedad faraónica. La *ummah* de Musa necesita una palabra recta, una indicación sensata y comprensible que abra nuevamente una brecha a la luz. Esa necesidad de Bien y de Belleza va a ser satisfecha por Allâh mediante la revelación de un pacto con unas indicaciones claras para iniciar la andadura hacia la tierra de la Realidad, tierra de pacto y promisión.

La palabra divina abre una brecha a la luz activando nuestras *lataif*. Allâh hace vivir al Musa de nuestro ser en la paradoja, para que podamos comprender a la *ummah* y compassionarnos con ella. Musa, la paz sea con él, ha sido iluminado con la Revelación y por eso dice a su pueblo:

"Y dijo: '¿He de buscaros un dios distinto de Allâh, siendo así que Él os ha favorecido sobre todos los demás pueblos?'"

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYA 140)

Musa, la paz sea con él, está recordándole a su pueblo los favores que ha recibido de Allâh. Quiere guiarles al Recuerdo: Allâh no sólo les ha salvado del enemigo exterior sino que, además, durante siglos les ha favorecido enviándoles profetas y mensajes, hombres y mujeres justos, dándoles sin cesar señales de Su Amor y de Su Compasión:

"Y entre el pueblo de Musa han habido gentes que intentaban guiar a otros por el camino de la verdad y, mediante ella, actuar con justicia."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYA 159)

La *ummah* de Musa es una comunidad rebelde en la que viven hombres y mujeres justos, una comunidad real y contradictoria que constituye una sociedad heterogénea que incluye actitudes vitales a veces excluyentes y contrapuestas. Musa quiere recordar a su pueblo lo mejor de ellos mismos, reconducirles hacia su condición más luminosa,

pero se desenvuelve en un *maqâm* paradójico, sin saber exactamente cual es su pueblo ni donde está su tierra.

Allâh conoce el corazón de Su siervo y le emplaza durante cuarenta noches en el Sinaí. Musa pide a Harún que ocupe su lugar ante la comunidad durante ese tiempo. Las primeras treinta noches, según Ibn Abbás, fueron de ayuno y meditación, de preparación interna para recibir la *Torah*, en forma de *Haqîqa* y de *Shariâh*, un alumbramiento que va a prolongarse durante las diez últimas noches. Allah, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en el Corán:

"Y cuando Musa acudió a Nuestra cita, y su Sustentador le hubo hablado, dijo: '¡Sustentador mío! ¡Muéstrate a mí, para que pueda verte!'. Dijo: 'Tú no puedes verme. Pero mira a esa montaña: si sigue firme en su lugar, entonces, sólo entonces, podrás verme.' Y tan pronto como Allâh hubo revelado Su gloria a la montaña, hizo que esta se desmoronase; y Musa cayó al suelo desmayado. Y cuando volvió en sí, dijo: '¡Gloria a Ti! ¡Me vuelvo a Ti arrepentido; y seré siempre el primero en creer en Ti!"

Allâh dijo: '¡Musa! Ciertamente, te he enaltecido sobre todas las gentes al entregarte Mis mensajes, y por haberme hablado: ¡coge, pues, lo que te he entregado y sé de los agradecidos!'. Y le prescribimos en las tablas toda clase de advertencias, exponiendo todo con claridad. Y dijimos: 'Cógelas con fuerza y ordena a tu pueblo que se aferrre a sus excelentes reglas.'

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 143-145)

Musa acude al encuentro con Allâh con la misma ansiedad que siente su pueblo. Cuando Allâh le habla, el profeta Le expresa su necesidad de verLe, porque conoce el escepticismo de su pueblo y sabe que necesita una referencia visible para poder mostrarla a la comunidad. Allâh le dice "*No Me verás*", quiere que se de cuenta de la imposibilidad de verlo, que comprenda la Misericordia que hay en esa imposibilidad, en ese velo, mientras le muestra Su poder, Su ubicuidad y Su grandeza como *Al Qadir*, *Ash Shahid* y al *Al Kabir*.

Allâh está enseñando a Musa que Él abarca la visión, el mundo, cualquier cosa con Su poder y con Su ciencia, pero que Él no es abarcable por ninguna creación, por ninguna mirada. Allâh está regalándole Su presencia en Su ausencia, la inimitable Realidad que constituye la visión del profeta, suscitándola. *¡Allâhu Akbar! ¡La jaula ualla quata illah billâh!* Todo el poder, toda la gloria Le pertenecen sólo a Él y Él es el creador de todas las visiones. *¡Subhana Allâh!*

Allâh regala a Musa Su gracia entre la luz blanca que hace posible su visión, da a Su siervo el privilegio de oír la palabra de su Señor, como si le dijera: No Me verás, pero podrás recordarMe y transmitir a tu pueblo aquello que ahora sabes de Mí. Esa es tu misión y tu condición, y la misión y la condición de todo aquel que es alcanzado por Mi mensaje: transmitirMe, dejarse atravesar por Mí, someterse consciente y voluntariamente a Mí, a la Realidad.

Ese es el mensaje del Musa de nuestro ser y ese es su *maqâm*, la lucha contra la tiranía de la visión, el *ŷihâd* de la luz blanca abriéndose paso en nuestro interior ensom-

brecido, entre el recuerdo y el olvido de nuestra Única Realidad, de la Única Realidad que podemos vivir y que vivimos. En esa dialéctica se va construyendo la sociedad profética, el *dar al islâm* que se extiende más allá de las fronteras y los territorios hasta constituir, *masha Allâh*, el *dar al Haqq*, la tierra de la Realidad. Porque el pacto que Musa propone a su pueblo es el *islâm*, el sometimiento a la Realidad, inabarcable, indefinible y única.

En este *maqâm* vivimos la imposibilidad de ver a Allâh en lo particular ¿Cómo podríamos orientarnos hacia Él en el mundo de las relaciones, de los objetos y de las formas? ¿Cómo podríamos adorarLe? En esta aparente paradoja Musa, la paz sea con él, recibe la *Shariah*, las aclaraciones de los *huddud*, de los límites que constituyen las relaciones, los objetos y las formas, una descripción de la naturaleza de la creación y de sus leyes.

La *Haqîqa* que recibe Musa, la paz sea con él, es la sabiduría contenida en la *Shariah*, la conciencia clara de que la *Shariah* es, precisamente, una guía para cruzar el mundo como seres merecedores y portadores de luz, como valedores de la conciencia humana, libre y trascendental. Pero el pueblo de Musa se halla muy distante de su profeta cuando éste recibe la Revelación.

Musa, la paz sea con él, no recibe la Revelación entre las gentes de su pueblo, como le ocurría a menudo a Muhámmed, sino que se aparta de la comunidad y sube a la montaña. Deja con ellos a su hermano, que no puede hacer ni decir nada para impedir la idolatría delirante del becerro de oro. El Corán no deja de señalarlos la situación de igno-

rancia en que vive el pueblo de Musa. Necesitan de una imagen porque el cautiverio y la asimilación e interiorización del *kufr* los ha ido alienando progresivamente de la Realidad, de la Vida.

La idolatría del oro tiene aquí una profunda significación espiritual. Este metal ha sido asociado tradicionalmente, en el paganismo, a la luz del sol, de la misma manera que a la plata se la relaciona con la luna. Es como si el oro fuese una apariencia sólida de la luz, una prueba tangible de la condición luminosa de la materia. El culto a los objetos brillantes es una experiencia sensible de la idolatría en la visión humana que ha sido convertida en ley, en parte fundamental de la religión de los antepasados, por la fuerza de la costumbre.

Pero la Luz no es apresada por ninguna tiniebla, sino que discurre sobre sí misma sin cesar, trazando una creación que la refleja y que se expande y contrae sin cesar. Ningún ser, ningún objeto, pueden cerrarle el paso, interponerse, sin ser al mismo tiempo oscurecidos. Allâh muestra a Musa las consecuencias del *shirk*, el oscurecimiento del alma que produce la idolatría:

"En verdad, a quienes se entregaron a la adoración del becerro de oro les alcanzará la condena de su Sustentador, y la humillación será su sino en este mundo! Pues así retribuimos a quienes inventan tales mentiras. Pero a aquellos que obran mal y luego se arrepienten y creen realmente, ¡en verdad, después de tal arrepentimiento tu Sustentador es ciertamente indulgente, dispensador de gracia!"

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, AYAT 152-153)

El *maqâm* de Musa, la paz sea con él, puede ayudarnos a comprender la paradoja en la que han vivido y viven los *banu Israil* y, en general, todos los pueblos. Allâh les distingue, suscita entre ellos profetas y mensajes, no cesa de agraciárselos con Sus mensajes y Sus dones, pero ellos prefieren seguir entregados a su visión, al brillo efímero de lo material, como si el eco de la luz pudiera sustituir a la luz misma.

Necesitamos la vara, el cayado, el rigor de la Ley, el exilio, la alienación, porque no somos conscientes de la Misericordia Divina que se derrama sobre nosotros y sobre toda la creación a raudales. Necesitamos recordar a Allâh y sólo lo conseguimos mediante el sufrimiento, la prueba, el exilio y el genocidio. Vivimos en el *nisyân*, en el olvido, prisioneros de nuestra visión, de nuestras tradiciones, de nuestras leyes, de nuestros logros.

Oh Señor de los Mundos: Ayudanos a comprender a nuestra comunidad, a nuestra *ummah*. Haz que la *ummah* florezca entre los pueblos y las culturas. *Amin*.



ALLÂH NOS PROPONE ejemplos en la Revelación, y los *banu Israil* son un ejemplo de lo que ocurre a las comunidades cuyos individuos, mayoritariamente, se obstinan en cerrarse al mensaje y contradecir a sus mensajeros. En el sura *al Bâqara* aparece descrita esta rebeldía contumaz de los *banu Israil*. Cuando Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, les manda sacrificar una vaca ellos no dejan de preguntar una vez y otra cómo ha de ser el animal, qué color ha de tener, qué

edad, qué compleción..., hasta lo inimaginable. Cuando el profeta se aleja, ellos se entregan a la idolatría. Por eso la *Shariáh* que Allâh les prescribe es una Ley rigurosa y detallada, llena de tabúes y advertencias, porque Allâh conoce la condición de su *ummah* y le transmite aquello que la hace peregrinar hacia Él. Sólo asumiendo el carácter refractario y recalcitrante de los *banu Israil* podemos comprender el rigor de la *Torah* y el mantenimiento del Talión.

Serán necesarios más mensajeros para que el mensaje alcance su perfección y se complete, para que el ser humano pueda vivir en la tierra de la Realidad: Daud, Isa y Muhámmad, la paz sea con ellos. Con ellos, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, completa Su mensaje levantando la restricción y extendiendo el islám a toda la humanidad.

Musa, la paz sea con él, no conoce a estos mensajeros que le seguirán. Él sólo obedece a Su Señor que le habla. De Él obtiene todo conocimiento pero no puede verLe. Es asaltado por la ira y arroja las tablas. No puede admitir que su pueblo se haya entregado al ídolo mientras él recibía una gracia, un regalo de Allâh para ellos.

Vuelve con setenta hombres a pedir la *magfira* de su Sustentador, y entonces Allâh le responde revelándole la condición y el destino de su *ummah*, y le anuncia a los mensajeros que le seguirán en la transmisión del mensaje a toda la humanidad. Dice el Corán:

"Respondió: 'Inflijo Mi castigo a quien quiero, pero Mi misericordia abarca todas las cosas: y la decretaré para aquellos que sean conscientes de Mí, que gasten en limos-

nas y que crean en Nuestros mensajes, para aquellos que han de seguir al último Enviado, el Profeta iletrado a quien encontrarán descrito en la Torah que ya tienen, y más tarde en el Inyil: el Profeta que les ordenará la conducta recta y les prohibirá la conducta inmoral, y les hará lícitas las cosas buenas de la vida y les prohibirá las malas, y les librará de las cargas y de las cadenas que antes pesaban sobre ellos. Quienes crean, pues, en él, le honren, le asistan y sigan la luz que se ha hecho descender a través de él, esos son quienes conseguirán la felicidad."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 156-157)

*Baraqalawfiq por habernos dado el Corán Generoso de Muhámmad, sala Allâhu aleihi wa salem, donde comprendemos que el destino del pueblo de Musa, los *banu Israil*, es un ejemplo para todos los pueblos y culturas. La condición humana aparece reflejada aquí con toda crudeza. La incredulidad, el olvido, la perplejidad, el sentimentalismo, la necesidad de un dios, de adorarle, la ceguera ante las evidencias de la Realidad., todo ello como experiencia necesaria para una conciencia que tiene que ascender hacia su fuente luminosa, retirando poco a poco los velos, profeta tras profeta, *maqâm* tras *maqâm*.*

*Los *banu Israil* están tan perdidos que necesitan un trato severo, radical, que les conmocione, una ley estricta que compense el deterioro interior, una descripción que estruccione su visión, que armonice su alma confundida, desterrada y rota, que les haga posible la vida confiada, masha Allâh, la experiencia del bien y de la belleza.*

Musa, la paz sea con él, no entra en la Tierra de la Realidad prometida pero la divisa a lo lejos mientras contempla cómo su pueblo se dirige hacia ella. Musa contempla a la *ummah* caminando ya con los profetas y mensajeros que le seguirán, una humanidad que está preparándose para un encuentro gradual con la Realidad. Musa sabe ahora de Isa y de Muhámmad, la paz sea con ellos, y sabe que en el profeta iletrado viven todas las revelaciones, no por haberlas leído en un libro de papel o en unas tablas de piedra, sino porque están en su corazón fluyendo entre algunas gentes de su pueblo.

¡*Al hamdulillâh*, porque el Corán nos está alcanzando por dentro y por fuera, completando la Revelación en nosotros! ¡*Al hamdulillâh*, porque ahora conocemos a Muhámmad, la paz sea con él, y sabemos que Muhámmad está con nosotros donde quiera que nuestros corazones escuchen la Generosa Recitación.

La realización de la sociedad profética es la *ummah* de Muhámmad, paz y bendiciones para él, una *ummah* que hoy está viviendo con la conciencia de no tener un territorio definido sino un espacio interior que está creciendo y ensanchándose por todos los continentes y rincones humanos. Muhámmad viene a enseñarnos que la Tierra de Realidad prometida es una *âjira* cuyas luces alcanzan nuestra existencia aquí, allá, adonde quiera que latan nuestros corazones sometidos.

Musa, la paz sea con él, nos enseña que la contemplación y la visión producen el Recuerdo, que el *fikr* deviene en *dîkr*. Nuestro amado profeta iletrado, por su parte, nos revela que el Recuerdo es la vía por la que somos cons-

cientes de Allâh, que el *dikr* es el fermento de nuestra *taqua*. Muhámmad, la paz y las bendiciones sean con él, nos transmite los significados de nuestro espacio y de nuestro tiempo, y nos enseña a vivir en el *barzaj*: volviendo nuestros corazones hacia el *âjira*, encontramos la luz de nuestra vida verdadera haciéndose consciente, alumbrando todas las posibilidades de existencia, inundando de claridad este mundo de la *duniâ* donde vivimos, aquí y ahora, como aliento de *Al Rahmân*.

Oh Señor de los mundos. Tú que nos has traído hasta el sometimiento a Ti, haz que seamos agradecidos. Tú que creas todas nuestras visiones, dános Tu *taqua* y perdona nuestras distracciones y pretensiones de existencia. Tú que nos amas, cúrano de nosotros mismos. *Amin*.

Jutba 18

LOS PUEBLOS SON, en ciertos aspectos, el rostro más expresivo y crudo de lo humano. Cumplen el decreto de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, como cualquier criatura viva. Y nosotros vivimos en el corazón de un pueblo que es, en realidad, un conjunto de comunidades distintas, tantas como los seres humanos que nos encontramos hablando, mirándonos y soñándonos unos a otros sin cesar.

En ese roce aparecen las expresiones más diversas y elocuentes de la humanidad, nuestros vicios y nuestras virtudes. En esa convivencia surge la palabra de la comunidad; así las sombras y las luces de la condición humana van tejiendo la urdimbre del Decreto, construyendo el discurso de una historia que se actualiza precisamente mediante los hechos y las palabras. Cuando vivimos esa historia de una manera fija, horizontal e inamovible, nues-

etros ojos y nuestros corazones comienzan a velarse y a enturbiarse con los conceptos y las imágenes contenidas en ella. Finalmente, cuando empezamos a vivir la Revelación y el propio *din* como un mero repertorio de normas e imágenes estamos haciendo del *islám* la religión de los antepasados, estamos enterrando y velando a la comunidad, y así nos dispersamos, sin conseguir entrar en la tierra de la Realidad que Allāh nos promete, en la tierra de la hermandad, en la comunidad del *tauhid*.

El *maqâm* de Musa es una estación pesada y ardua, porque implica mirar al pueblo cara a cara, compasionarnos con el otro, con sus miradas y con sus vivencias, vivir en una comunidad heterogénea, sufriente y contradictoria de hermanos, padres, maridos madres, esposas, hijos, vecinos, cuñados. En esta comunidad, real y diversa, Allāh suscita a algunos seres esclarecidos y ecuánimes que suelen ser habitualmente incomprendidos y combatidos.

El anhelo de bien y de belleza, la *himma*, surge tras una experiencia de vacío. En este *maqâm*, Musa, la paz sea con él, tiene como misión estructurar a la comunidad, preservar y dignificar sus vínculos, dotarla de herramientas para la convivencia y el crecimiento, enseñarles el *tauakul*, la *taqua* y el *tauhid*. Pero ya hemos visto que su misión obtiene pocos resultados.

El hecho de transmitir el mensaje no es garantía de que quien lo recibe vaya a hacerlo suyo, a seguirlo y a transmitirlo. Algunas gentes reconocen la realidad del mensaje pero la mayoría se obstinan en su ignorancia. Esa es una constante atemporal. Allāh nos dice en el Corán:

"Y entre el pueblo de Musa han habido gentes que intentaban guiar a otros por el camino de la verdad y, mediante ella, actuar con justicia. Y los dividimos en doce tribus, o comunidades. Y cuando su pueblo pidió agua a Musa, le inspiramos: '¡Golpea la roca con tu vara!', y brotaron de ella doce fuentes, y todos sabían de cual debían beber. Y les protegimos con la sombra de las nubes, e hicimos descender para ellos el maná y las codornices, diciéndoles: 'Comed de las buenas cosas de que os hemos proveído.' Y con todas sus ofensas no Nos perjudicaron, sino que pecaron sólo contra sí mismos."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÁYAT 159-160)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos agracia a los seres humanos dándonos todas las pruebas de Su existencia y de Su poder. Nos libera de la esclavitud y nos promete la tierra de la Realidad, pero nos resistimos a aceptar el mensaje, las señales que los profetas nos transmiten, los dones que recibimos sin cesar.

Durante la travesía del desierto Allâh nos provee de un alimento especial, un *maná* que nos sacia y que obtenemos sin ningún esfuerzo, pero nosotros añoramos los alimentos de la esclavitud. Estamos velados y no nos damos cuenta de que con nuestra actitud sólo nos perdemos a nosotros mismos, de que aún seguimos siendo esclavos, adoradores de lo diverso:

"Y recordad cuando dijisteis: 'Oh Musa! Ciertamente, no podremos soportar una sola clase de alimento; pide,

pues, a tu Sustentador que haga brotar para nosotros algo de lo que la tierra produce, como hierbas, pepinos, ajos, lentejas y cebollas.' Musa dijo: '¿Vais a cambiar lo que es mejor por algo mucho peor? ;Volved humillados a Egipto y tendréis lo que pedís!. Por esto, la miseria y la humillación se abatieron sobre ellos, e incurrieron en la condena de Allâh: todo por empeñarse en negar la verdad de los mensajes de Allâh y en matar a los profetas contra todo derecho: y todo por rebelarse y empeñarse en transgredir los límites de lo correcto.'

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, ÁYA 61)

La negación del mensaje tiene diversas expresiones que aparecen reflejadas en el Corán. El descontento es una de ellas: la incapacidad para poder vivir y disfrutar de los dones con que Allâh está agraciándonos constantemente. En este caso la negación del regalo del *tauhid*. No somos capaces de soportar un alimento único, completo y suficiente sino que añoramos lo diverso, los pliegues del velo que nos mantiene en la ignorancia.

La insumisión aparece aquí como una idealización del pasado, como la idolatría de un tiempo que se presta mejor a ser recordado que a ser vivido. La negación y la rebeldía llegan a sus últimas consecuencias con el asesinato de los profetas y de los hombres justos. Los *banu Israil*, aún siendo un pueblo agraciado reiteradamente con el Mensaje divino, ha hecho de éste la religión de los antepasados y teme y elude los cambios inevitables que implica el sometimiento a la Realidad.

Sabemos que los banu Israil combatieron a muchos de sus profetas, a Yahia, a Zakariya, que persiguieron a Isa, la paz sea con ellos. En el evangelio de Mateo aparece una frase de Isa, la paz sea con él, referida a la ciudad de Jerusalén: '*Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados!*' (Mateo 23-37) Sobre esto, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en el Corán:

"Porque cuando matásteis, Oh banu Israil, a un ser humano y os recriminásteis mutuamente del crimen, aunque Allâh desvelará lo que preferiríais ocultar, dijimos: 'Aplicad este principio a algunos de esos casos de homicidio no resueltos: así salva Allâh vidas de la muerte y os muestra Su voluntad, para que aprendáis así a usar vuestra razón.

Y sin embargo, después de esto, vuestros corazones se endurecieron y se volvieron como piedras, o aún más duros, porque hay piedras de las que brotan arroyos; y otras que cuando son quebradas mana de ellas el agua; y otras que se vienen abajo por temor de Allâh. ¡Y Allâh no está desatento a lo que hacéis!"

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, AYAT 72-74)

Allâh ha prescrito una *Shariâh* que, aún incluyendo el Talión, nos exhorta a superar la venganza mediante la reflexión comunitaria, el diálogo, la *shura* y el encuentro, aún sabiendo que no lo vamos a conseguir, que los corazones habrán de endurecerse más que las piedras. Los seres

humanos olvidamos con facilidad las penurias pasadas y pedimos a Allâh más pruebas, más señales, antes de someternos. Vivimos en la oscuridad del Talión, resolvemos los litigios mediante el '*ojo por ojo...*'

Formamos una comunidad anclada espiritualmente, que sólo puede estructurarse en torno a una Ley llena de cláusulas y a un férreo contrato social. Las expresiones más constantes de esta actitud son la ingratitud, el descontento, la nostalgia, la soberbia y el olvido. Musa, la paz sea con él, es un advertidor ¿Vais a cambiar lo bueno por lo malo? nos dice a todos.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos previene contra el derramamiento de la sangre, de las consecuencias que el Talión tiene sobre cualquier comunidad, porque la venganza es una solución regresiva, que no establece la sociedad profética sino que la aplaza, la demora y la imposibilita. Allâh nos dice que reflexionemos sobre las causas de la violencia, sobre sus raíces sociales, que se hunden en la injusticia y la opresión. Nos urge a superar la tiranía del Talión.

Las actitudes de muchos de los *banu Israil* de nuestro tiempo son análogas a las que tenían en el tiempo de Musa, *aleihî salem*, porque Allâh no cambia la condición de un pueblo mientras éste no se cambie a sí mismo. También ahora hay entre ellos seres humanos justos, distinguidos y conscientes de Allâh, críticos con la injusticia y la opresión, pero muchos persisten en la rebeldía, en la violencia y la cobardía gratuitas. También hemos de tener en cuenta que lo que Allâh le está diciendo a los *banu Israil* nos lo está diciendo a todo el género humano.

Este hecho, resaltado con intensidad y reiteración en el Corán, debería ser un motivo de profunda reflexión para todos los pueblos, pero especialmente hoy para los musulmanes de la *ummah*. La divinización de la *Shariáh*, la idolatría de unos principios inamovibles, de la letra y del Libro, nos está velando la contemplación de los fines, alejándonos de los objetivo que hemos de alcanzar en el contexto comunitario.

Esta idolatría de la *Shariah* nos ancla en el Talión, abocándonos a la regresión y a la venganza, impidiéndonos comprender la naturaleza de nuestra condición de musulmanes, de seres libres y soberanos sometidos a Allâh. Esta idolatría no nos ayuda a establecer el *islám* en nuestros corazones, ni nos hace estar dispuestos a morir antes de morir, sino que nos aboca a renunciar al establecimiento del *islám* en la tierra. Porque enfrenta a unos musulmanes con otros, cada cual esgrimiendo sus razones para justificar su rebelión, su negación radical del *tauhid*.

Morir antes de morir no es sólo vaciar nuestra mente de conceptos e imágenes o limpiar nuestros corazones de cualquier pretensión o deseo, sino estar dispuestos al encuentro con lo Real, en cada momento, en cualquier tiempo y lugar que podamos imaginar, soñar o recordar.

Nos es lícito defendernos cuando sufrimos una agresión, pero mantenernos constantemente en una postura reactiva ante la agresión es una prueba de nuestra debilidad y de nuestra incapacidad para llevar la lucha a la arena donde se libra la batalla real. Es persistir en el velo, en la ingratitud y en el olvido. La violencia persiste por-

que somos incapaces de morir a nosotros mismos, porque nos resistimos a la muerte, porque nos aferramos al Talión. Ciertamente es mejor perdonar, porque así estamos haciendo vivir en nosotros a *Al Gaffur*, al Perdonador sin Cuya existencia la nuestra no sería absolutamente nada. Su Perdón, Su *magfira* es una gracia que nos hace posible reconocernos y vivir.

La religión de los antepasados es el gran obstáculo. El *din* no puede ser reducido a la religión consuetudinaria, a una práctica codificada por quienes ya han muerto, porque la finalidad del *din* es abrirnos a la Realidad, siempre viva, ampliar nuestra razón y nuestro conocimiento, no limitarnos. Los límites están señalados en la *Shariah* para ser tenidos en cuenta, pero nuestro *din* es precisamente la forma que nos permite trascender nuestros propios límites, cruzar al otro lado.

El *din* ha de surgir vivo en nuestras vidas, expresarse en nuestros corazones cuando laten libres y conscientes. El *salât* ilumina nuestros rincones y nuestros momentos, y el ayuno perfuma la tierra en la que Allâh nos hace vivir. *Al hamdulillâh.*

No podemos reducir nuestras vidas de musulmanes al mero cumplimiento de unas normas externas, porque así no somos musulmanes, así solo estamos estableciendo la religión de los antepasados. Da igual que nos llamemos musulmanes, que vayamos a las mezquitas y que nos prosternemos. Si no somos capaces de vivir sin la idolatría de los valores y de las leyes el *islâm* será sólo una palabra vacía de cualquier realidad.

El Musa de nuestro ser es la conciencia que tenemos de nuestra insumisión, de nuestra ceguera, de nuestra ingratitud y de nuestro olvido, es el centro sutil que nos recuerda los dones divinos que recibimos, el *maqâm* que nos procura la conciencia de nuestro objetivo real, la visión de la tierra de Realidad que la misma Realidad nos promete. El Musa de nuestro ser nos ayuda a aceptarnos a nosotros mismos con todas nuestras contradicciones y carencias y, mediante esa conciencia de nuestros límites, comprender que la *Shariah* abre en nuestro interior el horizonte amplio y luminoso del *tauhid*.

Oh Señor de Musa y de Harún: ayúdanos a distinguir y a rechazar la religión de los antepasados para que así podamos ser musulmanes. Dános el conocimiento vivo de la forma de someternos a Ti. Desvela en nuestros corazones la sabiduría que hay en Tu *din* y en Tu *Shariah*. *Amin.*



NUESTRO DECRETO como musulmanes es habitar conscientemente la tierra, una tierra poblada con todo tipo de gentes, pueblos y culturas. Habitirla como seres sometidos a la Realidad es hacer posible la convivencia porque es establecer un espacio protegido de la tiranía de los seres humanos, sólo vivido en Allâh y por Allâh.

Habitar la tierra como musulmanes es asumir el gran *ÿihâd*, la tensión dialéctica entre el sometimiento a la Realidad y la rebeldía, convivir con quienes niegan aquello que sentimos como real, porque sólo Allâh es real y a Él

nos sometemos. En el Corán, vemos cómo Musa, la paz sea con él, se dirige a su pueblo:

"¡Oh pueblo mío! ¡Entrad en la tierra santa que Allâh os ha prometido; pero no reneguéis, porque entonces estaríais perdidos!" Dijeron: '¡Oh Musa! Ciertamente, esa tierra está poblada por gentes feroces y no entraremos en ella a menos que salgan ellos; pero si salen de ella, entonces, sí entraremos.'

Entonces dos hombres de ellos que temían a Allâh y a los que Allâh había bendecido, dijeron: '¡Entrad contra ellos por la puerta porque tan pronto como hayáis entrado, seréis victoriosos! ¡Y en Allâh debéis poner vuestra confianza si verdaderamente sois creyentes!'

Pero dijeron: '¡Oh Musa! Ciertamente, no entraremos nunca en esa tierra mientras ellos sigan allí. ¡Id, pues, tú y Tu Sustentador, y combatid juntos! ¡Nosotros, ciertamente, nos quedaremos aquí!" Musa rezó: '¡Oh Sustentador mío! ¡No tengo autoridad sino sobre mí mismo y sobre mi hermano: traza, pues, una línea divisoria entre nosotros y estas gentes malvadas!'

Dijo Él: 'Pues, en verdad, esta tierra les estará prohibida durante cuarenta años, mientras vagan por la tierra de un lado para otro, desconcertados; y no te aflijas por esas gentes malvadas.'

(CORÁN, SURA 5, AL MA'IDA, EL ÁGAPE, ÂYAT 21-26)

La tierra prometida de Canaán o el paraíso de Hûrqalyâ sólo se alcanzan mediante la confianza en Allâh, mediante el *tauakul*, el abandono confiado. Desconfíamos y tenemos miedo a luchar. Queremos lograr el jardín sin lucha, sin *ŷihâd*, sin esfuerzo, y por eso mismo urdimos la guerra. De la misma manera que construimos el enemigo exterior, construimos también un aliado exterior. Pedimos a Musa y a Harún que conquisten la tierra de la Realidad para nosotros, que combatan ellos con su Dios a los enemigos, decidimos que es mejor permanecer en la esclavitud del velo que esforzarnos en alcanzar la tierra de la Realidad prometida.

La desconfianza en Allâh y el nihilismo son las causas de toda separación, de toda dispersión, de toda diáspora. La tierra de la Realidad es la tierra del *tauhid*, y por eso está vedada a quienes sólo creen en aquello que ven sus ojos y oyen sus oídos, a esos seres ciegos y sordos a la Unicidad. La tierra de la Realidad les está vedada, el *tauhid* es *harâm* para ellos, y así vagan por la tierra de un lado para otro, desconcertados, alienados, sin que sus vidas alcancen sentido ninguno.

Esa misma cobardía ante el *ŷihâd*, ese miedo al encuentro, al *tauhid*, es el que lleva al ser humano a enfrentarse en situaciones de desigualdad de fuerzas: tanques contra piedras, armas de destrucción masiva contra francotiradores, la más avanzada tecnología y el poder económico frente a la desaparición desnuda de un pueblo.

Olvidan fácilmente el cautiverio y la diáspora, usan su propio holocausto como justificación del genocidio, aún

más cruel e impune, que están llevando a cabo contra sus propios hermanos. Quisieran alcanzar la tierra prometida sin lucha, pero eso no es posible, y por eso se ven abocados a un derramamiento constante de sangre inocente para expulsar de la tierra a sus habitantes.

La tierra prometida no son los territorios sino la conciencia. Por eso no pueden alcanzarla, porque ¿Puede ser esa la tierra de la Realidad que Allâh promete al ser humano? ¿Una tierra de enfrentamiento, de injusticia, de muerte y de violencia? No seremos soberanos en esta tierra mientras no abandonemos el miedo y la rebeldía. De nada sirven las armas ni el dinero, porque sólo la *tauba*, la *taqua* y el *tawakul* abren las puertas de esa tierra que nos está siendo constantemente regalada.

Oh Señor nuestro: mitiga el dolor de los seres humanos que sufren hoy la persecución y el genocidio. Llévanos a la Tierra de la Realidad y haznos capaces de luchar en ella. Fortalécenos en nuestro gran *ŷihâd*. *Amin*.

Jutba 19

AL HAMDULILLÂH que nos hace vivir en las *mâqâmat* para que nos realicemos en este mundo y luego nos saca de ellas mediante Su ciencia y Su poder, para que así seamos conscientes de la Realidad, de Su presencia constante más allá de cualquier estado o estación que podamos vivir, olvidar o imaginar, más allá de nosotros mismos. *Al hamdulillâh* que nos vuelve hacia Él mediante el Recuerdo después de habernos sumido en el olvido.

El *maqâm* de Musa, la paz sea con él, nos ayuda a comprender la paradoja en que consisten nuestras vidas, nuestra naturaleza contradictoria, aparentemente irresoluble. Ni nuestra razón ni nuestros sentidos, por sí solos, pueden procurarnos una respuesta integral a nuestra necesidad de trascendencia. Musa, la paz sea con él, no tiene respuestas a muchos de los acontecimientos que surgen a su alrededor

y dentro de sí mismo, a pesar de ser profeta y mensajero. Vive en la paradoja, en un estado de perplejidad que le acompaña durante casi toda su vida y que le impulsa a buscar respuestas. Musa quiere ver y oír, necesita una respuesta clara y definitiva que le libre de su perplejidad y de su ansiedad. Y Allâh va a llevar a Musa hasta un *sheij*, un maestro de espíritu que puede ayudarle a trascender la perplejidad de su *maqâm*.

Existe un hadiz transmitido de Ubai ibn Kaab, recopilado por Bujari, Muslim y Tirmidi, según el cual Musa fue reprendido por Allâh por haber dicho de sí mismo que era el más sabio de los hombres. Allâh le reveló entonces que un siervo Suyo que vivía en la “*confluencia de los dos mares*” era muy superior a él en sabiduría. Musa quiso entonces conocerle y Allâh le indicó “*llevar un pez en un cesto*” y caminar hasta que el pez desapareciera de su visión: esa sería la señal de que había llegado al lugar donde encontraría a su *sheij*. En este mismo hadiz aparece el nombre del maestro: Al Jidr o Al Jidri, la paz sea con él, el profeta Reverdeciente, el que reverdece...

Allâh le habla a Musa en un lenguaje que puede comprender. Le propone un signo concreto y visible: un pez que desaparecerá en cierto momento y lugar. Así que Musa, la paz sea con él, emprende su viaje en pos del conocimiento con la mirada puesta en un pez que lleva en un cesto. Eso sí lo puede hacer, eso sí sabe hacerlo: mirar a un pez en el fondo de un cesto puede hacerlo cualquiera. El pez era el vínculo que Musa tenía con Allâh, la señal visible que daba sentido a su búsqueda. El pez en el cesto era como las tablas de piedra

donde Musa podía leer los principios de la *Shariah*, la prueba tangible de la existencia de Allâh, una forma perceptible y comprensible racionalmente, un ícono temporal y piadoso que sólo se explica mediante el conocimiento que Allâh tiene del *maqâm* de Su siervo, y de la naturaleza de su velo.

Pero un pez en un cesto es una criatura fuera de su medio, el cadáver de un ser que estaba vivo. Lo mismo que las tablas de piedra. En ellas podemos leer con los ojos de la razón y del lenguaje las señales divinas, pero éstas son sólo un eco de la Sabiduría. Cuando Musa deje de ver el pez en el cesto, cuando deje de ver la letra muerta, verá la letra viviendo en su medio natural que es la creación entera. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en el Corán:

"Y he ahí, que Musa dijo a su criado: '¡No cejaré hasta alcanzar la confluencia de los dos mares, aunque tenga que pasar largos años!'. Pero cuando llegaron a la confluencia entre los dos mares, se olvidaron por completo de su pez, y este se abrió camino hasta el mar y desapareció de la vista. Y cuando hubieron ambos caminado un trecho, dijo a su criado: 'Trae nuestra comida; pues en verdad este viaje ha agotado nuestras fuerzas!'. El criado dijo: '¿Quieres creer que cuando nos refugiamos a descansar en la roca, me olvidé por completo del pez? —¡no fue sino Shaitân quien hizo que olvidara mencionarlo!— y se abrió camino hasta el mar de forma prodigiosa!'. Musa exclamó: '¡Ese es el lugar que hemos estado buscando!' Y dieron la vuelta, volviendo sobre sus pasos."

(CORÁN, SURA 18, AL KAHF, LA CUEVA, ÂYAT 60-64)

Una de las muchas virtudes de Musa, la paz sea con él, es la perseverancia y la fuerza de su *himma*, el anhelo constante de encontrarse con su Señor. Allâh lo cura de su arrogancia y le señala a un maestro Suyo, a un *sheij* que le transmite ese conocimiento que tanto necesita. Musa, la paz sea con él, es humilde con su Señor, reconoce su ignorancia y marcha tras ese conocimiento que le falta. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, le está dando signos Suyos sin cesar. Le está explicando la naturaleza de Su ciencia, la *Haqîqa*, pero Musa está con la mirada fija en un pez, esperando a que desaparezca para encontrarse con el maestro.

Allâh está creando para él la visión de los dos mares, de las dos fuentes que tiene todo conocimiento verdadero. Una de esas fuentes es la percepción sensorial que nos permite la comprensión de lo externo, la ciencia de lo exterior, *'ilm az zahir*, y la otra fuente mana en el corazón, y es el sentido místico intuitivo, *'ilm al bâtin*, la ciencia de lo interno. La convergencia de esos dos mares procura una conciencia superior, una conciencia que ya no está dividida ni velada, sino que es experiencia de *tauhid*.

Una fuente es visión, la otra recuerdo. Cuando recordamos nuestra visión vemos nuestro recuerdo. Cuando recordamos el pez de nuestra visión '*vemos*' la forma de nuestro recuerdo, pero la vemos con el ojo del corazón. Es ese un despertar que le ocurre al Musa de nuestro ser cuando hemos asumido nuestra ignorancia, cuando hemos comprendido la naturaleza de nuestras ataduras.

Musa, la paz sea con él, es un ser del mundo para el mundo, un brote de anhelo irrefrenable, una mirada incesante al

mundo en busca de lo divino que hay en él. No puede darse cuenta de nada mientras está extático en su *maqâm*, absorto en su visión. Allâh le dice que mire el pez porque sabe que sólo así podrá comprender lo que le está diciendo.

La visión de la confluencia de las aguas sustituye a la visión del pez: "Pero cuando llegaron a la confluencia entre los dos mares, se olvidaron por completo de su pez, y este se abrió camino hasta el mar y desapareció de la vista". Desapareció de su vista porque no podían ver dos cosas al mismo tiempo. No podían ver dos mares sino un solo mar que es la confluencia de todos los mares y de todos los ríos. ¿Cómo podríamos ver dos mares juntos? El pez se abrió camino hasta el mar, no "*hasta los mares*".

No podemos ver dos mares juntos por razones obvias. En ese momento el pez desaparece de nuestra visión necesariamente. Esa es la señal divina, el guiño de Su ciencia. Su signo viaja con nosotros, está "*dentro del cesto*", pero miramos al mundo y nos damos cuenta de que nos hemos olvidado de Su signo, de Su *tayali*, sentimos que se ha ensombrecido la luz interior que nos abre camino entre los mundos.

La perplejidad del *fata* es patente: "¿Querrás creer que me olvidé completamente del pez?" Iban en pos de una señal que llevaban con ellos mismos y la descifraron al darse cuenta de que la habían olvidado por completo. Llevaban con ellos mismos la prueba y se dedicaban a buscarla en una visión. Pero la visión es, en este caso, reveladora: El pez ha desaparecido. Este es el lugar señalado, pero no pueden comprender por qué. Porque no tienen conciencia de la ciencia divina, de la *Haqîqa*, que se les está revelando en ese

momento. Necesitan un maestro que les instruya en esa Ciencia, un *sheij* que les guíe entre los signos incontables de ese Único Mar en el que ahora se debaten.

Volvemos sobre nuestros pasos y así el Corán nos acerca hasta Al Jidri, la paz sea con él, ese maestro de espíritu que enseña la *Haqîqa* a los profetas y a los buscadores, a aquellos que no tienen como maestro a un ser humano concreto ni siguen una enseñanza cosificada y muerta. Al Jidri, la paz sea con él, es el iniciador de quienes son conscientes de que el Único y más Grande Maestro es Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, que es Quien nos procura las *mâqâmat* y las crea llenas de sentido sólo para nosotros.

Y es Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, Quien hace resonar el Corán en nuestros corazones para nosotros solos también. Él es Quien nos procura la vida y el conocimiento. Sólo nosotros podemos encontrarnos con este maestro que acrecienta nuestras conciencias, fundiéndolas en ese Único Océano de la Realidad. Y así nos sigue diciendo:

"y encontraron a uno de Nuestros siervos, a quien habíamos dado una gracia Nuestra y a quien habíamos impartido un conocimiento de Nosotros. Musa le dijo: '¿Puedo seguirte para que me impartas algo de esa conciencia de lo correcto que te ha sido impartida?' Respondió: 'En verdad, tú no podrás tener paciencia conmigo pues, ¿cómo podrás ser paciente con algo que no puedes abarcar dentro de la experiencia que posees?' Musa respondió: 'Verás, si Allâh quiere, que soy paciente; y no te desobedeceré en nada!'

El sabio dijo: 'Bueno, pues si has de seguirme, no me preguntes acerca de nada hasta que yo te lo mencione.'

(CORÁN, SURA 18, AL KAHF, LA CUEVA, ÁYAT 65-70)

Musa encuentra a su maestro, a un ser que ha recibido la gracia del conocimiento divino, de la *Haqīqa*, pero ¿Quién es este maestro? ¿Qué son esa gracia y esa sabiduría?

Sohravardí nos habla del Al Jidri como el iniciador y maestro que nos permite trascender los últimos velos. Hemos de ser sus *murid* si queremos cruzar las alambradas que nos separan de la Fuente de la Vida, del conocimiento divino trascendental. El *faqir*, al igual que Musa, siente miedo ante las dificultades aparentemente insalvables que se alzan ante él, y el ángel le dice: "Ponte las sandalias de Al Jidri. Si eres Al Jidri, también tú puedes franquear sin dificultad la montaña de Qaf" La cima de esta montaña es una roca de esmeraldas, el objeto de una visión viva en la luz verde, naciente y fluyente, de lo Real.

La Realidad es inagotable en Sus manifestaciones, siempre cambiante, siempre secándose y reverdeciendo. Esta experiencia y este conocimiento trascienden cualquier concepto, cualquier ley o *Shariah*, en la confluencia de los dos mares, en el rumor de las alas de Ýibril, *aleihi salem*. La dualidad es abolida cuando nuestra visión se encuentra con la Realidad Única. Al Jidri le dice a Musa: "Tú no podrás tener paciencia conmigo pues, ¿cómo podrás ser paciente con algo que no puedes abarcar dentro de la experiencia que posees?"

Allâh sabe que sólo podemos conocer aquello que ya existe de alguna manera dentro de nosotros mismos. Quien se conoce a Sí mismo conoce la Realidad, pues ¿Cómo podríamos concebir o comprender algo de lo que no tenemos ninguna referencia? ¿De qué manera podríamos imaginar algo desconocido si sólo somos Recuerdo? La confluencia de los dos mares es el lugar donde nuestra percepción del mundo se funde con nuestro mar interior. En este *maqâm* se templan y armonizan los ecos de la Realidad que así, en nuestra experiencia, conforman nuestra visión de los mundos.

Al Jidri es el profeta que nos enseña la metáfora como teofanía, como *tayali* del conocimiento divino. ¿Cómo puede Al Jidri encontrarse con Musa, la paz sea con ellos, y con Ibn 'Arabi dos mil años después? ¿Es un ser humano de carne y hueso o es un símbolo? En la confluencia de los dos mares, Al Jidri se nos muestra como ambas cosas al mismo tiempo, sin que podamos diferenciar si se trata de un ser humano o de un arquetipo.

Nos encontramos con un *sheij*, con un maestro de espíritu que nos transmite un conocimiento. Si se trata de un conocimiento divino, si es *Haqîqa*, este *sheij* es en ese mismo momento Al Jidri, el reverdecimiento de esa sabiduría perenne, de esa metáfora que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos regala respondiendo con ella a nuestra *himma*, a nuestro más elevado anhelo de vivir y de conocer.

No se trata entonces de la transmisión de unos contenidos o de unas reglas de piedra, como pensaba Musa, sino de un *maqâm*, una estación espiritual que sitúa a su morador más allá de cualquier *shariah*, de cualquier división

moral y categórica del mundo. Es el encuentro con el Agua de la Vida más allá de los nombres de los mares y de los cauces de los ríos, una inmersión en el agua de lo Real. Una experiencia que trasciende la historia y que sólo se expresa en la metáfora, en un signo alusivo que nos despierta, por un instante, de la muerte.

La metáfora y la poesía son el lenguaje natural de la Revelación, la experiencia de los signos puros, del *mizal*. Las dos alas de Ýibril, la paz sea con él, se extienden sobre nosotros, como nos dice el *ârif* en la narración de Sohravardî, nuestro *sheij al Ishrâq*:

"El mundo de la ilusión es el eco y la sombra del ala de Ýibril, quiero decir, de su ala izquierda, mientras que las almas de luz emanen de su ala derecha. Igualmente emanan también de su ala derecha verdades y realidades espirituales, haqâ'iq, que así se proyectan en las conciencias."

En la confluencia de los dos mares oímos el rumor de las alas de Ýibril, el palpito profundo de nuestra creación. En este *maqâm* sentimos el rumor de la vida naciendo y muriendo sin descanso, alabando sin cesar a su Creador Invisible... *Al hamdulillâh*. Tú nos haces vivir en el *maqâm* de Al Jidri mediante un gran regalo Tuyo, una *Haqîqa*, con un Corán que no cesa de purificar nuestros corazones.

Allâhumma: Que la *bâraka* de Al Jidri nos acompañe en nuestro viaje incesante hacia esta Tierra de la Realidad. Que el Musa de nuestro ser encuentre a nuestro Jidri. Y podamos beber en esa Fuente Tuya de la Vida y de la Sabiduría. *Amin.*



SER MURID DE AL JIDRI supone estar abiertos a cualquier enseñanza, ser libres de buscar el conocimiento de todos los maestros, lenguas y tradiciones. El *maqâm* de Al Jidri nos hace conscientes de todas y cada una de las *mâqâmat*, porque su energía está presente en cualquier alumbramiento de nuestra conciencia. El Jidri de nuestro ser es precisamente ese reverdecimiento de la conciencia de Allâh, esa creación incesante de la Realidad en Sí misma. Es una teofanía, un *tayali* creador de conciencia, una revelación.

Y ese *tayali* ocurre independientemente del tiempo histórico y lineal, y al mismo tiempo inspirándolo, haciendo posible cada episodio de cada vida particular. La *Haqîqa* nos hace cruzar las alambradas de la lógica y de la causalidad, abriéndonos a todas las direcciones y planos de la creación. El Corán nos describe la impaciencia de Musa con Al Jidri, la paz sea con ellos, ante una serie de hechos que le resultan absurdos e inexplicables. Al Jidri le recuerda una y otra vez que no podrá tener paciencia con él porque ignora el sentido profundo de estos sucesos.

"Y partieron juntos hasta que, cuando hubieron desembarcado del barco, el sabio le hizo un agujero; Musa exclamó: '¿Le has hecho un agujero para que se ahoguen los que estén en él? ¡En verdad, has hecho algo grave!' Respondió: 'No te dije que no podrías tener paciencia conmigo?'

Musa dijo: 'No tomes en cuenta este olvido mío, y no seas severo conmigo por lo que he hecho!'

(CORÁN, SURA 18, AL KAHF, LA CUEVA, AYAT 71-73)

Al Jidri nos hace cruzar al otro lado y nos dice que esa travesía no tiene vuelta atrás. Hunde el barco nada más arribar a la otra orilla. No podremos volver sobre nuestros pasos. Esta orilla es también una única orilla. El espacio y el tiempo trascendentales no tienen límite. De nuevo el Musa de nuestro ser deja de ver el pez, se olvida y se da cuenta.

"Y partieron juntos hasta que encontraron a un muchacho y el sabio lo mató. Musa exclamó: '¿Has matado a un ser humano inocente sin que él haya tomado la vida de otro? ¡En verdad, has hecho algo terrible!'. Respondió: '¿No te dije que no podrías tener paciencia conmigo?'. Musa dijo: 'Si volviera a preguntarte acerca de algo después de esto, no me admitas por compañía: ya has oido suficientes excusas por mi parte.'

(CORÁN, SURA 18, AL KAHF, LA CUEVA, AYAT 74-76)

Al Jidri nos enfrenta a la imagen de nuestra propia muerte y nos muestra su naturaleza mental, irreal. Nos enseña que ese conocimiento es un *faná* del *faná*, una extinción de la extinción, un conocimiento divino.

"Y partieron juntos hasta que habiendo encontrado a las gentes de una aldea, les pidieron algo de comer; pero

ellos se negaron a darles hospitalidad. Y vieron en ella un muro que amenazaba derrumbarse, y el sabio lo reparó. Musa dijo: 'Si hubieras querido, podrías ciertamente haber conseguido que te pagaran por ello.'

El sabio replicó: 'Aquí es donde nos sepáramos tú y yo. Y ahora te informaré del significado real de todos esos sucesos ante los que no supiste ser paciente.'

(CORÁN, SURA 18, AL KAHF, LA CUEVA, ÂYAT 77-78)

Al Jidri, *aleihi salem*, nos conduce a una aldea que es nuestro *baqâ*, nuestra subsistencia en lo Real. En esa aldea no existe una hospitalidad social, externa, pero existe, en cambio, un muro que amenaza con derrumbarse. Arreglamos el muro por Allâh cuando no necesitamos ya más subsistencia que la Suya.

Cuando Al Jidri le explica a Musa el significado de estos hechos ya se ha separado de él. "Aquí es donde nos sepáramos tú y yo", le dice. Porque mientras esté con él no podrá comprender el mundo sólo con su razón o sólo con sus sentidos. Para poder darle una explicación razonable ha de quitarle de sus hombros el manto verde que le ha cobijado durante la travesía y hablarle en términos de tiempo y causa:

"En cuanto al barco, pertenecía a unos pobres que trabajaban en el mar, y quise dañarlo porque supe que estaba detrás de ellos un rey que confisca todos los barcos por la fuerza. Y en cuanto al muchacho, sus padres eran verdaderos creyentes y teníamos razones para temer que fuera a causarles pesar con su excesiva maldad y su rechazo de la

verdad: y quisimos que su Sustentador les diera a cambio un hijo más puro que él y más inclinado a la compasión. Y en cuanto al muro, pertenecía a dos muchachos huérfanos que viven en la ciudad, y bajo él está enterrado un tesoro que les pertenece por derecho. Pues habiendo sido su padre un hombre justo, quiso tu Sustentador que al alcanzar la mayoría de edad trajeran su tesoro por la gracia de tu Sustentador. Y no hice nada de esto por iniciativa propia: este es el significado real de todos esos sucesos ante los que no supiste ser paciente.”

(CORÁN, SURA 18, AL KAHF, LA CUEVA, ÂYAT 79-82)

Al Jidri le explica con claridad a Musa que ha cruzado a una orilla sin retorno, que siempre ha sido así y será así mientras vivamos en este mundo. Que ha muerto a su incredulidad, a su perplejidad, y ha nacido puro y lleno de compasión a la Realidad, y Allâh le ha dado Su mayor tesoro, aquel que le pertenece por derecho, en el momento justo, cuando ha alcanzado la mayoría de edad espiritual.

Al Jidri concluye revelándole a Musa que había hecho todas aquellas acciones movido por una conciencia superior, una intuición mística que le mostraba la realidad oculta tras la apariencia externa de las cosas. Al Jidri se nos revela ahora como una expresión consciente del plan indescifrable de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, como sometimiento consciente y voluntario de todas nuestras acciones al *Qadr*, al Decreto.

Además de Musa, son *murid* de Al Jidri todos aquellos que no siguen a una guía humana visible porque son agra-

ciados con la guía de Allâh: Oways al Qaraní, aquel santo del Yemen que conoció a Muhámmad, la paz sea con él, sin haberlo visto nunca y que hizo exclamar al profeta “*Siento el Aliento del Misericordioso viniendo de la dirección del Yemen*”, era, por esta misma razón, *murid* de Al Jidri.

Ibn ‘Arabi también lo fue, en Sevilla, en su primera juventud. Había dejado a su maestro Abul Hasan al Oryani después de una fuerte disputa sobre la identidad de alquien a quien se le había aparecido el profeta, la paz sea con él. Por la calle, un desconocido le aborda amablemente diciéndole “*Oh Muhámmad: ten confianza en tu maestro, el llevaba razón sobre quién era esa persona*”. Cuando Ibn ‘Arabi volvió sobre sus pasos, el *sheij* le preguntó: “*¿Será necesario que aparezca Al Jidri cada vez que tengas que confiar en la palabra de tu maestro?*”

Al Jidri nos ayuda ahora a cruzar desde el *maqâm* de Musa hasta el de Muhámmad, la paz sea con ellos, como nos ayudó a cruzar desde Nuh hasta Ibrahim, la paz sea con ellos, la aparición de la Estrella del Yemen.

El Musa de nuestro ser se siente renacer con la *Haqîqa*, sabiduría que nos va abriendo paso hacia las *mâqâmat* del florecimiento, hacia la edad vacía e insegura de la metáfora, de la poesía, hacia las *mâqâmat* de Daud y de Suleimán, la paz sea con ellos. Viajamos entre las líneas rectas del Recuerdo y entre las ondulaciones que forman nuestra visión.

Sólo podremos ser verdaderos jalifas si conseguimos soltarnos de las ligaduras que mantienen prisionera nuestra visión. Esta trascendencia y la experiencia del jalifato aparecerán, *insha Allâh*, bajo una forma de suprema belle-

za, de *Yamal*, de realización y crecimiento, *insha Allâh*. *Masha Allâh* que seamos muy conscientes de Él cuando se derrame Su Gracia.

Oh *Rabb*: Ábrenos a Tu *Haqîqa*, a Tu sabiduría, y háznos cumplir Tu decreto con plena conciencia de Ti, como jali-fas. Háznos capaces de reconocerTe en nosotros mismos y en el mundo y en aquello que no podemos siquiera imaginar. Dános paciencia para reconocerTe en todas las cosas y situaciones. *Amin*.

DAUD Y SULEIMÁN

Jutba 20

HEMOS CRUZADO EL DESIERTO guiados por la Revelación sobre Musa, la paz sea con él, y llegamos a la tierra de Realidad prometida por Allâh. El Soberano de los mundos nos hace arribar al tiempo y al lugar de la alabanza, *al hamdulillâh*. Entonamos un canto de agradecimiento cuando sentimos la creación de la belleza, la *Rahma* que constituye nuestra existencia y la existencia de los mundos.

Hemos visto a los *banu Israil* detenidos ante la visión de esa tierra prometida, sintiendo miedo a sus moradores, abocados a caminar en círculos sin fin ni principio. Para acabar con este deambular cerrado y errado de los seres humanos, Allâh suscita a un profeta que cambia nuestro sentimiento del mundo. Daud, la paz sea con él, es un siervo especialmente amado por Allâh. A él le corresponde la bella y humilde tarea de la alabanza, del reconocimiento de

los dones que Allâh reparte sin cesar y sin límite entre Sus criaturas. Dicen los gnósticos *ishrâqiyûn* que a Daud le corresponde el centro sutil donde se asienta el jalifato, la *latifa rûhiya*, por la nobleza de su rango. Una luz dorada, amarillenta y cálida, envuelve este *maqâm* donde el *rûh*, el espíritu, se manifiesta como belleza.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, se manifiesta en nosotros y en los mundos como *Al Yamal*. La luz camina hacia el *asr* y los velos se mueven entonando un canto a la Belleza. El sol es un signo que expresa el dominio de la luz, la plenitud de la creación, pero al mismo tiempo es una huella, una imagen que puede cegarnos a la luz verdadera y creadora.

"Y les derrotaron con la venia de Allâh. Y Daud mató a Goliat; y Allâh le dio el dominio y la sabiduría, y le impartió el conocimiento que Él quiso. Y si Allâh no hubiera permitido que la gente se defendiera a sí misma unos contra otros, la tierra ciertamente se corrompería: pero Allâh concede Su infinito favor a todos los seres creados."

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, ÂYA 251)

Daud, la paz sea con él, derrota a Goliat, un ser brutal y gigantesco, mediante su habilidad con la honda. La luz traspasa a la sombra. No necesita de la fuerza bruta para vencer a sus oponentes, sino que aplica su energía de forma certera y liviana. No toca a su enemigo, no se contamina de él tratando de resolver la lucha. La victoria pertenece a Allâh. Así Daud, la paz sea con él, concentra toda su fuerza en un solo golpe maestro. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, le da el

dominio y la sabiduría, el *qadr* y el *yaquín*. Daud es el jalifa de la expresión, el cantor del *tayali*. Y Allâh nos dice que en su *maqâm* hemos de defendernos los unos de los otros, para que así no se corrompan nuestras existencias.

Hemos de luchar para que no se adueñe de nosotros la muerte. Nuestro decreto en este mundo es un *ŷihâd*, pues sin lucha, sin esfuerzo, no hay existencia sino desaparición, aniquilación, *faná*. El propósito de la creación de Allâh es establecer la adoración consciente, la conciencia, y la conciencia nuestra necesita de la lucha para poder reconocerse como tal. Pero este *ŷihâd* no es la lucha brutal sino el combate inteligente, porque necesitamos reconocernos y reconocer a las criaturas como tales para poder vivir y conocer nuestra condición de jalifas. La oscuridad de la inconsciencia y la irracionalidad es disuelta por la irrupción de las luces, de las *haqaîq* que nos iluminan.

No sabemos de dónde surgen cuando nos elevan por encima de nuestras propias sombras. No podemos deshacer el velo sino tan sólo reconocernos a nosotros mismos y a nuestro mundo como un velo exultante de perfección y de belleza. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en el Corán:

"Pues tu Sustentador es plenamente consciente de lo que hay en las mentes de todos los seres que hay en los cielos y en la tierra. Pero, en verdad, hemos favorecido a algunos profetas más que a otros, tal como concedimos a Daud un libro de sabiduría divina."

(CORÁN, SURA 17, AL ISRA, EL VIAJE NOCTURNO, ÂYA 55)

Los Salmos de Daud, la paz sea con él, son un libro de sabiduría divina, de *Haqîqa*, y están claramente inspirados por el sentimiento de la belleza. Proclaman la grandeza e infinitud de Allâh y muestran el agradecimiento de Su servo, que es capaz de contener ese *tayali* dentro de sí mismo, vivir una experiencia teofánica y transmitirla.

Daud, la paz sea con él, es arrebatado por el *dikr*, al *ham-dulillâh*, acompañándose de la melodía de su arpa. Para él no hay nada en la creación que no esté entonando una alabanza a su Señor. Canta sin cesar, pleno de sabiduría, porque nada le impide reconocer la Realidad. Su visión no le ciega, como a Musa, sino que le muestra el *tayali* de lo Único Real, un signo constante y vital de Su poder.

Daud siente el *tayali*, la teofanía, en su propia vida, cuando Allâh le regala la continuidad luminosa, un hijo que es también profeta, Suleimán, la paz sea con ellos, distinguidos con el jalifato, con la regencia divina. Ambos, padre e hijo, son reyes además de profetas, tienen un rango en este mundo, un dominio sobre el *mulk*, una sabiduría que reconoce y establece el reino de la conciencia, de la *taqua*, en el mundo. Ellos son depositarios de la *Haqîqa*. Su *amâna* es la *Haqîqa*.

La *duniâ* aparece en este *maqâm* iluminada. No es ahora el velo que nos impide acceder a la Realidad, sino el medio que no cesa de expresarla, como belleza, como *Yamal*. Las *mâqâmat* han ido liberándonos poco a poco de nuestra ignorancia. Nada podemos saber sin la Ciencia del Sabio, *Al Hakim*, por mucho que busquemos y preguntemos. Sólo Allâh conoce nuestro interior y el interior de los mundos y

así nos hace vivir, templándonos en la diferencia y constituyéndonos mediante la prueba, creando en nosotros la dulce percepción de la armonía. Con la sed nos procura la bendición del agua, con la oscuridad llena de sentido nuestra resurrección luminosa, *al hamdulillâh*.

"E hicimos que las montañas se unieran a Daud en proclamar Nuestra infinita gloria, y también los pájaros: pues podemos hacer todas las cosas. Y le enseñamos cómo hacer vestiduras de conciencia de Allâh para vosotros, que os fortalecieran contra todo lo que os causara temor: ¡pero sois, acaso, agradecidos por esta bendición?"

(CORÁN, SURA 21, AN ANBIYA, LOS PROFETAS, ÂYAT 79-80)

Daud, la paz sea con él, vibra en armonía con la creación entera. Su mensaje es la melodía que recorre los mundos expresando el latido original del Amante. Su *maqâm* es la estación del arte y de la poesía, allí donde la sabiduría divina se expresa sin límite ninguno. La razón práctica es aquí innecesaria porque nos damos cuenta de que la sabiduría no nos pertenece.

La *amâna* que recibe Daud, la paz sea con él, es la *Haqîqa*, y por eso mismo es un jalifa reconocido. Es el rey de un mundo y de una comunidad que se reconoce en la Realidad Única, que no deja de recordarla conscientemente cantando sus alabanzas. Daud teje vestiduras de conciencia de Allâh para nosotros, que nos fortalecen contra todo aquello que nos acecha y nos causa temor. Nos enseña la bella expresión del sometimiento a lo Real, el rostro

dulce de nuestro *islâm*. El sentimiento de belleza disuelve nuestro miedo. Y nos damos cuenta entonces de que la Revelación no nos hace desgraciados sino dichosos.

Daud, la paz sea con él, nos enseña la mejor de nuestras defensas, teje para nosotros la mejor de las vestiduras, la conciencia de lo Real sin limitaciones, el sometimiento sin concesiones ni temores. Algunos gnósticos reconocen en este *âya* la referencia a la cota de malla que, según la tradición, fue inventada por Daud, *aleihu salâm*.

Sohravardí nos dice que esta cota de malla son las diversas ataduras que nos mantienen cohesionados y prisioneros, la forma aparente de nuestro *nafs*. Sólo podemos librarnos de ella mediante una espada que está en manos de un ejecutor. Cuando nuestra cota de malla ha realizado los servicios que tenía que cumplir durante un tiempo, el ejecutor le da un fuerte golpe con la espada y todos los anillos se rompen y se desparraman.

Para unos, el golpe es tal que aunque hubiesen vivido un siglo, y se hubiesen pasado la vida entera meditando la naturaleza del dolor más insopportable, jamás habrían llegado a concebir la violencia del golpe que propina esa espada. Otros, en cambio, aguantan el golpe con más facilidad.

El sabio del relato de Sohravardí nos describe la forma de hacer más soportable el golpe de esta espada: Hemos de encontrar la Fuente de la Vida, derramando su agua a chorros sobre nuestras cabezas hasta que la cota de malla, en vez de oprimirnos, se convierta en una vestidura liviana que flote alrededor de nosotros. Entonces seremos invulnerables al golpe de la espada, pues este agua hace flexible

la cota de malla y el golpe de la espada ya no nos hace sufrir. También nos dice el sabio del relato de Sohravardí que para encontrar esa Fuente de la Vida hemos de calzarnos con las sandalias de Al Jidri, la paz sea con él, y caminar por el sendero del *tauakul*, del abandono confiado en Allâh.

Una cota de malla es una red metálica construida de anillos engarzados. Su fuerza depende de la trabazón de los anillos. La vida de nuestros *nafs* está determinada por la naturaleza de esos anillos, de esas unidades de significado que al mismo tiempo nos mantienen cohesionados y nos oprimen.

El *maqâm* de Daud es un *maqâm* central, axial. En el plexo solar se reúnen los nervios de nuestra coraza muscular. La musculatura constituye nuestra forma visible, nuestro volumen corporal. Nos hace ser como somos, pero al mismo tiempo nos limita. Nos identificamos con nuestro cuerpo y sentimos la vida correr por nuestras venas, pero también sentimos la enfermedad, las resistencias, la rigidez de nuestra estructura cuando se empeña en mantenerse en un *maqâm*.

La espada del ángel de la muerte acabará con nuestra musculatura, con la cota de malla que nos sostiene. Ese momento llegará con toda seguridad y habremos de vivirlo pero, si somos conscientes de Allâh, si estamos inundados de *taqua*, nuestra transición no habrá de ser insopportable, *insha Allâh*. Sohravardí recita los versos de Sanai:

*Déjate herir por la espada del amor
para encontrar la vida en la eternidad,
pues de la espada del ángel de la muerte,
nadie parece haber resucitado.*

El amor es la antítesis, no del odio sino del miedo. El amor deshace el miedo como la luz disuelve las sombras. Nada podemos perder pues nada tenemos. *Al hamdulillâh.* Somos criaturas que vivimos por la *Rahma* de Allâh. Él nos hace vivir en Su creación y en Su conciencia. El Daud de nuestro ser es el canto que entonamos cuando nos liberamos de las ataduras con una clara continuidad, cuando aceptamos de forma cierta nuestra verdadera condición.

Nuestras vidas tienen principio y fin. Nuestra experiencia del mundo es un constante encuentro y una constante despedida. Nos encontramos en una Realidad que nos trasciende, que nos aniquila y nos deja vivir tan sólo en el Recuerdo, en el *maqâm* de la alabanza, *al hamdulillâh.*

Allâhumma: Hiérenos con la espada del amor y de la compasión. Inúndanos con el sentimiento del bien y de la belleza. *Amin.*



EL DAUD DE NUESTRO SER es la conciencia que tenemos de lo efímero, de lo palpitante, una energía que se expresa en forma de vitalidad, de reverdecimiento, de flexibilidad y de alegría. La flexibilidad es la condición para poder habitar este mundo que tiende a la cosificación, a la rigidez y a la muerte precisamente por ser un mundo creado, y hacerlo de manera que podamos realizarnos en él, transmitir una huella, un eco, el recuerdo de un nombre divino...

No podemos vivir contra la Realidad sino con ella. Cuando nos sometemos nuestra cota de malla se torna fle-

xible. La '*ibâda*, la adoración consciente, nos dulcifica, el sometimiento nos hace flexibles, pero, sobre todo, es el amor lo que nos convence. De Daud, la paz sea con él, nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Y suavizamos toda aspereza en él, y le inspiramos esto: haz el bien generosamente, sin restricción, y presta especial atención a su continuidad. Y ¡obrad rectamente: pues en verdad, Yo veo lo que hacéis!"

(CORÁN, SURA 34, SABA, ÂYAT 10-11)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, dulcifica nuestro carácter y nuestra musculatura se transmuta. No hay distancia entre el espíritu y nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo es un *tayali* que expresa el *rûh* sin poder evitarlo, como toda la creación, una teofanía. Nos enamoramos de la belleza que hay en todas las criaturas, cantamos y reímos jubilosamente, sin dejar por ello de ser conscientes de lo efímero. Es precisamente esa conciencia de lo efímero la que nos mantiene en el Recuerdo, en lo que permanece, en lo Real. Esa conciencia de la fugacidad nos empuja a entonar el canto del Amante llamando sin descanso a su Amada.

Los *Salmos* de Daud tienen su continuidad en *El Cantar* de Suleimán, la paz sea con ellos. La cota de malla ha de ser continua, sin fisuras, los anillos han de estar trabados, el *dîkr* ha de ser constante. El jalifato y la santidad están presentes continuamente en la creación de Allâh. Por eso en este *maqâm* la alabanza es incesante. No hay espacio para el desaliento ni la tristeza cuando nuestra conciencia se ha

librado del miedo, cuando ha desaparecido nuestra vana pretensión de inmortalidad, e incluso de existencia. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en el Corán:

"¡Soporta con paciencia lo que digan y recuerda a Nuestro siervo Daud, dotado de fuerza interior! En verdad, se volvía continuamente a Nosotros: y por eso, ciertamente, hicimos que las montañas se unieran a él en proclamar Nuestra gloria infinita por la tarde y al amanecer, y también los pájaros en bandadas: juntos se volvían una y otra vez a Él que los había creado. Y consolidamos su dominio, y le otorgamos sabiduría y sagacidad de juicio."

(CORÁN, SURA 38, SAD, AYAT 17-20)

El Daud de nuestro ser es el *maqâm* donde encontramos las luces de la victoria, que, en este mundo, son transitorias y efímeras, palpitantes. Aquí nos inunda la luz dorada de la belleza. Aquí la luz blanca de Musa se tiñe con un color que nos alcanza interiormente, que nos commueve. Esa tonalidad amarillenta como la miel endulza nuestra visión, la hace más grata, la humaniza, porque los seres humanos podemos sentir y comprender el color, pero no la luz invisible que lo sustenta y provoca.

Allâh colorea Su luz para que seamos conscientes de Él, para que reconozcamos Sus nombres en nuestra visión y así podamos recordarLe como *Al Yamal*. En este *maqâm* descienden las luminosas *haqaiq* porque estamos vueltos hacia la Fuente de la Vida.

Aquí vemos reflejos verdaderos en las ondas de nuestro manantial. *Al hamdulillâh*. Cuando nos damos cuenta de la verdad que se esconde en esta creación, entonamos un canto de reconocimiento. Los pájaros y las montañas se suman a nuestro *dikr*, nos acompañan en nuestra *'ibâda*, porque nada hay que pueda sustraerse a la Realidad.

Allâhumma: Extirpa de nuestros corazones la tristeza. Haz que cantemos la canción del siervo verdadero y contento. Haznos conscientes de la armonía. *Amin*.

Jutba 21

RECONOCEMOS AL DAUD de nuestro ser transitando la experiencia humana del bien y de la belleza. Humana, porque los profetas son seres humanos. Y humana también porque es una experiencia de lo efímero, de lo palpitante, de aquello que sólo se reconoce a sí mismo en la contradicción, en el pálpito anhelante de lo que está vivo.

Aunque la *báraka* de Allâh que reciben los profetas y sus logros espirituales exceden siempre a los de la gente común, no por ello dejan de ser como nosotros en sus pulsiones básicas. No son ángeles ni genios sino criaturas que sienten hambre y sed, tristeza y alegría. Y precisamente por serlo son un modelo, una referencia para nosotros, que recorremos la vía del sometimiento a la Realidad desde nuestra precariedad, desde nuestra absoluta dependencia.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en el Corán que ha beneficiado a Daud con un libro de Sabiduría Divina, con el discurso de la *Haqîqa*, esa Ciencia de la Realidad que nos hace ser conscientes de lo Real y nos ayuda a desvelar y comprender los misterios de nuestra existencia, a vivir agradecidos en la precariedad y en la vacuidad.

Daud, la paz sea con él, es el *tayali* de la gracia divina cuando se expresa con claridad en nuestras almas, haciéndolas participar de la creación. El humilde pastor agraciado con la presencia es exaltado hasta el jalifato, distinguido con el dominio sobre los mundos. Allâh le hace triunfar sobre sus enemigos, le colma de bienes, de reconocimiento. La comunidad le aclama, le respeta y le ama. El pueblo se siente dichoso de tener por emir a un profeta inspirado. Se sienten seguros... En los Salmos, Daud exclama:

"Si tuviera hambre no te lo diría, pues el mundo y lo que encierra es mío."

(SALMO 51)

Pero Daud, *aleihi salem*, reina sobre una comunidad humana surcada de sentimientos encontrados. Los poderosos sienten envidia de él aunque no pueden dejar de reconocer su grandeza y su rango. El rey Saúl aparece, en el Libro de Samuel, ofuscado por el amor que las gentes sienten hacia Daud, quien, finalmente, es coronado rey en Hebrón. El Corán nos describe la humanidad de Daud, aludiendo a sus errores en el pasaje de los litigantes, en el Sura *Sad*, donde Allâh pregunta al profeta Muhámmad, la paz sea con él:

"Y aun así, ¿ha llegado a tu conocimiento la historia de los litigantes, la historia de aquellos dos que saltaron los muros del santuario donde Daud estaba rezando?. Cuando se presentaron ante Daud, que se asustó de ellos, dijeron: '¡No temas! Sólo somos dos litigantes. Uno de nosotros ha sido injusto con el otro: juzga, pues, entre nosotros con justicia, sin apartarte de la equidad, y muéstranos el camino de la rectitud. Ciertamente, este hermano mío tiene noventa y nueve ovejas, mientras que yo sólo tengo una oveja, y aun así dijo: 'Confíamela,' y a la fuerza ha prevalecido sobre mí en esta disputa nuestra.'

Daud dijo: '¡Sin duda ha sido injusto al pedirte tu oveja para añadirla a sus ovejas! Así, en verdad, muchos asociados son injustos unos con otros, excepto los que creen en Allâh y hacen buenas obras: pero ¡qué pocos son!'. Y de repente Daud comprendió que le habíamos probado: pidió entonces perdón a su Sustentador, y cayó postrado y se volvió a Él en arrepentimiento. Por lo que le perdonamos esa falta: ¡y, en verdad, tendrá proximidad a Nosotros en la Otra Vida, y la más hermosa de las metas!

Y dijimos: '¡Oh Daud! Ciertamente, te hemos hecho profeta y, con ello, Nuestro jalifa en la tierra: juzga, pues, entre los hombres con justicia, y no sigas vanos deseos, no sea que te aparten del camino de Allâh: ¡ciertamente, a quienes se apartan del camino de Allâh les aguarda un severo castigo por haber olvidado el Día del Ajuste de Cuentas!"

(CORÁN, SURA 38, SAD, ÂYAT 21-26)

Según las fuentes más antiguas este pasaje alude a la cuestión de si los profetas, pueden o no cometer errores y faltas, si ellos, también, están sujetos a las debilidades de la naturaleza humana o están dotados de tal pureza de carácter que les hace imposible equivocarse. Este pasaje del Corán sugiere que la pureza de los profetas, su naturaleza impecable, no es una cualidad inherente, sino el resultado de una lucha interior, de ese gran *ŷihâd* que se libra en sus corazones de la misma manera que en los nuestros. El triunfo y la luz de los elegidos son un logro espiritual y no una cualidad innata y estática.

Tabari se hace eco de la narración que aparece en el libro de Samuel y relaciona este pasaje del Corán con esa historia, según la cual Daud, la paz sea con él, se enamoró de una hermosa mujer a la que vio desde su terraza, bañándose en el patio de su casa. Quiso saber quién era y supo que se trataba de Betsabé, y que era la esposa de uno de sus generales llamado Urías. Absolutamente obcecado por su pasión, Daud ordenó al visir que situara a Urías en el lugar más peligroso de la batalla. Urías murió y Daud se casó con su viuda, que más tarde sería la madre de Suleimán.

El hombre que había sido agraciado con todos los bienes, materiales y espirituales, a quien Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, no había negado nunca Su presencia, ni la victoria sobre los enemigos, ebrio de belleza y anegado por el deseo, transgrede el límite de su santuario, el muro de su *harâm*.

Los litigantes que aparecen de improviso ante Daud son ángeles enviados por Allâh para hacerle consciente de su error. Ángeles que son, en su aparición, las *haqaiq*, los des-

tellos luminosos de la *Haqîqa*, las luces que permiten a Daud ser consciente de haber errado, signos de su conciencia que, al final, consiguieron saltar los muros de su *maqâm*, y que le ayudan a comprender que la pasión había llegado a cegarle.

Los litigantes son los ángeles encargados de recoger el contenido de nuestros corazones durante toda nuestra vida en este mundo, los limpios espejos de nuestra conciencia durante la batalla. Como dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Si, en verdad, Nosotros hemos creado al hombre y sabemos lo que su mente le susurra: pues estamos más cerca de él que su vena yugular. Y así, cada vez que se encuentran cara a cara las dos exigencias de su naturaleza, enfrentadas una a la derecha y otra a la izquierda, no pronuncia palabra sin que haya junto a él un vigilante, siempre presente."

(CORÁN, SURA 50, QAF, ÂYAT 16-18)

Así comprendemos que los litigantes son las dos pulsiones básicas de nuestra naturaleza humana: por un lado, nuestros impulsos instintivos, el *nafs anmâra*, nuestros deseos primarios, nuestra libido, y, por el otro, nuestro *aql*, ese préstamo de conciencia, esa *âmana* que Allâh nos hace para modular el impulso vital de nuestra creación. En el Corán aparecen enfrentados, uno a la derecha y otro a la izquierda, tratando de prevalecer en el *jihâd* que se libra entre nuestros impulsos y nuestra conciencia.

Daud, *aleihi salem*, recibe a sus litigantes, se hace consciente de su contradicción, de su humanidad. Y de pronto comprende, súbitamente le asisten las *haqaiq*. “*Y de repente comprendió que le habíamos probado: pidió entonces perdón a su Sustentador, y cayó postrado y se volvió a Él en arrepentimiento.*”

La conciencia que Daud tiene de su error aparece como lamento desesperado en los *Salmos*, cuando dice:

*“Rabbi, no me reprendas con ira,
no me corrijas con cólera;
Piedad, Rabbi, que desfallezco;
cura, Señor, mis huesos dislocados.
Tengo el alma en delirio,
Y tú, Rabbi, ¿hasta cuándo?
Vuélvete, Rabbi, pon a salvo mi vida;
Sálvame por Tu Rahma,
que en el reino de la muerte nadie te invoca
y en el abismo ¿Quién te da gracias?
Estoy agotado de gemir, de llorar sobre el lecho,
regando de noche con lágrimas mi cama.
Mis ojos se consumen irritados
envejeciendo por las contradicciones.”*

(SALMO 6)

Sin embargo el Corán no nos expresa la naturaleza irreversible de nuestros errores sino el profundo sentido que encierran, porque son nuestros errores los que nos ayudan a contrastar y comprender el sentido de nuestra creación.

El Corán nos muestra, generosamente, la inmensa *Rahma* de Allâh, el Perdonador, el Omniscente, Quien conoce nuestra intimidad, nuestra intención, mejor que nadie. Él es Quien dispone para nosotros Sus *mâqâmat*, para que recorramos Su creación y así Le conozcamos de la mejor manera posible. Es Allâh quien hace decir a Daud en los *Salmos*:

*"Como busca la cierva los arroyos
así mi alma te busca a Ti, Allâhumma,
tiene sed de Allâh, del Dios vivo.
¿Cuándo llegaré a ver Tu rostro?
Las lágrimas son mi alimento noche y día
mientras constantemente me repiten:
¿Dónde está tu Dios?
Recordando otros tiempos desahogo mi alma:
Cómo entraba en el recinto
y me prosternaba ante el santuario
Entre cantos de júbilo y acciones de gracias
en el bullicio de la fiesta.
¿Por qué me acongojas, alma mía,
por qué me perturbas?
Confía en Allâh porque volverás a alabarLe,
salud de mi rostro, Allâhumma."*

(SALMO 42)

El *maqâm* de Daud es la conciencia de lo efímero. El jalfato en este mundo es siempre transitorio. La victoria y la derrota caminan juntas. Quien estuvo a salvo de los demás se encuentra ahora en sus manos, quien animaba con su

alabanza el santuario es ahora exiliado de él. Los enemigos se multiplican y la tierra se oscurece. El gran *ŷihâd* se libra dentro, en el corazón de los profetas y de quienes les siguen. En esos difíciles momentos en los que la contradicción parece no tener fin, Daud, la paz sea con él, invoca a su Señor diciendo:

*"Allâh es nuestro refugio y nuestra fuerza,
poderoso defensor en el peligro;
por eso no tememos aunque cambie la tierra
y los montes se desplomen en el mar.
Que hiervan y bramen sus olas,
que sacudan los montes con su furia:
El Señor del ŷihâd está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Yacú.
El correr de las acequias alegra la ciudad de Allâh,
el Altísimo consagra su morada.
Teniendo a Allâh en ella, no vacila;
Allâh la socorre cuando despunta el faýr.
Los pueblos se enfrentan, los reyes se rebelan,
pero Él lanza Su trueno y tiembla la tierra.
El Señor del ŷihâd está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Yacú.
Venid a ver las obras del Señor,
los prodigios que hace en la tierra:
pone fin a la guerra
hasta el extremo de los mundos,
rompe los arcos, quiebra las lanzas,
prende fuego a los escudos.*

*'Sometéos, reconoced que yo soy Allâh:
más alto que los pueblos,
más alto que la tierra'.
El Señor del jihâd está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Yacú.'*

(SALMO 46)

La existencia es lucha y la pretensión de existencia es una lucha aún mayor, un combate que sólo se resuelve en el sometimiento a la Realidad, en el *islâm* de nuestra vacuidad y de nuestra naturaleza luminosa. El Daud de nuestro ser, nuestra *latifa rûhiyya*, es la puerta por la que nos llega la energía que nos mantiene vivos porque nos dota de sentido, porque es la puerta por donde nos llegan las *haqaiq*, los destellos luminosos de nuestra conciencia, la luz de nuestra visión, de nuestro oído, de nuestro deseo, de nuestro Recuerdo, de cualquier instante de existencia que podamos albergar o imaginar.

Allâhumma: Ilumina nuestro jihâd. Fortalécenos con tus haqaiq. Mantén nuestra conciencia a salvo de la muerte. Haz que nuestra conciencia sea conciencia de Ti, Allâhumma. Haznos Tú conscientes de ello, de nuestra vacuidad, de la Belleza y de la Majestad que caminan juntas en nuestros corazones. Amin.



LA CONCIENCIA NO NOS DEJA tranquilos, nos persigue, nos intimida sin cesar. Somos conciencia y no podemos escondernos de nosotros mismos, no podemos sustraernos de Quien nos ve por dentro y por fuera. Las consecuencias de la transgresión se van expresando en nuestro mundo, porque nuestro mundo no es algo distinto de nosotros. Daud, *aleihu salem*, es así combatido por sus propios hijos, que le cercan. Tiene que abandonar el santuario y la ciudad de Allâh ya no es sitio seguro para él. Durante la lucha muere su hijo amado Absalón.

El sentimiento de Belleza aparece íntimamente asociado en nuestro interior al reconocimiento del Señorío, a la imposibilidad de sustraernos al decreto y a la *taqua*. Este conocimiento del decreto, esta *Haqîqa*, es la que le hace decir:

*"Tú no necesitas sacrificios ni ofrendas
Y, en cambio, me abriste a mí el oído..."*

(...)

"Allâhumma: llevo Tu sharia en las entrañas."

(...)

*"Que Tu lealtad y fidelidad me guarden siempre
porque me cercan desgracias sin cuenta
se me echan encima mis culpas y no puedo huir:*

*Son más que los cabellos de mi cabeza y me falta valor.
Allâhumma: Librame, Rabbi, date prisa en socorrerme.”*

(SALMO 40)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, no abandonará a Su siervo amado Daud. Le ha prometido la continuidad con Suleimán, la paz sea con ellos, y hacerlos a ambos jalifas de la tierra. No construirá la mezquita pero sí lo hará su hijo, nacido precisamente de su error. Daud y Suleimán, la paz sea con ellos, son por esa razón, inseparables en sus *mâqâmat*. Un mismo *maqâm* les alberga a ambos, que son sólo momentos, episodios del reinado de Allâh sobre la tierra, *tayali* de Su florecimiento en nuestra humanidad. Recordemos aquí también la continuidad, la *silsila* entre Ibrahim e Isma'il, la paz sea con ellos.

Allâhumma: Háznos conscientes de nuestros errores. Envíanos tus luminosas *haqaiq*. Provee de continuidad a nuestra conciencia de Ti. Manténnos en Tu *taqua* y en Tu *tauakul*. *Amin*.

Jutba 22

LA ESTACIÓN DE DAUD, la paz sea con él, es el *maqâm* del amor a Allâh, de la imaginación activa y de la belleza teofánica. Aquí sentimos a la Belleza y a la Bondad manifestándose en una creación continua, recurrente y palpitante. Ignorancia y conocimiento están unidos por un *barzaj*, un intermundo donde laten con fuerza los opuestos y se va resolviendo nuestro *yihâd*, aquí donde Allâh nos muestra alternativamente el pálpito entre Su Belleza y Su Majestad. Daud, la paz sea con él, transgrede y regresa, olvida y recuerda, dándose cuenta de que su caminar es una *tauba* y su alabanza un *dîkr*.

Allâh muestra a Daud la perfección de Su creación como continuidad, como pálpito, y le enseña la filogénesis de su jalifato a través de su hijo Suleimán, la paz sea con ellos. Padre e hijo comparten una misma estación espiritual que

es precisamente el *maqâm* de la continuidad en la creación y de su recurrencia. Y así nos lo dice Allâh en el Corán:

"Y a Daud le dimos por hijo a Suleimán, y ¡qué excelente siervo Nuestro llegó a ser! Ciertamente, se volvía a Nosotros continuamente y cuando le fueron mostrados, al atardecer, unos veloces corceles de raza, dijo: 'En verdad, he llegado a amar el gusto por lo bueno porque me hace recordar a mi Sustentador!' Y repetía esas palabras mientras los corceles se alejaban a la carrera, hasta perderse tras el velo de la distancia, y entonces ordenó: 'Traedmelos!', y palmeaba afectuosamente sus patas y sus cuellos."

(CORÁN, SURA 38, SAD, ÂYAT 30-33)

¡Qué excelente siervo llegó a ser! Con esta afirmación Allâh nos señala la naturaleza de nuestra servidumbre. No se trata de la servidumbre y la dependencia que todas las criaturas tenemos por el hecho de ser creadas, sino de la conciencia de esa servidumbre, que nos permite discernir dónde está el *maqâm* del siervo y dónde está su Señor. La servidumbre excelente a la que Allâh se refiere es una conciencia del devenir, de un llegar a ser que se va forjando paso a paso a través de una conciencia constante y recurrente.

Ya somos siervos por el hecho mismo de existir como seres creados y dependientes, pero nuestra creación es renovada en cada instante. Cada momento es una creación nueva y completa, porque son los latidos de *Al Rahmân* los que modelan sin cesar nuestra existencia y cualquier existencia, y nada hay excepto Él.

Suleimán y Daud, la paz sea con ellos, se volvían a Allâh continuamente. Y esta *tauba* les proveía de conciencia, en este caso de la *taqua* de *Al Yamal*, la conciencia de la perfección que hay en Su creación inasible. Lo bueno, el placer, la belleza, todo aquello que puede ser objeto de nuestro deseo y de nuestro amor, sólo pueden ser alcanzados en esta estación donde confluyen los mundos, la dimensión unitiva que materializa los pensamientos y espiritualiza los cuerpos.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos está creando con un propósito, con una finalidad, *al hamdulillâh*. Sentimos que Su *Rahîm* nos alcanza y alcanza a todas las cosas, que nuestra realización ocurre en la Realidad y por la Realidad. La misma palabra 'realización' nos sugiere la naturaleza de nuestra finalidad, que no es otra que alcanzar la Realidad. La Realidad la vamos alcanzando poco a poco como un acto de despertar continuo y recurrente, como un reconocimiento del pálpito incesante y tranquilo, como hacen los amantes y los adoradores sinceros: volviéndonos continuamente hacia esa luz que nos hace señales con su clara y potente vibración, *al hamdulillâh*, Con esa "*perseverancia que trae ventura*" de la que tanto hablan los antiguos libros de China.

Hay numerosos hadices que hablan de la necesidad de perseverar en la adoración, de vivir en la conciencia. De Aisha nos ha llegado uno, relatado por Muslim, donde el profeta, la paz sea con él, dice:

"Y la adoración más querida para Allâh es aquella en la que su autor persiste de forma constante."

(DE MUSLIM, RIYAD AS SALIHIN, CAPÍTULO 15, HADIZ 154)

La recurrencia de nuestra adoración es el propio latir de nuestra conciencia. Esta insistencia nos ayuda a reconocer la naturaleza de nuestra servidumbre al mostrarnos los ciclos y los ritmos que modelan nuestra creación y nuestro devenir: El ritmo del *salât*, del ayuno, del calendario lunar, el ritmo de nuestra sexualidad, el sentimiento del día y de la noche, el cambio incesante que nos sugieren las *mâqâmat*. Y toda esta experiencia, esta constatación en nuestro propio ser del poder de Allâh, nos hace conocer el agrado-cimiento. *Al Rahîm* nos procura el *fanâ* del sometimiento completo a través de Su Majestad y de Su Belleza.

El Suleimán de nuestro ser es el reconocimiento amoroso de la Realidad en la bondad y belleza de las criaturas, en la confluencia de esos dos mares cuyas aguas nunca se mezclan, precisamente porque Allâh es *Al Rahîm*. Y este despertar nos ocurre en un devenir fluyente e imprevisible. No son los rasgos definidos de un nombre o de una imagen, sino una manifestación significativa, dinámica y creadora, un *tayali*, una teofanía.

El objeto de la meditación y de la experiencia espiritual de Suleimán, *aleihî salem*, son unos veloces caballos que, al atardecer, galopan perdiéndose en la distancia. En el momento en que la luz se marcha huyendo hacia el *magrib* y las formas desaparecen, la teofanía aparece fugaz en nuestra visión y seguimos su rastro dinámico y huidizo. Suleimán, la paz sea con él, es capaz de aprehenderla, vivirla y hacerla suya, acariciar sus lomos y sus cuellos, tocar con las manos el *tayali* y hacerse así capaz de amar a Allâh como siervo de *Al Yamal*, y como Su jalifa.

Nuestra creación incluye el conocimiento y la ignorancia, el olvido y el recuerdo. El objeto de nuestra meditación se pierde en la distancia, pero cuando el deseo que sentimos por la Belleza es intenso y persistente, nuestra *himma* es capaz de hacerle volver, de retornar a la Única Realidad que somos capaces de vivir.

La *himma* es precisamente ese anhelo que sentimos del bien y de la belleza, el deseo intenso de alcanzar la unión que nuestra razón no nos procura. Es la naturaleza de nuestra *himma* la que determina la naturaleza de nuestro pensamiento y de nuestra condición de *mu'minún*. Si nuestra *himma* se dirige hacia las formas de la creación nuestros sentidos encuentran un juego perfecto y armonioso cuyo sentido se nos escapa siempre, como esos caballos que se pierden en la distancia, nada más que formas, colores y sonidos que no nos sacian nunca del todo de nuestro deseo de hallar la Realidad.

Por otra parte, si nuestra *himma* se dirige sólo hacia las esencias de las cosas, hacia sus significados, perdemos de vista el mundo y nuestro pensamiento se atrinchera alienándonos de nuestra percepción directa, encarándonos con el vacío. Es la *himma* de los filósofos, de quienes creen que es posible encerrar en un concepto o en una forma la vastedad de lo creado, cuando el propio pensamiento no es sino una creación distinguida.

Es la ocupación dolorosa de quienes han sido alienados del amor y necesitan recobrarlo racionalmente, la forma que Allâh tiene de probar nuestras humanas intenciones y resolver nuestras preguntas. Cuando el filósofo quiere atra-

par la verdad se le escapan los caballos y su visión desaparece en la distancia.

Por eso no podemos lamentarnos de nuestra imposibilidad de alcanzar la Verdad y la Realidad mediante la filosofía excusándonos en la incapacidad de nuestra razón para resolver el dilema. El conocimiento que de verdad nos sirve es la *haqîqa* del siervo excelente, requiere nuestra extinción y nos procura la conciencia de que nada hay que resolver, de que todo está en su lugar en perfecta armonía.

Cuando la sabiduría nos alcanza ya no buscamos la Realidad ni en las palabras ni en las formas sino que la vamos encontrando por todos lados, por dentro y por fuera, hablando o en silencio, como una Verdad que nos constituye y forma todos nuestros mundos.

El conocimiento que nos sirve es la *Haqîqa*, porque la *Haqîqa* distingue sin dividir, sin catalogar ni limitar porque es en sí misma un límite, un *barzaj*. Encontramos sentido en nuestra meditación cuando nos damos cuenta de que es Allâh y no nosotros quien crea nuestro pensamiento y provoca nuestro despertar, al *hamdulillâh*. La ignorancia y la incosciencia, en cambio, nos pertenecen por la naturaleza de nuestra creación y de nuestra resurrección.

La *Haqîqa* es una misericordia que late por doquier, una conciencia que nos está sosteniendo realmente en cada instante, que reconduce nuestras palabras desde el vacío hacia las formas y de estas hacia su sentido, hacia la experiencia del *tayali*, hacia la visión teofánica del jalifa. La forma como vacío y el vacío como forma componen un dilema que sólo se resuelve mediante la ciencia del cora-

zón, mediante la entrega sin reservas a la Realidad que se nos muestra, a través de la *Haqīqa*.

La tradición nombra a Suleimán, la paz sea con él, como sabio, como *hakim*, y Allâh nos aclara que la *Haqīqa* le alcanza a través de una meditación sobre la forma y el vacío, y sobre la vida y la muerte, como nos dice el Corán:

"Pero en verdad, habíamos probado a Suleimán situando sobre su trono un cuerpo sin vida; y entonces se volvió arrepentido y oró: ¡Oh Sustentador mío! ¡Perdóname mis faltas, y concédemel el regalo de un reino que no sirva a nadie después de mí: en verdad, sólo Tú eres el verdadero Dador de Regalos!"

(CORÁN, SURA 38, SAD, AYAT 34-35)

Suleimán, la paz sea con él, es también un ser humano, una criatura que debe pasar la prueba inevitable de su existencia terrenal, un ser que piensa e imagina. Su prueba está destinada a capacitarlo para un reinado espiritual, para un jalifato que estaba extendiendo el mensaje divino por los más remotos lugares de la tierra.

El asiento de su propio poder está vacío, su trono está ocupado por un cuerpo sin vida. Es la meditación fija y estática de Suleimán en el *tayali* de la Majestad Divina, *Al Yalâl*, un silencio imposible de romper. Es la soledad del pensador desengañado acunando al *ârif*, al conocedor que en ese momento está naciendo en su interior. Este *ârif* es alguien que conoce el mundo porque ha podido salir de él

y verlo tal y como es. El Suleimán de nuestro ser es ese *ârif* que nace en nuestro interior como un regalo de *Al Uadûd*, el Señor del Amor. Es ese *ârif* que nace cuando contemplamos la naturaleza transitoria y efímera de nuestra existencia, *subhana Allâh*, y la permanencia constante y recurrente de la Realidad.

En el *asr*, cuando la luz declina, sentimos que las formas se deshacen en la tinta densa y oscura de los colores. La luz del sol se va tornando cálida y amarillenta antes de apagarse entre las brasas. Por un momento sentimos nostalgia de la luz y tratamos de aferrarnos a ella, pero entonces comprendemos que la Luz no se marcha nunca, sólo desaparece Su *tayali* para volver a aparecer un instante tras otro, en cualquier momento.

La luz que nos hace ver las formas del mundo es una luz creada, como bien comprendió Ibrahîm, la paz sea con él, pero la Luz que nos hace vivir la Realidad y ser conscientes de ella es una Luz creadora que palpita en nuestro interior y que nos constituye proyectándose en todos los mundos que habitamos.

Sentir y conocer esta Luz es vivir enamorados de la Realidad que siempre se nos escapa, seguir el rastro de los amantes y los adoradores. Si amamos realmente esa Luz, nuestros caballos vuelven, si no, se pierden en la distancia.

Allâhumma: Acepta las expresiones de nuestro amor y dirige hacia Ti nuestra *himma*. Ayúdanos a comprender el sentido de Tus palabras. No dejes que nuestras palabras nos distraigan de Tu Recuerdo. *Amin.*



SULEIMÁN, LA PAZ SEA CON ÉL, comprende la naturaleza del jalifato. Su trono está ahí, frente a él, pero está ocupado por un cuerpo sin vida, sin alma ni conciencia. Es un trono vacío, un cuerpo inanimado. Así comprende Suleimán que el jalifato implica la *taqua*, la conciencia de Allâh, la conciencia de que vivimos y existimos por Él, y que Él nos crea y nos sostiene continuamente.

Sin Su poder creador de conciencia no somos más que un cuerpo sin movimiento, una forma sin contenido ni sentido. Y esta *taqua* le sucede a Suleimán mientras medita sobre su propia condición de inexistencia y de vacío. Esta comprensión y este despertar son el regalo de la Ciencia de la Realidad, de la *Haqîqa* que implica todo jalifato.

Suleimán hace *tauba* a lo Real, se vuelve a Su Sustentador desde el vacío de su propia existencia, se refugia en Su poder. Y así se vuelve un signo para nosotros, un signo de nuestro propio despertar, porque nuestro sometimiento consciente a Allâh y a Su poder nos procura la armonía con toda la creación. La conciencia de lo Real, la *Haqîqa*, nos permite transformar el mundo mediante un *bismillâh* plenamente consciente y con pleno sentido de lo que estamos diciendo y haciendo.

Cuando pronunciamos clara y conscientemente el *bismillâh* estamos expresando nuestro *islâm*, nuestro sometimiento al poder de esa Realidad que se nos escapa. Pero al pronunciarlo de esta manera estamos actualizando nuestra

propia creación en la Realidad, *al hamdulillâh*, ahora como jalifas. Por eso, cuando nos acompañamos con los ritmos de la creación, cuando vivimos el *tayali* como realidad y la realidad como *tayali*, la distancia desaparece y la creación nos obedece y nos sirve.

La creación no cesa de someterse a Allâh y nosotros estamos existiendo con Sus Nombres, recordándole a través de ellos en este mundo donde la luz aparece y desaparece a cada instante. Así vuelven los caballos y podemos acariciar sus brillantes lomos.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, sigue explicando en el Corán la naturaleza de este *maqâm* cuando nos dice en el Sura *Sad*:

"Y así le sometimos el viento, de modo que soplaba suavemente, por orden suya, donde él quería, y también a todas las fuerzas rebeldes a las que obligamos a trabajar para él —toda suerte de albañiles y de buceadores— y otros encadenados juntos. Y le dijimos: 'Esto es un regalo Nuestro; eres libre, pues, de impartirlo a otros, o de reservártelo, sin que debas rendir cuentas!' ¡Y, en verdad, tendrá proximidad a Nosotros, y la más hermosa de las metas!"

(CORÁN, SURA 38, SAD, AYAT 36-40)

Suleimán, la paz sea con él, recibe de Allâh la conciencia de Su poder, la *tauba* y la experiencia del jalifato. Pero ¿Cómo es posible que un ser humano, una criatura, tenga poder sobre el viento, sobre el agua, sobre los genios y todas las fuerzas rebeldes?

El *islâm*, el sometimiento a la Realidad Única, ocurre en cualquier caso. Nadie ha conseguido escapar al poder de la realidad creadora. Pero el sometimiento consciente y voluntario al poder de esa Realidad que llamamos Allâh nos va procurando poco a poco la conciencia de Él, y así vamos puliendo nuestra servidumbre y encontrando el sentido cabal de nuestra existencia.

Si llegamos a alcanzar la sumisión completa, la excelencia, el *ihsân*, conoceremos, *masha Allâh*, el sentido de este *maqâm* donde Allâh exclama “*Qué excelente siervo Nuestro llegó a ser*”. Es la excelencia de nuestra servidumbre la que nos hace vivir como jalifas, con plena conciencia de Allâh y de Su poder. Es entonces nuestra vida la forma en la que Allâh se manifiesta a toda Su creación, y no sólo como voluntad sino como amor.

La creación es sólo un símbolo, un *mizal*, y por lo tanto cualquier expresión es posible en ella. Cuando desaparecen las resistencias, los conceptos y las formas, cuando desaparecen los miedos y los apegos, cuando caen los velos que nos mantienen prisioneros en nuestra visión, la creación nos obedece porque entonces somos el ojo por el que Allâh ve y el oido por el que oye.

Aceptando nuestra muerte estamos aceptando nuestra pertenencia a la creación. Cuando aceptamos la muerte y la inexistencia nos liberamos de la servidumbre hacia las formas y los estados, y entonces comprendemos que sólo Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos sostiene y que sólo a Él regresamos. Este regreso consciente participa del orden, de la perfección y de la armonía. Las fuerzas rebeldes se nos so-

meten y caminamos al unísono con toda la creación, en cada momento, en cada nueva creación.

Nuestro pensamiento es inspirado por la Realidad y nuestro yo se convierte en un yo único compartido por todas las conciencias. Lo otro ya no es algo separado de mí, y yo le pertenezco. No podemos decirlo de otro modo, sólo aludiendo a este regreso mediante la metáfora, en este caso mediante el signo que provoca nuestro amor, nuestra *himma*, nuestro deseo ardiente de retornar a Allâh constantemente, al hamdulillâh, nuestra *tauba*, nuestra *taqua*, nuestro *tauakul*. *Barakalaufiq*.

Todos los profetas y mensajeros, la paz sea con ellos, vienen a decirnos lo mismo, a señalarnos el camino de vuelta a lo Único. Cada uno lo dice desde un *maqâm*, desde un lenguaje y desde una forma, porque en el mundo de las criaturas el mensaje se expresa en lo diverso, en la repetición y en la recurrencia. Allâh nos crea como Él quiere y nosotros nos rendimos a la realidad de Su Amor.

El Suleimán de nuestro ser nos habla precisamente desde el *maqâm* del amor divino, a través del velo más sutil, el que nos separa para crear la vida y el deseo de la reunión, al hamdulillâh, aún a sabiendas de que todo deseo desaparecerá, *masha Allâh*, y de que todo signo y toda alma se extinguirán en Su presencia.

Allâhumma: Haznos comprender el sentido de nuestra muerte y reconcílianos con toda la creación. Despiértanos la *tauba* porque necesitamos de la *taqua*. Ayúdanos a vencer a nuestros demonios. Haz que regresen nuestros caballos. *Amin*.

Jutba 23

DAMOS GRACIAS A ALLÂH, *Subhana ua Ta'ala*, Quien nos está guiando por un sendero lleno de significado, por unas *mâqâmat* que no son conceptos o categorías mentales sino experiencias vivas de nuestro paso por los mundos. Ya hemos visto cómo Daud y Suleimán, la paz sea con ellos, comparten un mismo y único *maqâm*, y estamos transitando con ellos una estación espiritual inspirada por la *himma*, por la alabanza a Allâh y por el reconocimiento constante de Su poder. Nos encontramos en el *maqâm* donde se realiza nuestro jalifato, donde adquirimos un conocimiento y una responsabilidad que surgen y viven juntos en la experiencia gozosa del *tauhid*.

Vamos comprendiendo que el hecho de compartir un mismo *maqâm* es un signo de la continuidad de nuestra conciencia, de la persistencia y recurrencia de nuestra crea-

ción y de la ausencia de límites reales entre las criaturas. La condición humana es una experiencia de la polaridad y del olvido, pero Allâh quiere revelarnos la verdad, quiere mostrarse a nosotros suscitándonos Su recuerdo mediante una *tauba* que nos hace ser conscientes de Él, de Su Sabiduría y de Su Poder. *Barakalaufiq*.

Suleimán, la paz sea con él, vive su jalifato como una experiencia de *Haqîqa*, como una apertura a todos los lenguajes posibles. Para él, todo lo que surge en la creación no es más que un signo, un *tayali*, una señal divina que aparece y desaparece juntamente con la *taqua*. Todas las criaturas están expresando la alabanza a Allâh, su sometimiento a lo Real mediante una adoración incesante. En el Sura Las Hormigas aparece descrito este *maqâm* con todo detalle:

"Y, en verdad, dimos conocimiento de la verdad a Daud y Suleimán; y ambos solían decir: 'Toda alabanza pertenece a Allâh, que nos ha favorecido de esta forma sobre muchos de Sus siervos creyentes!'. Y en esta perspicacia Suleimán fue verdaderamente heredero de Daud; y decía: 'Oh gentes! Nos ha sido enseñado el lenguaje de los pájaros, y se nos ha dado de todo lo bueno: ¡ciertamente, esto es en verdad un claro favor de Allâh!'"

(CORÁN, SURA 27, AN NAML, LAS HORMIGAS, ÂYAT 15-16)

El conocimiento de la verdad, la *Haqîqa*, implica el desvelamiento de los signos, el dominio de las lenguas. ¿Qué es este lenguaje de los pájaros que Daud y Suleimán comprenden y agradecen como una gracia? El lenguaje de los pájaros

es el mismo lenguaje de la creación entera, la lengua universal, el Corán celeste. El ser humano despierto, el *jalifa ullaḥ*, es capaz de leer los signos de cualquier lenguaje o escritura, porque sabe que todo lo que contempla es un signo de reunificación y de alabanza, una expresión de *tauhid*. Suleimán, la paz sea con él, no cree que los seres que ven sus ojos sean reales por sí mismos, sino señales que apuntan a lo Único Real, a aquello que sólo así Se nos muestra.

Oímos a los pájaros cantar poco después del *fajr* y sabemos que la primavera se está acercando. Oíremos más tarde al ruiseñor cortejar a su amada y sentiremos desplegarse la vida, *masha Allāh*. El lenguaje de los pájaros es un idioma tántrico que expresa las pulsiones básicas de toda la creación, sus articulaciones esenciales, como el lenguaje de los otros animales y de las plantas, como el discurso de las montañas y de las estrellas.

Allāh nos habla de los pájaros y de su lenguaje porque sabe que, para nosotros, el pájaro es un símbolo, un *mizal* de nuestra propia alma proyectada en la creación. El pájaro es un animal como nosotros, necesita del agua y del alimento, vive en la misma tierra que habitamos, pero además puede volar, elevarse hacia el cielo, cantar y danzar sus alabanzas sin cesar, sin atender a otro mandato, como hacemos nosotros mismos cuando nos libramos por un momento de nuestras ataduras terrenales, de nuestro *shirk*.

Comprender a los pájaros es comprendernos a nosotros mismos y a toda la creación, ser capaces de trascender el lenguaje de la lógica y acceder a una lengua universal que compartimos con todas las criaturas.

Los demás animales también comprenden la lengua de la creación. Cuando vamos al bosque y observamos a las criaturas que allí viven, nos damos cuenta de que el canto de los pájaros alerta a los otros animales de la presencia de los depredadores. El grito de un tordo en un tejado avisa al pequeño ratón de que el gato está cerca. El ratón comprende al pájaro. Y nosotros también podemos comprenderlo, con la ayuda de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*. Sólo necesitamos atender a los signos, poner atención a lo que nos acontece y atrevernos a trascender los velos que teje nuestra mente adhiriéndose a los objetos, a sus nombres y a sus imágenes, regresando a la Conciencia Única.

La *Haqîqa* que Suleimán recibe de Allâh le hace comprender el significado de toda la creación, no sólo la lengua de los pájaros sino también el lenguaje de los seres invisibles, de los ángeles y de los genios, porque Suleimán está viviendo su experiencia en la confluencia de los mundos, en el *barzaj* donde las aguas se encuentran sin juntarse, donde lo visible y lo invisible están expresando el *tauhid* que los reúne. Esta conciencia es, precisamente, la expresión de nuestro jalifato, de la preeminencia que Allâh nos da entre todas Sus criaturas. Sigue diciéndonos en el Corán:

"Y un día fueron reunidos ante Suleimán sus ejércitos de genios, hombres y pájaros; y luego fueron conducidos en columnas ordenadas, hasta que, cuando llegaron a un valle poblado de hormigas, una de ellas exclamó: 'Oh hormigas! ¡Entrad en vuestras viviendas, no sea que Suleimán y sus ejércitos os aplasten sin darse cuenta!'

Entonces Suleimán sonrió, regocijado por lo que ella había dicho, y dijo: ‘¡Oh Sustentador mío! ¡Inspira en mí un agradecimiento continuo por esas bendiciones Tuyas con las que me has agraciado a mí y a mis padres, y para que obre rectamente en una forma que sea de Tu agrado; e inclúyeme, por Tu gracia, entre Tus siervos justos!’.”

(CORÁN, SURA 27, AN NAML, LAS HORMIGAS, ÁYAT 17-19)

Suleimán, la paz sea con él, ejerce su jalfato sobre toda la creación: genios, hombres y pájaros. Y aquí encontramos uno de los aspectos más profundos de nuestra ‘aquída, ya que nos sitúa ante el reconocimiento de todos los mundos sin excepción, incluido el mundo de las realidades invisibles. Pero ¿Qué son estos genios, estos *ÿunnûn* de los que nos habla con tanta frecuencia el Corán?

Según la filología, al *ÿinn* significa “*aquello que permanece oculto a los sentidos humanos*”. Son esos seres o energías que no podemos percibir pero que tienen una entidad propia e independiente. Son creaciones espirituales que incluyen tanto el ámbito de las energías negativas y telúricas, los *shaiatín*, como el de la dimensión angélica y celestial de los *malâika*. El Corán nos dice que los *ÿunnûn* fueron creados “*del fuego de los vientos abrasadores*” (15:27), “*de una confusa llama de fuego*” (55:15). La Revelación se refiere con frecuencia al mundo que está más allá de nuestra percepción, al *gaib*, y cada vez que recitamos la *Fâtiha* nos referimos a Allâh diciendo que Él es *rabbil-’alamin*, Sustentador de todos los mundos.

Es precisamente la *Haqîqa* que experimenta Suleimán la sabiduría que nos sitúa en la confluencia de esos mundos y nos da la comprensión precisamente allí donde lo visible está expresando lo oculto, en el lugar donde, además de los seres visibles, podemos percibir las energías que nos atraviesan y constituyen.

En este *maqâm* vemos la vida asentada en su trono real. Esta perspicacia o iluminación trasciende el mero conocimiento racional y causal, surge en la conciencia de que no son las cosas las que se producen unas a otras sino que es Allâh el Único Productor y Sustentador de todo lo creado, la Única Causa o Razón de todo lo que vemos y de todo aquello que, habitualmente, permanece oculto a nuestros sentidos.

Genios, demonios y ángeles nos rodean por todos sitios. Aunque normalmente no podamos verlos están aquí con nosotros. Nuestra '*aquida* nos hace tenerlos en cuenta aunque no los veamos, pero en algún momento hemos sentido su presencia y hemos dado gracias a Allâh por ello, como Suleimán, por hacernos conscientes en ese momento de Su inmenso poder creador. Los genios y los ángeles nos sirven cuando vivimos en la *taqua*, porque sólo entonces estamos en armonía consciente con la creación. Si abandonamos nuestro jalifato, nuestra *taqua*, los genios se rebelan y las energías se interponen incluso hasta destruirnos completamente. Los males, las enfermedades, los accidentes, todo ello son obra de estos genios que se rebelan cuando nosotros nos rebelamos, porque a ellos les ha sido ordenado que sirvan sólo a sus jalifas. Si no somos jalifas somos cuerpos sin vida, almas sobre un trono de tierra.

Desde el *maqâm* donde se asienta nuestro jalifato divinosmos la vastedad de los mundos creados y sustentados por Allâh. Aquí damos gracias a Allâh por este Corán que nos hace comprender cualquier idioma. *Barakalaufiq*. Gracias por revelarnos la forma de relacionarnos armónicamente con toda la creación, por enseñarnos la manera de vivir nuestro jalifato, nuestro decreto luminoso. Con toda naturalidad prestamos atención a los signos y actuamos en consecuencia. Nos sentimos agradecidos a Allâh por la Conciencia y por la Vida. *Barakalaufiq*.

Suleimán, la paz sea con él, pide a Allâh que le inspire el agradecimiento continuo por esa *Haqîqa* que recibe. El jalifa comprende a toda la creación, hasta las criaturas más humildes. Ama a los animales y a las plantas y se regocija con el discurso de las hormigas, porque no deja de ver en cada criatura la expresión de una sabiduría y un poder trascendentales. El Suleimán de nuestro ser es el reconocimiento de esa perfección que aflora por todos sitios, nuestra admiración y respeto ante todo aquello que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos muestra y nos sugiere.

¡Qué lejos se halla esta actitud de regocijo, respeto y reconocimiento hacia la creación, de esa otra actitud arrogante y depredadora que considera a ésta como una naturaleza extraña, misteriosa y hostil que hay que dominar y someter! Esta actitud de respeto y responsabilidad, que los musulmanes llamamos *ajlâq*, está íntimamente relacionada con nuestro jalifato. Un jalifa no es un tirano ni un jefe político sino una criatura consciente y elevada, abierta y comprensiva hacia todo aquello que alcanza su conciencia.

Por eso los musulmanes expresamos una intensa conciencia ecológica. No por una cuestión ideológica o de principios, sino como consecuencia de nuestra visión como jalifas que reconocemos al Señor de los Mundos, de todos los mundos sin excepción, al Señor del Poder.

Allâhumma: afina nuestra sensibilidad hacia los mundos y las criaturas. Inspíranos un agradecimiento continuo por esas bendiciones tuyas con las que nos estás agraciando sin cesar. Ilumínanos con lo *halâl* y equilibra nuestra mente. Manténnos siempre a la escucha de Tu Corán. *Amin.*



SULEIMÁN, LA PAZ SEA CON ÉL, es considerado como ejemplo de jalifa organizador y productivo. Comercia y desarrolla la tecnología. Los vientos le ayudan a construir su reino, soplando para él en alta mar y llevando sus mercancías de una tierra a otra. Sus barcos llevan el mensaje a todos los rincones del mundo, y su confianza constante en Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, hace que su reinado sea una expresión de abundancia material y prosperidad cultural.

Pero esta prosperidad cultural y esta abundancia de bienes son una consecuencia de su propio desapego. Suleimán ya ha comprendido que, sin la ayuda de Allâh, su trono sólo soportaría un cuerpo sin vida, y por ello no pierde de vista el fundamento real de su poder. Con esta *taqua* nuestro jalifato se expande y hace crecer a todo aquello que entra en contacto con él, como ese elixir de los sabios que transmuta todo lo que alcanza.

El jalifato y los bienes de todo tipo que produce son una cosa y un cuerpo sobre un trono sin vida es otra bien distinta. Cuando no somos capaces de vivir en la conciencia de Allâh, en la *taqua*, nos adherimos a las cosas, a los objetos y los nombres y perdemos nuestra vitalidad. Cuando buscamos la seguridad en la posesión y el control de las cosas, no encontramos la calma ni el sentido, porque las cosas cambian, los objetos desaparecen y los seres se extinguén.

Desarrollamos todo tipo de estrategias para conseguir el dominio, el poder, la permanencia, pero no nos sirven de nada los atajos, porque todos esos bienes que deseamos sólo podemos disfrutarlos cuando somos conscientes de lo que son, un regalo, un don, una Gracia de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, que sólo disfrutamos en el desapego.

El jalifato es una condición que sólo nos alcanza cuando vivimos sometiéndonos a la Realidad Única, cuando estamos tratando realmente de ser musulmanes. Cuando vivimos en las sombras de la *duniâ* no alcanzamos a comprender el origen de esa misma *duniâ* y la confundimos con lo Real. Entonces sólo vemos un aspecto de lo Real, Su nombre *Az Zahîr*.

Pensamos que son las cosas las que se producen unas a las otras y nos aplicamos a dominar los procesos, a controlar las transformaciones, sin tener en cuenta que nosotros mismos somos parte de ese cambio incesante y que aquello que obtenemos no lo conseguimos por nuestro propio poder sino por el poder de la Realidad, que lo está creando todo sin pausa ni descanso. No hemos visto sobre su trono aquel cuerpo sin vida que vio Suleimán. Allâh nos previene en el Corán de esas actitudes cuando nos dice:

"Y aún ahora, que ha venido a ellos un enviado de Allâh, que confirma la verdad de lo que tienen, algunos de los que recibieron con anterioridad la revelación arrojan tras de sí la escritura divina, como si no supieran lo que dice, y siguen lo que los malvados solían practicar durante el reinado de Suleimán —pero no fue Suleimán quien negó la verdad, sino que la negaron aquellos malvados que enseñaron a la gente la magia; y siguen lo que fue revelado a través de los ángeles Harut y Marut en Babilonia, si bien, estos no enseñaban a nadie sin antes declarar: ¡Somos sólo una tentación al mal: no neguéis, pues, la verdad de Allâh!"

Y aprenden de esos dos a crear discordia entre un hombre y su esposa; y si bien no dañan con ello a nadie sin la venia de Allâh, adquieren un conocimiento que sólo les perjudica y no les aporta beneficio, sabiendo bien que quien adquiere este conocimiento no tendrá parte en el bien de la âjira. Pues es mediante ese artificio por el que se han vendido ¡Ah, si lo hubieran sabido! Y si hubieran creído y hubieran sido conscientes de Él, la recompensa de Allâh habría sido mejor para ellos ¡Ah, si lo hubieran sabido!"

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, ÂYAT 101-103)

Allâh nos explica así cómo se genera el falso conocimiento, la falsa conciencia que sustituye nuestra experiencia de lo Real. Los *banu Israel*, durante el cautiverio de Babilonia, se impregnaron de la mentalidad tecnológica de los constructores de la Torre de Babel y del pensamiento

polar representado por Harut y Marut. En aquella tierra bendita, cuna de Ibrahím y de los *hunafa*, los seres humanos habían olvidado el fundamento de sus ciencias y de su poder. Mientras fueron jalifas hablaron y comprendieron todas las lenguas, pero cuando perdieron la *taqua* se decidieron a levantar una construcción que les llevara hasta el cielo, decidieron construir un atajo mediante una ciencia que habían recibido por otra vía. Y les salió mal. La torre fue destruida en medio de la confusión de las lenguas.

De la misma manera, el jalifato de Suleimán termina con su propio reinado, tal y como había pedido a Allâh en su *du'a*: “concédeme el regalo de un reino que no sirva a nadie después de mí”, porque el jalifato no es una condición fija que pueda reproducirse por sí sola, o heredarse, sino una consecuencia del despertar interior. Desaparece cuando desaparece la *taqua* y resurge cuando esta *taqua* arraiga en nuestras vidas. La condición para obtener el bien es el despojamiento. Toda apropiación es una pérdida, una división irreal. No se puede comerciar con la conciencia sin provocar un profundo desastre.

Durante el reinado de Suleimán, la paz sea con él, hubo gentes que quisieron explotar las riquezas y los descubrimientos técnicos que habían obtenido como consecuencia del favor de Allâh a sus siervos distinguidos, a Sus jalifas. Pero lo hicieron tratando de desvincular ese conocimiento de su fuente original. Y así perdieron el jalifato, contentándose con la posesión de unos frutos que ya no podían satisfacerlos. Vendieron su *taqua* por muy poco, la cambiaron por una conciencia limitada y causal.

Allâh nos aclara que no fue Suleimán quien les enseñó esa magia, sino que la aprendieron en Babilonia de Harut y Marut, los dos ángeles del pensamiento causal. Y así se impregnaron los creyentes del Talmud y de la Cábala babilónica y devaluaron la *Torah* de Musa.

Esta devaluación del mensaje y de la conciencia es una ruptura de la armonía tántrica, la pérdida de la conciencia unitaria que late entre los opuestos. Por eso nos dice Allâh que este tipo de conciencia crea la discordia entre un hombre y su esposa, porque impide al ser humano sentirse a sí mismo como parte y le hace creerse autosuficiente y real, separado de la creación y de los mundos, separado de su madre y de su tierra. En esa situación se produce la confusión de las lenguas, el extrañamiento, la alienación y la soledad. Ya no comprendemos al otro porque nos sentimos básicamente distintos de él.

Esta es una de las razones que hace que la forma de vida *kâfir* produzca el aislamiento de los seres humanos y su enfrentamiento a la naturaleza y a la Realidad, consiguiendo con ello soledad, infelicidad y separación: *“Ah, si lo hubieran sabido! Y si hubieran creído y hubieran sido conscientes de Él, la recompensa de Allâh habría sido mejor para ellos; Ah, si lo hubieran sabido!”*

La civilización contemporánea es la heredera de aquella antigua Babilonia. Comparte con la antigua metrópoli el gusto por las construcciones elevadas, como esos antiguos *zigurat* que aspiraban a alcanzar los cielos, la idolatría hacia las tecnologías sorprendentes y redentoras. Pero también comparte el olvido de Allâh y el rechazo de la *taqua*.

Nosotros vivimos en esta Babilonia errada cuyas torres han comenzado a caer. Por eso no debemos perder de vista ni un momento el fundamento de nuestra vía, los cimientos de nuestra condición de musulmanes, de seres sometidos a Allâh, que están firmemente anclados en nuestro interior, *al hamdulillâh*, porque así lo quiere Él. *Barakalaufiq.*

Más fuerte que la arrogancia del *kufr* debe ser nuestra *taqua, masha Allâh*. Más poderosa que la magia de Harut y Marut ha de ser nuestra confianza en Allâh, nuestro *tawakul*. Sólo así podremos optar a esa vida trascendental, a esa *âjira* que Allâh nos está ofreciendo sin cesar en esta vida de contraste y polaridad.

Allâhumma: Guíanos entre Tus signos con un criterio cierto. No abandones nuestras conciencias ni un solo momento. Haznos conscientes de Tu poder y líbranos de cualquier forma de magia. *Amin.*

Jutba 24

EL TRONO SOBRE EL QUE se asienta nuestra abundancia es el desapego, y éste acontece en el despertar de nuestro jalifato. El Corán nos incita a despertar ante un *mandala* donde se reúne lo distinto y lo separado. La alquimia de nuestro despertar aparece narrada en la forma de un cortejo amoroso, de una unión mística. Allâh nos suscita la *himma*, una energía luminosa que surge en lo oscuro y nos va orientando hacia nuestro destino mediante esa conciencia de lo Real que llamamos *taqua*, animando la vida de nuestras *lataâf*.

El encuentro entre el enviado de Allâh, Suleimán, y la reina Belquis aparece en el Corán como un *mandala* tántrico, una unión cósmica que nos sugiere la forma en que Allâh suscita la *himma* y orienta nuestro despertar. Un día la abubilla narra a Suleimán la historia de una mujer que reina en el país de Saba, en Yemen, una tierra rica y abun-

dante cuyos habitantes viven en la oscuridad espiritual porque siguen la religión de los ancestros.

Adoran al sol y a los astros, a todo aquello que les muestran sus sentidos. Son adoradores de la materia sensible que no han tenido noticias de Ibrahîm ni de su *'aquîda'*. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en el Corán que Suleimán, la paz sea con él, tras escuchar atentamente el relato del pájaro, le dice a éste que lleve un mensaje a la reina:

"Suleimán dijo: '¡Veremos si has dicho la verdad o eres un mentiroso! Lleva esta carta mía y haz que caiga en sus manos; luego apártate de ellos y observa cual es su reacción.' Cuando la reina hubo leído la carta dijo: '¡Oh dignatarios! Ha caído en mis manos una carta honorable. Viene de Suleimán y dice: 'Bismillâhi ar Rahmâni ar Rahîm: Dice Allâh: No os exaltéis contra Mí, sino venid a Mí sometidos!' La reina prosiguió: '¡Oh dignatarios! Dadme vuestra opinión sobre el problema al que me enfrento; Nunca tomo una decisión sin que estéis presentes conmigo.'

Respondieron: 'Somos una gente poderosa, de gran habilidad para la guerra, pero a ti te corresponde dar la orden; considera, pues, cual ha de ser tu orden.' Dijo ella: 'En verdad, siempre que los reyes entran en un país lo corrompen, y convierten a sus más nobles habitantes en los más abyectos. Y esta es la forma en que actúan siempre. Así pues, he de enviarles un regalo, y esperaré a ver qué respuesta traen los emisarios.'

Pero cuando el emisario de la reina llegó ante Suleimán, éste dijo: '¿Pretendéis aumentar mi riqueza, cuando lo que Allâh me ha dado es infinitamente mejor que lo que os ha dado a vosotros? ¡No, sólo gentes como vosotros se regocijarían ante un regalo así! ¡Regresa a aquellos que te han enviado! Pues, dice Allâh: 'Ciertamente, marcharemos contra ellos con fuerzas a las que no podrán oponerse y, en verdad, les expulsaremos de esa tierra, humillados y empequeñecidos!'"

(CORÁN, SURA 27, AN NAML, LAS HORMIGAS, ÂYAT 27-37)

Suleimán, la paz sea con él, envía un mensaje a los *âdamiyún* que viven aún en la tierra de la oscuridad. Y lo hace como jalifa diciendo "*Bismillâhi ar Rahmâni ar Rahîm*". El mensaje es una invitación al pueblo de Saba al sometimiento a la Realidad Única, una *daua al islâm*.

La reina no conoce la naturaleza del sometimiento que el jalifa le está proponiendo y pregunta a sus consejeros. Estos responden afirmando su disposición para la guerra, creen que Suleimán les está obligando a someterse a él, pero la reina hace una reflexión sobre las desastrosas consecuencias de la guerra y decide enviarle un regalo.

Aún desde su oscuridad, la reina define la guerra como corrupción y degradación, porque piensa que se trata de una acción de dominación y rapiña, porque no sabe nada del gran *yihâd*. Piensa que podrá evitar la confrontación entregando un botín, pero Suleimán, la paz sea con él, le aclara la naturaleza de su mensaje: no le está pidiendo su

reino material sino ofreciéndole un tesoro mucho mayor: el sometimiento a la Realidad Única, el *islâm*. La lucha que se está explicitando aquí no es un pequeño *yihâd* sino el esfuerzo más grande.

El *yihâd* de Suleimán no se lleva a cabo con la espada sino con la *himma*, y es precisamente la *himma* la que hace que la reina se ponga en camino y vaya al encuentro del jalifa, como nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Cuando Suleimán supo que la reina de Saba estaba en camino, dijo: '¡Oh dignatarios! ¿Quién de vosotros puede traerme su trono antes de que ella y su séquito vengan a mí como muslimún?'. Dijo uno audaz de entre los seres invisibles. '¡Te lo traeré antes de que te levantes de tu asiento en el consejo; soy, ciertamente, capaz de hacerlo, y digno de confianza!'

Respondió uno que estaba siendo iluminado por la revelación: '¡No, yo te lo traeré antes de que recobres tu visión!'. Y cuando lo vio realmente delante de él, exclamó: 'Esto es consecuencia del favor de mi Sustentador, para probarme si soy agradecido o ingrato! Pues quien es agradecido a Allâh lo es sólo por su propio bien; y quien es ingrato debe saber que, ¡en verdad, mi Sustentador es autosuficiente, espléndido en Su generosidad!'

(CORÁN, SURA 27, AN NAML, LAS HORMIGAS, ÀYAT 38-40)

Suleimán, la paz sea con él, quiere situar a la reina ante una imagen de su propio poder, ante el trono que soporta

su jalifato. El sabio jalifa quiere ayudarla a sentir y a comprender la naturaleza del sometimiento que le está proponeando. Suleimán sabe que se someterán a Allâh, cuando afirma que quiere ofrecerles el *mandala* "antes de que lleguen a él como musulmanes". No tiene ninguna duda porque su *himma* es impecable.

Los seres invisibles, los genios, se apresuran a ayudar al jalifa. Uno audaz afirma ser capaz de traerle el trono de la reina antes de que se levante del asiento. Otro, que está siendo en ese momento iluminado por la Revelación, hace aparecer el trono ante sus ojos, antes de que el jalifa recobre su visión, antes de que regrese su mirada.

El trono, que estaba en ese momento en Saba, desaparece de su emplazamiento y aparece ante los ojos del jalifa. Este hecho, que puede parecernos milagroso, es la expresión de una creación nueva y recurrente. Dice Ibn 'Arabi que lo que ve Suleimán "*es una nueva creación del trono, una desaparición y una aparición que tienen lugar fuera del tiempo, en el mundo de la imaginación creadora.*"

Los objetos no mantienen una identidad fija. Vemos una piedra y nos parece que está quieta, cerrada y acabada, pero sus átomos y moléculas están en permanente cambio y actividad. Esa piedra está viva y es la manifestación constante y palpitante de una creación. Aunque nos parezca inmóvil está siendo creada y transformada en cada momento, atravesada de energías inconmensurables. Su ser es actualizado constantemente en nuestra visión.

Lo que vemos como inalterable no lo es. Vemos tanto las semejanzas como las diferencias pero no vemos la identi-

dad. Sólo vemos lo aparente aunque no lo real de esa piedra, de ese trono que nos soporta. Nos parece que la piedra está quieta y que es idéntica a sí misma pero está cambiando sin cesar.

La manifestación del trono cesa en la tierra sensible de Saba y resurge de nuevo ante el jalifa, en una tierra donde lo sensible y lo oculto viven juntos pero no confundidos. Y la visión vuelve a cesar y a comenzar en él, entre un parpadeo y otro. El genio inspirado por la Revelación es capaz de hacernos revivir esa creación constante, el ritmo que nos hace percibir las semejanzas sin desvelarnos jamás la identidad, la permanencia de los seres y de los objetos.

El genio inspirado por el Corán nos muestra el poder de la imaginación creadora, alentada por la *himma*, por ese anhelo tántrico. La *himma* de Suleimán es impecable. Ama y busca la belleza porque le hace recordar a su Sustentador. Él ya sabe que la reina vendrá hasta él como musulmana, como criatura sometida a la Realidad, pero quiere expresar el mensaje valiéndose de un símil, como nos dice el Corán:

"Y prosiguió: 'Alterad la apariencia de su trono para que cuando lo vea sepamos si se deja guiar a la realidad o es de aquellos que rehusan la guía.' Y así, nada más llegar ella, fue preguntada: '¿Es así tu trono?' Respondió: '¡El mismo parece!' Y Suleimán dijo a sus dignatarios: '¡Ha llegado a la realidad sin ayuda por nuestra parte, aun habiendo nosotros recibido la Haqīqa antes que ella, y habiéndonos sometido hace mucho tiempo a Allâh! ¡Y ha reconocido la verdad aun cuando lo que ha estado adorando en lugar de Allâh la había apartado del camino

correcto: pues, ciertamente, desciende de gentes que niegan la verdad!"

(CORÁN, SURA 27, AN NAML, LAS HORMIGAS, ÁYAT 41-43)

Suleimán, la paz sea con él, altera la apariencia del trono y le pregunta. No le pregunta si ese es su trono, sino si su trono es semejante a ese, así como ese. Suleimán sabe que ningún trono terrestre, ningún soporte material, imagen o sonido pueden ser idénticos a sí mismos, porque es consciente de su naturaleza creada en constante cambio y devenir. Sólo le pregunta si percibe alguna semejanza. La pregunta le ayudará a distinguir si la reina está atada a la apariencia o si es consciente de ella, si está abierta a la Realidad o está prisionera del *shirk*.

La respuesta de la reina es clara y contundente: "*El mismo parece*". No dice que sea su trono sino que parece ser el mismo y no serlo al mismo tiempo. Al afirmar la condición aparente del objeto está situándose ya en el plano de la Realidad, está reconociendo a Allâh detrás de esa apariencia, contemplando la imagen de un efímero poder. El objeto parece exteriormente el mismo pero ha sido alterado por la *himma*, transmutado por la conciencia del jalifa.

Suleimán, la paz sea con él, expresa su contento al comprobar cómo la reina despierta a la Realidad, cómo los mundos reconocen a su Sustentador, a pesar de estar sumidos en la oscuridad de su creencia, fijados a sus órbitas. Suleimán es entonces un *shahîd al islâm*, un testigo privilegiado del sometimiento de toda la creación a lo Real.

La reina puede ver en un instante los velos que la mantienen en la ignorancia y dice, como Ibrahîm, "*la illâha*". Nuestro despertar es una *shahâda*, un testimonio cierto de nuestra sumisión.

Nos sentimos agradecidos a Allâh por el Corán de Muhámmad, por esas criaturas invisibles que nos ayudan a comprender Su mensaje, y por hacernos conocer a los mensajeros, la paz sea con ellos. *Barakalaufiq*.

Allâhumma: ayúdanos a despertar a Ti. A reconocer lo efímero. A someternos a los cambios sin demasiadas resistencias. Haz que nuestros corazones acepten Tu guía. Dános esa *Haqîqa* Tuya que nos libra de toda tiranía. *Amin*.



NOS HALLAMOS ANTE un símbolo mayor del despertar espiritual, ante un *mandala*. Lo que vemos es imaginación, signo y lenguaje. Cuando reconocemos la naturaleza imaginal de nuestras percepciones comenzamos a despertar. La imagen no subsiste por y en sí misma, no tiene un poder sustancial y propio. El trono no mantiene su apariencia y su estabilidad por sí mismo. La creación está siendo creada en cada momento, sin descanso.

Mientras la reina Belquis creía que su trono era estable, que su forma era inalterable, estaba otorgando realidad inherente a sus percepciones y basando en ello su poder, estaba adorando a los astros sin saber qué estaba adorando en realidad. Cuando percibe la relatividad de la imagen, cuando siente el vacío, es súbitamente iluminada. Entonces Suleimán

aprovecha la situación para guiarla en su despertar hasta completar su *shahâda*, como nos dice Allâh en el Corán:

"Más tarde se le dijo: '¡Entra en este patio!', pero al verlo, creyó que era un estanque de agua, y se descubrió las piernas. Dijo él: '¡Es un patio pavimentado de cristal!' Exclamó ella: '¡Oh Sustentador mío! ¡He sido injusta conmigo misma al adorar algo distinto de Ti: pero ahora me he sometido, con Suleimán, al Sustentador de todos los mundos!'"

(CORÁN, SURA 27, AN NAML, LAS HORMIGAS, ÂYA 44)

Belquis ha abandonado una situación aparentemente estable y ha viajado hasta el *maqâm* de Suleimán tratando de desvelar el enigma del jalifa. Cuando cree estar ante un estanque claro se dá cuenta de que su percepción es errónea, de que no ve lo que es en realidad. La capacidad de distinguir entre realidad y apariencia es una de las luces del jalfato.

Reconocemos al Señor del Poder asentado en el trono de Su creación. Nuestros pensamientos y percepciones están siendo creados sin cesar por Quien sustenta todos los mundos. *Lâ ilâha illâ Allâh. Y Allâh, Subhana ua Ta'ala,* establece Su trono sobre el Agua, sobre lo fluido y vital.

La única estabilidad es aquella que acepta y se adecúa al cambio incesante. Aceptar esta dinámica nos lleva a la quietud, a la experiencia de la paz, al *salâm*, a un *islâm* que no se ve afectado por ningún cambio y nos hace vibrar acompañados con toda la creación. Suleimán está con la reina, no contra ella. Su *jihâd* no es para destruirla sino para ilumi-

narla. El jalifa está con la creación, no contra ella. Su esfuerzo no es para conquistar y dominar el mundo sino para reconducirlo hacia su finalidad luminosa. *Masha Allâh.*

El Suleimán de nuestro ser es el que produce la dawa de nuestro jalifato, es la luz de *Al Qadir* la que nos libra de cualquier apariencia y reconduce nuestra creación hacia el sentido, donde nacen los signos y las lenguas. La finalidad del mensaje no es convertirnos a una religión sino hacer-nos despertar a la Realidad.

El trono es un símbolo del *maqâm*, y Suleimán nos ayuda a vivir el hecho de que nuestro destino se sitúa más allá de cualquier estación. Allâh tiene Su trono sobre el agua y el agua es la fuente donde brota nuestra vida, *al hamdulillâh*. Nos encontramos con la Verdad en la confluencia de los dos mares cuyas aguas se juntan sin mezclarse. Más allá sólo hay Esencia, de la que nada puede decirse. *Lâ ilâha illâ Allâh.* Allâh nos dice que trabajemos agradecidos a Él, a Sus dones que fluyen incesantes en nuestro ser. Allâh ha sometido a toda Su creación a la conciencia del jalifa:

"Hacían para él cuanto quería: santuarios, estatuas, pilas grandes como estanques y calderas fijadas al suelo. Y dijimos: '¡Trabajad, Oh pueblo de Daud, en agradecimiento a Mí, y recordad que pocos son los realmente agradecidos aun entre Mis siervos!' Aun así, hasta Suleimán debía morir; pero cuando decretamos su muerte, nada les hizo ver que estaba muerto salvo un insecto que carcomió su báculo. Y cuando cayó al suelo, los seres invisibles sometidos a él vieron claramente que, de haber

conocido la realidad que estaba fuera del alcance de su percepción, no habrían seguido sufriendo el humillante castigo a que estaban sometidos.

(CORÁN, SURA 34, SABA, ÂYAT 13-14)

Nada les hizo ver que Suleimán estaba muerto y siguieron trabajando para él cuando su vínculo con la Guía Divina había desaparecido. Los genios podían seguir construyendo máquinas y objetos, pero su finalidad desaparecería progresivamente. También los genios se confunden, también están velados por la apariencia. Su decreto es servir al jalifa porque todas las energías, visibles o invisibles, sirven a la vida, son las formas propias de la vida. Hasta la criatura más insignificante puede transmitir el mensaje. De nuevo un ser diminuto, un insecto, nos revela lo oculto: el jalifa está muerto, su reinado ha finalizado y los genios pueden descansar.

En este *maqâm* encontramos una reflexión profunda sobre la ciencia, el arte y la tecnología, sobre su naturaleza y finalidad. Quien tiene conocimiento de lo Real lo tiene necesariamente de los vínculos entre las criaturas de una forma precisa y efectiva. Pero considerar esos vínculos como si fuesen el resultado de una ciencia meramente humana y experimental supone una forma profunda de ignorancia, un alejamiento de la Verdad.

Podemos engañar a los genios embalsamando a nuestro jalifa, pero el engaño no subsiste por mucho tiempo, porque también los genios son alcanzados por la Revelación.

Podemos mantenerlos ocupados trabajando para nosotros, pero no produciremos ningún bien si no estamos guiados por un propósito luminoso, si nuestra intención no es pura. Sin la conciencia de *Al Hakim* no podemos ser sabios. Allâh nos ofrece Su jalifato y nos hace conscientes de Él cuando Le respondemos, cuando Le adoramos y reconocemos, cuando trabajamos agradeciéndoLe, sirviendo al propósito de Su creación desvelándola, ayudando a las criaturas a despertar. *Al hamdulillâh.*

Allâhumma: ¡Hemos sido injustos con nosotros mismos al adorar algo distinto de Ti: pero ahora nos hemos sometido, con Suleimán, al Sustentador de todos los mundos! Ayúdanos a producir lo bueno en nosotros y en esos mundos. Haz que nuestras vidas sean un testimonio de la Realidad, una *shahâda al Haqq*. Que nuestro jalifato termine con nosotros y que no quede más que Tu Recuerdo. Que los genios que nos acompañan despierten a lo Real y sólo así nos sirvan. *Amin.*

Jutba 25

DURANTE VARIAS JORNADAS hemos ido acercándonos a la Revelación en su dimensión más profunda, tratando de despertar a esa realidad luminosa que Allâh promete a quienes viven tratando de someterse a Él, a lo Real. Nos vamos dando cuenta de que el Corán es un signo de signos, lleno de sentido, una señal que puede provocar el despertar de nuestro cuerpo luminoso, de esos centros sutiles o *lataif* que descubrimos en nuestro interior. Y que cada profeta nos trae una revelación de Allâh que tiene que ver con esas *lataif* que han de despertar para que lleguemos a existir como hombres y mujeres de luz, como seres humanos conscientes de Allâh y sometidos a lo Real.

Nos detuvimos en el *maqâm* de Ibrahîm, profundizando en su significado espiritual, en ese sentido que puede iluminarnos, otorgarnos una dignidad real, la *amâna* de

Allâh que nos permite el conocimiento de Sus Nombres y de los nombres de las cosas. Hemos visto la forma en que nos hacemos capaces de Allâh, la forma del *hanif*. Una vez que somos conscientes de la luz, toda vez que nos hemos purificado, entramos en contacto con una Revelación que es como un nacimiento espiritual a la Realidad.

Lo que está naciendo en nosotros es, en primer lugar, la conciencia de Allâh, y esta conciencia nos hace producir una palabra creadora de realidad. Es el alumbramiento del sentido, su brote luminoso en nosotros. Aquella presencia que sentíamos como misteriosa y desconocida nos resulta ahora tan familiar y, al mismo tiempo, tan misteriosa como la Realidad.

Reconocemos la grandeza del mundo, la vastedad de la creación. Nuestro corazón está vivo y late ahora en el tiempo de los prodigios, en un espacio donde lo Real se conforma de una manera indescriptible: es el *maqâm* donde sopla el *Rûh al Quddûs*, el espíritu de santidad.

Tras la expresión emocionada de Ibrahim nos llega la palabra inspirada de Isa, la paz sea con ellos. Entre los latidos del corazón iluminado la energía divina nos recorre en forma de *prana*, de aire vital, de soplo vivificante. Allâh nos dice en el Corán, en el sura *al Bâqara*:

“... Y dimos a Isa Ibn Mariam las pruebas evidentes de la verdad y le fortalecimos con la sagrada inspiración.”

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, ÂYA 87)

Allâh nos dice que Isa, la paz sea con él, fue un profeta inspirado por Él. Su *maqâm* es habitado por el Espíritu Santo, por el *Rûh*, esa energía sutil y poderosa al mismo tiempo, capaz de obrar prodigios, de romper el sueño de la razón. Él es el *Rûh al Quddûs*, el espíritu de santidad, la teofanía que Isa nos transmite y despierta.

La Revelación de Isa tiene como tema central el nacimiento del Verbo, del *Logos*, de la Palabra, pero ha sido necesaria una profunda gestación en el corazón sutil antes de que el sentido se articule en nuestra garganta. Ese alumbramiento tiene lugar allí donde se produce la forma a la vez mental y sonora de nuestro mundo, la vibración de nuestra lengua en el habla. Por eso, la palabra que exhala el profeta Isa, la paz sea con él, no es tan sólo el discurso de la elo- cuencia, sino el mismo verbo creador, capaz de conformar el mundo y la visión humana, capaz de articular los Nombres de Allâh en el mundo visible, y recordarLe.

Esta palabra nos prepara, a su vez, para el encuentro con la visión que nos procurará Muhámmad, la paz sea con él, al término de nuestro recorrido por las *mâqâmat* de los mensajeros y de sus allegados. El Isa de nuestro ser, nuestro Isa de luz, es el que anuncia los nombres de todos los menajeros hasta Muhámmad, y él mismo es anuncia- do por Yahia, la paz sea con todos ellos. Despertar el Isa de nuestro ser es acceder al lenguaje creador, al que brota del corazón inspirado.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos revela el trayecto espiritual que media entre el *maqâm* de Ibrahîm y el *maqâm* de Isa. Según nos dice en el Corán, en el sura de la Casa de Imrám,

la madre de Mariam concibió a ésta para dedicarla a Su servicio. Su tutela fue confiada a Zacariya, la paz sea con ellos, que era pariente suyo. Éste la visitaba en el santuario y siempre encontraba junto a ella alimentos y provisiones. Cuando le preguntaba sobre el asunto ella respondía: 'Viene de Allâh, ciertamente, Él provee sin medida a quien Él quiere.'

Vemos así que Allâh sitúa a Mariam en el mismo *maqâm* que a Hayyar, la paz sea con ellas. Ambas están en el lugar de la adoración y reciben la provisión directamente de Allâh, *Ar Razzaq*, tienen conciencia Suya y su estado es de sometimiento voluntario y gozoso a la Realidad.

Y, sorprendentemente, también Allâh nos muestra a Zacariya en el propio *maqâm* de Ibrahim, la paz sea con ellos, cuando pide a Allâh descendencia de manera idéntica a como lo hiciera el *jalil ullâh*, de pie, sabiendo que Allâh le oye y le responde. Y recibe la misma respuesta que el *hanif*, la presencia divina y la promesa de una dilatada descendencia. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en este mismo sura:

"En ese mismo lugar, Zacariya hizo un du'a a Allâh diciendo: 'Oh Sustentador mío! Otórgame también a mí, de Tu gracia, el regalo de una descendencia buena; pues, ciertamente, Tú escuchas todas las plegarias'. En eso, cuando rezaba de pie en el santuario, le llamaron los ángeles: 'Allâh te anuncia la buena nueva del nacimiento de Yahia, que confirmará la verdad de una palabra procedente de Allâh, y será excepcional entre los hombres, abstinente y un profeta de entre los justos.'

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÂYAT 38-39)

Y también, como ya hiciera Sarai, Zacariya, la paz sea con ambos, pregunta alumbrado al ángel:

"Zacariya exclamó: '¡Oh Sustentador mío! ¿Cómo podré tener un hijo siendo ya anciano y mi mujer estéril?' Respondió el ángel: 'Así ha de ser: Allâh hace lo que quiere.'

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÁYA 40)

El ángel le responde lo mismo que a Sarai, mostrándose como decreto de Allâh, como *Qadr*, como pronunciamiento del *kun fayakun*. Dice Allâh en el Corán:

"Zacariya suplicó: '¡Oh Sustentador mío! ¡Dame un signo!' Dijo el ángel: 'Tu signo será que no hablarás a la gente durante tres días sino por señas. Y recuerda mucho a tu Sustentador y ensalza Su infinita gloria de noche y de día.'

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÁYA 41)

El signo de Allâh a Zacariya es la reflexión sobre la descendencia profética que va a concebir por una orden Suya. La condición es el silencio, de donde ha de surgir el Verbo, la matriz donde se gestará la palabra iluminadora. No hay oscuridad sino silencio. El espíritu lo inunda todo, la luz se derrama, la creación tiene lugar en el tiempo de Allâh, pero lo hace en silencio, los nombres viven en la meditación, no han sido aún pronunciados, son Nombres sin interpretación, vivos como pura contemplación de la esencia.

Zacariya va a concebir a Yahia, al profeta '*que confirmará la verdad de una palabra procedente de Allâh*', que anunciará la verdad contenida en una Revelación que nos transmite el profeta Isa, la paz sea con ellos. Zacariya queda absolutamente en silencio y Allâh nos dice:

"Y, he aquí, que los ángeles dijeron: '¡Oh Mariam! Ciertamente, Allâh te ha escogido y te ha purificado, y te ha exaltado sobre todas las mujeres de la creación. ¡Oh Mariam! Conságrate por entero a tu Sustentador y póstrate en adoración, e inclínate con los que se inclinan ante Él.'

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÂYA 42)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, se manifiesta así a Mariam, elevándola en el rango de las mujeres porque va a concebir Su expresión, Su palabra. Esa palabra va a hacer posible, más adelante, el advenimiento de Muhámmad y la Revelación que cierra el círculo de los profetas, la recitación coránica.

En el âya siguiente, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, le explica a Muhámmad, que entonces está recibiendo el Corán, la naturaleza de la revelación de Isa, la paz sea con ellos:

"Esto forma parte de unos acontecimientos que estaban fuera del alcance de tu percepción y que ahora te revelamos: tú no estabas con ellos cuando echaron suertes para ver quien sería el tutor de Mariam, y no estabas con ellos cuando discutieron entre sí acerca de ello."

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÂYA 44)

Allâh le está diciendo al profeta que la Revelación pone a su alcance unos hechos que ocurrieron en otro tiempo y lugar. Y así el profeta, la paz sea con él, pone a nuestro alcance una Revelación que nos permite atravesar nuestra historia personal y acceder al recuerdo de los Nombres de Allâh. La Revelación de Isa nos sitúa en el tiempo de Allâh, en un tiempo pleno de sentido y significado.

Por eso también nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, que la Revelación es un mizal, un signo. La palabra divina nos permite acceder al recuerdo de la Realidad, nos ilumina porque procede directamente de Allâh y nos hace ser conscientes de ello. Tú no has visto jamás lo que ahora se te revela. La Realidad es inédita y sólo reconoces aquello que persiste en tus tímpanos y en tu retina, los ecos, los reflejos, pero a medida que vas haciéndote capaz de Allâh, tu conciencia se ensancha y puedes recorrer todos los universos.

"He ahí, que los ángeles dijeron: 'Oh Mariam! En verdad, Allâh te anuncia la buena nueva, mediante una palabra procedente de Él, de un hijo que será conocido como Isa al Masih Ibn Mariam, el Ungido, hijo de Mariam; de gran eminencia en este mundo y en la Otra Vida, y será de los allegados a Allâh. Y hablará a la gente desde la cuna y de adulto, y será de los justos."

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÂYA 45)

La buena nueva, la Revelación, es en este caso una palabra procedente de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, una vibración creadora que surge en la garganta y se transmite en el habla.

Allâh nos dice que el profeta será conocido como Isa al Masih Ibn Mariam. *Al Masih*, el Ungido, hace referencia a su linaje real y profético al mismo tiempo. Su preeminencia tiene lugar tanto en la *duniâ* como en la *âjira*. Los profetas que reinaron entre los *banu Israel* eran ungidos con aceite al ser reconocidos por la *ummah* de su tiempo. Isa, la paz sea con él, descendía por línea paterna de Daud, y por parte de su madre Mariam, de Harún, la paz sea con todos ellos.

Une en su genealogía el *mulk* y el *malakût*, como un *barzaj* que sólo es posible mediante la palabra purificada. Isa nos habla desde la cuna porque su Revelación es el verbo creador y éste no es el discurso de un ser humano con una biografía y con una historia, sino el *Logos*, la palabra del ser humano universal. De la misma manera que el habla no es sólo la vibración de la garganta, sino que necesita del aliento, del *prana* y del sentido para poder articularse, así el Isa de nuestro ser no es sólo la capacidad de comprender y difundir la lengua sino la posibilidad de transmitir la Revelación, el sentido.

La adoración humana necesita de la palabra porque así dispuso Allâh la naturaleza de Ádam, capaz de reflejar en su interior las luces y los sonidos del mundo, las pulsiones del universo en Su Recuerdo. Por esa capacidad para nombrar el mundo y reflejar así la creación, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice en el Corán que, para Él, la naturaleza de Isa es como la naturaleza de Ádam, la paz sea con ellos.

Allâhumma: Haz que nuestra palabra Te recuerde. Que transmita la mejor de las vibraciones, el mejor de los sentidos. Que nuestras acciones reflejen el espíritu de santidad e iluminen los corazones. *Amin*.



ADORAMOS A ALLÂH con el corazón y con la lengua cuando éstos no se contradicen. El *maqâm* de Isa es inundado por el Espíritu, el *Rûh*, por la inspiración arrebatadora. El despertar del Isa de nuestro ser es el surgimiento de una palabra iluminadora, la expresión real y palpable de nuestro sometimiento consciente a la Realidad. Sigue diciéndonos Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"Dijo: '¡Oh Sustentador mío! ¿Cómo podré tener un hijo, si ningún hombre me ha tocado?' Respondió el ángel: 'Así ha de ser: Allâh crea lo que Él quiere: cuando dispone un asunto, le dice tan sólo: 'Sé' y es. Y Él enseñará a tu hijo la revelación y la sabiduría, la Torah y el Inyîl y le hará un enviado a los banu Israil.'

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÂYAT 47-49)

Un mismo asombro ante la presencia y una misma respuesta de Allâh, Quien responde a Mariam de igual manera que a Sarai y a Zacariya, mostrándole Su infinito poder, Su capacidad para provocar cualquier circunstancia, cualquier acontecimiento: *¡Kun fayakun!* ¡Sé, y es! La conciencia que se ha hecho capaz de Allâh recibe el primer destello de Su luz. Es la luna nueva, el *jilal* que aparece como la inmaculada concepción del *Logos*, del Verbo divino.

Cuando Allâh se manifiesta a los mensajeros a través de Su Ángel, es como si el espejo reflejase Su luz y el

nuestro espacio interior de aquéllos, la paz sea con todos, albergase los ecos de Su vibración, como si fuésen en ese momentos capaces de la Realidad, como si fuesen reales porque Allâh quiere que lo sean.

Si recordamos las imágenes cristianas de la Inmaculada Concepción de María vemos que ésta es representada como una virgen vestida de azul y blanco que pisa una serpiente y una media luna, un *jilal*. El paganismo romano invirtió así el significado de la Inmaculada Concepción, alegorizando un signo mayor. Mariam no es la pureza aplastando al mal y a la tiniebla, representados como un monstruo y una media luna. Mariam es, en ese momento, el propio *jilal*, el primer reflejo de la luz creadora, porque Mariam está concibiendo la palabra iluminadora ya desde el mismo momento de su anunciación.

Mariam, la paz sea con ella, está concibiendo a un profeta cuya Revelación se hace preceder ya desde su anuncio, desde Yahia, de la misma manera que Allâh nos dice que Isa, la paz sea con él, nos habla desde su cuna, desde su nacimiento. Esa es su misión, hacernos oír la palabra del ser iluminado, del que es agraciado con la presencia, animado con el Espíritu. Isa rompe la linealidad y la lógica. Acaba con la historia horizontal porque desde su *maqâm* se divisa ya el *qutb*, el polo celeste sobre el que giran la Revelación y la profecía, nuestro amado Muhámmad, la paz sea con él.

Allâh nos dice también que enseñará a Isa la Revelación y la Sabiduría, la *Torah* y el *Injîl*. Revelación y Sabiduría aparecen aquí como una secuencia normal en la vía del sometimiento a la Realidad, en el camino de los pro-

fetas y allegados. La *Torah* es Revelación y el *Injil* es, además, Sabiduría. El corazón y la garganta no se contradicen sino que son recorridos por una misma recitación en la palabra de Isa, la paz sea con él.

Isa no viene a contradecir la *'ibada* del *hanif* Ibrahîm ni la *Shariah* del temeroso Musa, la paz sea con ellos, sino que viene a realizarlas juntas, al unísono. Isa es, sobre todo, el *barzaj*, el milagro creacional que sólo se sostiene en el Amor. El verbo creador son las bellas palabras del amante de Allâh, del amado de Allâh, de los enamorados sinceros y deseosos de unión. Isa es palabra unitiva, vibración de *tauhid*.

Allâhumma: purifica nuestras intenciones para que así nuestra palabra resuene cristalina y sirva al propósito de Tu creación, que no es otro que el de adorarTe como si Te estuviésemos viendo. *Amin*.

Jutba 26

HEMOS LLEGADO, gracias a la *amâna* de Allâh, hasta el *ma-qâm* de Isa, la paz sea con él. Aquí nos encontramos con la palabra que surge de un corazón purificado, con un ser humano realizado en Allâh. Pero muchos de nosotros, que somos conversos, hemos conocido de cerca el catolicismo romano y nos llamábamos a nosotros mismos cristianos. Más tarde, de una forma u otra, abandonamos esa comunidad espiritual e iniciamos una andadura por otras tradiciones, en busca de un sentido más pleno para nuestras vidas.

¿Qué fue lo que nos movió a romper con aquella forma de vida que era la única que entonces conocíamos? Posiblemente la falta de contenidos actuales, una honda necesidad de encontrar respuestas. Esto nos sucedió, entre otras cosas, porque el mensaje de Isa, la paz sea con él, el *Injîl*, había sido tergiversado y relegado casi desde el

momento de su revelación. La palabra creadora es demasiado peligrosa para aquellos que viven en las sombras, tratando de ocultar la Verdad, para los que viven engañándose a sí mismos y a sus semejantes mediante las palabras, las cifras, los conceptos.

El Evangelio, el *Injil*, es incompatible con el discurso amañado del poder, porque es una palabra que vuela, libre como un pájaro, sólo sujeta por los latidos de un corazón amante e inspirado. Por esta razón el mensaje de Isa fue inmediatamente neutralizado, reconducido al mundo de los mitos y de los misterios, que es el que conviene a los poderes que tratan de oscurecer el alma, de manipular al ser humano e impedirle una existencia verdadera.

Una palabra libre de los miedos y de los deseos del mundo es una palabra iluminadora, liberadora, realizante. Cuando Isa, la paz sea con él, se marchó de este mundo, el *Injil* estaba en los corazones y en las gargantas de quienes lo habían oído, pero fue desapareciendo de sus lenguas a medida que los corazones olvidaron, porque esa palabra no podía ser fijada en ningún texto, en ninguna mente, porque no se trataba de adjetivos, nombres y verbos, no era una estructura gramatical sino que era el discurso del sentido, la palabra oportuna y única, la expresión vibrante de la Realidad en la Realidad, esa que nace y sólo puede vivir en la memoria del corazón.

La palabra de Isa, la paz sea con él, es el discurso del Amor. Por eso, a pesar de todos los intentos de acallar el *Injil* entre los velos de la liturgia y de los sacramentos, muchos de nosotros aún pudimos percibir los ecos de aquella

Voz reveladora, pudimos aún sentir la *báraka* del profeta y enviado derramándose entre sus compañeros, su claridad mientras hablaba a las multitudes, su capacidad para rasgar los velos y revelarnos una conciencia más allá de las visiones, de las supersticiones y de las creencias. Ni siquiera el paganismo romano, tras siglos de interpretaciones y añadidos, ha podido ocultar el tema central del *Injîl*: el poder de la palabra pura como la más alta expresión humana de la compasión y del amor.

Y ahora, como musulmanes, a la luz de una Revelación no contaminada, de una Recitación que nos llega fresca y sugerente, renovamos nuestro vínculo con el profeta Isa y nos sumergimos en el *Injîl*. En el Sura de la Casa de Imráن, Allâh nos regala un fragmento completo del *Injîl* en el que Isa, la paz sea con él, dice lo siguiente:

"Os traigo un mensaje de vuestro Sustentador. Os modelaré con barro la forma de vuestro destino y luego soplaré en ella, para que se convierta así en vuestro destino con la venia de Allâh; y sanaré al ciego y al leproso, y resucitaré a los muertos con la venia de Allâh: y os informaré de lo que podéis comer y de lo que debéis almacenar en vuestras casas. En todo esto hay, ciertamente, un mensaje para vosotros, si sois realmente creyentes."

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÂYA 49)

El mensaje de Isa es la santidad. Isa es, ante todo, un santo realizado, un *bodhisatva*, un taumaturgo cuya conciencia está libre de los velos y que, por eso mismo, tiene la

capacidad de contradecir las leyes de lo aparente. Isa nos está diciendo que la libertad es un velo, que la muerte es un velo, que la enfermedad es otro velo, que el cuerpo y el mundo son otros tantos velos.

El *Injīl* nos revela que hay una vida más allá de las apariencias, una existencia real que forma el mundo, un espíritu que nutre cualquier forma, que sopla donde y como quiere, *al hamdulillāh*. El *Injīl* nos procura la *amāna* del *Rūh* porque Isa es *jalifa rūh Allāh* y su *maqām* es el *āman* espiritual, la paz imperturbable, el *fanā* donde reina la calma y desaparecen todo temor y todo anhelo.

El conocimiento de nosotros mismos es, ante todo, un conocimiento de nuestro decreto, de nuestra horma original, de nuestro molde de barro, y por eso mismo nos dice Allāh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán que la naturaleza de Isa es como la naturaleza de Ādam, porque ambos nos muestran el molde, la tierra, el cuerpo que alberga la conciencia que somos.

El molde que nos muestra Isa está hecho de la misma arcilla que Ādam, pero esta tierra que somos ha sido ya purificada por dos veces, por el agua de la revelación de Nuh con la que Allāh la amasa y por el fuego que no quema del *maqām* de Ibrahim que la templía como en un horno.

La primera purificación está expresada en la ablución que llevan a cabo Isa y su primo Yahia en aguas del Jordán, y que el paganismo romano convirtió en un sacramento mediante la liturgia del bautismo. El catolicismo ha interpretado en clave pagana el mensaje de Isa. El *gusl*, la ablución mayor que expresa el estado de pureza ritual que ha de tener cualquier ser humano que disfrute del *āman* de su

Señor, fue convertido por los romanos en una maniobra de poder para culpabilizar al ser humano, mediante el dogma del pecado original, y poder así justificar su rescate, una redención que no es sino rendición a la idolatría, al *shirk*, servidumbre hacia aquello que no nos hace vivir sino que nos aleja de nuestra naturaleza original, de nuestra *fitrah*.

Por eso nos resulta especialmente reveladora la palabra que utiliza Allâh para describir la manera en que Isa nos muestra nuestra *fitrah*, rememorando a Âdam, la forma en que el *Injîl* nos hace conocernos a nosotros mismos, tal y como somos creados por Allâh. Se trata de la palabra *tâir*, que significa al mismo tiempo pájaro y destino.

El *Injîl*, recordándonos que somos hechos de tierra, nos devuelve la conciencia de nuestro Âdam, de nuestra *fitrah*, bajo la forma de un pájaro de barro, de una imagen congelada y quieta, de una caligrafía que es súbitamente despertada. El aliento del *Rûh al Quddûs* la hace volar como un pájaro, aletear, dar vueltas, cantar y vivir, transmitir sin cesar significados. Así fue creado Âdam, la paz sea con él, y así estamos siendo creados nosotros en este momento.

Allâh le enseñó a Âdam Sus Nombres y, más tarde, los nombres de las cosas. Pero los nombres de las cosas velaron a los Nombres de Allâh en la conciencia de Âdam. Isa viene a devolvernos el conocimiento de los Nombres de Allâh que había olvidado Âdam. Isa ayuda al Âdam de nuestro ser a recobrar la memoria de Sus Nombres, a conocer el sentido real de nuestras palabras, aquello que las letras ocultan.

Nuestro destino es ser como Âdam, nuestro decreto es un pájaro de barro que nace a la conciencia, que vuela a pesar de

ser arcilla, porque Allâh quiere. El aliento de la compasión lo nutre todo. El *Nafs Rahmâni* nos hace libres y la palabra pura es el vuelo de la criatura distinguida, el *taîr* del jalifa.

Isa nos procura la *amâna* del *Rûh Al Quddús* y su *maqâm* es el *fanâ fillâh*, el *satori* donde hallamos el *âman*, la calma interior, la seguridad total y la ausencia de temor. La restricción es el barro, la letra inanimada, la *jaula uallah quata illah billâh*. Isa la levanta con el aliento, con el *prana*, hace circular la energía a través de nosotros, hace que ascienda la luz por nuestras gargantas en forma de sentido, como una conciencia que se hubiera templado en el corazón y ahora nos hablara, tratando de retirar el último velo, de alcanzar el último *maqâm*, el de Muhámmad, la perla escondida en la Recitación, en el jardín de los profetas y de los *salîhin*.

Semnânî denomina al centro sutil que alberga este *maqâm* como *latifa jafîya*, homologable al término latino *arcانum*. A través de él se canaliza la energía espiritual, el *rûh*, la inspiración divina, que nos abre a la comprensión de todos los nombres y *maqâmât*.

Nuestro decreto no es una forma fija sino que vuela como un pájaro, cobrando vida cuando bate sus alas, a medida que laten nuestros corazones. Nuestro destino pende del aliento de nuestro *Rabb*, que exhala dentro de nosotros. Isa nos hace ser conscientes de nuestro destino y nos dice que el decreto está vivo, que está realizándose, porque la creación es cambio y movimiento, y porque lo que Allâh decreta en nuestra creación es la vida, la existencia, la posibilidad de conocerLe.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, hizo a Âdam olvidar Sus nombres para que nosotros pudiésemos recordarLe y llegar así a la existencia. Nuestro decreto no es un pájaro de barro sino la peregrinación incesante, la ilusión de la vida como distinta de la muerte y, más allá, la vida de la conciencia.

Isa curará a los enfermos y resucitará a los muertos porque es un ser realizado, alguien que ha conseguido desenmascarar a su propio *nafs*, a su propio aliento, y ha llegado a vivirlo como lo que es, el *Nafs Rahmâni*, el aliento del Compasivo. Es en este mismo *maqâm* de Isa donde Mansur Al Hallaj dijo: '*Ana'l Haqq*', *Yo soy la Verdad*; mientras su yo se extinguía en la Realidad.

Al Hallaj, al igual que Isa, trascendiendo la *Shariah*, desvela el secreto porque él mismo no es sino *tayali*, manifestación, teofanía. Al Hallaj se somete voluntariamente a la muerte porque la ha desenmascarado: ha percibido su vacuidad porque ha visto el vacío de su propia existencia. La palabra ha revelado a lo Real y al hacerlo ha conseguido rasgar el velo. La palabra de Isa es un *tayali*, una teofanía, porque es Allâh mismo Quien habla por su boca.

Isa, la paz sea con él, viene a devolver el espíritu a la palabra muerta y para ello tiene que destruir el ídolo de la letra, los nombres de las cosas que tratan de fijar y velar nuestro decreto. Por eso mismo Isa contraviene las leyes del mundo, porque no son del mundo, sino de Allâh. Y es Él Quien nos da la vida y nos da la muerte. Él es *Al Baith*. Es Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, Quien nos está resucitando de la muerte, revelándonos con el *Injîl* el conocimiento de nuestra naturaleza verdadera, la conciencia de ser como la tierra.

En el *Injil* contenido en el Corán, en el mismo Sura de la Casa de Imrán, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos habla de la verdad que aún quedaba en la *Torah*, a través del discurso de Isa:

"Y he venido a confirmar la verdad de lo que aún queda de la Torah y a haceros lícitas algunas de las cosas que antes os estaban prohibidas. Y he venido a traeros un mensaje de vuestro Sustentador; sed, pues, conscientes de Allâh y obedecedme."

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÁYA 50)

Isa, la paz sea con él, está diciéndonos que la Revelación no está en los libros, que éstos no son más sagrados que el verbo divino que tratan de contener. Isa advierte que su palabra puede confirmar la verdad que aún pervive entre las letras.

El texto de la *Torah*, en tiempos de Isa, aún contenía algo de la revelación de Musa, pero según parece, muy poco, de la misma manera que en el evangelio romano puede quedar algo del *Injil*. Pero necesitamos del Corán, de la recitación viva de Muhámmad, la paz sea con él, para rastrear qué es lo que ha quedado de verdad en una y en otro.

Allâh nos revela el sentido de Su palabra y lo hace como *Rabb*, como Señor y Sustentador, cuando nos enfrenta a las palabras de Isa, *aleihu salem*: *Vengo a acabar con una restricción, a levantar una prohibición, en nombre del Único que puede hacerlo, del Señor que nos sostiene. Vengo a liberaros.* Esta misión liberadora es explicada detalladamente en el Corán, a lo largo de todo el Sura de la Casa de Imrám.

En principio, a los *banu* Âdam les estaba permitido todo alimento. En tiempos de Ibrahîm aún no existía un cuerpo doctrinal de prohibiciones alimentarias. Es con la *Torah*, con la revelación de Musa, cuando Allâh impone una dura *Shariah* reconductora a los *banu* Israil por haber violado su pacto, por haber matado a los profetas y enviados y por alardear de ello con arrogancia.

Isa viene a levantar la restricción porque ésta ya no tiene sentido en una comunidad de seres sometidos a Allâh, porque Isa viene a realizar a Allâh en este mundo, a ser la más veraz de Sus expresiones y a devolver la *fitrah* a los seres humanos. Pero va a encontrarse de frente con quienes no han comprendido el sentido de la restricción y han hecho de la letra una forma de vida, con los fariseos, con los hipócritas.

Isa, como todos los profetas anteriores, cuando se refiere a Allâh le llama con el nombre *Rabb*, el Señor y Sustentador, porque todos ellos y los *salihin* viven en un estado de conciencia en el que sólo existe Allâh y, por lo tanto, cualquier criatura, cualquier manifestación no es para ellos sino un aliento de Su Misericordia.

Allâh es el Sustentador, el Señor que nos concede Su *âman* protector. Sin Su aliento nada nos sería posible, nada podría ser dicho ni vivido por nosotros. Isa sólo ve a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*. No puede ver otra realidad. Por eso el mundo no tiene secretos ni poder sobre él. Quien está viendo a través de los velos no es alcanzado por ellos. No podemos ver al mismo tiempo el velo y lo que oculta. Atravesando el velo, Isa contempla la Realidad y el velo se deshace porque nunca ha sido más que un signo, un nombre, una forma, un sura, un *mizal*.

Isa trae un mensaje de Allâh. Él es, como Muhámmad, además de profeta, mensajero, *rasúllullâh*. Nos muestra la inutilidad de la letra muerta y nos prepara para la revelación definitiva, que tendrá la forma de una Recitación, de un Corán, una Revelación que no podrá ser ya manipulada porque ha conseguido por fin arraigarse en nuestra conciencia y florecer. Finalmente, Isa, la paz sea con él, nos llama a la conciencia de Allâh, a la *taqua*, y al *áman* que todo profeta disfruta en su soledad acompañada.

Allâhumma: Háznos conscientes de nuestro decreto. Háznos capaces de vivir sin que los velos nos detengan y morir conscientes de Tí. Que seamos conscientes, en el momento de nuestra muerte, de que rasgamos el velo definitivo que nos mantiene separados. Háznos ser conscientes, en ese momento, de que nuestro aliento es el Tuyo. Que muramos disfrutando de Tu *áman*. *Amin*.



NECESITAMOS A LOS PROFETAS y a los *salihin* porque ellos mantienen viva la conciencia de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, porque nos enseñan la vía de la trascendencia y nos muestran que es posible vivir en el sentido, recobrar la conciencia y habitar la Realidad, vibrar al unísono con ella. Ellos guardan el elixir que nos resucita de la ignorancia, el talismán que nos libra de las oscuridades en este mundo de la generación, de la corrupción y de la muerte.

Isa, la paz sea con él, vino a levantar una prohibición, pero se encontró con la misma respuesta que los profetas

JUTBAS DE DAR AS SALÂM

anteriores a él. Los *banu Israil* no sólo no le reconocieron sino que lo calumniaron y combatieron. Así pues, la liberación que proponía Isa no alcanzó a los fariseos, y los *banu Israil* continuaron sufriendo la restricción, tal y como Allâh nos aclara en el Sura *An Nisâ*:

“...por la enorme calumnia que profieren contra Mariam, y por alardear diciendo ‘Ciertamente hemos matado a Al Masih Ibn Mariam, que decía ser el enviado de Allâh.’”

(CORÁN, SURA 4, AN NISÂ, LAS MUJERES, ÂYA 156)

Pero Allâh, *Subhana ua Ta’ala*, inmediatamente nos aclara:

“Sin embargo, ni le mataron ni le crucificaron sino que les pareció que había ocurrido así. Y, en verdad, quienes discrepan acerca de esto, están ciertamente confusos, carecen de verdadero conocimiento y siguen meras conjeturas. Pues, con toda certeza, no le mataron, sino que Allâh lo exaltó hacia Sí. Allâh es en verdad Poderoso y Sabio.”

(CORÁN, SURA 4, AN NISÂ, LAS MUJERES, ÂYAT 157-159)

Allâh nos dice que, con toda certeza, no le mataron, sino que a ellos ‘les pareció que había ocurrido así’ Isa, como expresión del profeta y del santo, como *walî ullâh*, está más allá de la apariencia, más allá de la muerte. Ha desvelado el arcano y, por esta razón, en su *maqâm* se curan los enfermos y resucitan los muertos. Los que creyeron que Isa había muerto no habían entendido su mensaje. Allâh nos dice que quienes dis-

crepan sobre la muerte de Isa carecen de verdadero conocimiento. Sólo pueden discrepar sobre este asunto quienes no han conocido el *Injīl*. Sin embargo, aquellos que tienen un verdadero conocimiento del *Injīl*, de la Revelación de Isa contenida en la Recitación, saben que Isa está vivo con Allāh y que Allāh puede despertarlo en nosotros si Él quiere. Es precisamente el Isa de nuestro ser, nuestro Isa de luz, el que nos enseña a atravesar la muerte, el que nos permite así alcanzar la última estación de nuestro viaje, el último *maqām*.

Allāh, *Subhana ua Ta'ala*, nos precisa que entre estas gentes que carecen de un conocimiento real sobre Isa se hallan judíos y cristianos, y así continúa diciéndonos en el Corán:

"Sin embargo, ninguno de los seguidores de anteriores revelaciones dejará de comprender, en el momento de su muerte, la verdad acerca de Isa, y el Día de la Resurrección, él dará testimonio de la verdad en contra de ellos."

(CORÁN, SURA 4, AN NISÁ, LAS MUJERES, ÁYA 159)

En el momento de la muerte viviremos, *masha Allāh*, por un instante, en el *maqām* de Isa y disfrutaremos entonces del *áman* espiritual: los judíos morirán sabiendo que Isa fue en realidad profeta y *rasūllulāh*, y los cristianos se darán cuenta de que Isa no es el hijo de Allāh sino Su Espíritu Santo, el *Rūh Al Quddús*, rompiéndose en ellos la trinidad que hasta ese momento los velaba. Y esto es así, porque en el *áman* de Allāh no existen los misterios. Nada hay ya que desvelar porque es Luz sobre Luz. ¿Dónde podrán, entonces, anidar las sombras?

JUTBAS DE DAR AS SALÂM

Allâhumma: Concédenos una palabra verdadera que nos guarde de la insinceridad, que nos proteja del falso conocimiento. Concédenos Tu *áman* y háznos ser transmisores de la vida espiritual, de la vida de la Realidad, de la conciencia. *Amin.*

Jutba 27

A LO LARGO DE NUESTRO recorrido por el *maqâm* de Isa, la paz sea con él, vamos comprendiendo qué es la Revelación y cómo llega hasta nosotros a través de los profetas y de los mensajeros, la paz sea con todos ellos. Ya hemos visto cómo el Corán nos habla del *Injîl* y nos dice que la alteración de la palabra revelada y de sus significados ha sido una práctica bastante común a lo largo de todo el ciclo de la Revelación.

El Corán nos devuelve el *Injîl* y nos ayuda así a recuperar el sentido de la Revelación y nos hace capaces de ella. El *Injîl* está anunciando el Corán, como Isa anuncia a Muhammád, la paz sea con ellos. La Recitación, el Corán, es la suma y síntesis de todas las expresiones anteriores de la Revelación. Por esta razón en muchos pasajes coránicos Allâh nos habla de la suerte que corrieron los pueblos antiguos, sus profetas y sus formas de vida. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos narra

cómo las comunidades recibían la Revelación a través de Sus enviados y cómo aquéllas se mantenían en la vía mientras éstos las animaban con su presencia, con su ejemplo. Cada cierto tiempo, Allâh envía a sus mensajeros a la tierra con el fin de reconducir a la conciencia humana hacia su meta luminosa. Por eso la experiencia del *Injîl*, como de todas las etapas de la Revelación, implica un *ta'wil*, una reconducción de la letra hacia su sentido, una hermenéutica.

Muchas veces la alteración de la Revelación no consiste en un cambio de las palabras sino de su significado. Esto podemos advertirlo en las distintas interpretaciones que hoy nos encontramos de ciertas aleyas del Corán. Suele ocurrir que los más literalistas, aquellos que defienden el fetiche de las letras con sus propias vidas, son los más proclives a una interpretación fija, inamovible, y son los que acaban constituyendo las doctrinas en torno a la palabra revelada.

En el Corán, Allâh, *Subhana ua Ta'alâ*, nos previene contra la manipulación que algunos hacen de la Revelación, no cambiando las letras sino su sentido a través del habla, a través de sus lenguas. En el Sura de la Casa de Imrán nos dice:

"Y, ciertamente, hay algunos entre ellos que distorsionan la Escritura con sus lenguas, para haceros pensar que lo que dicen procede de la Escritura, cuando no procede de la Escritura; y que dicen: 'Esto procede de Allâh'; cuando no procede de Allâh. Dicen así una mentira acerca de Allâh a sabiendas."

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, ÁYA 78)

Más adelante, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, se refiere a la manipulación del *Injîl*, del mensaje de Isa, en estos términos:

"Es inconcebible que un ser humano a quien Allâh ha dado la revelación, un criterio justo y la Profecía, diga luego a la gente: 'Adoradme a mí en vez de a Allâh'; sino más bien les exhortó: 'Hacéos hombres de Allâh divulgando el conocimiento de la escritura divina y profundizando en su estudio'. Y tampoco os ordenó que tomarais por señores vuestros a los ángeles y a los profetas: pues ¿cómo iba a ordenaros que negarais la verdad después de haberos sometido a Allâh?"

(CORÁN, SURA 3, LA CASA DE IMRÁN, AYA 79)

Allâh nos señala la contradicción implícita en la experiencia de muchos cristianos, los cuales se debaten entre lo que les ha quedado del *Injîl* y las formas tradicionales de la idolatría, entre la profecía y el paganismo. Isa no pudo haber dicho ciertas cosas que le son atribuidas en los evangelios romanos. En cambio, sí dijo otras que faltan en ellos y que aparecen en el Corán. No dijo que le adorasen a él sino '*Hacéos rabbani*', seres humanos que se dedican al conocimiento de Allâh mediante una relación sincera con su *rabb*, con su Sustentador y Señor, y que lo hacen transmitiendo el conocimiento que Él les provoca en sus corazones por medio de una Revelación Inigualable.

El *Injîl* contenido en la Recitación nos exhorta a que sea mos *rabbani*, seres humanos conscientes de nuestro Sustentador. El aliento del Señor Compasivo nos sostiene y nos hace

conocer la forma en que Se nos revela, las forma de nuestra respiración, de nuestra vida, el Espíitu Santo, el *Rûh al Quddîs*, nos hace conocer nuestro decreto. Ya sabemos que ese conocimiento es una *amâna*, un préstamo que ha de ser devuelto, como nos dice Allâh en el Corán, en el Sura *An Nisâ*:

"Ciertamente Allâh os ordena restituir a sus dueños, todo lo que os fue confiado."

(CORÁN, SURA 4, AN NISÁ, LAS MUJERES, AYA 58)

Hemos de devolver la amâna a su dueño, a nuestro *rabb*, y hemos de hacerlo a través de Sus criaturas conscientes, a través del ser humano. Así, hemos de devolver el conocimiento que Allâh nos procura en nuestro corazón en forma de palabra, hemos de transmitir el mensaje.

El conocimiento es un préstamo, una *âmana*, porque nosotros no tenemos nada, no somos por nosotros mismos capaces de nada, porque nosotros mismos no somos. Sólo es Allâh, *Subhana ua Taâla*. Él nos hace ser testigos de la Realidad cuando decimos "*lâ ilâha illâ Allâh*" con nuestros corazones y con nuestras lenguas. Al decir '*lâ ilâha*' estamos afirmando nuestra propia inexistencia y haciéndonos capaces de la Realidad, reconociéndola, siendo testigos de ella, pues es la única forma que tenemos de nacer a la vida. Cuando decimos '*illa Allâh*' estamos ya viviendo, subsistiendo, en la Realidad, en la conciencia.

La transición que se produce en el *maqâm* de Isa está llena de peligros. Decimos '*lâ ilâha illâ Allâh*'. Afirmamos nuestra

condición de testigos, nos extinguimos en la Realidad como *shuhadá*, dejando atrás el claroscuro del mundo, pero entramos en la estación de la luz negra, de una luz sin sombra que, por un momento, nos deslumbra y nos ciega.

Ese alumbramiento nos está preparando para que seamos capaces de vivir en una luz constante, en el *áman* donde desaparecen los peligros. Pero ese *áman* aún no nos ha alcanzado del todo. Hemos de llegar todavía al último *maqâm*, al de Muhámmad, la paz sea con él, donde la Revelación es ya un manantial constante y cristalino de puro conocimiento surgiendo en la precariedad y en la extinción.

Si no actuamos en consecuencia con el mensaje de Isa no podremos llegar hasta Muhámmad. Si no nos mantenemos en la extinción, en el *fanâ*, si se debilita nuestra condición de *shuhadá*, desaparece el *tayali*, la experiencia teofánica, y no podremos vivir en nosotros la Revelación viva, la Recitación, el Corán. En el Sura *As Saff*, nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala* lo siguiente:

"Y entonces, cuando se desviaron del camino correcto, Allâh hizo que sus corazones se desviaran de la verdad, pues Allâh no guía a la gente perversa. Y esto ocurrió también cuando Isa Ibn Mariam dijo: 'Oh banu Israil: ciertamente yo soy el enviado de Allâh a vosotros, como confirmación de la verdad de lo que aún queda de la Torah, y para daros la buena nueva de un enviado que vendrá después de mí y cuyo nombre será Ahmed.'

(CORÁN, SURA 61, AS SAFF, LAS FILAS, ÂYAT 5-6)

Tal vez sea ésta una de las razones por las cuales muchos cristianos llegan al *islâm*, como nos ocurrió a nosotros, *al hamdulillâh*. Tras abandonar la cáscara vacía, la letra muerta, salimos al mundo en busca de sentido, necesitábamos encontrar la buena nueva real que nos había anunciado Isa, la paz sea con él, una Revelación clara y alumbradora, y una comunidad de seres que tratan de someterse a la Realidad. Porque ese es el testimonio, al mismo tiempo intemporal y contemporáneo, de la sumisión: *'lâ ilâha illâ Allâh, Muhammad rasûl ullah'*.

Si nos aferramos a nuestras imágenes, a nuestros nombres, a nuestra imaginaria identidad, habitaremos en un claroscuro, vapuleados por el choque del placer y del dolor, de la separación y de la unión. Nuestros corazones se enfermarán y morirán de oscuridad y de nostalgia. Querrán ser, existir, tener alguna realidad pero no tendrán más que hastío y sufrimiento. Pero si somos capaces de reconocer nuestra indigencia, nuestra vacuidad, nuestros corazones se llenarán de luz y nuestra existencia tendrá sentido, será real, porque sólo Allâh es real y sólo sometiéndonos a lo Real llegamos a la existencia. Sólo así se produce nuestra verdadera creación: en el reconocimiento, en el recuerdo de lo verdadero.

Allâhumma: Háznos humildes cuando nos ilumines. Háznos capaces de sentir a los otros, al mundo y a nosotros mismos tal y como somos. Háznos preferir la extinción en la Verdad, en la Realidad, a una existencia lejos de la conciencia y del Recuerdo. *Amín*.



A VECES NECESITAMOS de la poesía para describir los estados espirituales, las estaciones del alma. El *sheij Mahmud Shabistari* hizo una maravillosa descripción del *maqâm* de Isa, la paz sea con él, en su obra *La Rosaleda del Misterio*. Es un poema que sólo puede provenir de alguien que ha vivido interiormente la Recitación:

*"Únete a aquellos que obedecen mi pacto
mediante el corcel del conocimiento
y el báculo de la obediencia.
Gana en el terreno de juego la pelota de la felicidad.
Para eso te ha creado Allâh,
aunque haya creado
muchas otras criaturas aparte de ti.
El conocimiento es como un padre,
la práctica como una madre.
De esos estados espirituales
que son una dicha para los ojos.
Sin duda no hay mortal sin padre.
No ha habido más que un Mesías en el mundo.
Abandona los vanos cuentos,
los estados místicos y las visiones,
los sueños de las luces
y los portentos de los prodigios.
Tus milagros están incluidos
en la adoración de la Realidad.
Todo lo demás no es más que orgullo, vanidad,
Ilusión de la existencia.*

*En este camino, todo lo que no es desapego
no es más que inflamación de orgullo
y búsqueda de gloria.*

[...]

*Pierdes tu preciosa vida en tonterías,
no reflexionas sobre su valor y llamas paz
a lo que no es más que confusión.*

[...]

*Si eres un verdadero adorador
renuncia a la costumbre;
No es acorde con la verdadera obediencia.
Practica la sumisión y abandona la rutina."*

*Allâhumma: libranos de los peligros del maqâm de Isa.
Condúcenos desde este maqâm al de Muhámmad y man-
ténnos en su ummah más allá de las diferencias, de las
interpretaciones y de las doctrinas. Amin.*

MUHÀMMAD

Jutba 28

AL LLEGAR A NUESTRA ÚLTIMA y definitiva estación, al *maqâm* de Muhámmad, la paz sea sobre él, habremos de detenernos inevitablemente en un *maqâm* que es el espacio y el tiempo de la Recitación, del Corán, la estación donde se produce el *tayali*, la manifestación teofánica. En razón de que Muhámmad y el Corán son inseparables.

El Corán es la expresión completa de la Revelación, el despertar del ser humano a la comprensión integral de sí mismo y del mundo. La Recitación nos recorre por dentro y por fuera, como un *barzaj*, como un manantial de significados inagotable que nos conduce hasta el límite de nuestra capacidad de conocer. Y eso mismo le ocurrió a Muhámmad, la paz sea con él, a lo largo de su vida profética. Iba conociendo la Revelación a medida que se articulaba en su corazón y en su experiencia.

Entre los hadices recopilados por Al Bujari, existe uno donde el profeta recuerda un episodio de su infancia en el desierto, cuando vivía con su nodriza Halimah y su marido Harith. Dijo el profeta, la paz sea con él:

"Vinieron hacia mí dos hombres vestidos de blanco con una jofaina de oro llena de nieve. Entonces me tendieron y abriéndome el pecho me sacaron el corazón. Igualmente lo hendieron y extrajeron de él un coágulo negro que arrojaron lejos. Luego lavaron mi corazón y mi pecho con la nieve."

(LO TRANSMITIÓ IBN SAAD, KITAB AL TABAQAT AL KABIR)

Y en otro hadiz nos aclaró:

"Shaitân toca a todos los hijos de Âdam el día en que sus madres los paren, salvo a Mariam y a su hijo."

(LO TRANSMITIÓ MUHÁMMAD IBN ISMA'IL AL BUJARI)

El profeta, la paz sea con él, nos narra en estos hadices cómo fue preparado por los ángeles para recibir la Revelación. Éstos extraen de su corazón un coágulo negro que arrojan lejos de sí. No pueden haber coágulos en el interior de un corazón humano que recibe la Revelación íntegra y detallada. No puede haber resistencias porque entonces el corazón no podría soportar el fluir completo y constante de la vida, de la creación, y se rompería. Nos dice también que él es un ser humano, un hijo de Âdam, y como toda

criatura, excepto Mariam y su hijo, está sujeto a una forma, a un molde, a un destino.

La Revelación —el *tayali*, la teofanía— requieren de una purificación de ese receptáculo, de un vaciamiento de lo más profundo e interior. El Corán comienza a revelarse a Muhámmad, la paz sea con él, durante el ayuno, en el mes de Ramadán. El profeta ayuna como *hanif* en una gruta del *Yebel Nur*, la Montaña de la Luz, arropado por unas lajas de piedra que semejan las páginas de un gran libro geológico. Debajo se abre el Valle de Becca en cuyo centro se divisa el santuario de Ibrahîm, la paz sea con él, la Kaaba, como un pequeño y oscuro cubo de piedra.

Y Allâh se le revela diciéndole:

“¡Lee con el nombre de tu Sustentador, que ha creado, ha creado al ser humano de una célula embrionaria! ¡Lee, que tu Sustentador es el Más Generoso! Ha enseñado al ser humano el uso de la pluma, enseñó al ser humano lo que no sabía.”

(CORÁN, SURA 96, LA SANGRE COAGULADA, ÁYAT 1-5)

Nos dice Al Bujari que entonces Muhámmad comprendió, por iluminación repentina, que se le exhortaba a recibir, vivir y transmitir el mensaje de Allâh al ser humano. Allâh conmina a Muhámmad a asumir su misión profética mediante la comprensión de una escritura que va más allá de la caligrafía: *Ikra, bismillâh!* Recita con el Nombre de Tu Señor, de Quien sostiene tu comprensión y tu conciencia.

Nuestra comprensión y nuestra conciencia están ambas sostenidas por Allâh, de una forma que sólo Él conoce. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, mediante un lenguaje creador de signos, nos procura un conocimiento y una guía, hace que nuestras vidas tengan sentido, que nuestra mente pueda deconstruir y recrear sin cesar los mundos.

Esta inspiración divina y este *tayali* son una constante en la historia profética. En el Sura *An Nisá* dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, a Muhámmad:

"Ciertamente, te hemos inspirado, Oh Profeta, como inspiramos a Nuh y a todos los profetas después de él, e inspiramos a Ibrahîm, a Isma'il, a Ishak, a Yacûb y a sus descendientes, incluyendo a Isa, Yub, Yunús, Harún y Suleimán; y dimos a Daud un libro de sabiduría divina; e inspiramos a otros enviados que ya te hemos mencionado; así como a enviados que no te hemos mencionado; y Allâh habló a Musa directamente: hemos comisionado a todos estos enviados como anunciantes de buenas nuevas y como advertidores, para que la gente no tenga excusa ante Allâh después de la venida de estos enviados: y Allâh es en verdad poderoso, sabio."

(CORÁN, SURA 4, AN NISÁ, LAS MUJERES, ÂYAT 163,165)

El encuentro de los profetas con el *Rûh al Quddûs*, con Ýibrîl, es una constante de la Revelación de Allâh al ser humano. El Corán es el sello de la Revelación, la síntesis real y actualizada del mensaje, la recitación que nos sirve y nos guía en un tiempo único y sin fisuras, en el *zaman*

anfosi' o tiempo del sentido. El Corán abre la posibilidad de significado al corazón que lo escucha con atención y humildad. Sus suras recorren todos los universos y sus *âyat* no hacen sino adorar a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en Su Realidad, en Sus manifestaciones y en Su Esencia.

Todos los profetas, la paz sea con ellos, han transmitido un mismo mensaje. Muhámmad nos ha dejado como legado una Revelación inalterable que abre al ser humano la vía de su realización como criatura dotada de comprensión y de intelección. Allâh nos dice, además, que la Revelación comienza en el *maqâm* de Nuh, la paz sea con él, y no antes.

Los *banu* Âdam fueron la explosión primigenia de nuestra humanidad, la salida al exterior de la conciencia, pero nuestro regreso gradual a la Realidad sólo nos acontece mediante la purificación por el agua. Empezamos a tener conciencia de nosotros mismos cuando reconocemos el agua que somos, un agua que, en el caso de Muhámmad, la paz sea con él, procede de las alturas, de las cumbres de la creación de Allâh, un agua pura y resucitadora.

La arcilla sonora, la tierra y el agua recitan juntas con el nombre de su Señor, formando con esa armonía sonora un embrión que acabará comprendiéndose a sí mismo. Esa comprensión de sí mismo y de su historia es lo que propone el Corán al ser humano. Una historia que no es lineal sino circular y concéntrica como las ondas que se propagan en nuestra conciencia y en la superficie del agua. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos procura el jalfato mediante la Recitación, nos enseña a meditar y a vivir en la conciencia mediante la Palabra, y nos dice que recitemos y leamos con Su Nombre.

El corazón se inflama cuando late por las cosas del mundo, pero cuando ese deseo trasciende los objetos, entonces se desboca irremediablemente buscando a su Hacedor. Por eso Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, lava el corazón del profeta, para que pueda contener la Revelación en cada latido, incessantemente, para que encauce ese irreprimible deseo de extinguirse en la Realidad. Porque ha de vivir esa extinción y regresar para anunciarnos la buena nueva de la Recitación, para transmitir a la humanidad Su mejor *tayâli*.

El Corán Generoso nos invita a mirar el mundo, a reflexionar sobre la existencia. Nos dice que en los aconteceres de nuestras vidas hay señales, signos, si somos capaces de leer, de estar abiertos, si nuestros corazones aún pueden escuchar. Y nos propone como guía la experiencia de unos seres santos e iluminados, los profetas, la paz sea con todos ellos, y como *imâm* de los profetas a Muhámmad, el ser humano distinguido y elegido entre todos, *Al Mustâfâ*, la paz y las bendiciones sean siempre con él.

No cabe mayor generosidad de Allâh hacia nosotros que procurarnos la vida espiritual, la memoria de lo sagrado, el recuerdo de lo Real, el *dîkr* Allâh, a que todo ser humano tiene derecho. La narración de los encuentros trascendentales de estos hombres señalados por la Realidad Única es la misma para todos ellos y para nosotros. El Corán es una misericordia de Allâh porque no tiene otro propósito que el de guiarnos, esclarecernos y advertirnos. No propone ningún misterio, ninguna trampa tendida a quien trata sinceramente de someterse a la Realidad. En cambio, Allâh aclara a Muhámmad, en el Sura *Yusuf*, lo siguiente:

"A medida que te revelamos, Oh Profeta, este Corán, te lo explicamos de la mejor forma posible, ya que antes eras, ciertamente, de los que desconocen qué es la revelación. Sin duda, en las historias de estos hombres hay una lección para los dotados de perspicacia."

(CORÁN, SURA 11, YUSUF, AYA 111)

El Corán se va revelando paulatinamente y de la mejor manera posible porque requiere ser leído, recitado, escuchado. No es un conjunto de palabras que pretendan alcanzar su sentido sino el sentido mismo que anima a cualquier palabra y a cualquier escritura. Es el *tayali* incesante de Yibril en nosotros, el rumor de sus alas. Y esto es posible mediante la existencia de Muhámmad, a través de la creación de un ser humano capaz de contener en su corazón todos los secretos de la creación e ir transmitiendo a sus semejantes ese conocimiento de la Realidad, esa experiencia trascendental. Una experiencia que le supone al ser humano una liberación, una apertura, una *fâtiha*.

Muhámmad, la paz sea con él, es nuestro liberador porque ha hecho posible que nos acerquemos a la Revelación, que vivamos la más perfecta teofanía.

Allâhumma: Haz que nos miremos en la luna llena del profeta y que se nos revele al Muhámmad de nuestro ser. Háznos conscientes de la Realidad y procúranos el sentir de la Recitación. Derrama Tus bendiciones, Tu paz y Tu gracia sobre Muhámmad, sobre su familia y sobre quienes le siguen. *Amin.*



EL CORÁN ES, SOBRE TODO, apertura, expansión de la conciencia humana hacia su límite, hacia Allâh, *Subhana ua Ta'ala*. Recitamos el Sura *Al Fâtiha* muchas veces cada día a lo largo de nuestras vidas. Esa recitación nos devuelve a la conciencia de la Realidad una y otra vez. Recitamos con el Nombre de Allâh, diciendo '*bismillâh*', cuando Allâh nos hace sus jalifas, y por ello Le alabamos como Señor y Sustentador de todos los mundos, y le sentimos Compasivo y Misericordioso con nosotros, unas criaturas que disfrutamos la conciencia como una *amâna*, como un préstamo de la Realidad a Su creación.

Esta conciencia nos hace adoradores de la Realidad Única, que se nos muestra y se nos oculta. Esta Recitación, este Corán, es el que nos acompaña en nuestro viaje como criaturas que quieren ser guiadas por el camino espiritual, por la vía del bien y del Recuerdo.

La *Fâtiha* procura una apertura real de nuestros corazones. Cuando la recitamos estamos pidiéndole a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, que nos mantenga bajo Su *áman* para acabar como *muhsinún*, degustadores de la Presencia. En el Sura *Al Hichr*, Allâh dice a Muhámmad:

"Y, en verdad, te hemos dado siete de los âyats frecuentemente repetidos, y así, hemos abierto ante ti este sublime Corán: así pues no dirijas tu mirada con anhelo hacia los bienes terrenales que hemos concedido a algunos de esos que niegan la verdad, ni te aflijas por esos que se niegan

a hacerte caso, sino extiende las alas de tu benevolencia sobre los creyentes, y di: 'Ciertamente, yo soy en verdad el advertidor explícito prometido por Allâh!'

(CORÁN, SURAT 15, AL HICHR, AYAT 87-91)

La *Fâtiha* es una síntesis esencial del Corán. La repetición incesante de la *Fâtiha* nos procura una apertura real en nuestras vidas cotidianas, provocándonos el despertar de nuestro cuerpo sutil y haciéndonos capaces de la Revelación, de encontrar sentido a nuestras vidas y aconteceres. Disfrutar de una existencia espiritual nos lleva a expresar nuestro agradecimiento.

La luz que irradia el Muhámmad de nuestro ser es la luz verde del corazón que se expande por una abertura que el Recuerdo suscita en el punto más elevado de nuestra cabeza, como nos dice el maestro Naim Kobra.

Son las inmediaciones de la Montaña de Kaf, cuya cima es una roca de esmeraldas que se levanta más allá del *barzaj*, cuando contemplamos con nuestros ojos imaginales aquello de lo que sólo teníamos conocimiento por la mente conceptual. La sangre del cuerpo es roja pero la savia del corazón es verde y aquilatada, al *hamdulillâh*.

El corazón que es agraciado con la comprensión, con el sentido, adquiere así la posibilidad de realizarse, de trascender. El Corán nos facilita esa comprensión de la mejor manera posible, sin error, porque no se nos impone sino que se nos brinda generosamente, como un fruto maduro.

Cuando nos acercamos a la Recitación, su discurso nos va transmutando en habitantes de la Realidad porque el Corán es el mejor recuerdo de lo Real que puede tener un ser humano. *¡Allâhu Akbar!* El Corán es el recipiente que contiene nuestra memoria de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, como una jofaina de oro llena de nieve que lava nuestros corazones para que comprendan lo incontaminado.

Allâhumma: Extiende Tu *áman* sobre todos los seres humanos que tratan de someterse a la Realidad y especialmente a quienes están sufriendo hambre, persecución y muerte violenta. Y sobre nosotros, que disfrutamos de paz y de abundancia. *Amín.*

Jutba 29

LA REVELACIÓN que Allâh hace llegar hasta nosotros a través de Sus profetas y *salîhin* implica un proceso gradual de iluminación, de elevación desde la simple arcilla sonora hasta la conciencia que expresa de manera única y admirable la creación mediante el lenguaje. Necesitamos la experiencia espiritual para que nuestras vidas tengan sentido. Necesitamos sentirnos vivos en este mundo, ver la luz en nuestros propios ojos y sentir la inmensa alegría del *tauhid* para sentirnos humanos, necesitamos encontrar la mirada del Amado.

La mirada del Amado nos acecha entre los velos que tratan en vano de ocultarLe, entre los ojos de los seres queridos, de las criaturas amadas que, por serlo, suscitan en nosotros la compasión y nos devuelven nuestra mejor imagen, unificada. En el Sura *Al Mulk*, Allâh nos dice:

“...no hallarás el menor fallo en la creación del Más Misericordioso. Mira de nuevo: ¿puedes ver alguna fisura? Si, mira de nuevo, una y otra vez: y cada vez tu vista volverá a ti, deslumbrada y realmente vencida...”

(CORÁN, SURA 67, AL MULK, LA SOBERANÍA, ÁYAT 3-4)

Allâh nos exhorta a mirar la creación, una y otra vez, para que nos demos cuenta de nuestra incapacidad de abarcarnos todo, para que sintamos que es la Realidad lo que está provocando esa visión en nosotros. Allâh, *Subhana ua Ta’ala*, suscita en nosotros la visión de la perfección de Su creación para hacernos conscientes de Él, adoradores de la Realidad Única. Allâh es celoso y no consiente más existencia que la de aquellas criaturas que Le reconocen y Le aman. Él quiere procurarnos una realización, una creación íntegra y completa, y para ello crea a Muhámmad y hace que su mensaje nos alcance.

La Revelación, completa y definitiva, empuja a nuestra conciencia hasta su cima. Y eso sólo nos es posible en el *maqâm* de Muhámmad, la paz sea sobre él. La Recitación nos alcanza más profundamente cuando conocemos la vida del mensajero a través de los hadices recogidos por sus compañeros, que Allâh esté complacido con ellos.

Allâh es muy Compasivo. Él crea a Muhámmad para que podamos mirarnos en sus ojos y sentir el *tayali*, la manifestación de la belleza y del bien reales. Es un señorío lo que Allâh nos regala a través de Muhámmad, la paz sea con él, como culminación del proceso gradual de Su creación, un

proceso que tiene lugar en el interior de cada ser humano, según su grado de despertar a la Luz, desde que la olvida hasta que la ve y la recuerda. Muhámmad es suscitado entre la humanidad como un ser necesario, como un ejemplo vivo de ser humano realizado, plenamente consciente de Allâh.

La Revelación, la teofanía que se produce en él, viene a través del ángel, de Ýibril, como nos dice Allâh en el Corán, en el Sura *An Nachm*:

"¡Considera este despliegue del mensaje de Allâh, a medida que desciende! Vuestro paisano no se ha extraviado, ni se engaña, ni habla por capricho: eso que os transmite no es sino una inspiración divina con la que está siendo inspirado, algo que le imparte alguien sumamente poderoso: un ángel de incomparable poder, que en su momento se manifestó en su verdadera forma y naturaleza, apareciendo en lo más alto del horizonte, y luego se acercó y descendió, hasta que estuvo a una distancia de dos arcos o menos."

(CORÁN, SURA 53, AN NACHM, EL DESPLIEGUE, ÂYAT 1-17)

El mensaje coránico aparece como una revelación gradual, como un desenvolvimiento de arriba hacia abajo. *"¡Considera este despliegue del mensaje de Allâh, a medida que desciende."* Este âya también ha sido traducido como: *"Considera la estrella cuando declina"*. Según Muhámmad Asad, el término *nachm* —derivado del verbo *nachama*, *"apareció"*, *"se originó"*, o *"se desarrolló"*— sugiere el despliegue de algo que llega o aparece gradualmente, poco a poco.

Este término se utilizó para designar a cada una de las partes del Corán, *nuchum*, que estaban siendo reveladas y, por tanto, al proceso gradual de su revelación, de su despliegue.

La Revelación es una luz que cae derramándose en el pozo de nuestra tiniebla interior, de nuestra inconsciencia. Poco a poco, la luz va llenando el pozo hasta que, finalmente, como en el caso de Muhámmad, la paz sea con él, la luz se le derrama por los ojos, por la palabra, por todos lados. Porque el Corán es un latir, un desenvolvimiento que Allâh provoca en el corazón del profeta Muhámmad y, a través de él, en los corazones de todos aquellos que llegan a oír su mensaje.

Este desanudamiento gradual es comparable al deshielo que produce el sol de la primavera. La condición del agua congelada es su fijeza, su incapacidad para discurrir y hacer rebotar a la tierra muerta. El calor va fundiendo el hielo suavemente hasta que el agua comienza a discurrir, alimentando desde ese momento a todo lo que impregna. El agua de la Revelación procede de un corazón que ha sido purificado mediante el hielo de la memoria completa, mediante una materia que en sus cristales refleja y recuerda las órbitas de toda la creación.

Cuando la tierra seca se empapa de agua comprende la Realidad porque está conociendo aquello que le falta para ser completa, como lo es la Realidad. Comprender es sentir, integrar, empatizar, compasionarse. La tierra y el agua se necesitan mutuamente y ambas necesitan de la luz para reconocerse y encontrarse. De la misma manera, nosotros necesitamos de la Revelación para comprender, para hacernos capaces de la vida, para resucitar a la Realidad Úni-

ca y así poder vivir como jalifas. El Corán sacude nuestras conciencias y nos resucita al significado. La Recitación nos provoca la conciencia de un discurrir que es como el agua vivificante. El mundo es sólo signo, señal, sólo *tayali*. El mundo está lleno de sentido y de significados.

El Corán nos va conduciendo, suave y gradualmente, al universo del sentido, que no es otro que la total vacuidad de las cosas del mundo y la conciencia de la naturaleza y la finalidad de nuestra propia creación.

El Corán nos hace ver y oír la creación de la mejor manera posible. Es nuestro intelecto, nuestro *aql*, el que se siente conmovido. Es nuestra comprensión la que se abre. La Recitación ilumina los velos que tejen nuestra tiniebla, el *shirk*, y nos devuelve vivos a la conciencia. La tierra seca siente el fluir del agua. La vida brota en todos nuestros rincones. El retorno a la luz se hace posible una vez más, como un despliegue, como una apertura, una *Fâtiha*.

La Recitación nos afecta porque Allâh así lo quiere, para producirnos la conciencia, la vida del corazón, y para eso nos hace oír este Corán tan bien guardado, para que nuestros corazones se commuevan, para poder latir así en los corazones de Sus siervos amados.

Muhámmad, la paz sea con él, está siendo inspirado, la Revelación le acontece, le sucede a través de un ángel de incomparable poder. Ýibril es el ángel de la Revelación, el guía luminoso que testifica la Luz que lo está creando, y que conduce a un ser humano que no se ha extraviado, ni se engaña a sí mismo ni habla por capricho. El *maqâm* de Muhámmad es el sometimiento a Allâh sin condiciones, porque Muhámmad

se abre a la Revelación, expone todo su ser, todo su *nafs*, a los embates de la Realidad, a la conciencia que está surgiendo en su interior. El profeta está aceptando un nacimiento continuo en la Realidad Única, en el *maqâm* donde entre el Creador y Su criatura sólo media el ángel como *shahîd* luminoso, como un guía de luz que testifica el nacimiento de la conciencia humana en la Realidad.

Shahîd es, al mismo tiempo, un testigo ocular y alguien que está presente. La visión y la presencia son las condiciones del *shahîd*. Ýibril fue testigo del pacto entre Âdam y su Señor, y Ýibril es también el *shahîd* del Corán en el corazón de Muhámmad. El centro sutil que se corresponde con el Muhámmad de nuestro ser es denominado por Semnânî como "*latifa haqqîya*", y es el centro sutil de nuestra conciencia más elevada, de nuestra conciencia de lo Real.

El Corán contenido en el corazón de Muhámmad, la paz sea con él, es el regalo que Allâh nos hace en la etapa final de nuestro viaje. No sólo del viaje individual de cada uno de nosotros, sino de la peregrinación de toda la humanidad hacia el santuario de la Realidad, el retorno de toda la creación a la conciencia. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, quiere realizar la humanidad, crearla de la mejor manera posible. Y no hay error en Su creación, no hay falta, nos repite. Y quiere, sobre todo, que nos demos cuenta, que escapemos de la inexistencia y vivamos por un momento en Él, por un tiempo.

"Si, mira de nuevo, una y otra vez: y cada vez tu vista volverá a ti, deslumbrada y realmente vencida..."

Por eso cuando oímos y vemos el Corán con los oídos y con los ojos del corazón, nos cerca la nostalgia, nos inunda

el ansia de retornar a esa Fuente cuyo solo recuerdo calma todos nuestros temores y deseos.

"Y entonces reveló Allâh a Su siervo lo que tuvo a bien revelar. No mintió el corazón del siervo en lo que vio: ¿vais vosotros, pues, a discutirle lo que vio?"

(CORÁN, SURA 53, AN NACHM, EL DESPLIEGUE, AYAT 10-12)

Allâh revela lo que quiere. La grandeza de Allâh está por encima de cualquier cosa, de cualquier palabra. La Sabiduría Le pertenece porque Él es el Sabio, *Al Hakim*, Quien nos dice que el corazón no desmiente lo que ha visto. El profeta, la paz sea con él, contempla la Revelación con la mirada del corazón. No mintió en lo que vio. Lo vio y lo transmitió impecablemente, sin mentira, sin ocultación, sin añadir ni quitar, sin enfatizar ni disminuir. "Yo soy el espejo de tu rostro", como dijo Ruzbehán de Shiraz.

Cada *maqâm*, cada estado, tiene una luz que le es propia. El *maqâm* de Muhámmad es la luna que nos recuerda la luz en la noche del mundo, el signo de los signos que nos procura la liberación completa, interior y exterior, la luz verde que nos recuerda la verdadera creación y así nos suscita la vida. El Corán nos libra de nosotros mismos y del mundo y nos lleva hasta la tierra viva de la Realidad.

Allâhumma: Háznos comprender Tu Corán y amar a Tu Mensajero en la tierra de la conciencia y de la Realidad.. Que, más allá de cualquier conocimiento particular, nos alcance Tu sabiduría y Tu *magfira*. Háznos conscientes de

Tí como *Rahmân*, como *Rahîm* y dános la experiencia y el conocimiento de Tus más bellos Nombres. *Amin.*



EL PROFETA ASUMIÓ plenamente el *maqâm* de la Revelación como *shahîd* y como *rasûl*, guiado por el ángel Ýibrîl, por el *tayali* indudable que se le manifiesta en su verdadera forma y naturaleza. La visión de Ýibrîl aniquiló en el corazón del profeta cualquier duda que pudiese albergar sobre la naturaleza real de lo que estaba experimentando. Ýibrîl es el *tayali* más elevado, el *shahîd* luminoso que abre y conduce a nuestra conciencia hacia la experiencia teofánica.

Ýibrîl es el ángel que nos anuncia la primavera, el nacimiento de la luz verde, el heraldo de la resurrección, y el Corán es un *tayali* que Allâh nos hace ver y oír para que podamos saber algo acerca de Él. Muhámmad tiene una profunda visión interior que le arrebata la conciencia. Muhámmad vio lo que vio, nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*. ¿Quién podría poner en duda lo que vio? Allâh nos sitúa en el *maqâm* de Muhámmad y continúa diciéndonos en el Corán:

"Y, ciertamente, lo vio otra vez junto al azufaifo del límite, cercano al jardín de la promesa, cuando velaba al azufaifo un velo de indescriptible esplendor... Y no obstante, el ojo no se desvió, ni se excedió: vio, realmente, algunos de los más profundos símbolos de su Sustentador."

(CORÁN, SURA 53, AN NACHM, EL DESPLIEGUE, ÂYAT 13-18)

Muhámmad vuelve a sentir el gran *tayali* junto al azuafifo del límite, del confín más lejano, el *Sidrat al Muntâha* en el puente de luz, en el *barzaj* donde se acaban las sombras y comienzan a resplandecer las esmeraldas. El guía luminoso nos lleva hasta allí y nos señala hacia el otro lado, hacia ese Jardín prometido a los que ya se sienten en él.

Durante su primera experiencia teofánica, el profeta, la paz sea con él, ve también las *rafrât*, unas colgaduras de color verde intenso que recubren el horizonte del cielo mientras ve a Ýibril. La luz verde es signo de la quietud y elevación del alma, de la vida del corazón, la expresión del alma sosegada, del *nafs motma yanna* que habita en el jardín de la Realidad.

El *Sidrat al Muntaha*, el Loto del Límite, señala la *latifa* más elevada, y aparece en el Corán y en los hadices sobre el *miraŷ* del profeta como símbolo de la dulce sombra, del grato *salâm* que reina en el Jardín. Es el árbol de la creación de Allâh cuya sombra es menos oscura, un árbol envuelto en un velo de indescriptible esplendor, una creación transluminosa que, en el límite de nuestra comprensión, nos enseña que hay una misericordia en el velo, en el oscurecimiento y desvelamiento gradual de la luz, en el pálpitó que necesita toda creación para tener lugar y tiempo en que vivir.

En el *maqâm* más elevado y lejano sabemos que Allâh ha establecido un límite a nuestro anhelo de conocimiento. Ni siquiera el profeta, la paz sea con él, puede ir más allá, y eso es lo que quiere Allâh decirnos con Su mensaje. Ni siquiera en el Jardín prometido podremos llegar a comprender la realidad última, porque la totalidad de ese conocimiento

pertenece sólo a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, y Él nos lo va desvelando poco a poco para que así podamos retornar a la vida. Ni siquiera Yibril puede cruzar más allá porque, como dice Ibn 'Arabi, el mundo es la sombra de Allâh. *¡Ash'hadu lâ ilâha illah Allâh!*

El Azufaifo del Límite es el centro sutil que nos hace capaces de los más altos estados, visiones y experiencias, es nuestra *latifa haqqîya*, el Muhámmad de nuestro ser, el guía interior que nos conduce hasta el paraíso de la Realidad. Es precisamente en el límite donde el profeta, la paz sea con él, "...vio, realmente, algunos de los más profundos símbolos de su Sustentador."

Por ello el Corán no es un bloque de contenidos fijos e inamovibles, de datos científicos o históricos, sino el desencadenante de un proceso gradual de comprensión de la Realidad en sus infinitos aspectos. Por eso nuestro Corán está tan bien guardado, porque es la Realidad la que nos provoca la visión. No seamos ingratos, como nos dice Shabistari, con la gracia de la Realidad, pues conocemos la Realidad por la luz de la Realidad, *al hamdulillâh.*

Allâhumma: Háznos llegar Tu mensaje y que nuestros corazones estén abiertos a comprenderlo. Que nuestras palabras no desmientan nunca a nuestros corazones. Incrementa nuestra conciencia de Tí en todos los escenarios posibles, antes de desaparecer en la muerte. *Amin.*

Jutba 30

AL COMIENZO DE LA REVELACIÓN coránica Allâh exhorta al profeta a leer, a recitar, y le dice que Él es *Al Karîm*, y que Su mayor generosidad estriba en enseñar al ser humano lo que no sabe mediante el *qâlam*, la palabra, los nombres, la escritura. La irrupción del Corán en el corazón de Muhámmad, la paz sea con él, le provoca una commoción que le hace tambalearse. La rotundidad de la Revelación ha hecho pedazos su sentimiento de la Realidad. Allâh ha transmutado su visión para hacerla capaz del mensaje y de la mediación.

Avanzamos con el Corán sabiendo ya que éste no es un libro de papel que se aprende de memoria y que se recita durante el *salât*, sino que la Recitación está siendo escrita en cada expresión de nuestra precaria existencia, en cada respiración, en cada amanecer, en toda mirada que se asome a los mundos.

La creación es puro conocimiento, pura *hikma*, y nosotros somos parte de esa Sabiduría. Allâh se nos revela como *Al Musauir*, el diseñador de todas las formas, cuando crea el *qálam* para trazar las ondas vibrantes de la vida, las líneas de una Recitación incomparable, de un *dikr* que no es sino la más pura de las conciencias.

En la segunda revelación que experimenta Muhámmad, la paz sea con él, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, abre su discurso invocando el *qálam*. En el Sura *Al Qálam* Allâh nos dice:

"Nun ;Considera el qalam y todo lo que con él escriben! ;Tú no eres, por la gracia de tu Sustentador, un loco! Y, realmente, recibirás una recompensa incesante, pues, ciertamente, observas en verdad un modo de vida sublime."

(CORÁN, SURA 68, AL QÁLAM, EL CÁLAMO, ÁYAT 1-4)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, dice al profeta que medite en el *qalam*, en esa herramienta capaz de trazar la Revelación, y le tranquiliza: *;Tú no eres un loco!* Allâh acompaña al profeta en su *fanâ* y le concede Su *áman* haciéndole comprender que el discurso de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, le está siendo confiado como una *amâna*.

La Revelación no es una palabra creada por la mente lógica del ser humano sino la palabra inspirada que afecta a nuestro corazón, la que nos otorga sentido, la que nos conmociona arrancándonos significados. El lenguaje nos acompaña desde Âdam, la paz sea con él. El lenguaje nos extravía y el lenguaje nos ayuda a recobrar la memoria.

La Revelación que está viviendo dentro de sí mismo el profeta Muhámmad, la paz sea con él, es el discurso del sentido, una claridad con la que será agraciado e iluminado sin cesar. El profeta vivirá a partir de ese momento constantemente iluminado. ¿Quién podría permanecer en un estado así durante los veintitrés años que tardó su corazón en contener todo el Corán? Allâh nos aclara que ese estado de iluminación permanente será vivido por Muhámmad porque éste tiene un modo sublime de vivir.

El profeta, la paz sea con él, habita el *maqâm* de la Revelación porque el Corán va desenvolviéndose en su interior, desplegándose y conformando sus percepciones, modelando su *nafs*, su comprensión del mundo. La Recitación coránica va trazando la vida del profeta, la paz sea con él, en la forma de una enseñanza permanente. Sus actos más banales adquieren trascendencia porque son la expresión más viva y real del *Insân al kâmil*, la cima de la conciencia humana.

Quienes tuvieron el privilegio de conocerle estaban atentos al más mínimo de sus gestos porque sentían y sabían que era un hombre realizado, una fuente inagotable de conocimiento sobre la realidad del ser humano y sobre la forma más elevada de vivir en el mundo. Esta sabiduría que nos trae el profeta Muhámmad, la paz sea con él, es lo que la humanidad ha necesitado sin cesar desde que Ádam se perdió entre los nombres de las cosas.

Allâh dice al profeta que medite en el *qâlam* y en los ángeles que con él escriben. Es una meditación en torno a una fuente que es, al mismo tiempo, la de la creación y la

de la Revelación. La creación de Allâh es una revelación constante, un discurso inspirado que ven aquellos que pueden ver y permanece oculto para quienes sólo pueden mirar con los ojos de la mente lógica y mecánica.

Según nos transmite Tirmidi en un hadiz, cuando le preguntaron a Muhámmad acerca del *qâlam*, el profeta, la paz sea con él, dijo: *"La primera cosa que creó Allâh fue el qâlam. Creó la tabla y le dijo al qalam: 'escribe'. El qalam preguntó ¿Qué escribo? Y Allâh le contestó: 'escribe Mi conocimiento y Mi creación hasta el Día de la Resurrección'. Y entonces el qalam trazó lo que se le mandaba."*

El Corán nos dice que meditemos en el hecho de que creación y Revelación son una misma cosa. No hay Revelación, no hay desenvolvimiento de sentido sin creación, y ésta no existe fuera de la conciencia.

Allâh le dice a Muhámmad que no está loco y que el *fanâ fillâh* que está experimentando le hará vivir ya por siempre iluminado en la Realidad. Esa será, desde entonces, su forma de vivir, su *din*, que es el *din* del ser humano sometido a la Realidad Única, esa forma de vivir que los nuevos musulmanes vamos conociendo poco a poco pero profundamente, en contraste con otras formas de vida que hemos conocido anteriormente. En numerosos hadices de Muslim, Abu Daud y Tabari se narra que Aisha, afirmó en varias ocasiones, hablando del Profeta muchos años después de su muerte, que *"su forma de vida —juluq— era el Corán"*

Nuestra forma de vivir es consecuencia de nuestra visión y ésta se forma en nuestro interior, en el corazón, para

irse abriendo a la vida en nuestra palabra y en nuestra mirada. La experiencia del conocimiento y su transmisión requieren de una visión y de un sentido. Por eso los libros, como dice el *sheij* Ali Al Yamal, no contienen todo lo que los corazones contienen, porque éstos se asoman al mundo a través de los ojos. Necesitamos ver los ojos de quien nos habla y mirar a quien hablamos.

Nuestro *din* se aprende con el corazón y se teje con nuestras miradas y con nuestras palabras. Abrimos los ojos y vemos la vida de los campos o el vuelo de un pájaro y consideramos que eso que vemos es la Realidad. Claro que es la Realidad ¿Qué podría ser si no? Pero la Realidad se nos muestra incompleta, inconclusa, por partes, por suras, por rincones. La Revelación implica vida, diferencia, desenvolvimiento.

No podemos abarcar toda la Realidad con nuestra mirada porque nuestra visión es la expresión de un claroscuro. Hay un ojo que ve, un dentro y un fuera, un discurso que se desenvuelve entre luces y sombras. El Corán nos exhorta constantemente a reflexionar sobre ese claroscuro, sobre ese latir compasionado.

No podemos vivirlo de otro modo y así cruzamos por la existencia, a través de la experiencia de la noche y del día, del movimiento y la quietud, para realizar la creación de Allâh en nosotros. Pero podemos cruzar con plena conciencia, con nuestra visión radicalmente modificada. La experiencia de la Realidad no es la locura. Locura es un pensamiento roto, sin ninguna finalidad, separado del sentir, exiliado del mundo. Locura es creer que podemos abarcarlo

todo con nuestra visión, como si lo que vemos, el universo que se nos manifiesta, fuese toda la creación de Allâh.

La ignorancia nos hace creer que las estrellas son el universo. Creemos en el mundo como algo real e inamovible que está allí, fuera de nosotros. Pero la visión de la Realidad es una Revelación que aniquila cualquier visión y nos sitúa en el mundo de lo Real, en un universo vasto e incommensurable en constante creación, donde todo es posible porque es el reino del Decreto, en un *maqâm* donde sentimos que la Belleza y la Majestad se dan la mano.

Allâh nos revela un hecho trascendental: el desenvolvimiento del Corán en el corazón de Muhámmad, la paz sea con él, le va a establecer en un *maqâm* de iluminación permanente, de conciencia acrecentada hasta su límite. Y nos dice también que el profeta pudo soportarlo porque tenía una forma sublime de vivir, un *din* sublime.

Ese es el mensaje maravilloso que nos trae Muhámmad, la paz sea con él, el Generoso Corán, la posibilidad de vivir en este mundo con una conciencia acrecentada siguiendo su *din*, su forma de vivir. Por eso los musulmanes consideramos el Corán como un milagro, porque vamos sintiendo poco a poco, gradualmente, la luz que nos procura.

El Corán nos proporciona las líneas maestras que trazan nuestro *din*, los hilos que tejen nuestra manera de vivir. Esas líneas son los *âyat* que nos conviven, los signos que hacen mella en nuestros corazones y conforman nuestra visión, ampliándola, y que nos hacen comprender y querer mirar de nuevo al mundo con esa conciencia acrecentada. El *maqâm* de Muhámmad es el lugar de la

mirada clara, la vibración de unos ojos que no mienten porque nada tienen que ocultar. *Al hamdulillâh.*

Allâhumma: manténnos en el *maqâm* de Muhámmad, y revélanos su *din* que es el nuestro. Háznos agradecidos por el Corán y por estar viviendo la Recitación como un reconocimiento del *islâm*, como *shahâda* de nuestro sometimiento a la Realidad. *Amin.*



VIVIMOS LAS EXPERIENCIAS básicas de todo ser humano, pero lo hacemos pertrechados con la luz de una Revelación que nos está transformando. Nuestra conciencia se va expandiendo a medida que nos hacemos capaces de vivir en el claroscuro, a medida que vamos siendo capaces de albergar sentido; crecemos como seres humanos a medida que progresamos en nuestra comprensión de nosotros mismos y del mundo.

El Corán nos abre a la luz de la Realidad porque es el *tayali* de la Realidad, la manifestación teofánica sin la cual no nos son posibles ni la percepción luminosa, ni la imaginación creadora, ni el recuerdo de Allâh. En el Sura El Viaje Nocturno nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala:*

"Pues, en verdad, hemos dado múltiples facetas en este Corán a toda clase de enseñanzas diseñadas para beneficio de la humanidad!"

(CORÁN, SURA 17, AL ISRÁ, EL VIAJE NOCTURNO, ÂYA 89)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, ha diseñado Sus enseñanzas al ser humano en la forma de un Corán, de una Recitación que es el discurso abierto al sentido, creador de una conciencia abierta y de una identidad universal, que beneficia a aquellos seres humanos a quienes alcanza.

El Corán es un tesoro precioso porque es el medio por el cual se realiza nuestra intelección. Y se realiza porque la comprensión necesita de un objeto y de un sentido y el Corán nos muestra todos los objetos y todos los sentidos posibles de nuestra comprensión, tanto de la comprensión racional como de la intuitiva.

Allâh ha diseñado nuestro *aql* para hacernos capaces de comprender, de reflejar, para hacernos testigos de nuestra propia creación y de la creación del mundo. La expresión de nuestro *aql*, su manifestación, es el *ajlâq*, la responsabilidad que nos hace vivir sometiéndonos a Allâh como jalifas Suyos. Por eso cuidamos la creación y no la dañamos voluntaria y conscientemente. Por eso nos duele la barbarie.

Y por eso mismo también, pretender reducir el Corán a un conjunto de normas jurídicas o éticas, de directrices sociales o de contenidos esotéricos es una devaluación inaceptable. El Corán se revela generosamente cuando el corazón humano es capaz de contener su mensaje, alcanzar el manantial inagotable de sus sentidos de manera completa e integral, afectando a todos los ámbitos de su vida.

El Corán es nuestro *din* porque se nos revela en el corazón, porque transforma nuestra comprensión y nos vuelve conscientes de nuestros actos. Así, nuestras vidas van, poco a poco, acompañándose a la Recitación, al desenvol-

vimiento armónico de la vida. El Corán es la nana que nos acuna en este mundo de las criaturas indefensas y dependientes. También es el himno de nuestra liberación y el poema de nuestro Recuerdo. Todas las facetas de la creación están contenidas en el Corán, todas las lecturas de nuestra existencia. Y cuando lo leemos y recitamos con sinceridad nuestras vidas cambian irreversiblemente. En el Sura *Al Aaraf*, La Facultad del Discernir, Allâh nos dice:

"Así pues, cuando el Corán esté siendo recitado, prestad atención y escuchad en silencio, para que seáis agraciados con la misericordia de Allâh. Y recuerda a tu Sustentador humildemente y con temor, y sin alzar la voz; recuérdale mañana y tarde, y no te permitas ser negligente. Ciertamente, quienes están próximos a tu Sustentador no tienen a menos adorarle; proclaman Su infinita gloria y se postran sólo ante Él."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAFA, AYAT 204-206)

El privilegio de vivir como jalifas siguiendo el rastro del mensajero, la paz sea con él, nos hace responsables porque Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice que Su Luz sólo alcanza a quienes Él quiere, sólo brota en los corazones que aún conservan algo de su pureza original, de su *fitrah*, y ahí residen Su protección y Su secreto.

En los tiempos en que truena la barbarie y se expresa lo más abyecto de la condición humana es cuando más necesitamos a los hombres y mujeres de espíritu, porque ellos conservan en sus corazones el mensaje que nos servirá,

JUTBAS DE DAR AS SALÂM

insha Allâh, para establecer el *islâm* en esta tierra del olvido, de la prueba y del regreso.

Allâhumma: Concédenos Tu *áman* bajo la forma de un *din* que se nos revele con misericordia. *Amin*.

Jutba 31

LAS NUBES SE MARCHAN suavemente dejando paso al sol, que nos va confortando poco a poco. La tierra reverdece con fuerza después del sueño de la muerte. Allâh es la luz de los cielos y de la tierra. La verdad es la luz y el sol es su reflejo en este mundo velado por la *Rahma* de Allâh. La atmósfera es el húmedo velo que nos protege de los rayos ardientes. El agua brota de la entraña oscura de la tierra y se derrama desde la penumbra del universo. El agua es el velo que nos procura la conciencia, la base que soporta la vida. El agua es la condición para la vida y para la conciencia.

Pero el agua que necesita nuestra conciencia es un agua espiritual que nos purifique el corazón y que nos vaya acercando a lo Real. El Corán es ese agua que brota en nuestro interior, en la entraña profunda del ser humano cuando

éste acepta su condición de criatura despierta, capaz de ver, oír, pensar, imaginar, soñar... meditar en silencio cuando se sabe completamente solo. Leemos en el Corán:

"Y di: 'Ahora ha llegado la verdad y la falsedad se ha desvanecido: pues, ciertamente, la falsedad está abocada a desvanecerse!' Así hacemos descender gradualmente por medio de este Corán todo aquello que da salud al espíritu y es una misericordia para quienes creen en Nosotros, mientras que a los malhechores no hace sino aumentar su perdición."

(CORÁN, SURA 17, AL ISRÁ, AYAT 81-82)

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice que proclamemos la luz del Corán, que no necesitamos redimir nada ni esperar a mañana para darnos cuenta de lo Real, que lo Real existe aquí y ahora. Que sólo existe lo Real, que sólo Allâh es real. *Lâ ilâha illâ Allâh*. El Corán nos procura ese discernimiento, ese pensar genuino. Las nubes se han marchado, los velos se han retirado dejándonos un agua espiritual que nos permite asomarnos al mundo sin que la luz nos abrase.

Discernir lo verdadero de lo falso no es tarea sencilla. Nos enfrentamos a los acontecimientos asumiendo actitudes y expresando nuestra condición. Nuestro corazón decide qué es lo importante y qué no lo es, como si tuviese capacidad para conocer lo Real, cuando en realidad sólo conoce Sus latidos. Decide qué es verdad según aquello que su latir le está mostrando. Pero para saber es necesario escuchar ese pálpito, y para ello necesitamos la calma y el silencio.

Un corazón se mueve entre la constrictión y la expansión, entre el temor y el anhelo. El Corán nos dice que miremos la creación como un latir entre la majestad y la belleza, entre el día y la noche, entre la luz y la oscuridad. Allâh nos enseña que vivimos en un mundo en el que nada permanece, en el que hasta las piedras se desintegran en el tiempo. La helada rompe las rocas más duras y el calor las activa y las pudre. El Corán nos deja callados, en silencio. Allâh nos hace ver y oír la verdad mediante Su *Rahma*. En el Sura *Al Aaraf*, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice:

"Así pues, cuando el Corán esté siendo recitado, prestad atención y escuchad en silencio, para que seáis agraciados con la misericordia de Allâh." Y recuerda a tu Sustentador humildemente y con temor, y sin alzar la voz; recuérdale mañana y tarde, y no te permitas ser negligente."

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYAT 204-205)

Cuando ya sólo escuchamos los latidos del mundo contemplamos su constante disolución en la Realidad, porque ¿Qué hay entre un latido y otro, entre lo interno y lo externo, entre lo luminoso y lo oscuro? No hay nada en absoluto, ningún yo se oculta tras los latidos, pero es precisamente en esa soledad de nadie donde oímos una Recitación incomparable.

Nos quedamos en silencio entre la espesura, y en la umbría escuchamos el canto nupcial del ruiseñor. Nos quedamos arrobados, arrebataos, oyendo un discurso que no repite jamás sus armonías, que discurre como un solo y

único sentir. Escuchar ese canto, esa Recitación, es ser agraciados con la *Rahma* de Allâh, porque es una criatura viva y consciente la que escucha, porque es un sentir lo que provoca la comprensión, el discernimiento, un sentir, por fin, compasionado con lo Real.

El ruisenor se esconde de las criaturas y sólo canta en la soledad de la umbría, en la húmeda sombra. Las criaturas que habitan las gratas soledades interiores son agraciadas con la *Rahma* del conocimiento, de la conciencia despierta y la creatividad. La humildad, el '*adab*' y el *dikr* nos mantienen en la conciencia despierta y nos protegen del nihilismo y el abandono. En el Sura *Ta Ha* nos dice Allâh:

"¡Oh hombre! No hemos hecho descender este Corán sobre ti para hacerte desgraciado."

(CORÁN, SURA 20, TA HA, ¡OH, SER HUMANO!, ÁYA 1)

En el mismo sura también nos dice:

"Y si dices algo en voz alta, Él lo oye, pues, ciertamente, conoce hasta los secretos pensamientos del hombre y también cuanto es aún más recóndito en él. ¡Allâh —no hay dios sino Él; Suyos en exclusiva son los atributos de perfección!"

(CORÁN, SURA 20, TA HA, ¡OH, SER HUMANO!, ÁYAT 7-8)

La sabiduría de Allâh, *Al Hakim*, es la que nos hace comprender el mundo, su forma, lo interno y lo externo, sus

relaciones y significados. La *Hikma* de Allâh nos permite conocer la naturaleza de lo Real mediante una *shahâda*, por medio de la comprensión de que los más bellos atributos y nombres Le pertenecen sólo a Él.

Reconocemos la vacuidad de las cosas, la falta de realidad inherente de las criaturas, su naturaleza dependiente, originada, creada y sostenida. Reconocemos que, a pesar de no ser nada, seguimos viviendo. Sentimos que hay algo que sigue palpitando, que no cesa de vivir y crear, y que ese algo no podemos ser nosotros mismos porque nosotros no somos absolutamente nada. Eso que siempre está vivo es *Al Hach*, el Viviente, la Única Realidad, la realidad inabarcable, vasta e incomprensible, que nos sustenta, que hace posible nuestra conciencia y nuestra vida.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, conoce nuestros más secretos pensamientos e incluso aquello que trata de esconderse en nuestra inconsciencia porque Él es conciencia pura y ama a los seres conscientes. Él nos regala generosamente el Corán para incrementar nuestra conciencia, nuestra *taqua*, sin límite, para acercarnos un poco más a Su Presencia, porque nada ni nadie puede escapar de la Realidad.

Y también porque la inconsciencia tiene un sentido, una razón profunda que sólo Allâh conoce, ya que las criaturas sólo podemos sobrevivir entre el olvido y el recuerdo. Âdam, la paz sea con él, se olvidó de los Más Bellos Nombres y, por ello, sus descendientes hemos necesitado y necesitamos del Recuerdo. La ignorancia es la vida en el fuego, la irrealidad imposible. Las llamas que nos queman y nos consumen son los velos que Le ocultan. Por eso lo

que nos quema a las criaturas es la inconsciencia, el alejamiento de la Realidad, la obstinación en negarnos a nosotros mismos nuestra condición de jalifas. También en el Sura *Al Aaraf* Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice:

"Y ciertamente hemos destinado a Yahannam a muchos seres invisibles y hombres que tienen corazones con los que no comprenden la verdad, ojos con los que no ven y oídos con los que no oyen. Son como el ganado --;que va! son aún menos conscientes del camino recto: ¡ellos, precisamente, son los realmente inconscientes!"

(CORÁN, SURA 7, AL AARAF, ÂYA 179)

El agua de la conciencia es el agua de la vida. El fuego de la ignorancia y de la inconsciencia sólo afecta a quienes no ven ni oyen nada. Los animales cumplen su decreto y ven lo que tienen que ver y oyen lo que tienen que oír, y sólo eso. Las montañas y el cielo también saben lo que tienen que saber y nada más. Cada creación cumple la orden de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, de servirLe y así Le sirve. La inconsciencia le corresponde al ser humano porque somos nosotros los únicos capaces de decidir el olvido, desde una conciencia ya rota, desde una mirada que establece un dentro y un fuera, un yo y un tú aparentemente innegables.

Decidimos tan sólo en el mundo de las formas, de las apariencias, en medio del sueño de nuestra razón. El único juez es Allâh y la única conciencia es la Suya, por eso Él conoce hasta lo más recóndito que hay en nosotros.

Allâhumma: Te pedimos que nos guíes por el camino de la certeza, por la vía del *yaquín*, a nosotros que somos Tus *fuqará*, sus pobres de espíritu que Le imploran y necesitan. Sigue agraciándonos con Tu *Rahma* y procurándonos Tu recuerdo en todos los latidos de nuestra existencia. *Amin.*



EL MEJOR DU'A que podemos hacer a Allâh es que nos esté creando musulmanes, que nos haga ser agradecidos con sus dones y atentos a comprender el sentido de las pruebas que nos propone. Ser musulmanes implica un aprendizaje constante a través de la prueba y una experiencia de agradecimiento, de restitución y de pacificación. La perseverancia en seguir el rastro de la Realidad, o el sendero de la virtud, como dicen los libros chinos de sabiduría, trae ventura, pero trae también conocimiento, como dice el Corán.

El deseo de conocer es uno de los más nobles sentimientos humanos, un sentimiento cuya expresión otorga dignidad. Mucha gente no quiere saber nada, conocer nada, porque el conocimiento implica responsabilidad. Los musulmanes no eludimos la responsabilidad, el gran *jihâd* que implica, porque sabemos que forma parte de nuestra condición racional y espiritual.

Vivimos el conocimiento como liberación y como encadenamiento. Nos liberamos al reconocernos como criaturas sometidas y nos encadenamos porque la comprensión de las irrealidades de este mundo nos vuelve tiernos y compasivos. Un ser humano abierto a la Recitación, alguien

que entra en contacto con el Corán, acaba siendo inundado poco a poco por la compasión hacia todas las criaturas. Sentimos nuestra creación como una danza entre la inexistencia y la existencia, entre la inconsciencia y la conciencia. Nuestra precariedad cesa cuando Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos alcanza con Su Recitación. Él nos procura las luces de la comprensión y el discernimiento.

Cuando el corazón vacío se abre a la Realidad, inmediatamente se llena con la mejor de las enseñanzas, con una Recitación que expresa sin cesar lo Real de todas las maneras posibles, como el canto de aquel ruiseñor que una vez oímos en la penumbra. Sus *âyat* recorren la creación entera. ¡Al *hamdulillâh!* Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice:

"Allâh hace descender la mejor de las enseñanzas en forma de una escritura divina con total coherencia interna, que repite cada formulación de la verdad de diversas formas, una escritura divina ante la cual se estremece la piel de los que temen a su Sustentador: pero después su piel y sus corazones se distienden con el recuerdo de la gracia de Allâh... Así es la guía de Allâh: con ella guía Él a quien quiere ser guiado, pero aquel a quien Allâh deja que se extravie jamás podrá hallar quien le guíe."

(CORÁN, SURA 39, AS SUMAR, LAS MULTITUDES, AYA 23)

La enseñanza divina es un aprendizaje del vivir, aquello que llegamos a saber con todo nuestro ser, con toda la conciencia de que somos capaces. La experiencia del vivir nos estremece, sacude nuestra piel y nuestro corazón, nuestro

interior y nuestra zona de contacto con la otra vida. Porque Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos habla a través del mundo y el mundo no cesa de adorarLe. El Corán hace que se estremezca la piel de las criaturas porque las traspasa hasta alcanzar el núcleo de sus conciencias y aún más allá.

Reconocemos la Realidad cuando nos abrimos a ella. La Realidad siempre está ahí o aquí, siempre está aunque no podamos decir dónde. Está en un *no dónde*, en un *no cuándo*. El conocimiento no es más que darse cuenta de eso, estar abiertos a la Realidad con plena voluntad y con plena conciencia, vivir en la sumisión a lo Real.

El sometimiento a Allâh es la fuente de todo bien y de todo conocimiento. Sometimiento a Su decreto, a Sus favores y a Sus pruebas. Lanzarnos al Océano de la Realidad implica la renuncia a todas las pretensiones de nuestros nafs. Pero la Realidad es muy compasiva con Sus criaturas porque nos purifica y nos conforta al mismo tiempo, nos vuelve más conscientes, poco a poco, como una matrona nos ayuda a nacer.

La Realidad nos sustenta, nos hace vivir, nos nutre y amamanta, siempre aquí y ahí y más allá, siempre atenta a nuestros más mínimos gestos, a nuestros pensamientos más profundos, siempre dispuesta a crearnos en Su conciencia, a despertarnos a la Realidad y en ella.

A esa Realidad que llamamos Allâh la sentimos y vivimos como lo Único, *Al Wahid*, porque nada real podemos encontrar aparte de Él, ni en Él, ni fuera de Él, que no sea Él mismo, Uno y Único. *Lâ ilâha illâ Allâh*.

Nos vamos comprendiendo a nosotros mismos gracias a la Rahma contenida en la Recitación. Y cuando reconocemos esa Recitación compasionada no podemos eludir la remembranza de Muhámmad, la paz y las bendiciones sean siempre con él. Su *maqâm* es la excelencia del Recuerdo. Su *dikr* es el Corán, un *dikr* que repitió sin cesar durante veintitrés años, como el canto de aquel ruiseñor que cantaba en la umbría, sin repetir jamás sus armonías, porque es el canto del Único, del que no tiene igual.

Allâhumma: Te pedimos que derrames Tu *âman*, paz y bendiciones sobre el Profeta Muhámmad, sobre su familia y sobre su *ummah*. Y que el día del Juicio estemos todos alineados detrás y junto a él. *Amin*.

Jutba 32

A LO LARGO DE ESTAS JUTBAS hemos ido peregrinando de *maqâm* en *maqâm*, de profeta en profeta, hasta alcanzar las proximidades de nuestro *qutb*, Muhammád, la paz sea siempre con él, que es el eje de toda la historia profética, de nuestra genealogía espiritual. Cada estación nos va revelando un secreto, y así nuestros centros sutiles, nuestras *lataíf*, van despertando a la conciencia procurándonos un recuerdo gradual de lo Real, haciendo brotar la luz que duerme en nuestras profundidades lejanas e inconscientes. Esas *lataíf* son la expresión de nuestra historia, tanto de la historia personal de cada uno como de la historia del ser humano sobre la tierra.

Ya sabemos que ser musulmanes es ir sometiéndonos a la Realidad Única, ir despertando a la luz gradualmente, poco a poco, mediante una Recitación que va provocando

el crecimiento de nuestro cuerpo luminoso. Ser musulmanes es ir peregrinando consciente y voluntariamente hacia nuestro origen, hacia esa Luz sobre Luz que es la fuente de toda realidad.

Ser musulmanes es ir siguiendo el rastro de la *silsila* conductora de los profetas, la paz sea con todos ellos, y de las gentes de Dios. A medida que vamos reconociendo en nosotros las ondulaciones de esa serpiente luminosa vamos despertando a la Realidad. Y al despertar nos damos cuenta de que la Única Realidad es Allâh y que nosotros somos Sus siervos. Esa reconducción de nuestras vidas hacia su eje, hacia su *qutb*, es nuestro *ta'wil al Qur'ân*, la experiencia viva y real de la Revelación que tiene todo musulmán que lo sea consciente y voluntariamente.

Además de los profetas y *salîhin*, muchos maestros espirituales nos han hablado de ello, a partir de sus propias vivencias. El *sheij* Semnânî nos describe ese despertar como una experiencia de interiorización que nos va reorientando hacia el *qutb* cuando dice:

"Cada vez que en Libro oyes las palabras dirigidas a Âdam, escúchalas a través del órgano de tu cuerpo sutil. Medita en aquello que simboliza. (...) Sólo entonces te será posible aplicarte a ti mismo la enseñanza de la Recitación y cogerla como una rama cargada de flores que acaban de abrirse."

Somos como un árbol que produce, por reflexión, todos los frutos, formas y colores. Al descubrir en nosotros el reflejo de todas las criaturas nos damos cuenta de que por eso

inspiramos a Ibrahim, a Isma'il, a Ishaq, a Ya'qub y a sus
hermanos a Nuh y a todos los profetas de él; e
“Ciertamente, te hemos inspirado, Oh Profeta, como

esmeraldas. En el Surá An Niṣād, la Realidad nos dice:
hasta cerrarse sobre si misma en un broche de tifernas
espiritual de esa cadena profética que se va engranzando
El Corán nos señala el isnad de esa silsilah, la genealogía

de nuestra resurrección.
Paulatino a la Realidad es la promesa que Allah nos hace
Muhammad, la paz sea con todos ellos. Ese deseo de
candombos a la silsilah cuyo shay' es un qurb, cuyo mā'ām es
de profeta en profeta, de mā'ām en mā'ām, vamos acer-
de la espiritualidad humana, de toda la humanidad. Así,
historia profunda. Ellas son portadores de los genes-
putos, que meditamos en sus historias porque son nues-
tra mejor condición, la de ser sus jaliyas.
Allah nos ayuda a situarnos en su mā'ām correspondien-
te, a revivir en nosotros ese momento de Su revelación.

Cuando nos acercamos al Corán atráidos por el aura de
algún profeta, y buscamos los ayat que sobre él aparecen,
Allah nos resuena en nosotros interior el divino discursivo, nos
provoca un florecimiento espiritual, una expresión de nues-
tramos abiertos y dispuestos a recibir Su enseñanza. Así,
do escuchamos la Recitación dentro de nosotros, cuando
secretos cuando nos sometemos al decreto de Allah, cuan-
do escuchamos la Recitación dentro de nosotros, cuan-
do escuchamos la Recitación dentro de nosotros, cuan-
do escuchamos la Recitación dentro de nosotros, cuan-

JUTBAS DE DAR AS SALÂM

descendientes, incluyendo a Isa, Yub, Yunús, Harún y Suleimán; y dimos a Daud un libro de sabiduría divina; e inspiramos a otros enviados que ya te hemos mencionado; así como a enviados que no te hemos mencionado; y Allâh habló a Musa directamente: hemos comisionado a todos estos enviados como anunciantes de buenas nuevas y como advertidores, para que la gente no tenga excusa ante Allâh después de la venida de ellos: y Allâh es en verdad poderoso, sabio."

(CORÁ, SURA4, AN NISÁ, LAS MUJERES, ÂYAT 163-165)

Desde Âdam hasta Nuh, la humanidad permaneció en el olvido de Allâh. Tiempo de *nisyán*, de *yahiliya*. Allâh le dio los nombres de las cosas a los seres humanos y éstos ocultaron Sus más bellos nombres. Con la purificación de Nuh, la paz sea con él, se inicia el proceso de reconducción hacia el origen, el *ta'wil al Qur'an*, la reconducción hacia lo Real mediante una reorientación hacia el núcleo más interior, hacia el *qutb*. Tras el diluvio, la humanidad comienza a entonar un *dikr Allâh*, de profeta en profeta, de edad en edad, de *maqâm* en *maqâm*. Pero también Âdam es reconocido como enviado:

"Ciertamente, Allâh exaltó a Âdam, a Nuh, a la Casa de Ibrahim y a la Casa de Imrán sobre toda la humanidad: todos son de un mismo linaje."

(CORÁN, SURA 3, AL IMRÁN, ÂYAT 33-34)

Este linaje único de todos los profetas es la *silsila* que llega hasta nosotros cuando somos capaces de oír Su mensaje, gradual y reiteradamente, cada vez de una forma distinta. Este mensaje está dando sentido a nuestro pensamiento y a nuestra palabra, porque está reconduciéndonos desde los nombres de las cosas hasta los atributos y cualidades divinas y así nos hace trascender el mundo material y aparente. Es esta la *silsila* de los adoradores sinceros, la que nos procura la certeza, el *isnad* que Allâh suscita en la humanidad para que no desaparezca Su Recuerdo.

A lo largo de toda la Recitación nos encontramos con este *isnad*, esa larga cadena de transmisión espiritual en la que, además de los mencionados anteriormente, se acomodan también Du-l-Kifl, Du-l-Qarnain, Elías y Eliseo, Hud, Idris, Jidri, Yusuf, Yahia, Lut, Saleh, Samuel, Shuayb y Zaqariya, la paz sea con ellos.

Todos ellos, así como esos otros que Allâh no ha nombrado en Su Corán, han sido encargados de transmitir, cada uno en su tiempo, un mismo mensaje, porque Allâh quiere que todos los seres humanos tengamos la posibilidad de vivir aquello para lo cual nos está creando, para ser jefas suyos en todos los mundos, criaturas conscientes y despertas. Por eso también nos asegura:

“Y, ciertamente, la esencia de esta revelación se encuentra también en verdad en los libros antiguos de sabiduría.”

(CORÁN, SURA 26, ASH-SHUARA, LOS POETAS, AYA 196)

Allâh no se ha olvidado de ninguno de nosotros, y mucho menos aún de quien Le recuerda. *¡Subhana Allâh!*

Allâhumma: continúa derramando Tu gracia y Tu báraka sobre la *silsila* de Tus profetas y enviados, sobre sus familias y sobre quienes les siguen, hasta el último de los rezagados. *Amin.*



ALLÂH QUIERE REVELARNOS el Corán para que expresemos Su luz en el mundo, para que nazcamos a la conciencia y así le conoczamos a Él. Allâh, *Subhana ua Taâla*, quiere que Sus criaturas alcancemos la plenitud de lo Real, le alcancemos a Él, y lo hace mediante un suspiro compasionado que atraviesa toda Su creación con una Recitación inimitable.

Allâh nos regala sin cesar una energía que está más allá de toda vibración, de todo sonido, pero lo hace mediante una articulación incomparable y misteriosa. Su Mensaje es una vibración pura que nos otorga la flexibilidad y la energía necesarias para existir como seres de luz, como fibras luminosas que se prosternan ante una única Luz que va creando todos los mundos a su paso, como un rayo que se ondula incomprensiblemente generando la vida, un milagro que no podemos comprender porque es Luz sobre Luz, energía que nutre y atraviesa los mundos como si fuese una serpiente luminosa.

Allâh quiere que despertemos a la Realidad, a la conciencia, y que nos demos cuenta de que ese es el sentido de nuestra creación, quiere que comprendamos que nuestro

decreto implica la Resurrección y que toda nuestra existencia depende sólamente de Él.

Ese cambio en nuestras conciencias se produce gracias a la luz de Muhámmad, la paz sea con él, la luz reverdeciente que recorre toda la *silsila* profética hasta Ádam y aún se interna más allá. Es el reverdecimiento, el *tayali* de la Resurrección de la luz en nosotros, lo que nos trae Muhámmad. Y así, acercándonos al Corán, nos damos cuenta de que Al Jidri, la paz sea con él, es el *sheij* de Musa, y de que la *Haqīqa* ilumina a la *Shariah*. La sabiduría llena de sentido a la ley. El verde hace vivir incluso al blanco porque está escondido tras la fuente del arco iris.

El Corán cambia nuestra visión. La Recitación nos lleva desde la visión ordinaria del mundo hacia el *tayali*, a la teofanía. El ejemplo de los profetas y los *salihin* nos ayuda a comprender la forma en que nosotros vivimos la Revelación, y también a comprendernos a nosotros mismos y a comprender el mundo.

La visión común surge en nuestras almas a partir de nuestras percepciones del mundo, de aquello que vemos y oímos. La visión de los profetas y de los *salihin* es una proyección de sus almas inspiradas sobre el mundo.

Es una visión plena de sentido, un *tayali* que borra el dentro y el fuera. Ven y oyen a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en sus corazones porque viven en la imaginación activa y creadora, en la *Haqīqa*, entregados a la Realidad con plena conciencia, sin *mâqâmat*, y sus historias personales se confunden con nuestra propia historia; *Barakalaufiq!*

Buscamos la Realidad en el mundo pero la Realidad nos alcanza por dentro, nos atraviesa y vuelve de nuevo al mundo en forma de visión, como Al Jidri le demostró a Musa, la paz sea con ellos. Resucitamos y reverdecemos en la existencia. Somos el más alto *tayali* cuando somos lo que Allâh quiere que seamos, siervos atentos a Su palabra, capaces de distinguir y amar lo *halâl* que hay en el mundo, cuando seguimos el rastro de los adoradores, de los que se prosternan de día y de noche, *al hamdulillâh*.

Los profetas de nuestra *silsila* mantienen la apariencia humana como *Rahmatullah* para quienes aún vivimos en el olvido, para quienes aún necesitamos del Recuerdo. Ellos son los heraldos de nuestra Resurrección en esta vida que surge sin cesar en nosotros, rompiéndonos en mil pedazos, y haciéndonos nacer enteros a otra vida que hemos de vivir con total seguridad y sin olvido. El despertar a la Realidad es el único acto libre por el cual somos recompensados con una existencia verdadera.

Señor nuestro: procúranos la conciencia de Tu Mensaje. Abre nuestros corazones a Tu Corán. *Amin*.

MAQĀMĀT

Jutba 33

NI SIQUIERA ESTAMOS SEGUROS de que lo que vemos sea la luz. Abrimos los ojos y nos reconocemos en una visión, en una forma plena de movimiento y de color. Necesitamos esta visión para poder vivir en este mundo, para tratar de comprender, con la ayuda de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, aquello que se revela a nuestra mirada. Cada visión es un *maqâm* donde nos detenemos para reconocernos y contemplar nuestro intinerario. Cada profeta vive en un tiempo y lugar que determinan su calidad específica, su perfume, su estación genuina. Cada uno de ellos vive un *tayali*, una teofanía única que nos llega a través de una Recitación.

Sentimos cómo este mensaje luminoso hace mella en nuestro cuerpo sutil, cómo afectan a nuestras *lataâif* las diferentes etapas de la Revelación. Sentimos con más o menos claridad cómo esta Revelación nos va modelando, al tiempo que

vamos reconociéndonos en las diversas *mâqâmat* y agotando las etapas mismas de nuestro viaje. Al borde de nuestro camino lineal encontramos una onda pura, una circularidad que no es sino luz palpitante que nos sugiere la cercanía de Allâh, Su presencia, más cerca de nosotros que nuestra vena yugular, tan cerca que no tenemos distancia para verLe.

La luz nos constituye pero es también un signo que nos ayuda a comprender. La única luz que podemos contemplar es la luz de la Revelación, la luz del Corán. Sin ella no podríamos contemplar la creación, no podríamos mirarnos, porque es la propia materia de los mundos. Una luz que es el eco de otra Luz que no podemos ver ni concebir, y que nos habla incesantemente desde la claridad que alumbra cada uno de nuestros días y de nuestros años. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, así nos lo dice en Su Libro Generoso:

"Pero ahora hemos hecho de este mensaje una luz con la que guiamos a quien queremos de Nuestros siervos."

(CORÁN, SURA 42, AS SHURA, LA CONSULTA, AYÂ 52)

Y en el Sura *An Nur*, La Luz, nos aclara:

"Allâh es la Luz de los cielos y de la tierra. La parábola de Su luz es como un nicho que contiene una lámpara; la lámpara está encerrada en cristal, el cristal brilla como una estrella radiante: una lámpara que se enciende gracias a un árbol bendecido —un olivo que no es del oriente ni del occidente— cuyo aceite es tan brillante que casi alumbra por sí solo aunque no haya sido tocado por el fuego: ¡luz

sobre luz!. Allâh guía hacia Su luz a quien quiere ser guiado; y con tal fin Allâh plantea parábolas a los hombres, pues sólo Allâh tiene pleno conocimiento de todo.”

(CORÁN, SURA 24, AN NUR, LA LUZ, AYA 35)

Ya hemos visto con Musa, la paz sea con él, que la Luz verdadera no puede ser vista ni descrita, sólo puede ser aludida en la metáfora, sugerida mediante un signo que nos ayuda a ver. Ese signo de la luz, ese parpadeo brillante que roza la superficie de nuestro espejo, es el Corán Generoso que nos vuelve hacia la Realidad mediante una clara donación de sentido.

La luz del Corán está plena de Realidad en la visión de Muhámmad, la paz sea con él, y es la misma visión de Âdam cuando vivió en el primer Jardín, antes de ser traído a esta tierra donde ahora nos encontramos. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, creó el alma de Muhámmad antes que ninguna otra alma humana, antes incluso que la de Âdam, la paz sea con ellos. Âdam vivió en la tierra verde que Muhámmad divisó a lo lejos mientras hablaba con Ýibril.

Esta tierra verde luminosa existe en el mundo imaginal, en el *'alam al mizal*, y es intemporal, trasciende las estaciones y los años. La verdadera luz no puede ser tocada por nosotros porque entremedias hay un cristal, un velo, una barrera imaginal que no es sino la forma y la apariencia de las cosas. Y es apariencia porque ese velo sólo existe para nosotros, esos seres extraños que aceptamos esta donación de conciencia, esta *amâna* de Allâh. Allâh, con Su *Rahma*,

nos procura Sus signos, en Sus preguntas están contenidas las respuestas ¿Es acaso el vidrio una barrera que impida el paso de la luz? ¿Está prisionera la luz cuando vive encerrada dentro de una caja de vidrio? ¿No será que la Luz quiere revelarnos Su secreto?

Sólo nos separa de la luz una materia ilusoria, una visión, una imaginación establecida por el lenguaje, por el claroscuro. Nuestras manos sienten la solidez del vidrio, su impenetrabilidad, y vemos la superficie del cristal reflejando las escenas del mundo, como en un espejo radiante. La luz encerrada en ese fanal es inaccesible a nuestras manos pero no lo es a nuestra visión.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos sugiere que vemos la luz a través de la materia, que la propia materia que vemos y nuestros propios cuerpos son luz y que estamos siendo creados en la conciencia, en la Realidad. Allâh nos regala la luz en forma de metáfora, y así nos ofrece la posibilidad de comprender y compartir Sus más íntimos secretos.

En nuestros corazones arden encendidas las lámparas de nuestras conciencias mediante el aceite de un árbol bendito, un olivo, que no es de aquí o de allá, que no es el olivo que vemos, sino un árbol antiguo que crece dentro de nosotros. El aceite que alumbría nuestras almas es el fruto de ese árbol interior, que provee de energía a nuestras *lataif*, a nuestros centros sutiles, a los manantiales de nuestra conciencia. Su cualidad única provoca la disolución de nuestras *mâqâmat*, porque cualquier *maqâm* se asienta en una sombra, y esta iluminación muhammadiana nos conduce hacia una mirada luminosa que nos hace vivir en lo Real, más allá de las sombras.

Una mirada luminosa es la que ha comprendido que aquello que contempla es sólo una visión, una descripción de la Realidad. Una mirada así es la de alguien que está aceptando su destino, alguien que se está librando de sí mismo, de sus estados y de sus *mâqâmat*, en contacto con una experiencia teofánica. Sus *lataif* vibran armoniosamente, sin resistencias. Nuestra energía ya no se detiene en un lugar sino que avanza sin obstáculo, plena de belleza y significado.

Esta es la luz que el Corán Generoso aviva en nuestros corazones, la misma que iluminó a los que constituyeron la comunidad de Medina, y tal vez por eso la tradición nos dice que las gentes de Medina no tienen *maqâm*, porque Medina es *Al Munauara*, la Iluminada y Radiante, una ciudad dulcificada por la mirada de quien albergó en su corazón la más grande de todas las luminarias.

Muhámmad, la paz sea con él, es un centro radiante de claridad para todos los seres humanos de cualquier sitio. *Al hamdulillâh*. La *Madina Al Munauara* es un reflejo en este mundo de aquella tierra verde que divisó el profeta, la paz sea con él, porque sus habitantes disfrutaron de la mirada que había contemplado aquella visión.

Muhámmad, la paz sea con él, transmitió el mensaje con todo su ser. También con su mirada. Quienes tuvieron la dicha de conocerle vieron la lámpara encendida tras el cristal de sus ojos oscuros. Algunos se iluminaron súbitamente; otros, atraídos por el brillo, cayeron como mariposas hipnotizadas, pero todos se conmovieron.

Algunos optaron por explicar aquella luz en términos de locura o de invención interesada, pero Muhámmad sabía que

lo que brotaba en su corazón era el propio *tayali* de la Luz. Y Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, así se lo confirma:

"Quieren apagar la luz de Allâh con sus palabras: pero Allâh no permitirá que esto ocurra, porque ha dispuesto que Su luz resplandezca plenamente, aún a despecho de quienes niegan la verdad."

(CORÁN, SURA 9, AT TAUBA, EL ARREPENTIMIENTO, ÁYA 32)

Quienes se empeñan en vivir pegados a las sombras no pueden hacer nada para impedir la iluminación que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, regala a Quien Él quiere. Cuando recitamos el Corán, cuando recitamos la *Fâtiha*, un día y otro, *salât* tras *salât*, despiertan nuestros centros luminosos, nuestras *lataif*, una en cada cielo, en cada estación, en cada áya, en cada *maqâm*, una *latifa* en cada nivel de nuestra conciencia, de nuestra comprensión.

Cada áya de la *Fâtiha* es una de nuestras *mâqâmat*. Y todas las *mâqâmat* nos conducen al jalfato, al pronunciamiento consciente y luminoso del *bismillâh* que inaugura la conciencia despierta. Nos asisten los profetas en nuestras *lataif*, pero todos los profetas y todas las *lataif* siguen la luz de Muhámmad, la paz sea con él, porque él habita y anima el centro sutil que abre en nosotros la conciencia de lo Real. Por eso los sufíes orientales llaman a este centro sutil *latifa haqqiya*, el *maqâm* de la Verdad y de la Realidad.

Los siete áyat de la *Fâtiha*, las siete *mâqâmat*, se resumen en el *bismillâh*, en el pronunciamiento de la concien-

cia clara. Y esta creación de los mundos se resume en la letra *Ba*, una media luna y una estrella, un espejo iluminado y un astro radiante, como dice Allâh en el Corán:

“¿No veis cómo Allâh ha creado siete cielos en perfecta armonía entre sí, y ha puesto en ellos la luna como una luz reflejada, y el sol como una lámpara radiante?”

(CORÁN, SURA 71, NUH, NOÉ, AYAT 15, 16)

Nos sentimos agradecidos a Allâh porque nos ha hecho conocer una luz que nos conforta y nos ilumina. Porque ha creado esos siete cielos para nosotros y ha enviado un mensajero para cada una de esas estaciones. Y todos los mensajeros, todas las *lataif*, se sitúan detrás de nuestro *imâm*, detrás de Muhámmad, la paz y las bendiciones sean con él.

Allâhumma: Te pedimos que nos hagas conscientes de lo que nos procura y de lo que nos evitas. Haznos conscientes de aquello que Tú nos estás regalando sin cesar. Háznos amar a Muhámmad con todo nuestro ser. Haz que Muhámmad interceda siempre por nosotros, por cada ser humano de su *ummah*. *Amin.*



LA LUZ QUE NOS HACE VER aparece siempre en un reflejo, en una mirada, y por eso la luz de los que se someten a la Realidad es la luz de la mirada de Muhámmad, la paz sea con él. Muhámmad es la luna de nuestra humanidad, el espejo radiante que casi alumbra por sí solo aunque no haya sido

tocado por el fuego. Él es la luna de nuestro cielo interior, el sello luminoso de nuestra vía que se expresa en lo mejor de nuestras miradas. La luz que seamos capaces de contener en esa mirada amorosa al profeta es lo único que tenemos. Allâh nos señala el sentido de esta luz cuando nos dice:

"Y hemos hecho de la noche y del día dos símbolos; y hemos extinguido luego el símbolo de la noche y en su lugar hemos puesto el símbolo luminoso del día, para que busquéis el favor de vuestro Sustentador y seáis conscientes del paso de los años y del ajuste de cuentas que ha de venir. ¡Pues hemos expuesto todas las cosas con la mayor claridad! Y a cada ser humano le hemos atado al cuello su destino; y en el Día de la Resurrección le sacaremos un registro que encontrará abierto; y se le dirá: 'Lee este registro tuyo! ¡Hoy te bastas tú mismo para ajustarte cuentas!'"

(CORÁN, SURA 17, AL ISRÁ, EL VIAJE NOCTURNO, ÂYAT 12-14)

La noche y el día no son la luz y la oscuridad sino sus signos, los *âyat* que nos permiten intuir o comprender lo Real. La alternancia de luz y sombra nos está expresando un ritmo, un pálpito, una expansión y un regreso, una vibración que nos recorre por dentro y por fuera. Cada amanecer y cada atardecer nos recuerdan nuestra propia condición, el paso del tiempo, de los años, una experiencia del vacío que nos conduce hacia Allâh, hacia la Única Realidad que existe y que Se nos revela de todas las maneras posibles.

A cada uno de nosotros se nos da la posibilidad de conocer la luz y la sombra por medio de los signos de Allâh, de

dirigirnos hacia lo luminoso o hacia lo oscuro. Somos responsables porque somos conscientes. De pronto, como Daud, comprendemos que los litigantes son esos polos de la existencia que construyen en nosotros una imagen imposible de lo Real, apuntalando una visión determinada, una huella. Y nos damos cuenta, *masha Allâh*, de que somos probados en esta vida mediante esa contradicción, esa posibilidad constante e inconclusa de adherirnos a la luz o a las sombras.

Llevamos nuestro destino atado a nuestro cuello, no como una carga sino como expresión de la energía que nos va conformando en función de nuestra naturaleza y de nuestras decisiones. No se trata tanto de nuestro destino biográfico como de nuestro destino espiritual, que se va construyendo mediante esas decisiones conscientes.

Cuando aceptamos la *amâna*, cuando aceptamos ser conscientes de nosotros mismos y del mundo, cuando nos abrimos a la Revelación, Allâh deja nuestro destino espiritual en nuestras propias manos. Eso quiere decir que no nos queda ya más remedio que asumir la responsabilidad de nuestros estados, de nuestras *lataifî* y de nuestras *mâqâmat*, y que sólo somos, entonces, la luz que albergamos en nuestros corazones. Como nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala* en el Corán:

"Y cada ser humano comparecerá con sus antiguos impulsos internos y su mente consciente, y se le dirá: 'En verdad, has vivido desatento a esto, pero ahora te hemos quitado el velo, y hoy tu vista es penetrante!'"

(CORÁN, SURA 50, QAF, ÁYAT 21-22)

Nuestro verdadero destino es la conciencia de Allâh, porque no podemos desembocar en otra conciencia que no sea la Suya. *Masha Allâh*, porque Él es lo Único Real.

Desvelamos nuestro decreto y alcanzamos nuestro destino acompañados de testigos: nos acompañan nuestros impulsos más primarios, aquellas fuerzas que nos empujaron hacia el olvido y la inconsciencia y también aquella parte de nosotros que es testigo consciente, *shahîd*, y que es fruto de nuestro despertar espiritual.

Cuando Allâh aparta de nosotros el velo vemos el desenlace de nuestro *jihâd*, su forma luminosa o sombría. Y es Muhámmad, la paz sea con él, quien nos ayuda a ser testigos, quien nos procura una conciencia trascendental. *Nur ara Nur*, Luz sobre Luz que Allâh mantiene ahora viva en nosotros mediante Su Corán Generoso, para extenderla ante nuestros ojos, para que nos asista:

"El Día en que veas a los creyentes y a las creyentes, con una luz que se extiende rápidamente delante de ellos y a su derecha, y a los que aguarda esta bienvenida: ¡Vuestra buena nueva en este Día: jardines por los que corren arroyos, en los que morareis! ¡Este, precisamente, es el supremo triunfo!". Ese Día los hipócritas y las hipócritas dirán a los que han llegado a creer: ¡Esperadnos, para que tomemos un rayo de luz de vuestra luz!" Pero se les dirá: ¡Volveos atrás, y buscad vuestra propia luz!"

(CORÁN, SURA 57, AL HADID, EL HIERRO, ÂYAT 12, 13)

En ese momento, *masha' Allâh*, estamos despiertos en la Luz, la vemos extenderse ante nuestros ojos, desplegándose ante nuestras miradas, *al hamdulillâh*. Porque la luz que Allâh extiende ante nosotros es una claridad que despliega el mundo y rompe nuestra visión en mil facetas, como un cristal tallado por *Al Musauir*. Es una luz que brota de la mirada de quienes Le recuerdan. Es la claridad de quienes han conocido la Luz y han mirado después al mundo.

En esa mirada compasiva centellea la Realidad y se constituye la luz sobre la luz y, cuando ésta surge, los hipócritas, ensombrecidos, buscan a los sometidos a Allâh para que les miren, buscan ansiosamente sus miradas, pero es en vano porque la luz que nos hace vivir brota desde dentro y es radiante. Los *munafiqûn* no entienden la metáfora porque no aceptan la misericordia que Allâh ha depositado en sus corazones, porque no ven las señales, porque están velados a la Revelación. De nada sirve la luz a quien no quiere ver, a quien se refugia tristemente en las sombras.

Tenemos la luz que somos capaces de albergar en nuestro interior y transmitir en nuestra mirada. No podemos ver con los ojos del otro, y menos aún ver con la luz del otro, así que hemos de limpiar paciente y humildemente nuestro cristal para que la luz de la Realidad se refleje sin resistencias. Hemos de pulir nuestras *lataif* y ser conscientes de que la luz nos alcanza porque Allâh así lo quiere. *Al hamdulillâh*. Él quiere que el Corán Generoso brote vivo en nuestros corazones y para eso nos hace musulmanes, para eso mismo nos envía a Muhámmad, la paz sea con él, y para eso mismo, Allâh, *Subhana ua Ta'alâ*, nos dice:

"¡Oh vosotros que habéis llegado a creer! Volveos a Allâh con arrepentimiento sincero: puede que vuestra Sustentador borre vuestras malas acciones, y os haga entrar en jardines por los que corren arroyos, el Día en el que Allâh no avergonzará al Profeta ni a los que comparten su fe: su luz se extenderá delante de ellos, y a su derecha; y suplicarán: '¡Oh Sustentador nuestro! ¡Completa nuestra luz, y perdona nuestras faltas: ciertamente, Tú tienes poder para disponer cualquier cosa!'"

(CORÁN, SURA 66, AT TAHRIM, LA PROHIBICIÓN, ÁYA 8)

En el momento de descorrer el velo Allâh no nos avergüenza si somos conscientes de Él. Para que ello sea posible, *masha Allâh*, nos regala el jardín de la visión de Muhamad, la paz y las bendiciones sea con él, una conciencia unificada más allá de cualquier claroscuro, más allá de las sombras y de los velos. Así despierta nuestras *lataif* y así vamos siendo conscientes de la Realidad, de esa Luz que trasciende todas las sombras, *al hamdulillâh*.

Ese es el fin de nuestro *jihâd*, porque nos conduce de la mejor manera posible hacia un destino seguro, porque con esa conciencia estamos ya sometiéndonos a la Realidad, y también al hecho cierto de que habremos de morir a este mundo diverso y peregrinar hacia lo único desconocido. Esta sumisión nos ilumina, nos hace capaces de vivir como seres humanos, despiertos y vigilantes, como habitantes de esa región de las dunas donde los moradores del Jardín disfrutan a veces de la Presencia.

Allâhumma. Extiende la luz de la Realidad delante de nosotros. Procúranos una existencia verdadera, que Te sirva conscientemente a Ti y a Tu creación. Y háznos entrar en Tu Jardín con la gente de Muhámmad. ¡Oh *Rabbi!* ¡Completa nuestra luz, y perdona nuestras faltas: Ciertamente, Tú tienes poder para disponer cualquier cosa! *Amin.*

Jutba 34

AL HAMDULILLĀHI AL QADIR, *Al Rahmān*. Bendito Sea Allâh, el Poderoso y Compasivo, que nos ha procurado la vida y sus *mâqāmat*. *Al hamdulillâhi ar Rahmâni*. Bendito Sea Allâh, el Compasivo, que así nos procura un buen despertar.

Allâh *Al Qadir* nos ha guiado a través de las *mâqāmat* de Su creación, estaciones de una Revelación que nos ilumina. El Más Compasivo, *Al Rahmâni*, nos hace capaces de albergar los sentidos, disfrutar de la *duniâ* por un tiempo y conocer el agradecimiento. Allâh nos hace conocerLe en Su creación, de la misma y sabia manera que nos hace vivir el invierno y la primavera, el sueño y la vigilia. Pero ¿Qué haremos ahora, cuando las estaciones aparecen todas juntas componiendo un caleidoscopio creador que no se detiene en ninguna imagen o faceta?

No hacemos más que cumplir el decreto de nuestro sometimiento, expresar nuestra adoración, vivir como testigos y actores en un tiempo que se nos sugiere y desaparece constantemente. Aquí ya no hay yo ni tú ni nosotros que establezcan diferencias. Hay palabras y hay silencios, hay vida fluyendo por todos sitios. ¿Qué nos ocurre en las cercanías de ese vacío creador? ¿Qué conciencia es la que permanece?

Seguimos aquí, en este mundo, pero nuestra mirada se ha transformado y ahora está reflejando el vacío de los mundos, y ahora también nuestros corazones se abren fácilmente con el Aliento de la Compasión, *al hamdulillâh*.

Allâh, *Al Rahmân*, nos está haciendo vivir y conocer la sinceridad, la constancia, la confianza, *al hamdulillâh*, recibiendo los regalos que constituyen nuestra *târiqa*, en medio de engañosas descripciones y fugaces visiones. Estamos disfrutando de la conciencia por medio de un Corán que nos despierta purificándonos. Allâh lo está haciendo así porque Él quiere crearnos sintiendo el placer de alabarLe, el gusto de adorarLe. *Barakalaufiq*. Nos sentimos agradecidos y conmovidos por Su Compasión, sacudidos y confortados, liberados de todas esas cadenas que nos aprisionan, *Al hamdulillâh wa shukurillâh*.

No necesitamos trazar ningún plan si nos extinguimos en el Suyo. Él está trazando el itinerario de nuestro despertar, nos está procurando nuestra *fîtrah* en un mundo lleno de belleza, regalándonos el mejor recuerdo de nuestras vidas. *Barakalaufiq* por esta extinción que no nos merma sino que nos acrecienta y nos expande. Digamos lo que digamos, escribamos lo que queramos, lo hacemos manifestan-

condición y capacidad, del establecimiento del jumá como
 Todos somos beneficiarios, cada cual según nuestra
Allah que nos mantenga cerca. Barakalauyya.

Allah que nos mantenga cerca. Barakalauyya.

agradecimiento por vuestra confraterna y paciencia. Pido a
 paz sea con todo ellos. Y a vosotros quienes queréis expresaros mi
 mes, al último de quienes estableceron nuestra *qubla*, la
 despertar en esta *ibadá*, siguiendo al mejor de Sus imá-
 jatin de esta *jamaá*, querido dar gracias a Allah por nuestro
 ra nosotros una confraterna tan clara y tan cercana. Como
Iám y Tu aman. Al hamdulillahi, Al Muhási, por querer pa-
Allahumma: Barakalauyya por hacernos conocer Tu sa-
saláam, nos crea mu'minun y nos ampara en Su aman para
to con todo nuestro ser. Nos hace musilimun y nos regala Su
dones de la existencia, haciendo sentir el agradecimien-
to quien realmente nos escapa un voluntad. El es
nacido, ensanchando que nuestro delirio y nuestra imagi-
El más Sabio es esta desvelando el sentido de nuestro
delirio, consciente y no escapar a Su voluntad. El
somos conscientes de El y cuando no lo somos.
conocer completamente, que esta siempre presente, cuando
nos y sabemos que El es verdaderamente Sabio y que nos
*comiendo nos conduce al *janna*, a la Realidad. Por eso sentí-*
Para purificar nuestros corazones. Con el señuelo del cono-
El nos procura las palabras y hace de ellas un pretexto
que nos traeando ahoras para cada uno de nosotros con genuina
*do nuestro decreto, nuestro *qadr*, este plan que Allah es*
que nos impide la batida. El talib es esta batida sus
*alas, al *hamdulillah*.*

tierra donde brota la semilla del sometimiento, como *dar al islām*, como encuentro entre peregrinos exhaustos que sumamos nuestras voluntades para llegar a un Único destino, como diálogo de amantes y de hermanos.

Ahora que el Mensaje nos ha aniquilado por completo, ahora que hemos sido vencidos por lo Real, nos reconocemos más humildes y vulnerables pero, al mismo tiempo, más enteros, pacientes y flexibles ante la adversidad, más dispuestos a entregar nuestras vidas a la Realidad. Lo que sólo era imaginación se muestra ahora a nuestros sentidos, y los mundos se suceden unos a otros sin descanso. Y ahora Allāh quiere que Le conozcamos como *As Salām*. Él es la paz, el equilibrio, Él es quien nos ofrece el espejo de Muhámmad, la paz sea con él, aquel que siempre nos devuelve una sabia y dulce sonrisa, una mediación cierta y eficaz.

Allāh, *Subhana ua Ta'ala*, nos está dando la *báraka* de Su Mensajero, la cercanía de Muhámmad, la paz sea con él, para pulir nuestro carácter y así florezca nuestro *din*, la *báraka* que hace fructífero el encuentro. Me veo a mí mismo y nos veo a nosotros ahora como vigilantes despiertos, que sólo podemos dormir en nuestro sueño.

Nos siento humanos, al *hamdulillāh*, y nuestro carácter se dulcifica en esta meditación, en esta reflexión y en este *salāt*, entre la música y los regalos que Allāh nos está procurando. Ahora nos gusta ser más agradecidos y somos más capaces de aceptar Su amor, que es Su mejor regalo. Que no nos avergüence expresar el cariño que nuestro *Rabb* nos tiene, porque estamos así recobrando nuestra *fitrah*. Al *hamdulillāh*.

Lloraremos y reiremos, *masha Allâh*, pero esas lágrimas serán cada vez menos nuestras. Las sonrisas de quienes son más puros entre nosotros dulcifican nuestro Recuerdo. Y las miradas de los más vulnerables nos ayudan a olvidar a otro u otra que Allâh. Él es quien siempre nos ha guiado, quien nos está guiando ahora, Él es *Al Hadi*, enseñándonos nuestra *quibla*, *subhana Allâh*, atravesándonos con el *ijlâs*, iluminando nuestra intención y purificando nuestros sentidos. Hay ahora en nosotros una sinceridad más profunda y desnuda, una mayor ternura. *Al hamdulillâh.*

Un *jihâd*, un encuentro y un alumbramiento tienen lugar en este presente compartido. Estamos conociendo a seres humanos que expresan su *shahâda* en estos momentos, especialmente intensos, de *jihâd*, en la *ummah*. Su testimonio nos afecta porque está lleno de sentido, porque nos ayuda a recordar nuestro desembarco en la *ummah* de Muhámmad, la paz sea con él, nuestro contacto con la luz del Corán. Que Allâh les guíe a ellos como nos está guiando a nosotros.

Al hamdulillâh porque Él nos está dulcificando, tornando fiel nuestro sometimiento, nuestra entrega. Nos está regalando un marco elevado de comunicación, un *barzaj*, para que podamos compartir, un ámbito de convivencia sin ninguna frontera, ni juicios de valor ni categorías de ninguna clase, sin fisuras, una forma excelente de vivir en la creación de todos los mundos, en esta tierra de los *âdamiyún*.

Al hamdulillâhi rabbil 'alamin, Quien nos libra de la tiranía de las ideas, de las estrellas fijas del cielo de los locos, *Al hamdulillâh*, y Quien ahora nos hace recordarLe en la primavera, en este nuevo giro alrededor de nuestro

sol. El derviche sonríe en un momento de su *samá* y su sonrisa es anotada por el ángel.

Allâhumma: Tú eres *Al Qadir*, pero también eres *As Salâm*. Háznos conscientes de esos Nombres Tuyos, haz que los vivamos, que conozcamos la paz. *Amin*.



CUANDO SENTIMOS MIEDO podemos darnos cuenta de nuestro error. El ángel nos mira sin anotar nada. Allâh nos está regalando la *taqua* de la vigilia, el celo de los vigilantes. Un halcón se para en el aire y luego vuela a nuestro encuentro, posándose en un poste de hierro. En nuestra vida cotidiana se ha posado la imagen de la depredación, pero lo hace junto a otras imágenes que la equilibran.

"Momentos difíciles son mensajes benditos", como dice nuestro semítico hermano Ibrahîm Jalil. La imagen del horror está contrapesada con la luz del desnudamiento. Así contemplamos la guerra en los instantes en que se nos sugieren sus más brutales expresiones.

Al mismo tiempo sentimos un claro rechazo hacia esa rapiña de alienación y destrucción, y la sentimos como obra de alucinados y perversos. Contemplamos esas propuestas, las interiorizamos y las hacemos parte de nuestro mundo. Es natural que eso nos asuste. Ese miedo y esa inquietud son sentidos por la inmensa mayoría de la humanidad. Pero ahora nos vamos dando cuenta de que no es el miedo lo que puede evitar la destrucción, sino la confianza en Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, y en Su sabiduría.

Comprendemos así que destrucción y construcción son tensiones básicas de la creación de Allâh de la que somos parte consciente. ¿Quiénes somos nosotros para evitar la destrucción o para crear la creación? ¿Somos en realidad jalfas o somos, por el contrario, unos impostores alucinados?

Aunque ahora estamos más dispuestos a morir en cualquier momento, más sometidos a lo Real, no hemos dejado de sentirnos indefensos y hambrientos. Este sentimiento es el *áman* que Allâh extiende como un manto sobre nosotros. A Él Le expresamos nuestro agradecimiento arropándonos bajo ese manto sublime.

Y desde este refugio seguro, desde este *ribat*, nos esforzamos en la *târiqa* de Allâh, reconociendo esas estaciones, las máqâmat que jalonaron nuestro antiguo caminar, y ahora vamos girando con los planetas, danzando con los lenguajes, expresando el gran *jihâd* en nuestras miradas. Ya no somos tan presuntuosos, ahora asumimos mejor nuestra responsabilidad, nuestro *ajlâq*, y nuestra mirada se torna más humilde y vacía, *al hamdulillâh*.

Allâh nos libra de intenciones oscuras y nos purifica con un fuego que no nos abrasa, que nos devuelve al Ibrahîm de nuestro ser. Un fuego que nos seca por dentro para curarnos de la autocoplacencia y la vanidad. Pero no es nuestro mejor destino el fuego sino que esa curación por el frío, el calor y la sequedad nos está conduciendo a un jardín en el que viviremos por un tiempo, templando así nuestra humedad, nuestra base vital, el agua que nos permite recordar y anhelar ese otro jardín de lo Real, *masha Allâh*, que Él nos ha prometido. ¡Qué gran regalo hay en Su promesa!

Allâh nos hace fuertes en la dificultad mostrándonos que la dificultad desaparece, como todo desparece salvo Su rostro. Nos aferramos a lo difícil, porque aún siendo difícil es algo a lo que podemos aferrarnos. Tememos no ser nada, tememos lo Real, tenemos *taqua*, *subhana Allâh*. Sentimos nostalgia de nuestra *taqua*, de nuestra entrega, de nuestra sinceridad porque aún hay alguien. Nuestra mirada se queda prendida del rastro de una luz que desaparece. Una estrella fugaz o un misil de largo alcance en la noche. Todavía no nos da igual.

Hablamos de la guerra como de algo terrible e inevitable, damos cabida y realidad a una visión que unos cuantos locos tratan de imponernos, unos alucinados que creen y quieren hacernos creer que sus visiones son la única realidad. Estamos preocupados, claro, pero confiamos en Allâh y en Su sabiduría. Estamos dispuestos a ser probados hasta el momento mismo de nuestra muerte, *masha Allâh*. Y estamos siendo probados ahora con la experiencia del gran *jihâd*.

Ya no tenemos excusas ni *mâqâmat* a las que agarrarnos. Queremos ayudarnos a caminar en este mundo que es ya un mundo de postguerra, pues ya hemos comprendido la naturaleza perversa que expresan impúdicamente los poderes humanos. Ellos no quieren luchar. Tienen miedo. No quieren hacer una guerra sino imponer el conflicto violento y destructivo como forma de vida para todos excepto para ellos. Quieren abolir el gran *jihâd* con el pequeño *jihâd* pero no saben que Allâh les ha dado ya la respuesta. Su luz no es nunca ensombrecida.

“¡Ay si lo hubieran sabido...!”

En tiempos de *jihâd* el *ribat* cobra especial relevancia. Los halcones lo sobrevuelan una y otra vez tomándolo como punto de referencia en sus vuelos fugaces y depredadores. Ahora nuestro *ribat* es el encuentro, el *salât* compartido, la hilera sin fisuras, la cota de malla del profeta, la paz sea con él. El *ÿuma* es un pilar sólido y central de nuestro *ribat*. Aquí encontramos el *áman* de la concordia y la simpatía. Los halcones son, este caso, nuestras propias pasiones.

Allâhumma: conserva y fortalece las murallas de este *ribat* con nuestra *'ibâda*. Abre sus puertas a quienes necesitan refugio y amparo. Ciérralas a los enemigos. Y baña a los *muyahidûn* con Tu Recuerdo, con el perfume inolvidable de Tu jardín. *Amin*.

Jutba 35

AL HAMDULILLÂH WA SHUKURILLAH, porque ahora ya sabemos que es Allâh Quien une y Quien separa, y que separa para que podamos discernir la existencia y vivirla como seres humanos, para que podamos conocer el gozo de la unión y así Le intuyamos a Él. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, es también Quien nos hace olvidar para que así podamos reconocerLe y recordarLe. *Al hamdulillâh wa shukurillah*, Él es Quien nos ha enviado a Muhámmad, la paz y las bendiciones sean con él, para que nos unamos en su mediación y alcancemos así el regalo del *tauhid* en este mundo.

Nos sentimos cansados creyendo que hemos recorrido un largo camino. Nos sentimos con el derecho a disentir, a quejarnos, a diferenciarnos y alejarnos así de los demás y de nuestra *fitrah*. Nos sentimos con el derecho a juzgar a los otros y es entonces cuando estamos ya en un olvido

completo, en una experiencia irreal de la creación y de las criaturas. Irreal porque las criaturas son de Allâh y no merecen eso de nosotros. Las criaturas, los colores, los pensamientos, son una expresión, un *tayali*, de la belleza y de la majestad de lo Único Real. ¿Quienes somos nosotros para atribuirles un poder y una existencia inherentes, sino criaturas al fin y al cabo, aunque seamos unas criaturas distinguidas?

¿Qué podemos argumentar, qué decir, cuando al fin nos damos cuenta de que no hemos llegado a ningún sitio, de que no somos sino *esto* que está siendo creado en *este* momento? ¿Quién hablará ahora, cuando no haya más tiempo que el presente y no reconozcamos más que a Allâh, *Al Hayy, Al Qayyum*?

Hemos creído firmemente en nuestra existencia, creamos en ella y eso nos produce miedo, tristeza y cansancio, pero nuestro cansancio es tan irreal como nuestra fuerza. Hemos llegado a creer en nuestra existencia mediante una serie constante de olvidos, de movimientos misteriosos que, por cierto, nos hacen posible vivir en la diversidad y construir el diálogo. Y una vez junto al otro o frente al otro no hemos sabido ser más que eso otro, diferente por su voz, por su mirada, por sus palabras, otro más que ese. Y ese es el olvido.

Hablamos del amor y no llegamos a ningún sitio. ¿Quién puede describirlo? Nos acordamos del profeta, *salla Allâhu aleihi wa salem*, y entonces nuestras diferencias se disuelven. Vamos pues a recordar al profeta, *al hamdu lillâh*, vamos a tratar de vivir como él. Leamos los hadices y encontraremos las claves ciertas de la manera más humana

de vivir. Como humanos tratamos de buscar aquello que nos complace, aquello que nos causa placer, lo que más se ajusta a eso que llamamos nuestra inclinación natural, nuestra *fitrah*, pero a menudo nos olvidamos de que esa *fitrah* ha sido alterada, moldeada por los espejos de la reflexión y del olvido. Encontramos un hadiz que nos transforma, pero más tarde citamos otro que nos salva de una situación comprometida.

¿Dónde está el equilibrio? ¿Cuándo estamos caminando por el *sirâtal mustaqîm*? No hay una respuesta lógica, sino una respuesta con todo nuestro ser, desde el núcleo más profundo. No cabe dejar nada afuera.

Ahora ya sabemos que nuestros *nafs* han sido atenazados por el deseo, por el miedo y por la ignorancia. Comenzamos a intuir que, antes de disfrutar de esa conciencia, no sabíamos qué era lo queríamos en realidad. Buscábamos, sin saber qué buscar, entre los objetos de nuestro amor o de nuestro miedo, de nuestro placer y nuestro sufrimiento. Al *hamdulillâh* que ahora nos está dando un Corán que nos ayuda a regresar a la conciencia, a reconocer nuestro destino. Nos damos cuenta ahora de que nuestros *nafs* están regresando a su *fitrah*, que las discusiones estériles e inútiles están siendo sobrepasadas por los ecos de una divina sabiduría, de una Generosa Recitación, al *hamdulillâh wa shukurillah*.

Allâh nos hace comprender que nuestros *nafs* no son ni malos ni perversos, que simplemente están desviados, errados, deformados por el olvido, *subhana Allâh*, y ahora nos miramos de nuevo en el mejor de los espejos, la paz sea

con él, y nos comprendemos mejor, si es eso lo que queremos, si es que hemos decidido conocer el amor. Que queramos o no, no depende de nosotros. Nada depende de nosotros, lo que hayamos de hacer hagámoslo con determinación, *insha Allâh*, pero sin prisas, con pausas, para recordar nuestro vacío, sin dar excesiva importancia a las formas, no más de la que tienen.

Las formas son los recipientes que contienen el torrente de nuestra conciencia, un lenguaje que represa el desbordamiento. También son sueños que pueden entretenernos y distraernos. Hay formas tranquilas, formas apasionadas y formas que trascienden las formas. Hay un número inabarcable de formas. De todo hay en este universo de objetos, colores, palabras, recuerdos, y todas esas formas están diciéndonos algo, conteniendo algo. Las vemos, las tocamos, y así las sentimos como reales porque suponen un yo que las contempla, que las vive como tales, *subhana Allâh*.

Y eso es *Rahma*, Misericordia, Compasión pura. Y nos sentimos agradecidos por la existencia aunque ésta no sea ya más que un velo, y cuando expresamos nuestro agradecimiento el velo se levanta, *subhana Allâh*, y nuestros corazones se complacen. *Al hamdulillah wa shukurillah*.

Las formas puras de nuestra adoración, la constancia en la *ibâda*, van dejando en nosotros la impronta del *âdab*, del buen carácter. Y por eso volvemos a recordar a Muhamad, una vez y otra, y le deseamos la paz a él, a su familia y a sus seguidores, porque cada vez que nos acordamos de él, nuestros *nafs* recobran algo de su *fitrah*, porque su *bâraka* trasciende los límites de cualquier historia y, por

supuesto, los espacios muchas veces miserables de la historia personal, *al hamdulillâh*. Por eso nos dijo en un hadiz, transmitido por Muhammád al Faquir en la colección *Maqarimu-l-Ajlâq*: “Quien ame mi *fîtrah*, que adopte mi *sunnah*.” Y la *Sunnah* del profeta, la paz sea con él, es la perfección del *âdab* y del *ajlâq*. Y a todo ser humano consciente le alcanza.

Porque no sólo reconocemos su *bâraka*, sino que la vivimos como una energía viva y real, *al hamdulillâh*, una onda luminosa que nos transforma. Porque reconocemos que su *bâraka* nos alcanza real y ciertamente. Esto no tenemos obligación de explicarlo sino de transmitirlo tal y como lo sentimos, como una energía humanizante que acaba con nuestra necesidad de ser redimidos, que nos ayuda a ser jalifas, soberanos. Y lo hacemos con nuestras vidas, con nuestras actitudes, palabras y silencios, es decir, con las formas que vamos asumiendo a lo largo y ancho de nuestra existencia, con la *shariah* y con esta *târiqa* que nos proporciona la marca del contraste, el sentido y el valor reales de nuestra Ley.

Al hamdulillâh wa shukurillah. Tu Compasión no tiene límites pero impones los límites a nuestra creación para así poderla contener en Tu existencia. *Lâ ilâha illâ Allâh, Al Rahmân.* Tu Compasión nos alcanza porque Túquieres. Tú eres el Amado y el Amante. Sólo a Ti adoramos y sólo a Ti pedimos ayuda, *masha Allâh*.

Allâhumma, ana'amta as Salâm. Oh, Dios mío, Tú eres la Paz de esta mezquita Tuya donde nos prosternamos. Acepta nuestro *shukr* y nuestra *ridâ*, nuestro agradeci-

miento y nuestro contento pues sólo pueden ser para Ti. Abrillanta los espejos de Tu creación. Tú que nos arrojas al vacío de la existencia como jalifas Tuyos. Protégenos del fuego y del olvido. *Amin.*



HABLAMOS DEL COMPROMISO con la creación, y hablamos de la liberación de nuestras ataduras. Vivimos en el anhelo de lo Único, y lo Único no deja de enviarnos Sus señales. Allâh crea a Muhámmad para que nos transmita Su mensaje, un Corán, a nosotros, criaturas dotadas de razón y sentido, distinguidas con Su *amâna*, favorecidas con el *ajlâq*. Él es quien nos dice, por medio de Muhámmad:

"¿No hemos abierto tu pecho, y te hemos librado de la carga que pesaba sobre tu espalda? ¿Y no te hemos elevado en dignidad?"

(CORÁN, SURA 94, ASH SHARH, ÂYAT 1-4)

Allâh dice esto a Muhámmad y Muhámmad lo transmite para nosotros como un mensaje liberador. Allâh nos libra de la carga, de la culpa y del cansancio, de la mente y de la cultura, mediante una Revelación clara. Entonces, si ya somos libres, ¿de dónde surgen la opresión, el apego, el miedo y el cansancio? De nuestra esclavitud a aquello que Le oculta, de la inconsciencia que constituye el velo.

"Alladi ankada dahrák" ¿No te hemos elevado en dignidad? ¿No te hemos distinguido entre todos? Una dignidad

que aquí tiene que ver con el Recuerdo. Dignidad, *dahrák*, que tiene la misma raíz que *dikr*. Dignidad que aflora en el Recuerdo, en el regreso a la Realidad, *al hamdulillâh*.

“¿Y no te encontró perdido, y te guió?”

(CORÁN, SURA 93, AD DUHA, LA MAÑANA, ÁYA 7)

Nada hemos de desear o de temer en el reino de la Realidad. El sufrimiento es el velo que constituye nuestra más falsa identidad, contradicción humana irresoluble que no podemos superar mediante el razonamiento, sino con la sumisión de todo nuestro ser, con la aceptación completa de nuestra ignorancia y dependencia.

La jaula ualla quâta illa billâhil'Alil 'Adim, Al Karim, Ar Rabb, Ar Ra'ûf. Altísimo, Inmenso, Generoso y Bondadoso Señor, que nos enseñas la forma de nuestra liberación, que rompes todas las ataduras y velos que nos mantienen prisioneros de la inconsciencia, y lo haces de la manera más sabia y compasiva.

Nos liberas diciéndonos: *ya sois libres*. Nos aseguras nuestra liberación, nos la procuras. Y nosotros, que hemos vivido empeñados en albergar la sombra, la opacidad y la inconsciencia, en el espejo de Muhámmad nos reconocemos luminosos, *al hamdulillâh*. Es verdad que somos unas criaturas complejas, que no podemos llegar a conocer del todo la realidad de nuestra creación y que por eso mismo sufrimos y llamamos a Allâh y Le reconocemos y adoramos como nuestro Único Creador y Sustentador, como nuestro

Rabb. Es cierto que tampoco a Él Le conocemos, aún siendo, como es, Aquel que no deja de estar presente y que está más cerca de nosotros que nuestra vena yugular.

Cuando decidimos adorarLe no estamos tampoco seguros de si somos nosotros quienes decidimos. ¿Dónde estamos entonces? ¿Dónde está Él? Como Musa, cruzamos el áspero desierto sólo con nuestra *himma*, hacia la tierra de Muhámmad, la paz sea con ellos, hacia el reino de Realidad donde vive y se expresa nuestra *fitrah*. Una *fitrah* resplandeciente que vamos recuperando mediante la experiencia de aquello que Allâh nos hace *halâl*. Así conocemos nuestra liberación, muchas veces tras grandes resistencias y esfuerzos, y así vamos comprendiendo la belleza de lo *halâl*, y así adquirimos el *ádab* y el *ajlâq*. Nadie nos obliga. Nadie obligó a Âdam, la paz sea con él, a aceptar la *amâna*. Somos entonces libres, aunque no sepamos quiénes somos, aunque sólo seamos *banu Âdam*, aunque no podamos ver a Quien decide, *subhana Allâh*.

Y así se nos muestra y se nos sugiere Allâh entre las formas de Su creación, entre nosotros mismos que somos sus criaturas. Así nos hace sentir la calidez de Su *Rahma* y el poder confortador de Su *Bâraka*. Y así mismo le deseamos al otro cuando le decimos *assalâmu aleikum wa rahmatu llahi wa barakatuhu*. El mejor de los saludos, las mejores palabras y expresiones de nuestra *sunnah*.

Incluso cuando desvelamos las formas necesitamos de ellas aunque sólo sea por un asunto de pudor. No es bueno perder la forma humana y entonces acudimos al camino fácil —¿Qué hacía Muhámmad? ¿Qué dijo entonces?—

sabiendo por nuestra propia experiencia que en lo que hizo y dijo, en cómo lo hizo, están expresadas las formas que más necesitamos, las que se adaptan mejor a nuestras verdaderas necesidades, a las necesidades de nuestra *fitrah*, de nuestra naturaleza primordial y esencial.

Verdaderamente Allâh nos encontró perdidos y nos guió. ¿Cómo podríamos negarlo? ¿Cómo olvidar Sus dones incansables, Su Recitación incomparable? Por todo ello no podemos hacer otra cosa más que someternos a aquello que se está expresando como Real y Único, reconocer en nosotros esa Verdad, esa Realidad que no cesa de manifestarse, acceder al encuentro de los corazones destrozados por el olvido, curarnos en la conciencia de que ya somos libres, de que estamos siendo guiados. ¿Tanto nos cuesta aceptar la Luz de Allâh, los dones que no cesa de prodigarnos?

Allâhumma: Ayúdanos a encontrarTe en Tu jardín y líbranos del *shirk*. Guiános a la tierra de lo Real. *Amin*

Jutba 36

AL HAMDULILLÂHI *rabbil' alamin, Ar Rahmâni, Ar Rahîm, Al Yamal, Al Hayy, al Hakim.* Todos los seres creados nos movemos por un soplo divino, una energía que suscita en nosotros la necesidad y el deseo. Creados en la separación y en la polaridad, sólo somos un ansia de regresar a lo Único con todo nuestro ser. En ese regreso de la conciencia dividida a su origen único se producen todas las formas de la vida, las infinitas posibilidades de *Al Hayy*, el Viviente.

Allâh, *Al Hakim*, con toda Su Sabiduría, ha sembrado en nuestros corazones Su Recuerdo, para que nuestro regreso se produzca de la mejor manera posible. Ha sembrado Su *amâna* en nuestros corazones para que regresemos conscientemente a Él. *Al hamdulillâh wa shukurillah*, que quiere para nosotros el *islâm*, que procura nuestro *sujûd*, nuestro sometimiento, y que hace que esa *amâna*

Suya constituya el corazón de los *mu'minún*. *Mu'minún* que no son otra cosa que siervos agradecidos, jalifas complacidos que soportan la dureza de su camino con el corazón entero y que gozan de la prueba al comprobar cómo se van purificando sus almas. *Lâ ilâha illâ Allâh*.

El *nafs ammara*, el yo imperativo, el mundo del puro deseo, el soplo informe de la energía divina se va convirtiendo así, poco a poco, en *nafs motma yanna*, en alma sosegada, en un ser humano que va penetrando en el jardín de lo Único con suavidad, casi sin darse cuenta, desapareciendo en esa transición irreversible. Nuestras mentes, creadas en el olvido y regaladas con la *amâna* divina, sólo pueden regresar a la Realidad siguiendo el camino trazado por la Realidad, atravesando, poco a poco o súbitamente, los velos que tejen los universos. *Subhana Allâh*.

Hay una vocación de verdad y justicia en los corazones de aquellos a quienes Allâh ha abierto a la Realidad por medio del Corán, y los ha situado en el camino recto:

"¡Oh mu'minún! Sed firmes en establecer la justicia, dando testimonio de la verdad por Allâh, aunque sea en contra vuestra o de vuestros padres y parientes. Tanto si la persona es rica o pobre, el derecho de Allâh está por encima de los derechos de ambos. No sigáis, pues, vuestros propios deseos, no sea que os apartéis de la justicia: porque si alteráis la verdad, u os evadís, ¡ciertamente, Allâh está bien informado de todo cuanto hacéis!"

(CORÁN, SURA 4, AN NISÁ, LAS MUJERES, ÂYA 135)

Establecer la justicia es dar testimonio de la Revelación, del Corán, vivir de acuerdo a la verdad que surge en nuestros corazones cuando nos abrimos a la palabra divina, cuando el Corán nos sacude y nos reconduce al camino real. Establecer la justicia es promover el equilibrio, difundir el *salâm*, realizarnos como musulmanes.

Nuestra mente ha de enfocarse hacia la justicia, hacia la Realidad, no dejarse seducir por la riqueza de alguien o por la autocompasión si contradice aquello que Allâh nos señala como realmente justo y real. Ni pariente, ni hermano, ni amigo ni enemigo. Este es el camino del *mu'minún*, la vía liberadora del *shahîd*.

No se trata de eliminar nuestros deseos sino de reconducirlos hacia nuestro verdadero regreso, hacia la comprensión del sentido profundo y trascendente de nuestras vidas. Abrimos los ojos, miramos a nuestro alrededor, nos duelen las dificultades de nuestros hermanos, nos alegran sus éxitos, y así vamos comprendiendo también el sentido de sus pruebas.

Esto nos ayuda a comprender el significado de nuestra propia prueba. Porque unos y otros, en nuestra diferencia y especificidad, compartimos una sola naturaleza humana que está siendo creada para la adoración, para la conciencia de Allâh *Al Wahid*, para lo Único. *Lâ ilâha illâ Allâh*.

Ese es el sentido profundo de la hermandad, más allá de cualquier sentimentalismo y de cualquier interpretación. El alma purificada ya no suspira ni llora sino que en silencio paladea la intimidad de Allâh, Su cercanía indescriptible. *Lâ ilâha illâ Allâh*.

Y así sigue diciéndonos Allâh en el Corán:

"Y manténte con paciencia al lado de aquellos que invocan a su Sustentador mañana y tarde, buscando Su faz, y no permitas que tus ojos pasen sobre ellos en busca de las galas de este mundo; y no prestes atención a aquel cuyo corazón hemos hecho negligente de Nuestro recuerdo porque ha seguido siempre sus deseos únicamente, abandonando todo cuanto es bueno y verdadero."

(SURA 18, AL KAHF, LA CUEVA, ÂYA 28)

La divinización del deseo es el extravío, porque el deseo es sólo un medio, una *himma* que nos conduce, como un alazán, en nuestro viaje, no un fin en sí mismo porque está vacío de toda realidad excepto de Allâh. Si no somos capaces de sentir y recordar a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en nuestros deseos, éstos serán vanos y nunca serán satisfechos, porque la satisfacción sólo puede dárnosla nuestro Sustentador y Creador, nuestro *Rabb*, que se sirve de la *himma* para que regresemos a Él con dignidad, de la mejor manera posible. El objeto de nuestra meditación se pierde en la distancia, pero cuando el deseo que sentimos de la Belleza es intenso y persistente, nuestra *himma* es capaz de encauzarlo hacia la conciencia, dirigirlo hacia la Única Realidad que somos capaces de vivir.

La *himma* es precisamente ese anhelo que sentimos del bien y de la belleza, el deseo intenso de alcanzar la unión que nuestra razón no nos procura. Y es la naturaleza divina de nuestra *himma* la que determina la naturaleza de nuestro

pensamiento y de nuestra condición de *mu'minún*. Si nuestra *himma* se dirige hacia las formas nuestros sentidos encuentran un juego perfecto y armonioso cuyo sentido siempre se nos escapa, como aquellos caballos del profeta Suleimán, *aleihis salem*, que se perdían en la distancia: nada más que formas, colores y sonidos que no nos sacian nunca del todo, que no consiguen aplacar nuestro deseo de unicidad.

Si nuestra *himma* se dirige hacia el interior de las formas, hacia sus significados, perdemos de vista el mundo y nuestro pensamiento se atrinchera en la imaginación, alienándonos de nuestra percepción del mundo, encarándonos con lo vacío. Es la ocupación dolorosa de quienes han sido alienados del amor y necesitan conocerlo racionalmente, la forma que Allâh tiene de probar nuestras intenciones.

Allâhumma: Protégenos del mal de aquello que Tú has creado y dános Tus sabias y perfectas palabras. *Audu bi kalimat illâhi atâ'amâti min sharri ma jalâq*. Me refugio en las Perfectas Palabras de Allâh del mal de aquello que Él ha creado. *Amin*.



¿QUÉ PODRÍA GUIARNOS sino la Revelación? ¿Quién abre nuestros corazones a la Verdad? ¿Quién los sella? *Lâ ilâha illâ Allâh*. ¿Quién nos hace hablar y callar? ¿Quién nos da la posibilidad de conocer y de vivir? ¿Quién tiene ese poder? El conocimiento que de verdad nos sirve es la *haqîqa* del siervo excelente, que requiere nuestra extinción y nos procura la conciencia de que nada hay ni nadie sino Allâh, de que todo está en su lugar en perfecta armonía:

"Pero si la verdad se ajustara a sus preferencias arbitrarías, los cielos y la tierra sin duda se habrían hundido en el caos, y todo cuanto vive en ellos habría perecido hace mucho! Pero no; en esta escritura divina les hemos transmitido todo aquello que debieran tener presente: y de este recordatorio suyo se apartan despreocupados!"

(CORÁN, SURA 23, AL MU'MINÚN, LOS CREYENTES, AYA 71)

Porque si el universo entero y, en especial, la vida humana, estuvieran tan faltos de sentido y de finalidad, evidentemente nada habría perdurado, y haría mucho tiempo que todo habría desaparecido en medio del caos más profundo. Si el mundo fuese como creemos, suponemos o imaginamos que es, no habríamos podido existir, jamás habríamos albergado ni la memoria ni el deseo.

El deseo es un regalo de Allâh, una *amâna* Suya, un eco vivo de Su *Rûh*. Por tanto el deseo, incluso el deseo más primario, no tiene más fuente que el espíritu, y nosotros, los seres humanos, tenemos la responsabilidad que conlleva el regalo de la vida y de la conciencia. Aceptarla es el propósito de nuestra creación y de nuestra existencia, la forma en que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, ha trazado nuestro camino de regreso consciente y voluntario hacia Él.

El anhelo es el motor maravilloso de nuestras vidas. Todos deseamos, queremos y anhelamos, pero tenemos la responsabilidad de reconocer cual es el fin de nuestro deseo, la meta a la que nos conduce nuestra *himma*.

"¡Oh Daud! Ciertamente, te hemos hecho profeta y, con ello, Nuestro jalifa en la tierra: juzga, pues, entre los hombres con justicia, y no sigas vanos deseos, no sea que te aparten del camino de Allâh: ¡ciertamente, a quienes se apartan del camino de Allâh les aguarda un severo castigo por haber olvidado el Día del Ajuste de Cuentas!"

(CORÁN, SURA 38, SAD, ÂYA 26)

Así pues, son la justicia, la equidad y el equilibrio de nuestro juicio lo que purifica nuestros *nafs* y los va tornando conformes, sometidos, aniquilados, comprensivos y pacíficos. *Al hamdulillâh wa shukurillah.*

La belleza es un don que ansiamos. El placer es un regalo y lo buscamos. La justicia es el equilibrio de nuestro acon-
tecer y por ello el camino de lo *halâl* es el camino de la justicia, porque Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, no puede equivocarse al trazar Sus límites, sus formas, sus criaturas.

Si alcanzamos la sinceridad, el *ijlâs*, si aceptamos Su Sabiduría, la andanza por el camino de lo *halâl* nos procura la paz, el *salâm*. Reconociendo la enseñanza profunda en lo *halâl* encontramos el verdadero objeto de todos nuestros deseos, *al hamdulillâh wa shukurillah:*

"Pero para aquel que haya temido la comparecencia ante su Sustentador, y haya refrenado su alma de los bajos deseos, ¡el paraíso será, ciertamente, su morada!"

(SURA 79, AN NASIYA, LOS QUE ASCIENDEN, ÂYAT 40-41)

La divinización del deseo es un extravío porque el deseo no necesita que nosotros le atribuyamos realidad. Es realidad y realidad divina, es un soplo del *Rûh* de Allâh, no un poder que surge de nosotros. La divinización del deseo mineraliza nuestros *nafs*, los convierte en un nido de *shirk*, en una visión sufriente y pesimista, siempre inconclusa y moribunda.

Así pues, el problema no es el mundo del deseo ni su naturaleza sino su divinización, su fijación, la adoración humana del camino, la adoración del medio. El *shirk* nos conduce a la infelicidad porque nos separa del verdadero objeto de nuestro deseo y de nuestra adoración, que no es otro que la Realidad, completa y única. *Lâ ilâha illâ Allâh*.

El conocimiento que nos sirve es la *Haqîqa*, que distingue sin dividir, sin catalogar ni limitar porque es en sí misma un límite, un *barzaj*. Encontramos sentido en nuestra meditación, en nuestro *fikr*, cuando nos damos cuenta de que es Allâh y no nosotros Quien crea todo pensamiento y provoca nuestro despertar, *al hamdulillâh*. La ignorancia y la inconsciencia, en cambio, nos pertenecen por nuestra condición de criaturas, por la naturaleza olvidadiza de nuestra creación y por la promesa divina de nuestra resurrección.

La sabiduría es una misericordia que late por todos sitios, una conciencia que nos está sosteniendo realmente en cada instante, que reconduce nuestras palabras desde el vacío hacia las formas y de las formas hacia su realidad creadora, hacia la experiencia del *tauhid*. La forma como vacío y el vacío como forma componen un dilema que sólo

se resuelve mediante la ciencia del corazón, mediante la entrega sin reservas a la Realidad que se nos muestra como grande y única, por medio de la *Haqîqa*.

Allâhumma: Tú eres mi Señor. No hay Dios sino Tú. En Ti me refugio y Tú eres el Señor del Inmenso Trono. Lo que Túquieres es y lo que noquieres no es. Y no hay poder sino el de Allâh, Altísimo, Inmenso. Y sabe que Allâh es poderoso sobre todas las cosas y que Su conocimiento lo abarca todo. Oh Señor: Verdaderamente yo me refugio en Ti del mal de mí mismo y del mal fuera de mí mismo. Tú guíame hacia el camino recto. *Amin*.

Jutba 37

AL HAMDULILLÂHI *rabbil 'alamin, Al Gaffur, At Tauab.* Las alabanzas son para Allâh, Señor de los mundos, el Único Perdonador, el Único que acepta nuestro retorno, el que responde a nuestra *tauba*.

Allâh nos sitúa en el jardín de Su creación para que disfrutemos de todas las cosas en la conciencia, pero ese jardín Suyo tiene un solo límite, una sola *shariâh*, que consiste en no acercarnos al árbol de la dualidad y comer los frutos fermentados del lenguaje. El fruto que este árbol produce es un *shirk* fundamental, una ruptura que no es sino la experiencia del dualismo, opuesta al *tauhid* que disfrutamos en el jardín de la Realidad Única, en la cercanía de *Al Wahid*. El peligro de ese árbol reside en que sus frutos hacen que el ser humano caiga en el olvido, en la alienación, y necesite de una moral, de una ley, de una terapia.

Alimentarnos de los nombres de las cosas, de los conceptos e imágenes del mundo, tiene como consecuencia el olvido de nuestra condición original, el extrañamiento, la separación y el sufrimiento. Así, en ese estado de alienación, nos hace Allâh descender a la tierra, recobrar nuestro estado de fango, de cieno oscuro que sólo se libera en la transmutación, que sólo alcanza su forma humana en el sometimiento. Nuestro regreso comienza con el recuerdo de Âdam, la paz sea con él, y de su transgresión. Nada más cruzar el umbral de su libertad, Âdam siente dolor en su transgresión como extrañamiento, sufre su exilio y ansía retornar.

La primera acción de Âdam en la tierra es hacer *tauba*, volverse a su Sustentador arrepentido. La primera palabra que dice Âdam al descender de su estado original es "Astagfirullah", perdóname. Su Señor es el Perdonador, *At Tauab*, el Único que acepta nuestro retorno, el único que atiende a nuestro dolor, porque es Él quien determina la forma de nuestra creación. Allâh es *Al Hakim*, el Sabio que nos crea en el olvido para procurarnos la vida en la conciencia.

Allâh promete a Âdam, a la humanidad que inaugura, una Guía, una Revelación que nos hace volver. *Al hamdilâh*. A Allâh Le gusta especialmente que sus criaturas nos volvamos conscientemente a Él haciendo Le *tauba*:

"¿No saben que sólo Allâh es quien puede aceptar el arrepentimiento de Sus siervos y que es el verdadero receptor de lo que es ofrecido por amor a Él, y que sólo Allâh es at Tauab y al Gaffur?"

(CORÁN, SURA 9, AT TAUBA, EL ARREPENTIMIENTO, ÁYA 104)

Dice Ibn Ata'Allâh que el momento de la escisión sólo causa la desgracia del corazón, no la del alma, porque esta alienación, este olvido de Allâh, coincide con los deleites, caprichos y embelezos de nuestro *nafs*. Tras esa ruptura, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos asegura en el Corán que:

"Luego, no obstante, su Sustentador lo eligió para Su gracia, aceptó su tauba, y le concedió Su guía."

(CORÁN, SURA 20, TA HA, ;OH, SER HUMANO!, ÁYA 122)

Derrotados, naturalmente vencidos ante nuestra propia irreabilidad y nuestro vacío, nos volvemos a nuestro *rabb* haciéndole *tauba*, pidiéndole como criaturas indefensas que nos devuelva a Su conciencia, que nos alcance Su *maghfira*, Su perdón, que necesitamos Su *áman*. No podemos soportar el olvido porque sólo somos creados en y para el Recuerdo. El olvido es el caos, el sinsentido, la patología, que sólo se resuelve en la vuelta sincera a lo Real, en el abandono a Su Recuerdo. *Subhana Allâh*. Así nos está creando Allâh con Su Ciencia.

La *tauba* hace que recobremos la conciencia de Allâh por un momento, que recibamos la caricia de Sus signos, la calidez de Su palabra confortadora. Vivimos debatiéndonos entre el olvido y el recuerdo, pues ese olvido y ese regreso son la condición para una existencia sin principio ni fin, el pálpitó de nuestra verdadera creación. *La jaula uala quata illah billâhi l' Ali l' Adim, Subhana ua Ta'ala*, Quien nos sigue diciendo en el Corán:

"Y para entonces habremos eliminado todos los pensamientos y sentimientos impropios que pudiera haber en sus pechos, y descansarán como hermanos, unos enfrente de otros, recostados sobre lechos de felicidad. No se verán aquejados allí de desasosiego alguno, ni tendrán jamás que renunciar a ese estado de dicha."

(CORÁN, SURA 15, AL HICHR, ÂYAT 47-50)

Allâh nos dice en el Corán que librarnos de los velos del mundo y de las palabras es librarnos de la enfermedad de nosotros mismos, librarnos de algo impropio de nuestra naturaleza, y que este movimiento nos procura la *taqua*, la conciencia creciente de la Realidad, que es Una y Única.

Así, con ese movimiento del corazón, vamos alcanzando la vida en la conciencia. Al mismo tiempo vamos dejando atrás esa serie de asociaciones y pensamientos que nos mantienen prisioneros y nos hacen sufrir el olvido. En el Sura *Al Gaffur*, el Perdonador, también nos dice Allâh:

"Los que llevan en sí el conocimiento del trono de la omnipotencia de Allâh, y también todos los que están cerca de él, proclaman la infinita gloria y alabanza de su Sustentador, y tienen fe en Él, y piden la magfira por todos los mu'minun: ¡Oh Sustentador nuestro! ¡Tú abarcas todas las cosas en misericordia y conocimiento: perdona, pues, sus faltas a aquellos que se arrepienten y siguen Tu camino, y librales del castigo del fuego abrasador!"

(CORÁN, SURA 40, AL GAFFUR. EL PERDONADOR, ÂYA 7)

Y un poco más adelante, en el Sura *At Tauba*, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice:

"*y sacará la ira de sus corazones. Y Allâh hará tauba en Su Rahma a quien Él quiera: pues Allâh es omnisciente, sabio.*"

(CORÁN, SURA 9, AT TAUBA, EL ARREPENTIMIENTO, ÁYA 15)

Allâh está purificando nuestros pechos de todo lo que nos separa de Él, de todos nuestros sufrimientos y anhelos, de toda alienación. *Lâ ilâha illâ Allâh*. Esta purificación implica un reconocimiento, una *shahâda*. En nuestro exilio en esta tierra de Âdam, Allâh nos está regalando una guía que nos hace regresar a Su jardín. El mensaje está descendiendo progresivamente a nosotros de una manera gradual, según nuestras capacidades, según la forma genuina de nuestra creación individual.

Sólo así vamos sabiendo lo que tenemos que hacer para regresar a nuestro principio, conociéndonos a nosotros mismos, conociéndonos unos a otros, para que nuestra existencia tenga sentido, para que nos sintamos en paz. Así Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, hace *tauba* a Sus criaturas, se vuelve a nosotros, *al hamdulillâh*, y nos atiende, y nos cura y nos protege. *Al hamdulillâh wa shukurillah*.

Es *Al Gaffur* Quien nos abre la puerta del Recuerdo, el dintel del *dikr*. Es *Al Gaffur* Quien ilumina nuestros pasos, Quien nos cura de nuestra más honda enfermedad que no es otra que la inconsciencia, la ingratitud y el olvido, y así nos va tornando sinceros. Leemos en el Corán:

"Allâh ama a quienes se Le vuelven. Ya quienes se purifican."

(CORÁN, SURA 2, AL BAQARA, LA VACA, ÁYA 222)

Sólo Él es Indulgente, Dispensador de Gracia, de *magfira*, sólo Él responde a nuestra *tauba*. Él es *Al Gaffur*, Él es *At Tauab* que nos ha enviado a Muhámmad, la paz sea con él, para que nos enseñe la forma y el sentido de nuestra *tauba*, la mejor forma de regresar, los fundamentos de nuestro *din*. Sólo a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, Le pedimos:

Ya Tauab: perdona a los *mu'minún*, danos Tu *magfira*, acepta nuestra *tauba*. *Ya Iladûd*, Señor del Amor: Tranquiliza nuestros corazones, vuélvete a quienes se vuelven. *Ya Nasir*: cúranos de la enfermedad de nuestras almas. *Ya Allâh*: protege a los puros de corazón y a los sinceros. *Amin*.



EN EL LIBRO DE LA TAUBA, contenido en *Los Jardines de los Justos*, *Riyad as Salihin*, An Nawaui nos dice que cuando la *tauba* se produce entre el siervo y el señor tiene tres condiciones. La primera es que una vez que reconocemos el error, nos distanciamos de él, lo veamos objetivamente. La segunda condición es la del sentir. No hay *tauba* a Allâh sin dolor ni congoja, sin llanto del corazón, sin lágrimas sinceras. La tercera consiste en alejarnos conscientemente del olvido y distanciarnos sabia y gozosamente del error. Todo ello ocurre como un proceso de adquisición de conciencia, de purificación, de *tajara*.

Si la *tauba* se produce entre *mu'minún*, hay, además de estas tres condiciones una cuarta: que se restituya a su dueño lo que es suyo, sea material o moral. Hay que restituir al *mu'min* y hacerle *tauba* al Sustentador, *Subhana ua Ta'ala*. Está contenido en el Corán, en la *Sunnah* del profeta y en el consenso general de la *ummah*. Dice el Corán:

"Pedid la magfira a vuestro Señor y después hacedle tauba."

(CORÁN, SURA 11, HUD, ÁYA 3)

En un hadiz relatado por Muslim, transmitido de Al Agarri Ibn Yasar, Allâh esté complacido con él, que *rasùllullah, sala Allâhu aleihî wa salem*, dijo:

"Oh hombres: haced tauba a Allâh y pedidle la magfira, pues yo le pido la magfira cien veces al día."

El profeta, la paz sea con él, pedía perdón a Allâh todos los días de su vida muchas veces. Se volvía mucho a Él, llamaba a su *Tauab*. Al *hamdulillâh*. Muhámmad nos enseña la forma de nuestro *dîkr* adámico y primordial: *Astagfirullâh, Astagfirullâh, Astagfirullâh*, abriendo la posibilidad de regresar, la clave inaugural de nuestra Revelación, de nuestra cordura. Ningún musulmán está exento de la *tauba*, porque Allâh es *Ar Rahîm* que quiere que Sus siervos regresen. Por eso nuestro Ibrahîm es *jalil ullâh*, porque es tierno de corazón, porque llora fácilmente, como un recién nacido que llama a su Sustentador cuando siente hambre y Allâh entonces le hace *tauba* y su madre lo oye. Al *hamdulillâh wa shukurillah. Lâ ilâha illâ Allâh*.

Los significados de la *tauba* están expresados en el sura que lleva ese nombre y que descendió tras la batalla de Tabuk. Hay un larguísimo hadiz de Bujari y Muslim, en el *Libro de la Tauba*, contenido en el *Riyad As Salihin*, que explica todos los detalles. El transmisor del hadiz, Abdullâh Ibn Kaab Ibn Mâlik, narra los pormenores de lo que sucedió con los rezagados, con quienes no fueron a Tabuk. A su vuelta a Medina, el profeta los recibe en la mezquita y oye sus excusas.

Pidió la *magfira* para ellos y encomendó sus secretos a Allâh. Abdullah Ibn Kaab llegó después. También era uno de los rezagados, y según nos narra, el profeta, la paz sea con él, le recibió “con una sonrisa airada.”

“Después dijo ‘Ven’. Me acerqué andando hasta sentarme frente a él y me preguntó: ‘¿Qué te ha impedido ausentarte. Es que no habías comprado ya tu camello?’

Le dije: ‘¡Oh mensajero de Allâh! Por Allâh que si hubiera seguido a cualquier otro hombre de este mundo me habría excusado con él. Sin embargo no estoy dispuesto a mentir con argumentos falsos, sino a decirte la verdad aunque te enojes por ello. Y asumiré las consecuencias que se deriven, deseando que Allâh, Poderoso y Majestuoso, acepte mi tauba. Por Allâh que no hay excusa para mí, de ninguna manera. Por Allâh, que nunca había estado tan fuerte y tan preparado como para esta campaña. Y dijo el Mensajero de Allâh, Él le bendiga y le de paz: ‘De momento esa es la verdad y ahora veremos qué dictamina Allâh en tu caso.’”

En este precioso hadiz, el transmisor nos dice que otros dos hombres acudieron al profeta en los mismos términos. El profeta, la paz sea con él, prohibió a la comunidad que hablaran con esos tres hombres, y el hadiz nos narra los sufrimientos interiores que vivieron durante los cincuenta días que duró el extrañamiento. El propio Ibn Kaab nos dice: "Pasó el tiempo y los musulmanes me rehuían..."

Más adelante cuenta cómo los enemigos del profeta llegan hasta él para que se pase a sus filas, y le entregan un documento del rey de Gassán donde este se compromete a protegerle. Ibn Kaab va hasta el horno del pan y quema el documento. A los cuarenta días, el profeta separa a los extrañados incluso de sus esposas. Ibn Kaab sigue narrando así:

"Así que permanecí de este modo otras diez noches más, hasta que completamos las cincuenta noches en que se prohibió que nos hablaran. Después hice la oración de Fajr, la mañana inmediata al cumplimiento de las cincuenta noches, encima de una de nuestras casas. Y mientras estaba asentado en el maqâm que Allâh, Al 'Ali, describió de nosotros, con mi corazón encogido y en la tierra que, en toda su vastedad, se me había estrechado, oí la voz de un Sahaba que gritaba desde lo alto de un cerro y que decía con todas sus fuerzas: 'Oh Kaab Ibn Mâlik: alégrate!'

En ese momento caí al suelo postrado en señal de agradecimiento y supe que había llegado la apertura. Luego, el Mensajero de Allâh, Él le bendiga y le de paz, anunció a la gente que Allâh había aceptado nuestra tauba, después de rezar el salât al Fajr."

Todos los compañeros les felicitan y Kaab acude a la mezquita. Sigue diciendo:

"Cuando saludé a rasúllullâh, sala alahu aleihu wa salem, me dijo con su rostro radiante de felicidad: 'Alégrate del mejor día que ha pasado por ti, desde el día en que tu madre te dio a luz'. Le pregunté: '¿Es procedente de ti, oh rasúllullah, o procede de Allâh?' Dijo: '¡No! más bien procede de Allâh, Poderoso y Majestuoso!'. Cuando se alegraba rasúllullah, se iluminaba su rostro de tal forma que parecía un trozo de luna."

Ibn Kaab quiere entonces dar una *sâdaka*, pero el profeta le recomienda que guarde su dinero. Kaab entonces le dice:

"Oh rasúllullâh, ciertamente Allâh me ha salvado con la verdad. Y de ahora en adelante sólo hablaré con la verdad!"

(LO TRANSMITIÓ IBN KAAB. RIYAD AS SALIHIN, CAPÍTULO 2)

Y entonces Allâh, *Al 'Ali*, hizo descender estos *âyat*:

"En verdad Allâh se ha vuelto en Su Rahma al Profeta, y a quienes han abandonado el ámbito del mal y a quienes han amparado y ayudado al imân, a aquellos que le siguieron en una hora de aflicción, cuando los corazones de algunos mu'minûn casi habían perdido la amâna. Y de nuevo se ha vuelto a ellos en Su Rahma, pues, ciertamente, Él es muy Rahmân con ellos, dispensador de gracia. Y se volvió en Su Rahma, también, a los tres que habían sido dejados atrás, hasta que finalmente —después de

que la tierra, a pesar de su vastedad, se les hiciera estrecha y sus almas se angostaran— comprendieron con certeza que no hay refugio frente a Allâh excepto en la tauba a Él. Entonces,

Él les hizo tauba a ellos en Su Rahma, para que se volvieran: pues, ciertamente, sólo Allâh es quien acepta el arrepentimiento y es dispensador de gracia. ¡Oh mu'minún! ¡Mantenéos conscientes de Allâh, y sed de aquellos que son fieles a su palabra!

(CORÁN, SURA 9, AT TAUBA, AYAT 117-119)

El hadiz completo puede encontrarse en el *Riyyad As Salihín, Los Jardines de los Justos*, en el capítulo segundo.

Ya Gaffur: acepta la *tauba* de las mentes y los cuerpos que sufren. *Ya Áli:* Atiende nuestros *du'a*. *Allâhumma:* acepta nuestro agradecimiento por Tu *haqîqa*. Al *hamdulillâh wa shukurillâh. Amin.*

Jutba 38

"En verdad, ofrecimos el compromiso de la razón y la voluntad a los cielos, a la tierra y a las montañas: pero rehusaron cargar con él por temor. No obstante, el hombre lo aceptó, pues, ha sido siempre propenso a ser sumamente malvado, sumamente necio."

(CORÁN, SURA 33, AL AHSAB, LA COALICIÓN, ÁYA 72)

COMO SIEMPRE, ENCONTRAMOS en el Corán ese sentido que nuestra razón reclama, que nuestra voluntad necesita para conducirnos hacia la Única Realidad. Nuestra razón y nuestra voluntad son una *amâna*, un depósito, un préstamo que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos hace y que nos compromete a cada uno según nuestra capacidad. Esta *amâna* construye nuestra visión del mundo y nos abre a la incertidumbre y a la

libertad. En esta eclosión a la conciencia sentimos la necesidad de encontrar sentido y dirección. La razón nos permite comprender, abarcar, medir, crear sentido pero al mismo tiempo es un tupido velo que nos compromete porque nos procura una identidad. Somos lo que pensamos, somos aquello que vemos, comprendemos y amamos.

Nos duele la razón cuando nos identificamos con ella. Sentimos su tiranía, apuntalando imágenes e ideas, tratando de darles existencia, y velándonos a la Realidad Única. Cuando creemos que nuestra sola razón puede procurarnos el conocimiento de la Realidad estamos delirando, identificándonos con nuestras imágenes internas, adorando a nuestros ídolos. Cuando nos damos cuenta de que jamás podremos comprender la Realidad mediante nuestra razón, cuando sentimos y reconocemos la inmensidad del Océano y nos hallamos ya nadando en Él, nuestra razón recobra su sentido y nosotros recobramos así también la conciencia de nuestro cuerpo, nuestra experiencia completa e integral.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, al crearnos, está creando una visión, un mundo, una palabra. La Realidad nos crea como quiere y nos conoce como conoce a toda su creación. Allâh es el Señor de la Creación, el Señor de los mundos que nos ama y nos hace vivir como una forma que Él va modelando y haciendo emerger a la existencia, para que conozcamos la conciencia y así Le conozcamos a Él.

Nuestra conciencia y nuestra voluntad son sólo un préstamo, no nos pertenecen. Son las armas que Allâh nos ha dado para nuestro *ÿihâd*. De las formas de la conciencia que Allâh nos da, la razón y la voluntad implican un com-

promiso, un trato, pero Allâh nada menciona en estos *âyat* de esa otra forma de la conciencia humana que vive en la memoria, que aflora en el Recuerdo.

El ser humano no sabía que esa *amâna* con que Allâh corona su creación, esa fuente generadora de mundos y creadora de visiones, es también uno de los velos más tupidos y la experiencia de la soledad más absoluta, un conocimiento que sólo puede obtenerse en la aniquilación y sólo se resuelve como resurrección. Somos necios, nos recuerda Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, y aceptamos Su *amâna* porque creímos que aquella visión privilegiada iba a procurarnos una existencia verdadera.

Cuando creemos en nuestra propia existencia estamos siendo prisioneros del velo, adoradores del mundo, de las formas, de las cosas. Ahí comenzamos a diferenciarnos de cada criatura, de cada individualidad, a través de los nombres e imágenes. Pasamos de la experiencia de la Realidad a su descripción, vamos caminando desde el sonido hasta sus ecos, de la conciencia pura al mero pensar. No necesitamos creer en nuestra existencia cuando vivimos con sencillez, siendo conscientes de nuestra ignorancia.

Por eso ninguna otra criatura quiere esta *amâna*, porque es una responsabilidad que no se puede cumplir completamente, un peso ante el que se derrumban y aniquilan los mundos y las visiones. Somos necios, fracasamos a la hora de abarcar la Realidad con nuestra visión porque la Realidad nos abarca a nosotros y a nuestras visiones. La Realidad nos llama, nos cerca, nos inunda, nos constituye. La Realidad deja vivir a nuestra razón y no la deja, porque quiere

que dancemos al unísono y a solas con ella. La Realidad nos reclama, se nos revela y nos aniquila. Nada ni nadie pueden perturbar la vida de lo Único.

La Realidad, al crearnos, al hacernos emerger en una visión, crea también la aniquilación de esa visión y la visión de esa aniquilación. Eso era lo que temían los cielos, la tierra y las montañas. Ellos también son criaturas, seres creados en el sometimiento. Sienten un sobrecogimiento ante la inmensidad y la majestad del Único, pero no temen la aniquilación, la desaparición de su conciencia en la Presencia de Allâh, porque están siendo creados en *taqua* constante, vueltos hacia su Señor en un gigantesco acto de adoración. Nada nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en estas *âyat* sobre nuestra memoria. No nos dice que nuestra memoria sea un préstamo, una *amâna*. No nos dice que nuestra naturaleza necia y torcida tenga nada que ver con el Recuerdo.

La arrogancia, la pretenciosidad de querer ser, o la tendencia a aferrarnos al velo, eso que nada ni nadie quieren para sí mismos, desaparecen cuando el corazón se vuelve a su principio. En nuestra memoria hay un rincón donde reconocemos nuestra muerte y desde donde resucitamos a la Realidad. Las montañas y los cielos tienen otra manera de recordar. Ellos son la forma de nuestro Recuerdo. Nuestra memoria es lo único que nos pertenece por derecho, aquello por lo que rendimos y rendiremos cuentas a la Realidad. Es la conciencia la que sobrevive a cualquier aniquilación, porque no puede haber recuerdo sin conciencia y porque, hagamos lo que hagamos, como seres creados sólo podemos vivir en el Recuerdo.

Lo que temían los cielos, la tierra y las montañas, aquello que los seres humanos aceptamos sin conocimiento, como necios, o con voluntad de ser distintos de las demás criaturas, o como malvados, aquello que nadie quería conocer, nos lo describe Allâh en el Corán, en el Sura *Al Qáriaa*, la Calamidad, uno de los primeras suras revelados en Meca:

"¡Oh, la calamidad repentina! ¡Qué terrible la calamidad repentina! ¿Y qué puede hacerte concebir lo que será esa calamidad repentina? El Día en que los hombres parezcan polillas revoloteando confusas, y las montañas parezcan copos de lana cardada.... Y entonces, aquel cuyo peso sea grande en la balanza gozará de una vida placentera; pero aquel cuyo peso sea leve en la balanza se verá cercado por un abismo. ¿Y qué puede hacerte concebir lo que será ese abismo? ¡Un fuego que arde intensamente!"

(CORÁN, SURA 101, AL QÁRIA, LA CALAMIDAD, ÁYAT 1-11)

La calamidad repentina, nos dice Allâh, es el fin de la visión, el derrumbamiento de nuestro mundo y su desintegración en la experiencia de la Realidad. Aquí es donde se expresa nuestro compromiso con la visión que Allâh nos procura, es aquí donde nuestra amâna nos procura sentido, donde se expresa una intención, un propósito.

La visión no nos deja elección, nos compromete, porque toda amâna, toda conciencia compromete, *al hamdulillâh*, y nos ofrece la posibilidad de elegir. Nuestras decisiones nos comprometen, *al hamdulillâh*. Y el Recuerdo nos mantiene con vida.

El fin de nuestro mundo es el comienzo del mundo de Allâh, de la creación de lo Real. El fin de nuestra visión del mundo es el comienzo de la visión de la Realidad. Tenemos que celebrar contentos el final de cualquier mundo, de toda visión, porque es el descorrimiento de un velo, una gracia que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos otorga para que nos beneficiemos de Su sabiduría y para que conozcamos Su compasión.

No nos dice Allâh que nuestra memoria sea una *amâna*. No nos deja ser libres en nuestro recuerdo, porque todas nuestras acciones son registradas, todas nuestras palabras anotadas y nuestras imágenes impresas. Allâh nos va creando en el Recuerdo, como si fuésemos Su añoranza.

No nos está diciendo Allâh que, cuando se desmoronen nuestro mundo y nuestra visión, estaremos muertos, sino que viviremos en la Realidad, según aquello que depositemos en la balanza de la Realidad, que es Su creación. No podemos comprender esto, pero si no somos capaces de ver a través del velo, no podremos disfrutar de una vida real y nos veremos cercados por un abismo. No podemos ni queremos mirar a ningún sitio cuando somos purificados con el fuego de la desolación, cuando Allâh nos reclama aquello que nos confió, cuando nos pide Su *amâna*.

Allâh reclama Su *amâna*. Una *amâna* en la que aparecen escritas nuestras acciones, un registro de nuestras huellas, una *amâna* que en manos de su Dueño y Señor, no es sino memoria completa e imborrable. Aquí comprendemos que nuestra razón y nuestra voluntad son sólo un préstamo, y que eso somos nosotros. Aquí comprendemos que sólo somos un recuerdo de Allâh, una nostalgia Suya. Las mon-

tañas no quieren esta *amâna* porque no quieren tener siquiera la posibilidad de leer este sura en el que aparecen descritas como copos de lana cardada, como espuma sin consistencia flotando en el sueño de Allâh.

Y a nosotros, a los necios que aceptamos el compromiso de la conciencia, nos ofrece Allâh una Revelación en la que nos muestra nuestra condición real y verdadera, donde nos enseña la naturaleza de nuestra visión, la irrealidad o relatividad de nuestro sueño.

Somos entonces polillas revoloteando confusas, como una escoria flotando en la biosfera, como una mera conjunción de células revoloteando en el caldo de la Realidad. Eso no es fácil de asumir. Esa visión no la quiere nadie. La tierra, los cielos y las montañas son sabios, nosotros no. Nosotros somos unos necios que creemos y queremos saber más que los cielos y las montañas.

Somos ignorantes que necesitamos de la imagen del fin del mundo para conocernos a nosotros mismos, comprendiendo la nada que somos. Ignorantes que necesitamos de los ejemplos y parábolas que Allâh nos propone para poder atisbar un rastro de sentido, un atisbo de Realidad. *Al hamdulillâh.*

Allâhumma: Dáños sentido, cordura, sensatez. Manténos en la *taqua*. Incrementa nuestro *tauakul*, nuestra precariedad y nuestro abandono. *Amin.*



LAS MONTAÑAS NO QUISIERON la *amâna* porque la *amâna* implica, sobre todo, descorrer un velo y adquirir un compromiso, una carga. Tener la *amâna* implica necesariamente asumir el *ajlâq*, la responsabilidad que se deriva de la conciencia, de la palabra revelada. Ese *ajlâq* es condición de nuestro jalfato y expresión de nuestro *imân*. Nuestro *ajlâq* es una mirada consciente que surge de lo profundo de nuestro ser. *Imân* viene de *amâna*. El *imân* es la forma natural de nuestra conciencia. Podemos ser conscientes de nuestra condición y esto nos acerca a ese Señor Inabarcable que nos dice:

"Si hubiéramos hecho descender este Corán sobre una montaña, la verías en verdad humillarse y hacerse pedazos por temor a Allâh. Y planteamos todas estas parábolas a los hombres para que puedan aprender a reflexionar."

(CORÁN, SURA 59, AL HASHR, LA CONCENTRACIÓN, AYÂ 21)

Ningún universo puede abarcar a Allâh. Sólo nuestros corazones pueden contenerLe. Aquí están los símbolos y las parábolas que Allâh nos propone. Ni siquiera las más sólidas creaciones de Allâh, ni aún los elementos más estables de nuestra visión tienen entidad ninguna frente a la Realidad, frente a la Verdad, y esa conciencia nos acontece con la Revelación, con el Corán, inundándonos de sentido.

Bujari nos transmite que, antes de recibir el Corán, el profeta Muhámmad, *salla Allâhu alehi wa saleem*, hablaba

de “visiones verdaderas que eran como el despuntar de la luz del alba”. Cuando desciende la Revelación con Yibril, la paz sea con él, el profeta vive una experiencia de aniquilación total, de *faná fillâh*. Sus visiones se desmoronan y, más tarde, cuando sale de aquel estado —según narra la *Sira* de Ibn Ishak— el profeta Muhámmad dice: “Fue como si las palabras hubieran sido escritas en mi corazón.”

La experiencia de la Revelación y la forja del *imân* son consecuencia de esta *amâna*, del préstamo de conciencia y de visión que Allâh nos hace y sin el cual nada podríamos conocer. Y si nuestros corazones pueden contenerLe, nuestros corazones son entonces el lugar donde la Realidad se aposenta, el trono desde donde nos habla.

Los latidos de nuestra existencia son entonces las hojas del libro de nuestra vida, los *âyat* que recitan nuestra historia, cualquier biografía, una energía verdadera que no se detiene en las anécdotas, en esas formas particulares que a menudo velan nuestro más íntimo Recuerdo.

;Allâhumma!: Tú que nos has creado con la ilusión de la libertad: Haz que nuestras decisiones sean las tuyas. Háznos conscientes de que todo cuanto nos ocurre tiene un propósito, que no es otro que el de encontrarTe.

Protégenos de la dualidad y de la indiferencia, y háznos disfrutar del *tauhid* haciéndonos conscientes de Tu Sabiduría y de Tu Poder. Ayúdanos a transitar el camino de nuestra liberación. Condúcenos por la Vía de Tu Recuerdo e ilumina nuestros pasos. Vuélvenos agradecidos al bien y a la belleza. Ayúdanos a conocernos unos a otros. *Amin.*

Jutba 39

Al HAMDULILLÂHI, Al Haqq, Al Kabir. Las alabanzas son para la Realidad, Única, Inabarcable, Grandiosa... Que Su bára-ka y Su salâm siempre acompañen al profeta y a quienes siguen su rastro espiritual. Que Allâh nos haga comprensibles Sus signos y que nuestros corazones se orienten hacia Él y sean los receptáculos de Su Rahîm, *masha Allâh*.

Cualquier tentativa de explicar el *islâm* está destinada al fracaso por la imposibilidad de expresar una fórmula fija de sometimiento a la Realidad. Precisamente porque la Realidad no se deja atrapar en conceptos o en fórmulas, siempre las excede. Si pudiésemos definir la Realidad podríamos abarcarla con la mente y disponer con ello de una serie de fórmulas racionales de sometimiento. El *islâm* podría así ser explicado de una vez por todas y para siempre. Pero precisamente lo que constatamos una y otra vez

es que la mente no es capaz de definir razonalmente la Realidad, y empieza y acaba siempre nombrando relatividades y polaridades en un ciclo inacabable de preguntas y respuestas.

Comprobamos sin cesar que la mente vive prisionera de los sentidos, que sólo se sostiene en el ver, oír, imaginar, actuar, y en las emociones, en el miedo y en el deseo. Sentimos que esa mente que vive prisionera del *shirk* no es sino un cuerpo constreñido, una expresión inevitable de nuestra condición de siervos de la Realidad.

Vamos comprendiendo que someternos a la Realidad es, en gran medida, acabar con la tiranía de los sentidos, con la tendencia que tenemos a atribuir realidad a los aspectos y anécdotas de nuestra vida —me encontré con fulano, me duele la cabeza, el mar es azul— un *shirk* que lleva la experiencia de una realidad fragmentaria, y por tanto un olvido de lo Real, que es Único y sin fisuras, que no tiene momentos ni partes.

Nos sometemos a lo Real cuando nuestros ver, oír, oler, gustar o tocar se convierten en una experiencia de reconocimiento, de identidad, sin ninguna interpretación o descripción. Nos sometemos a la Realidad cuando reconocemos lo Único, cuando nos miramos en Sus múltiples espejos que nos devuelven la plenitud de lo vacío. Ni lo otro ni yo somos reales en nosotros mismos, sino piezas de un juego cuyo sentido y finalidad sólo comprendemos reconociendo a su Sustentador y Creador.

El sometimiento a la Realidad hace a nuestra mente trascender el círculo vicioso del pensamiento lógico sin

quebrarlo, hace que lo consideremos tal y como es: una herramienta en manos de la Única Sabiduría Real, de la Conciencia Única. Entonces comprendemos y sentimos que el pensamiento se expande fuera del yo y del nosotros y abarca el universo entero. El sometimiento a lo Real implica que nuestras formas mentales, las imágenes y recuerdos personales, los rostros de nuestro miedo o de nuestro deseo, aparezcan como expresiones de las formas puras de ser, como un *tayali* de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, como un Recuerdo Suyo a través de Sus nombres.

Como no tenemos forma de comprender la Realidad, la adoración o el olvido son las alternativas más inmediatas. Como no podemos comprender la Realidad a pesar de ser lo más cercano y evidente, la adoramos, reconocemos Su grandeza y tratamos de acercarnos a ella, reconociendo Su Revelación y haciéndola parte de nosotros mismos. O bien, al no poder comprenderla, nos alejamos de ella, como si ello fuera posible, sin poder eludir en ese olvido la necesidad de una respuesta y de un sentido, encontrándolos por todos sitios, a cada paso.

El sometimiento consciente y voluntario a la Realidad nos reviste de realidad, nos va tornando luminosamente reales, mientras que la negación y el olvido va disolviéndonos en la inexistencia y en la inconsciencia, en una expresión opaca de la Realidad, porque no podríamos estar fuera o dentro de ella en ningún caso.

El Corán nos insta constantemente a esta sumisión a lo real. Por eso reconocemos en la Revelación la huella divina, porque sentimos que Allâh quiere volvernos hacia Él,

hacia una conciencia única, viva e irreproducible, que sólo es posible en la creación.

Siendo musulmanes encontramos la paz, el *salâm*. La balanza se nivela y los mundos se reflejan unos a otros como una expresión inabarcable de la Realidad, Majestuosa y Bella, Única y sin fisuras. El *islâm* nos hace vivir en la conciencia. Por eso nos equivocamos siempre que tratamos a Allâh como si fuese una persona, como si tuviese nuestra propia manera de pensar, cuando en realidad es todo lo contrario: nuestra mente existe en la Realidad, por y para la Realidad, y eso es para nosotros un misterio siempre sugerente.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, no necesita adaptarse a nuestros deseos, no nos necesita para nada, pero no deja de contemplarnos desde dentro y desde afuera, desde el lugar donde las aguas se juntan sin mezclarse. Las personas de Allâh no son lo elementos de ninguna trinidad ni de ninguna otra alegoría: son los profetas, los santos, la paz sea con ellos, y los *mu'minún*, la expresión humana y universal de lo divino, Su manifestación teofánica. Y el profeta Muhámmad, *sala Allâhu aleihu wa salem*, consideraba que la mejor expresión humana del sometimiento a la Realidad es la equidad.

Ser equitativo y ecuánime son virtudes básicas de todo musulmán que lo sea realmente, porque expresan la forma humana del sometimiento a lo Real, la acción realmente islámica, porque nos alejan de los extremos cerrando el paso a las energías separadoras, a los ídolos creados en nuestra mente, porque el *shirk* es un desajuste que cesa cuando encontramos el equilibrio, el *salâm*. Ser capaz de

pensar y obrar con justicia sólo es posible para quien se libera de los velos y querencias de los sentidos y de las emociones, para quien ve, siente y piensa con *taqua*.

Estamos siendo musulmanes, estamos conociendo el sometimiento a lo Real. Y nuestra conciencia nos pertenece por una *Rahma* de Allâh. Esa es la grandeza que Allâh quiere para nosotros, la propia conciencia, la propia vida que emerge entre las cenizas de lo seres creados en nuestra mente, las vibraciones que surgen de los nombres divinos y se reflejan en un espejo limpio y humano.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, limpia cuando quiere el espejo y devuelve la luz a las profundidades, y crea cuando Él quiere la oscuridad y crea la confusión y crea la muerte, y las agota a todas en Él, siempre Viviente y Autosustitente. Él es el creador de nuestra mente y de nuestros sentidos, y del sentido que tienen para nosotros. Allâh es nuestro creador constante e inconstante, consciente e inconsciente, nada hay sino Allâh y nosotros no vivimos sino en Allâh y por Allâh. *Amin*.



PARA LIMPIAR EL ESPEJO donde nos miramos arrojamos sobre su superficie nuestro aliento, la humedad radical que nos constituye y pasamos luego la palma abierta de nuestra mano. Los espejos se limpian con nuestra humedad, se purifican con el aliento de nuestra vida y se aclaran con la limpieza de nuestros cuerpos. Cuando nos miramos en el espejo, cuando nos abrimos al otro vemos nuestra imagen

invertida, contradicha e intocable. Nos reconocemos como lo que somos, una imagen que se sostiene en la visión del otro, una forma sin sustancia ni identidad reales, y al vernos así encontramos una identidad más verdadera, más alejada de cualquier imagen de nosotros mismos que hayamos podido adorar o albergar, *subhana Allâh*.

Pero ¿Cómo hemos de mirarnos en los espejos? Nuestra mirada al otro debe templarse en el medio, ser consciente de que la superficie del espejo no es una barrera sino una puerta, un *barzaj*. En un hadiz el profeta, la paz sea con él, nos dio como siempre las claves para encontrarnos en el otro, la forma mejor de mirarnos en el espejo de nuestros semejantes, cuando dijo:

"Quien haya tratado a los hombres sin ser injustos con ellos, les haya informado sin mentirles y les haya prometido sin defraudarles, será un hombre cabal y de manifiesta justicia, cuya estima es un deber."

(AL AJLÂQ UAL UA YIBAT, 121)

Tres aspectos básicos de nuestra relación con los demás, pilares fundamentales de toda comunidad que avanza hacia la Realidad. Y también la expresión humana del hombre y la mujer universales, del *insân al kâmil*, que en este caso son el hombre y la mujer justos y cabales. Trato equitativo, información veraz y lealtad. Los tres pilares del *ajlâq*, de nuestra forma de ser comunitarios y de ser miembros de una sociedad y una creación universales, *al hamdulillâh ua shukurillâh*.

Lo primero que hemos de hacer es tratar, encarar, escuchar al otro, exponernos a él sabiendo que es un espejo de nosotros mismos que devuelve precisamente la imagen que necesitamos para trascender, la visión que rompe la imagen que tenemos de nosotros mismos, *al hamdulillâh*. Ser equitativos en el trato supone reconocer eso y reconocer que el otro también se está mirando en un espejo. ¡Menuda responsabilidad, *subhana Allâh*, ser espejos unos de otros y todos del Único!

No ser un espejo injusto e irreflexivo es fundamental. No ofrecer una imagen lamentable y triste, ni triunfal, ni deformada, ni una expresión arrogante ni falsa. Y al mismo tiempo tratar al otro, no como nos tratamos a nosotros mismos, sino como Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, quiere que nos tratemos todos, con conciencia, con humildad y cariño, con agradecimiento, hasta donde alcance nuestro *imân*. Así nos vamos tornando cabales, alcanzando el camino medio del *islâm*.

Expresarnos sin mentir, sin actuar, sin representar ningún papel. No somos los musulmanes muy aficionados a la representación, en general. Nos gusta presentarnos, vivir los hechos tal y como vienen, aunque a veces hagamos representaciones con las palabras, porque, *al hamdulillâh*, no estamos ni mucho menos lejos del escenario humano, ni tampoco excesivamente condicionados por la historia o por las culturas. Limpiamos el espejo de la comunidad cuando expresamos nuestra mejor sinceridad. Es parte de nuestro *ajlâq*, de nuestra responsabilidad *illâhi-ca*, una manifestación de Su *amâna*.

La comunidad se construye con hechos, tratos y palabras. La palabra veraz construye un espacio diáfano donde es posible y fácil nuestro sometimiento. Es la *daua*, la llamada al *islâm* más intensa e inmediata, porque la palabra sincera borra las sombras mentales y culturales más persistentes. A mayor veracidad, más firme es el espacio conquistado, más tierra de Realidad para el ser humano. Veracidad que no quiere decir sólo la lógica de lo que decimos, sino que implica la realidad creadora, la conciencia del inmenso caudal de signos que viven en nuestras expresiones, en nuestros gestos y palabras. Lo que desciframos y lo que permanece aún oculto. Todos los universos Le pertenecen.

Leales en nuestros compromisos, lealtad que es la prueba de la sinceridad e intensidad de nuestro *imân*. Lealtad es hacer realidad la presencia divina en las relaciones humanas, dar cabida a la expresión divina en nuestras vidas, al *hamdulillâh*. Muy diferente todo ello de vivir con una conciencia meramente materialista y mecanicista de nuestra existencia, aunque, por ser claramente un camino medio, los aspectos materiales tienen su lugar junto a los morales y espirituales. No hay distinción ni barrera que nos cierren el paso.

Allâhumma: Háznos seres cabales, completos, habitantes de una conciencia más pura, distinguidos por nuestra taqua, al *hamdulillâh*. ¿No podríamos ser más agradecidos? Háznos vivir como vivía el profeta, la paz sea con él, que tuvo una vida social y comunitaria constructiva, un ámbito humano de realización. *Amin*.

Jutba 40

AL HAMDULILLÂHI, *Al Fatah, Al Aual, Al Ájir*, las alabanzas son para Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, Quien nos abre a la vida, Quien nos vuelve hacia la Verdad. El Primero y el Último.

Algunas veces, mirando a nuestro alrededor, hemos tenido la sensación de un mundo en llamas, en continua discordia y desintegración, y hemos llegado incluso a aceptar las cenizas de este mundo como algo definitivo. Devueltos a la tierra, volvemos de nuevo al Âdam de nuestro ser, comenzamos de nuevo a despertar con la caricia del agua. Las cenizas son pura pasividad, pura materia inerte que recibe la humedad como *Rahma* de Allâh, como materia que conoce, siente y proclama la vida, *al hamdulillâh*. ¿Qué brota en la ceniza? ¿Qué surge en ella? ¿Cómo vuelve a nacer lo verde en el oscuro reino de la muerte? Los seres vivos formamos parte de un ciclo natural sustentado por el carbono. Somos

creados de tierra y agua, compactados y cocidos, disueltos de nuevo y recreados, pero ¿Cómo y cuándo brota lo vivo de lo muerto? Así nos dice Allâh en el Corán:

"Y dicen: 'Una vez que seamos huesos y polvo, ¿vamos, acaso, a ser resucitados mediante un nuevo acto de creación?' Di: '¡Seréis resucitados aunque seáis piedras o hierro, o cualquier otra sustancia que os parezca aún más alejada de la vida!' Y si entonces preguntan: '¿Quién nos devolverá a la vida?', di: 'Aquel que os dio la vida por primera vez.' Y si entonces mueven sus cabezas con incredulidad y preguntan: '¿Cuando será eso?', di: 'Puede que sea pronto.'"

(CORÁN, SURA 17, AL ISRA, EL VIAJE NOCTURNO, ÂYAT 49-51)

Tras el verano, con las primeras lluvias, las plantas nos ofrecen de nuevo la imagen de un reverdecimiento. Nuestra conciencia, que no es sino un Recuerdo, siente ese color tal y como lo vio por vez primera.

El Maestro Perfecto nos muestra Su signo imperecedero. Nos sentimos de nuevo siendo, avanzando en un itinerario. No sabemos cómo avanzamos. No sabemos nada porque no somos nada y, sin embargo, esperamos llegar a algún lugar en algún momento donde encontrar la respuesta o la visión que ansiamos, *insha Allâh*.

La naturaleza de nuestra *himma* no es ningún misterio: es la energía que nos impulsa más allá de nuestra racionalidad y de nuestra imaginación, afectando a todo nuestro ser. No podría ser de otra manera, pues somos incomple-

tos y deseantes, fundamentalmente vacíos y pasivos. ¿Dónde se asienta nuestra *himma*? ¿De dónde brota nuestra intención profunda?

Allâh nos hace buscar el conocimiento, seguir las huellas de la conciencia y caminar en busca de la luz de la Realidad. La conciencia brota súbitamente, evolucionando sin cesar en la quietud. Allâh, *Al Haqq*, crea los estados y los nombres. Él es el Primero y el Último y lo que hay en medio. Y de la misma manera que hace brotar la hierba de la tierra muerta, siembra en nuestros corazones ennegrecidos la esperanza, como una *Rahma* Suya que crea lo mejor de nuestra humanidad. El profeta, la paz sea con él, dijo:

"Ciertamente la esperanza es una Rahma de Allâh a las gentes. Si no existiese la esperanza no amamantaría la madre al hijo, ni nadie plantaría un árbol."

(AL AJLÂQ UAL UA YIBAT, 69)

La esperanza es nuestra energía existencial más pura, la que produce mayor apertura pues, al unísono con este sentimiento, el nafs reconoce su precariedad y su vacío, reconoce lo que le falta, lo que anhela y espera confiadamente, sin más dudas que las que le suscitan esas mismas precariedad y debilidad.

La esperanza nos aparta del miedo porque el miedo también nos empuja, es cierto, pero no nos abre sino que nos adentra en la ficción, no nos deja avanzar en el vacío y nos pervierte, nos corrompe y nos pudre hasta que, por la

Rahma de Allâh, alcanzamos de nuevo la conciencia, aquello que reverde, una y otra vez, en cada respiración y en cada latido de nuestros *nafs*, *subhana Allâh*.

La intuición y el conocimiento evidencial hacen que relacionemos casi de forma natural lo verde con la resurrección, con la renovación y con la confianza en el cumplimiento de la promesa divina. La esperanza que diluye nuestra melancolía es una *Rahma* de Allâh en nuestras almas.

Lâ ilâha illâ Allâh. Al retirar los velos y al mirarnos reverdece la vida porque así somos testigos de la creación y del cumplimiento de la promesa que Allâh hizo al ser humano. Ahora, precisamente ahora que no esperábamos recordar nada, nos asalta el Recuerdo, *subhana Allâh*, porque Allâh siempre quiere ser recordado, cuando nos tira con suavidad hacia Sí mismo y nos muestra el verdor, regalándonos una vez y otra con la conciencia de lo vivo. *Astaghfirullah*. Verde es la fuente de la que brota nuestra memoria.

Verde, que te quiero verde, nos dijo el poeta. Enamorado es el que espera, el que detiene su mirada en lo verde. El *nafs*, anegado por la vibración de lo que reverdece, siente la plenitud del amante y se entrega al Amado. No puede verlo aunque lo sienta brotar por todos sitios, y Le ve aunque no quiera, aunque no sepa cómo, y Le espera, y así se Le somete y así va siendo un buen siervo, paciente y esperanzado.

Porque no podemos ser pacientes si no esperamos algo, y esperamos alcanzar aquello que queremos, *al hamdulillâh*, y aquello que tememos, pero ¿Qué es lo que de verdad queremos? ¿A quién amamos? ¿Quién nos hace esperar?

El misterio de la vida que brota sin cesar entre las cenizas es la enseñanza de Al Jidri, la paz sea con él, la conciencia clara de quien realiza en sí mismo la servidumbre, de quien es capaz de aceptarse a sí mismo como incompleto y dividido y recibe a cambio la ciencia del *tauhid*: *lâ ilâha illâ Allâh, Al Ahad, Al Wahid*, No hay sino Allâh, Uno y Único. Por eso Al Jidri dice a su *murid*: no podrás tener paciencia conmigo. La esperanza no se puede atrapar ni manipular porque no es una estructura mental, sino conciencia en estado puro, pura *Haqîqa*.

Sentimos reverdecer nuestros *nafs* cuando vemos la resurrección en el mundo, cuando vemos brotar la hierba de nuevo o sonreir a nuestros hijos o a nuestros padres, o cuando vemos un gesto bondadoso y generoso.

Allâh nos da Su *Rahma* incesantemente y nosotros nos olvidamos de ella frecuentemente, acostumbrándonos a ella o pensando que, como eso es lo natural, no tiene valor o sentido, que es como el aire que respiramos continuamente, que la mayor parte del tiempo ni lo sentimos ni somos conscientes de su paso o de nuestro paso a través de él.

La esperanza es un estado bien conocido por nosotros aunque no sabemos bien cómo ni dónde nos nace. Es un sentir con todo nuestro ser, una experiencia de totalidad, de sentido, como un alumbramiento súbito que es luego sostenido suavemente en la existencia, como el tacto de la ropa seca tendida al sol de octubre.

Cálida y fría al mismo tiempo, templada en la balanza viva, estabilizada en la contradicción, al *hamdulillâh*.

Allâhumma: procúranos la esperanza en Ti y créanos de nuevo para poder anhelarTe y recordarTe. Sigue creándonos sin cesar y haz que Te adoremos en todos los rincones de nuestra conciencia. Amin.



ESPERAMOS ALCANZAR el bien y la belleza porque sólo eso nos contenta del todo, porque nos da el *salâm* a que toda criatura tiene derecho por el mero hecho de existir. Y así nos dice Allâh en el Corán cómo evoca en nosotros la esperanza:

"Y entre Sus portentos está que os muestre el relámpago, evocador de miedo y de esperanza, y que haga caer agua del cielo, dando vida con ella a la tierra cuando estaba muerta: ¡ciertamente, en esto hay en verdad mensajes para una gente que hace uso de la razón!"

(CORÁN, SURA 30, AR RUM, LOS BIZANTINOS, ÂYA 24)

Esta iluminación repentina nos deslumbra y perdura suavemente desde dentro, pacificándonos hacia afuera, dándole al mundo un reflejo vivo, donándonos una faceta de lo Único, pronunciando uno de Sus Nombres...

Está teñida de color, de un verde sinuoso que aparece en la luz y allí permanece siempre latiendo como una ondulación pacificadora, que nos islamiza porque nos procura el más perfecto sometimiento o adecuación a lo Real, a la conciencia. Un sometimiento que, más allá de ser un acto voluntario o forzado, es comprendido también con nuestra

razón, con nuestro aql, y deseado con todo nuestro ser. Esa es la buena *ubudía*, la de quien piensa contento. La esperanza es un don para nosotros. Allâh no espera nada porque nada hay sino Él, porque Él es el Primero y el Último y conoce toda Su creación, los procesos, los resultados, los signos y todo aquello que escapa a nuestra mente racional.

La esperanza es una *Rahma* en sí misma, independiente de los objetos, estados y resultados que esperamos alcanzar. Esperanza es un brillo especial en la mirada, una luz clara que, sin embargo no podemos atrapar ni con los ojos ni con la mente sino con el ojo y la mente del corazón. Nos acompaña en nuestra servidumbre como una esposa fiel, como si fuese el aire o el agua que nos nutre y envuelve.

Sin esperanza no amamantaría la madre al hijo ni nadie plantaría un árbol, nos dice el profeta: sin esperanza no habría continuidad de la conciencia. Por eso es tan importante para nosotros, criaturas dotadas de vista y de razón, meditar en lo verde, bañarnos en su vibración. También nos dice el profeta, la paz sea con él, que:

"Si llegase el Fin del Mundo, teniendo uno de vosotros en la mano un esqueje, y pudiese no abandonar su sitio hasta plantarlo, que lo haga."

(AL AJLÀQ UAL UA YIBAT, 80)

En este hadiz, el profeta, la paz sea con él, nos desvela una de las claves más importantes de nuestro *ajlāq* y de nuestra *ubudía*: somos creados para la vida y para favore-

cer la vida. En el momento del Fin del Mundo sabremos ya que el objeto de nuestra esperanza no es otro que Allâh, pues estaremos en presencia de la manifestación radical de Su Poder. Esta es la visión del jalifa. Si en ese momento estamos con el esqueje en la mano dispuestos a plantarlo, lo plantaremos, *insha Allâh*, sin esperar ya los frutos de ningún árbol terrenal.

La esperanza nos acompaña mientras dura nuestro periplo por el mundo. Cuando el mundo se acaba nada hay que esperar y, sin embargo, es entonces cuando plantamos el esqueje con la única finalidad de cumplir el decreto que Allâh nos traza a cada uno, sin conciencia ninguna de finalidad. Cuando no haya esperanza sembraremos la vida, *insha Allâh*, en un acto de conciencia distinguida, en una expresión del *ajlâq* que, quiéralo Allâh, *masha Allâh*, nos acompañará hasta ese momento.

Allâhumma: Dános la esperanza mientras estemos vivos en este mundo y cólmanos contigo en Tu verde jardín. Envuélvenos con el manto verde de Al Jidri y manténnos en Tu nombre *As Salâm. Amin.*

Jutba 41

A VECES NOS LAMENTAMOS de la profunda herida que recorre la *ummah*, de la división entre los musulmanes, de los conflictos que sacuden las comunidades, como si el tiempo que vivimos fuese una época especialmente difícil. Hablamos también de la intransigencia y del integrismo, pero esta visión no deja de ser una consecuencia de nuestra propia ignorancia de la sabiduría con la que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos hace vivir en este mundo y peregrinar hacia la Realidad.

¿Qué es el *islâm*? ¿Cómo puede existir el sometimiento a la Realidad Única en un mundo tan diverso y aparente? ¿Dónde reside la verdad de ese sometimiento? ¿En la forma externa, en la práctica formal del *din*, en la experiencia interior, en la vivencia del *faná fillâh*? Aparentemente nos encontramos ante una contradicción entre quienes defienden una práctica legal, literal y homogénea, y aquellos

otros que ponen el énfasis en la transformación interior, en la alquimia espiritual. Decimos aparentemente, porque en realidad no hay contradicción entre ambas. La contradicción es fruto de nuestra propia ignorancia, de nuestra propia mente polar, porque si nos acercamos a los maestros espirituales en seguida nos daremos cuenta de que están interiorizando y poniendo en práctica, literalmente, aquello que está contenido en la Revelación, en el Corán. No hemos conocido a ningún espiritual que nos haya alejado del *din* del *islâm* sino, más bien, todo lo contrario.

Por su parte, los eruditos y estudiosos, *ulemas* y *fuqahas*, normalmente ponen el énfasis de sus discursos en la práctica exterior, en las formas, porque creen que si éstas se pierden desaparecería el *islâm*. Y eso es una barbaridad filosófica, porque se está identificando el sometimiento a la Realidad con la adopción de una determinada vestimenta. Y no se está teniendo en cuenta la diversidad y riqueza de la Revelación que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos señala en el Corán:

"Allâh hace descender la mejor de las enseñanzas en forma de una escritura divina con total coherencia interna, que repite cada formulación de la verdad de diversas formas, una escritura divina ante la cual se estremece la piel de los que temen a su Sustentador: pero después su piel y sus corazones se distienden con el recuerdo de la gracia de Allâh... Así es la guía de Allâh: con ella guía Él a quien quiere ser guiado, pero aquel a quien Allâh deja que se extravíe jamás podrá hallar quien le guíe."

(CORÁN, SURA 39, AS SUMAR, LAS MULTITUDES, ÂYA 23)

La Verdad se expresa de diversas formas. Todas las formas que componen nuestro mundo son una expresión divina. La conciencia de esta Revelación, de este *tayali*, nos lleva a la conciencia de la Realidad, más allá de las formas y de las interpretaciones. Aferrarnos a una sola interpretación, a una forma rígida, nos aleja del sometimiento a lo Real porque lo Real se manifiesta en lo diverso. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice que si Él hubiera querido habría hecho de nosotros una sola comunidad, nos habría otorgado una sola interpretación, un dogma común válido para todos los casos, pero nos dice que esto no es así.

El Corán no es una receta de cocina sino aquello que nos hace gustar el alimento. Precisamente Allâh nos crea en la diversidad para que nos conozcamos unos a otros, para que sean posibles el reconocimiento y la adoración, para hacer posible nuestra creación y cualquier creación. Allâh crea al otro como misericordia para el encuentro, para realizar el *tauhid* en Su creación, como una forma de facilitarnos el reconocimiento de nuestra propia irrealidad, *Al hamdu-lillâh*. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, crea para nosotros un espejo donde se refleja la vacuidad de todas las formas — *la illaha* —, un espejo radiante y reflexivo.

Hay quienes reconocen su propia vacuidad en ese espejo, y se someten a esa Realidad diciendo *illa Allâh*, y hay quienes se deslumbran con su reflejo y se aferran a su superficie como si fuese posible conservar sus destellos. Unos expresan la vida inasible y otros expresan un eco lejano de esa misma vida, una huella. Los primeros comprenden ambas expresiones pero los segundos sólo pueden comprender la

suya. Sin embargo ambas son necesarias para la continuidad del *islâm* y su actualización permanente, porque el *islâm* no es una teoría o un dogma sino la expresión del sometimiento a la Realidad en el seno de la comunidad de los seres humanos, una manera integral de vivir.

Este sometimiento implica un *ŷihâd*, un esfuerzo, una dialéctica incesante y un contraste continuo de signos e interpretaciones porque, si bien es cierto que cuando uno despierta, despierta con él toda la creación, ese despertar está lleno de compasión hacia las criaturas, por la conciencia que implica de su precariedad y de su vacuidad.

Necesitamos, es cierto, la ciencia del corazón, pero la ciencia del corazón es siempre una ciencia aplicada al otro, un conocimiento para el otro, y acaba siempre transformando a las sociedades y a las culturas, porque la realización espiritual, aunque sea un camino individual, afecta a toda la humanidad.

No puede haber un progreso interior desvinculado de nuestro mundo de relaciones humanas. Por esa razón, los espirituales regresan al mundo para ayudar a las almas a cruzarlo. Y es precisamente este mundo de relaciones humanas el que hace necesario un marco de encuentro, una forma y un pacto, una terminología, la adopción de un lenguaje que nos sirva para ese fin. Y esa es precisamente nuestra tarea.

Las escuelas surgen siempre alrededor de un espiritual que ha aplicado su experiencia de la Realidad, su *islâm*, a la mejora de las condiciones de sus contemporáneos. Más tarde, los seguidores, a medida que el impulso del corazón de estos santos se aleja, se aferran a la superficie del espejo, tratando de atrapar allí lo que ha quedado de ellos.

Quienes han escapado del velo, del *shirk*, saben que la discrepancia entre las escuelas, la divergencia de interpretaciones, no es sino la forma de mantener vivo un diálogo fecundo, un contraste necesario que actualiza la forma de vivir de los musulmanes, tanto su realidad interior como su mundo de relaciones sociales y comunitarias.

Pero no debemos olvidar que todas esas escuelas, todas las posibles expresiones del *islám* histórico, todas las formas sociales y culturales de vivir el sometimiento, han surgido de la enseñanza de unos maestros iluminados, la paz sea con todos ellos, y, especialmente de la transmisión de *Sayyidina Muhámmad*, la paz sea con él, de su ejemplo y de su naturaleza sabia y luminosa.

En nuestros análisis se destacan los factores sociales y políticos que hacen emerger las escuelas y las doctrinas, se enfatizan las causas terrenales que llevan a unas determinadas interpretaciones del Corán, se ponen de manifiesto las diferencias entre unas escuelas y otras, pero todo ello no hace sino expresar la riqueza del mensaje que está implícito en todas ellas sin excepción: la disolución de nuestra naturaleza mental e ilusoria en la Realidad Única, el desenmascaramiento de los ídolos que nos velan a esa Realidad, la superación de cualquier interpretación en la presencia, en la experiencia de lo Único..

¿Cómo podemos, entonces, vivir prisioneros de las palabras, aunque estas palabras sean hermosas y trascendentes, aunque conserven el perfume de lo Real?. Si reducimos nuestra experiencia del *islám* al debate filosófico o conceptual, si nos ceñimos a una lucha ideológica con el pretexto

de devolver el *islâm* a su pureza, no haremos sino hacer más denso el velo, porque, a fin de cuentas, nuestro objetivo no es otro que Allâh, y Allâh está más cerca de nosotros que cualquier discusión y cualquier conceptualización.

Sabemos que la transmisión del mensaje no consiste en repetir mecánicamente la forma de los textos pensando que así preservamos la Revelación, porque la Revelación se preserva a sí misma, y así nos lo dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán, asegurándonos que se halla “en una tabla bien guardada” ¿Por qué, entonces, esa arrogancia de pretender preservar aquello que no puede perderse?

Quizás la cuestión más delicada estriba en reconocer dónde está guardada esa tabla. Si decimos que está guardada en el Libro no estamos diciendo nada, porque el Libro tiene muchas dimensiones, múltiples facetas, el Libro tiene una caligrafía, una letra y un sentido. ¿En qué lugar del Libro está guardada? Si decimos que está guardada en el corazón humano tampoco estamos diciendo nada, porque el corazón humano se equivoca. ¿Dónde está entonces esa Revelación, esa enseñanza?

Para responder a esa pregunta hemos de considerar que la Revelación es un medio, no un fin en sí mismo. El Corán es la herramienta que Allâh nos regala para que despertemos a Él, a lo Real, así que no podemos idolatrar el Corán, ni considerar que con sólo oír la Recitación o repetir los suras hemos llegado a nuestro destino como musulmanes. El Corán ha de hacer mella en nosotros, destrozarnos en nuestra ignorancia y resucitarnos en nuestra conciencia vacía de todo menos de Realidad.

Todos los maestros espirituales han expresado su experiencia de aniquilación en lo Real, de *fanâ fillâh*. Cada uno de ellos ha hablado con sus propias palabras, en el lenguaje de su tiempo y lugar. No han pretendido establecer doctrinas ni dogmas inamovibles sino, todo lo contrario, sugerir, con más o menos acierto, aquello que es inexpresable en su totalidad. Luego, algunos seguidores han tomado al pie de la letra sus palabras y han hecho de su enseñanza una doctrina. Eso ocurre así en todas las transmisiones espirituales que tienen lugar en este mundo. Si eso no fuera así, no serían necesarios los santos ni los profetas. Y lo son. Son las referencias que más necesita la humanidad.

Ningún verdadero maestro espiritual ha pretendido establecer una doctrina y, sin embargo, las doctrinas y los dogmas se han constituido a partir de las palabras de estos maestros, sacadas de contexto, aplicadas en un tiempo y lugar diferente, muchas veces en situaciones que nada tienen en común con las que vivieron quienes las formularon.

El ser realizado, el *muhsin*, expresa su experiencia de la realidad de manera que el otro pueda comprenderla o asimilarla. Para ello se sirve de las palabras o del medio de expresión que sea, del arte, de la poesía, de la manera que considera más conveniente, pero sin dejarse atrapar por la forma de esas palabras, sin sucumbir a su hechizo alienante. Por eso muchas veces se advierten aparentes contradicciones que en realidad no son tales sino la expresión de una diversidad de situaciones y contextos en los que se produce nuestro sometimiento. Como no pretenden establecer doctrinas, estos seres realizados usan de las palabras como una

herramienta plástica, sin otro objetivo que ayudar al despertar de la conciencia que aparece en ellos y no frente a ellos. Por eso dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, del Corán:

"¡Pues, en verdad, hemos dado múltiples facetas en este Corán a toda clase de enseñanzas diseñadas para beneficio de la humanidad!"

(CORÁN, SURA 17, AL ISRÁ, EL VIAJE NOCTURNO, ÁYA 89)

Un maestro espiritual es un ser humano realizado, un *muhsin*, alguien que ha vivido la extinción de su *nafs* en la Realidad Única, y subsiste permanentemente en Ella, no un teórico que conoce los postulados metafísicos, aunque también reconozca la Realidad en el discurso filosófico, porque su sometimiento, su realización, su *islâm*, le ha llevado al *ihsân* de reconocer a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en todas Sus manifestaciones sin excepción. Un maestro espiritual es alguien que ha realizado en sí mismo al Muhámmad de sus ser, haciéndose capaz de contener la riqueza y la diversidad del Corán en su corazón.

Un maestro espiritual es alguien que ha muerto a sí mismo y ha regresado a sí mismo, alguien que ha visto y oido lo que no puede comprenderse mediante la razón. Y esta experiencia es intransferible. Nadie puede comunicar la iluminación a otro o vender la sabiduría, nadie puede despertar por otro, pero puede ayudarle sin tener que hacer nada más que lo que hace. El *ihsân* es una experiencia que ocurre en la más profunda soledad y, por lo tanto, no tiene más testigo que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*. Por eso el Corán

está tan bien guardado, y los *muhsinún* son como las madres que nos ayudan a nacer.

Las personas que han vivido una experiencia de sometimiento a lo Real constituyen el corazón de la *ummah* y son nuestros maestros, los instructores de todos aquellos que queremos avanzar por esta vía.

Allâhumma: Haz que nos alcance la *bâraka* y la enseñanza de Tus siervos sometidos. Háznos capaces de vivir nuestra transformación irreversible. Resucítanos a la Realidad y haz que nuestras vidas sean una '*ibâda*. *Amin*.



NUESTROS MAESTROS no son sólo los profetas y enviados, la paz sea con todos ellos, sino también los *salihin*, los *muhsinún*, los ejemplos vivos del sometimiento realizado. Sin ellos, el *islâm* no existiría en este mundo, porque son sus corazones los que albergan la forma humana del sometimiento y la adoración. Por eso nos dice Allâh en el Corán que Su mensaje está en una tabla bien guardada, porque, aunque el corazón humano se equivoca, existen seres cuyos corazones son purificados por la Ciencia Divina.

Estos seres humanos se han hecho capaces de vivir y comprender su propia vacuidad, su realidad irreal, *la illâha*, y han regresado al mundo de las formas para ayudar, a quienes aún estamos prisioneros en ellas, a trascenderlas irreversiblemente, para ayudarnos a superar la religión de nuestros antepasados.

Aparentemente no son diferentes de los demás seres humanos. Se visten y comen como los demás y nada hay en ellos que nos haga presagiar su rango, pero en su cercanía, en su mirada, en su evocación, encontramos los destellos luminosos de la Realidad, que reconduce así nuestra conciencia hacia su fuente creadora. Sus *mâqâmat* están completas, sus *lataif* están despiertas y nos ayudan a despertar, al *hamdulillâh*.

Para transmitir una enseñanza espiritual no sirven fórmulas fijas, manuales ni catecismos, porque cada ser humano vive en unas coordenadas particulares y únicas. Y lo que hacen los maestros es ayudarnos a descubrir nuestra interioridad, que esa sí es común a todos nosotros, porque no tiene forma ni nombre, ni existencia. Pero en cualquier caso todo esto no son más que palabras que nos distraen precisamente de la Realidad, que nos desvían del fin de nuestra adoración consciente, ídolos que nos entretienen mientras tanto, como si fuésemos a vivir para siempre en la alienación. *Subhana Allâh*.

La vitalidad de nuestro *din* está en los corazones de los *muhsinûn* que lo mantienen vivo, con sentido, con significado. Y la mera repetición mecánica de los preceptos y fórmulas no sirve más que para ahogar la posibilidad del *islâm*, de nuestro sometimiento a lo Real, que es siempre imprevisible e inabarcable, creador de sentido y de significados.

Un maestro espiritual es una lámpara encendida con el aceite de la Realidad. Su luz se propaga en todas las direcciones y ámbitos. Quienes están más cerca de su corazón se benefician de su luz y pueden acabar iluminándose, con-

virtiéndose a su vez en maestros de espíritu. Otros viven una transformación que les hace ser buenos transmisores de sus enseñanzas, otros son alcanzados emocionalmente y acaban siendo guardadores de su memoria y de sus palabras. Los más alejados, los que sólo alcanzan lo externo, acaban reproduciendo miméticamente lo que han visto y oido, y ejercen una influencia en el plano de las costumbres y de los usos culturales.

Por esa razón nos insiste tanto Allâh en el Corán en el obstáculo que representa para nuestra *aquida* la religión de los antepasados, la fuerza de la costumbre, la forma codificada que la cultura adopta como expresión de la sumisión a la Realidad. Cuando Ibrahim, la paz sea con él, tratando de transmitir el mensaje, pregunta a los adoradores de ídolos sobre la naturaleza de su *'ibâda*, aquellos le respondieron:

"Hallamos a nuestros antepasados adorándolas."

(SURA 21, AN ANBIYA, LOS PROFETAS, ÂYA 53)

Por esta razón los maestros tratan de ayudarnos a trascender esos estereotipos que impiden nuestro despertar, y por eso mismo usan de las palabras como una herramienta para desmitificar nuestra experiencia.

Sabemos que todo *ârif* es *'âlim*, pero que no todo *'âlim* es *ârif*. Todo aquel que tiene un conocimiento de lo interno adquiere un conocimiento de lo externo, pero no al contrario. La creación es una expansión desde dentro, una eclosión que genera forma, no una forma, porque una forma no

genera nada porque no es nada. Un sonido no hace una palabra, un significado abstracto e innombrable tampoco.

Por eso es comprensible también que los seguidores de todas las doctrinas se aferren compulsivamente a las formas, porque sólo ven la superficie del espejo y esa es su manera de preservar su sometimiento, esa es la expresión de su islâm. Por eso decimos de ellos que son musulmanes, porque aunque estén lejos de haber completado su sumisión, están siguiendo las huellas de un camino trazado, unas huellas débiles, lejanas, pero huellas al fin y al cabo, exactamente igual que cualquier otro.

Es también comprensible que estas gentes consideren herejes o cafres a quienes no comparten su forma de interpretar la Revelación, porque no conocen otra, porque lo que les ha llegado es un eco debilitado por la costumbre, por las formas y por la cultura.

Lo que ya no resulta tan comprensible es que, quienes llegan a comprender esto ocupen su tiempo en tratar de demostrar mediante argumentos doctrinales y filosóficos que los primeros están equivocados. Es una pérdida de tiempo dedicarse a rebatir los argumentos de cualquier doctrina, porque las doctrinas son las expresiones históricas de una decadencia espiritual, de una regresión a la religión de los antepasados.

No podemos perder nuestra energía descalificando a quienes sólo ven la superficie del espejo, sino tratar de vivir nuestro sometimiento más allá de cualquier denominación, de cualquier interpretación y de cualquier palabra. Nuestra misión es establecer la '*ibâda* en el mundo, y la '*ibâda* tras-

ciende cualquier expresión concreta. Allâh nos dice que no nos ha creado sino para que Le adoremos conscientemente.

El ser realizado proyecta el *tauhid* sobre el mundo. El muhsin no separa sino que une porque está unificado interiormente, porque no está dividido por las palabras y las percepciones. Y es precisamente el ihsân nuestro mejor objetivo en esta tierra. De la misma manera que nuestra mejor provisión es la *taqua*, y la *taqua* no nos lleva a combatir las formas y las doctrinas, sino que nos ayuda a trascenderlas y considerarlas como lo que son: las expresiones plenas y diversas de una sola Revelación, los ecos de una sola Realidad que se nos manifiesta incesantemente de todas la maneras posibles.

Allâhumma: Haz que quienes vivimos tratando de someternos a Ti superemos los velos que nos separan. Preserva la *taqua* y la hermandad en este mundo de insatisfacción y alejamiento. *Amin.*

Jutba 42

QUIERO COMENZAR esta *jutba* con unas palabras de agradecimiento a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, al Mensajero y a vosotros que confiáis en mi intención y en mi pensamiento. *Barakalaufiq. Barakalaufiq* porque Allâh así nos procura una de Sus mayores gracias, que es la de Su cercanía. Ahora es noche luminosa y, en el silencio, brota la paz de Allâh en el corazón y nos sentimos agradecidos.

Es para mí un privilegio que me pidáis que os hable, porque así mis palabras se van modelando según vuestros corazones las contienen y reflejan. Yo siento que vuestros corazones están ansiosos de bien y de belleza. Gracias a Allâh, Quien me está haciendo vivir con un sentido que no tendría mi vida si no se hubieran cruzado nuestras miradas. Así voy descubriendo el *islâm* con vosotros, el sentido profundo encerrado en nuestro sometimiento a Allâh, *Al*

Haqq, en medio de esas olas maravillosas y profundamente vitales que nos recorren. *Al hamdulillâh.*

¡Qué privilegio para mí leer el Corán y conocer mi verdadera historia, una historia que no es una línea uniforme y lógica, sino plena de inseguridades y desbordante, llena de sentido! Por esa razón me gustaría tener la capacidad de transmitir claramente aquello que Allâh me está haciendo vivir, porque soy consciente del inmenso bien que procura a cualquier ser humano que es alcanzado por Su *Rahma*. Tenemos que hacer un esfuerzo para darnos cuenta de los regalos que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos hace a través del Corán y de Muhámmad, la paz sea con él. Darnos cuenta de los tesoros que hay en nuestro *din*.

Cada palabra revelada es un nudo de la cuerda que Allâh nos lanza, un nudo que nos permite agarrarnos a la Realidad, un nudo que nos procura la conciencia, la salvación, porque es una palabra sin velos humanos, un mensaje que nos hace salir airoso del laberinto de los nombres. Cada palabra de la *Fâtiha*, cada palabra del Corán, es una llave para acceder a la Realidad.

Cuando decimos '*ihdinal sirâtal mustaqîm*', condúcenos por el camino correcto, con todo nuestro ser, Allâh nos guía y hace que nuestro itinerario interior se acompañe, que nuestra respiración se sosiegue y que nuestro corazón se sienta confortado. El *sirâtal mustaqîm* es el mejor cauce para contener y encaminar nuestras vidas, la vía natural de nuestra realización en este mundo.

Cuando nos envuelve la *Rahma* de Allâh durante el *suŷûd* sólo podemos sentir agradecimiento. Él es el más

Grande, el más Bueno y el más Sabio. No sentimos vergüenza de adorarLe porque lo sentimos verdadero, Real, más cercano a nosotros que nuestras yugulares, es cierto.

Allâh nos acompaña siempre. Siempre está aquí, pendiente de nosotros, esos seres olvidadizos a los que Él ama tanto y que cuando nos damos cuenta de nuestro olvido nos volvemos a Él sumisos y conscientes. Y eso es lo que más Le gusta de nosotros y para eso nos está creando sin cesar, para que regresemos consciente y voluntariamente a Él. Allâh quiere mucho a esta pequeña *jâmâ*. Él está haciendo que vivamos una vida plena de sentido, conociéndonos, pero hemos de darnos cuenta de ello, de esos tesoros que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos está regalando sin cesar y que en muchos momentos no reconocemos.

Aunque Allâh nos establezca por un tiempo en un *maqâm*, en un mismo lugar de la experiencia espiritual, no permanecemos ni el *maqâm* tampoco permanece. Las *mâqâmat* son estaciones del peregrino que va marchando hacia la tierra de la Realidad. Aceptemos de verdad e impecablemente el trato que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos propone. Aceptemos de verdad que Él es *Al Hakim*, *Al Rahmân*, *Al Malik* y Sus más bellos nombres.

Descubramos esos tesoros ocultos en aquello que Allâh nos está señalando, en nuestras vidas cotidianas, porque Él nos ama y está creando el *islâm* para nosotros, para que seamos Sus siervos, Sus jalifas, para que Su luz se exprese y viva de la mejor manera posible en Su inimitable creación. Allâh quiere que seamos musulmanes. ¿Nos hacen falta aún más evidencias?

Él es el Señor de los Mundos y Él nos crea como quiere. Y Él quiere que nosotros nos beneficiemos de Su Sabiduría y de Su Compasión, de su *Hikma* y de Su *Rahma*, porque nos quiere completos para Él solo. *Al hamdulillâh*. La comprensión de los pilares de nuestro *din* va unida al beneficio que la práctica nos procura, aunque siempre hayamos sabido que lo verdaderamente importante vive en el corazón.

Debemos hacer un esfuerzo por hacer de nuestro *salât* un acto genuino de adoración consciente, con todo nuestro ser, con toda nuestra atención, con toda nuestra humildad, con toda la *hikma* de que seamos capaces. Quiera Allâh hacernos verdaderamente humildes. *Masha Allâh*.

Cada movimiento del *salât*, cada *âya* de los que recitamos nos procura conocimiento de nosotros mismos y del mundo y cercanía de Allâh. Allâh nos quiere agradecidos porque nos ama y sabe que el agradecimiento es la expresión del ser humano realizado y Él quiere nuestra mejor realización. Como sólo nos es posible realizarnos en Él, en *Al Haqq*, nos enseña la mejor forma de nuestro sometimiento, alejándonos de la inconsciencia y de los velos que nos apartan y nos mantienen en la muerte que no es otra cosa que ignorancia y olvido.

En este tiempo de expansión Allâh nos regala, entre otros, con un signo Suyo de especial significado. En las noches de comienzos del verano, en los lugares húmedos del jardín, aparecen unos puntos luminosos de un color verde intenso. Son las hembras de las luciérnagas llamando a las luciérnagas macho para unirse. Una llamada de luz, una expresión luminosa del deseo de un animal.

Todo un signo para quienes puedan entenderlo. Todo un regalo en forma de sentido. Emitimos luz para llamar al otro. No es como el animal que se adorna de colores y plumas que reflejan la luz del sol y del día, sino la emisión de una vibración luminosa e intensa que surge del más recóndito rincón interior, una luz verde que sólo puede significar la resurrección de la vida en la noche, el renacimiento de la luz y de la conciencia en la húmeda penumbra del jardín.

La luz verde de las luciérnagas es un *dikr* cósmico. Cada año Allāh pasa una cuenta del *tasbij* de Su creación. Cada año regresan los grillos y las chicharras, y nacen y mueren las plantas sin cesar. Cada momento estamos más cerca del encuentro. Por eso necesitamos agarrarnos a los nudos de la cuerda de Allāh, *Subhana ua Ta'ala*, a las cuentas del *tasbij* luminoso de Sus signos, sometiéndonos a la muerte que Él nos decreta en este mundo, para renacer conscientemente en Él, libres de la tiranía de nuestras almas.

Cuando decimos "*Alhamdulillāhi rabbil al'amin*" estamos reconociendo Su señorío, Su majestad, pero también Le estamos alabando por haberse acordado de nosotros, por habernos marcado con Su poder.

Señor nuestro, *Rabbil 'alamin*: los hermanos y hermanas de esta pequeña y verdadera *ŷamâ* queremos agardecer Te tu insistencia y paciencia con nosotros haciéndonos musulmanes de la mejor manera posible. Tú sabes cómo hacerlo porque Tú nos amas, nos creas, nos eliges y nos marcas. Oh Allāh: incrementa nuestra *taqua*, provoca nuestra *tauba*, inúndanos de conciencia de Tí! *Amin*.



Así, CON ESE ESFUERZO, con ese *yihâd*, vivimos en la *ummah* de Muhámmad, la paz sea con él, y podemos darnos cuenta de la perfección de su *maqâm*, de la excelencia del trato que a todos los musulmanes, sin excepción, nos otorga. Hemos llegado a amar a Muhámmad, la paz sea con él, porque en su ejemplo hemos encontrado la posibilidad de vivir integralmente y porque todo aquel que ha abierto su corazón al Corán ha sentido de alguna manera la *báraka* inconfundible del digno de confianza, de *Al Amín*. La dignidad del profeta nos alcanza a todos porque cada vez que abrimos nuestro corazón al Corán oímos los latidos del corazón de Muhámmad, la paz sea con él, sosteniendo el mensaje para nosotros. ¿Cómo podríamos no amarlo si es el heraldo de nuestra resurrección?

Allâh, mediante Su siervo digno de confianza, nos enseña a adorarLe, Él es *Al Wali* y *Al Habib*. Su celo nos alcanza y su amistad nos distingue. Allâh traza cada inflexión de nuestra mente, cada instante de nuestras vidas. Y si Él quiere que seamos musulmanes no vamos a poder evitarlo de ninguna manera, *Al hamdulillâh*. Ser musulmanes es ser guías porque ser musulmanes es ser portadores de una lámpara que ilumina, ser dueños de un corazón sometido a la Realidad ¿Hay algún regalo, alguna gracia comparable?

Somos como las luciérnagas de junio, seres que emitimos la luz vital que nos transmite Muhámmad, la paz sea con él, seres que habitamos en el más húmedo rincón del jardín de nuestro cuerpo llamando con toda nuestra energía, con todo nuestro ser, al Amado.

Los profetas nos acompañan todos. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, los ha creado para nosotros, para ser nuestros guías, nuestros espejos, nuestros maestros. Cuando comprendemos la finalidad de sus mensajes no podemos dejar de sentir un inmenso amor y agradecimiento hacia ellos, que fueron capaces de aniquilarse completamente en la Realidad mientras vivían en este mundo, para hacerse capaces de un mensaje no humano sino divino e imperecedero, transmisores de una palabra que nos permite desarrollarnos como criaturas completas, sin fisuras.

Nuestro cuerpo se regenera y resucita mientras escuchamos la Recitación. En el *suŷûd*, Allâh nos muestra nuestra servidumbre y nos damos cuenta entonces de los sentimientos que están condicionando nuestro despertar luminoso. Mediante esa comprensión Allâh restablece el flujo de energía luminosa de nuestro cuerpo, aniquilando el *shirk* que atenaza a nuestra musculatura y a nuestra piel.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, es el Sabio y nosotros nos asombramos de Su Ciencia cuando nos damos cuenta de cómo nos modela, con qué cuidado, con qué finura y elegancia algunas veces y otras con tanta fuerza y vehemencia. Será, tal vez, ese amor apasionado que, dicen los gnósticos, Allâh tiene por Sus siervos sinceros. Él es *Al Uadûd*, el Señor del Amor y *Al Karim*, el Más Generoso.

Oh Señor: concédenos lo mejor de lo bueno. Háznos capaces del amor hasta que nos sorprenda el ángel de la muerte. Háznos conscientes de los regalos que nos procuras sin cesar. *Amin.*

Jutba 43

MIS QUERIDOS HERMANOS y hermanas, compañeros en este viaje hacia la Realidad que nos lleva a recorrer el tiempo y los espacios, a vivir en este mundo de sombras y de luces efímeras. Los sucesos que tienen lugar en estos tiempos, en los que la violencia y la guerra parecen adueñarse de todas las almas, nos están sirviendo para reflexionar sobre nosotros mismos, porque necesitamos conocer el sentido de nuestra existencia aquí y ahora.

En primer lugar nos estamos dando cuenta de que una cosa es el *islâm* y otra bien distinta somos los musulmanes. Nosotros, los musulmanes conversos y nuestros hijos que crecen siendo musulmanes, nos encontramos en un mundo en que el sometimiento a la Realidad, el *islâm*, se encuentra muy amenazado por la barbarie, por la mentira, por el *kufr*. Hemos encontrado una *ummah* que antes no

conocíamos, una comunidad que muchos creímos una utopía, pero es una comunidad maltrecha, golpeada, que ha sufrido los embates de quienes viven tratando de negar la verdad creyendo que así pueden escapar de la muerte y del decreto que Allâh establece para cada uno.

Muchos musulmanes nuevos hemos llegado al *islâm* por un movimiento del espíritu, por una honda necesidad de encontrar respuestas. Y las hemos ido encontrando a medida que hemos ido caminando por esta senda. En el límite de nuestra desolación encontramos la calma, el *salâm*, el *islâm*. Porque vivimos la desolación sabemos que ésta acaba con toda vana ilusión, con cualquier ídolo, y que de sus escombros surge una visión humana de la Realidad, una experiencia de la Verdad.

Y esta verdad que vamos reconociendo, esa Realidad a la que nos vamos sometiendo conscientemente, nos plantea el dilema de decidir, nos otorga la *amâna* de ser Sus jalifas, Su más pura manifestación en esta tierra de Âdam, y decidimos someternos a Su Voluntad, al poder de la Realidad.

Eso es para nosotros ser musulmanes y eso es para nosotros el *islâm*. Venimos de una infancia y de una juventud llenas de doctrinas, de barreras que se interpusieron implacablemente entre nuestros corazones y la luz que ansía todo ser humano. Desesperábamos porque no sentíamos a Allâh vivo en nuestro interior, porque por eso mismo no podíamos vivir el bien ni la belleza. Éramos prisioneros de la tiniebla y de los colores, que son las dulces sombras. Prisioneros de una visión que desaparece ante nuestros ojos sin que podamos hacer nada para evitarlo.

Nos debatimos en esa oscuridad y allí comenzamos a renacer como seres de la Realidad, como jalifas conscientes, capaces de ver y de oír, como seres dotados de razón y sentido. Recobramos la razón, el sentido, cuando la visión nos alcanzó por dentro, cuando el Corán resonó con fuerza entre nuestros latidos, cuando fluyó al unísono con nuestra respiración.

Esa razón, ese sentido recobrado no es otro que el amor, no es otra cosa más que volvernos hacia la Realidad que amamos. Esa orientación nos da razón de ser y de vivir. Es el amor la más profunda de todas las experiencias porque amar implica dar, mirar '*a otro*', reconocer que no somos completos y sin falta, que el otro no es otro sino Uno. En ese movimiento apasionado, en esa apuesta arriesgada y vital, encontramos la respuesta, que no es otra que la vida en la Realidad.

No somos Allâh porque no podemos estar solos mientras existan la palabra, la memoria, el recuerdo..., buscamos sin cesar al otro por ver si así, conociendo a las criaturas, podemos saber algo de su Creador, del Amante y del Amado, tener una noticia Suya. Pero la búsqueda en el mundo es ardua porque no podemos ver a Quién o qué lo está creando, sólo vemos Sus huellas, Sus ecos, los pensamientos que se marchan igual que vienen.

Allâh nos está agraciando a nosotros, a nuestros hijos, con el din de Muhámmad, *sala Allâhu aleihi wa sallem*, con una experiencia vital integral y espiritual. Esa gracia Suya es la que nos hace Sus jalifas y responsables ante esa *ummah* que, en nuestro tiempo, aparece castigada y do-

liente. Tenemos la responsabilidad, la conciencia de lo que es el *islâm* y de lo que es el *kufîr*, porque hemos conocido ambas frecuencias, y porque hemos ido encontrando el *islâm* a medida que hemos ido destrozándonos con todas las doctrinas, una tras otra, rompiéndonos con todo aquello que se interpone entre nuestros corazones y la Realidad.

Tenemos una responsabilidad ante la *ummah* porque somos conscientes de que ésta ha sido envenenada por doctrinas fundamentalistas, algunas de las cuales proponen interpretaciones y formas de vida separadoras, ecos de un *islâm* que fue un día fuerte e invencible pero que se dejó perder embebido por las luces del mundo, por el poder, por el lujo y por la inconsciencia. Una cáscara vacía y seca como sus obras, un *din* que no es un *din* sino una religión consuetudinaria donde existen jerarquías y personas que se atribuyen la capacidad de mediar con Allâh, de ser sus intérpretes y depositarios exclusivos. Son doctrinas que tratan de apoderarse de la *amâna* en exclusividad, de la misma manera que ha ocurrido en otras comunidades anteriores.

Por el contrario, el *islâm* que vivimos los nuevos musulmanes es un *islâm* que necesita construirse desde el principio, desde el núcleo de los corazones. Es el *islâm* de las verdes praderas de la *Madina Al Munauara*, de la comunidad profética, el *islâm* de las almas ansiosas de bien y de belleza. Nosotros no hemos heredado la *amâna* como quien hereda una casa, sino que nos está siendo dada a medida que caminamos por la vía del sometimiento a la Realidad, a medida que vamos siendo musulmanes. De la misma manera que les ocurría a aquellos que vivieron con

el profeta, la paz sea con él, los cuales iban siendo conscientes de Allâh a medida que conocían y ponían en práctica el mensaje, a medida que vivían el *din* del *islâm*. Nosotros, como aquellos primeros musulmanes, estamos siendo agraciados con la luz de la Verdad porque Allâh quiere, y no necesitamos más explicación.

Pero también esa responsabilidad que hay en nuestras conciencias, ese *ajlâq*, ha de tener un propósito. Y ese propósito no es otro que el de esclarecer, transmitir, desvelar todo aquello que nos llega a cada uno en forma de luz, en forma de sentido, en forma de palabra. No nos toca a nosotros en principio construir un discurso teológico ni jurídico si antes no somos capaces de comprender el devenir de nuestras vidas cotidianas como seres que tratan de someterse a la Realidad.

Nuestra tarea, al *hamdulillâh*, no es armar una doctrina, enumerar unos principios o instaurar una moral, sino que es la más ardua tarea de todas y la más gratificante al mismo tiempo: ayudarnos unos a otros a morir en la Realidad y realizar así en nosotros mismos lo mejor de lo humano.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, está depositando en nuestras conciencias las semillas de la humanidad del futuro para que fructifiquen en el presente, para que no se pierdan nada del bien y de la belleza que Allâh nos confió. Esa es Su *amâna*, espejo de Su luz. Por eso mismo nuestras voces, aunque sean pocas y lejanas, tienen la responsabilidad de transmitir el mensaje en estos tiempos confusos y turbulentos. El *islâm* no se conserva en los libros ni en las piedras sino en los corazones de los que viven sometiéndose a la Realidad. Sólo

puede mantenerse vivo el mensaje en el corazón humano, en la mirada, en la voz y el pensamiento humanos...

El mensaje sólo puede revelarse al corazón ansioso, al amante desesperado. Nosotros estábamos solos y desesperados del mundo cuando el mensaje hizo mella en nuestros corazones y éstos se volvieron hacia la luz como mariposas hipnotizadas. Ahora vamos sabiendo qué es el *islâm* y qué no es el *islâm*. Nosotros sabemos ahora lo que significa ser musulmanes, lo estamos sabiendo porque Allâh quiere. Gracias a Él. Gracias a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, por todo ello, por habernos reunido en estos momentos de adoración en comunidad y por hacer posible el encuentro y el diálogo, que son hoy las tareas más necesarias y difíciles.

El *islâm* es la más humana de todas las vestiduras y Allâh lo ha creado para nosotros, a nuestra medida, como una piel que deja traslucir lo más luminoso que pueda encontrarse en nuestro interior y que al mismo tiempo nos protege de las inclemencias del tiempo y de los acontecimientos.

Nos sentimos agradecidos a Allâh por procurarnos la conciencia, por darnos la *taqua*, y por hacernos sentir unos a otros, por haber hecho posible la separación y la unión, el olvido y el Recuerdo, por habernos dado la posibilidad de conocernos a nosotros mismos, de conocer a algunos otros. Gracias, Dios nuestro, porque has querido para nosotros la senda del Recuerdo.

¡Allâhumma! Ayúdanos a librarnos de nuestras miserias. Libranos del desamor y del olvido. No nos dejes nunca a merced de nosotros mismos. Tú que nos hiciste nacer, que nos haces vivir y que nos harás morir, sácanos del fuego del

alejamiento y haz que cesen nuestros sufrimientos. Ahora que sabemos que no tenemos más que a Ti, que nunca tuvimos nada ni nadie más que Tú, haznos capaces de conocernos a nosotros mismos, de trascenderos a nosotros mismos. Haznos capaces de Ti, danos plena conciencia de ser jalifas tuyos. Házlo, *Al Rahmán*, y perdónanos por habernos olvidado de una manera tan concienzuda, tan obstinada y eficaz.

Haz de nosotros unos seres humanos agradecidos. Sé implacable con nuestras quejas y debilidades. No nos dejes morir en la inconsciencia. Ni que vivamos en la inconsciencia. Aniquílanos de una manera tan poderosa y drástica que no quede nadie que pueda lamentarlo. *Amin*.

Jutba 44

AL HAMDULILLÂHI rabbil 'alamin, ar Ra'ûf, ar Rahîm.
;Labbaik, Allâhumma labbaik! La báraka de Muhámmad para quien se reúne en adoración siguiendo su *sunna*, la paz y las bendiciones sean con él, sin otro propósito que el de agradar a Allâh y servir a Su intención creadora. *Lâ ilâha illâ Allâh .*

Recorrimos los campos en llamas y volvimos así a encontrar nuestra fuente. Hemos vuelto también al fragor de las batallas, a dejar que la épica se apodere de nuestros movimientos, entre un chocar de voces y un ruido de tristeza. Hemos dejado tranquilo al sol siguiendo su curso y nos hemos quedado aniquilados, bajo un ardor de rayos y una canción esperanzada. Hemos atravesado el fuego en esta duniâ y así nuestro Creador nos ha librado de unas llamas eternas. Sólo Él puede hacerlo y así lo hace, como expresión

de Su Compasión infinita hacia nosotros, criaturas cuya existencia está siempre en Sus manos. *Subhana Allâh.*

Atrás quedan las huellas de la tierra, los surcos y arrugas de su rostro, la color encendida en sus mejillas y el agua sanadora. Tan atrás que entremedias de nuestros pensamientos ya no anidan suspiros ni se tejen nostalgias. *Lâ ilâha illâ Allâh.* Tan lejos como nuestra memoria pueda alcanzar y aún más allá, y al mismo tiempo aquí mismo, siempre al lado, tan cerca como nuestra vena yugular. Solos y heridos renacemos, desolados entramos en este espacio inaugural, desnudos y vencidos somos así escuchados y acogidos en esta misteriosa y sagrada creación.

Un buscador que ya no busca nada, se encuentra a sí mismo ahora en la renuncia a obtener lo que ansiaba: ya no está lejos ni afuera sino cerca y dentro, tan dentro que no necesita decir nada. No sabe qué es lo que tiene, o si lo tiene; ni siquiera sabe si es o qué es. Sólo atiende al latido de su existencia, la Única existencia que vive en Realidad.

¡Adora, y cómo adora! ¡Cómo se sobresalta en el olvido y se da cuenta de su propia inconsciencia! ¡Cómo desvela el mundo sin inmutarse y cómo aprende a someterse a aquello que le hace vivir! Se prosterna en cada inflexión de su pensamiento y adora con cada articulación de su cuerpo. Pide perdón por ser alguien y obtiene así su liberación. Adora a un dios escondido que, sin embargo no cesa de llamarle, de hacerle signos e indicaciones allí donde posa su mirada.

De su garganta surge una única palabra: *labbaik*, aquí estoy. No estoy en ningún otro sitio, estoy aquí, en este misterioso *maqâm* donde olisqueamos la unidad del

tauhid, aquí donde vivimos y percibimos la unicidad tras la apariencia de las cosas. Nuestras manos están quietas, no buscan nada, no remueven el cieno oscuro tratando de encontrar el anillo perdido. No se mueven, descansan una sobre la otra, pacificadas, regaladas con el perdón de quien las vio transgredir. Nuestros ojos, aunque abiertos, están ciegos a lo que el mundo les propone. Ven, pero no ven cosa ninguna, ningún color, ninguna forma, ven lo que ven sin agitarse, sin albergar ninguna escena. Nuestros oídos oyen la melodía de fondo que construye la forma de nuestra creación, que es sólo un bello y verdadero Recuerdo.

Y desde aquí mismo decimos *shukran* y decimos *barakalaufiq* porque no podríamos decir otra cosa, tal vez por una debilidad sentimental, tal vez por una grandeza escondida que no hemos sabido encontrar: la duda se deshace en presencia de la Verdad, en la cercanía de lo que nos revela lo Real. La duda ya no teje los velos de nuestro raciocinio, *al hamdulillâh*, la duda se ha disipado en el ritmo del corazón, una respiración real la ha aniquilado.

¿Cómo vamos a dudar ahora, a estas alturas de la historia, en este *maqâm* de la conciencia? Y sin embargo dudamos, sopesamos y contemplamos detenidamente a los litigantes. Al juicio de Allâh nos sometemos. Él es el perfecto Juez, el único que puede trascender nuestra idea de la justicia con Su *Rahma* que abarca a todo lo creado, a la más insignificante de las criaturas, no sólo a los seres humanos.

Desde aquí mismo ¿Desde dónde, si no? Desde este *maqâm* que ha sido establecido por Allâh mediante la confianza de los hermanos, por la buena mirada de quienes

decidieron compartir sus vidas alguna vez. Por eso es un *maqâm* elevado, porque no es un púlpito ni una distinción académica ni la expresión de una necesidad política o intelectual, sino una prueba cierta y alentadora de nuestro sometimiento a la Realidad y de nuestro amor sincero por Muhámmad, la paz sea siempre con él, y con las gentes de su casa y con todos sus seguidores. Y no por sencilla es menos valiosa esta distinción sino más bien todo lo contrario. Nuestro *salât* está defendido de nosotros mismos, de nuestra distracción crónica, de nuestra inconsciencia casi siempre injustificada.

¡Ya, Ra'ûf! Bondadoso y Buen Señor ¿Cómo, si no, podríamos amarTe desde lo más puro de nosotros, desde aquello que, sentido como un nosotros, ansía el bien y la bonanza? *Ya Ra'uif:* Tú eres el Señor del Agua que atiende al peregrino, el Señor de Hashim, el guardador de Zamzam, pues el mayor bien para un ser humano se halla expresado en el agua que encuentra quien ha cruzado un profundo desierto, buscando el agrado de su señor, el agua que recibe quien se ha esforzado en la senda de la Realidad y ha aguantado con firmeza las llamaradas del deseo, de la incomprendición y de la ignorancia.

¡Al hamdulillâh, Ra'ûf, que nos regalas ese Nombre Tuyo ahora que hemos llegado a ningún sitio, ahora que empezamos a conocer algo de lo que Tú nos decretaste desde siempre, ahora que vamos sabiendo un poco mejor qué es lo que esperas de nosotros! Ahora ya sabemos que quieres que seamos Tus siervos, que nos mantengamos dentro de los límites que Tú nos vas trazando con Tu sabiduría y con

Tu paciencia infinitas. Esperas que seamos más conscientes de Ti, que Te recordemos lo mejor y lo más constantemente que podamos, con todo nuestro ser, cada uno según su capacidad y condición.

Esperas que trascendamos este mundo y que Te hallemos así, purificados y vacíos. Al mismo tiempo esperas que sirvamos a la Belleza, que colaboremos en lo más bello y positivo de Tu creación, con la mejor conciencia posible. Has colocado nuestro listón en lo más alto y en lo más bajo. Quieres lo mejor de Ti para nosotros, lo mejor de Tu creación.

Pues aquí estamos, *;Labbaik, Allâhumma labbaik!* dispuestos a servirTe, conscientes de nuestras propias trabas, de nuestras oscuridades irresolubles. Ya no sabemos bien si son los años, los ciclos o las vueltas. Ya no sabemos si son las estaciones o los estados, el desgaste que produce la vivencia incesante de lo mismo. No sabemos por qué volvemos a olvidar, pero a Allâh Le pedimos que nos guíe, que nos despierte y nos mantenga alerta y conscientes de Él, en la región de las dunas donde sentimos la temperatura de la luz sola, de la luz sin llama, la caricia bondadosa del modelador excelente, la manifestación certera y clara de *Al Musa'ir*, en la estación del Recuerdo.

Vuelves una y otra vez a regalarnos los colores de Tu creación, las formas de Tu sueño infinito, y volverás a teñirnos de sombra y a compadecer de nuestra naturaleza olvidadiza e inconclusa. Y nosotros, *insha Allâh*, volveremos a recordarTe, regresaremos de nuevo a esta *duniâ* por un tiempo para no volver nunca más, para dejar a un lado este velo tupido para siempre.

Allâhumma: Tú conoces nuestros estados: acepta nuestro silencio. *Allâhumma*: Tú sabes lo que hay en nuestros corazones. Hazlos latir en calma. *Allâhumma*: mantén en nuestros ojos la vida del Recuerdo. *Amin*



AL HAMDULILLÂHI *rabbil 'alamin*, que nos haces transitar los espacios más diversos y los estados más conscientes de Tu creación. *Barakalaufiq* porque así quieres para nosotros la comprensión y el Criterio, porque nos estás regalando un Corán que nos libra de nuestras dudas y ataduras mientras sacude nuestros *nafs*, aparentemente indomables. Porque hemos tenido noticia de Âdam y de su naturaleza y de quienes le siguieron, la paz sea con ellos. *Barakalaufiq* por hacernos comprender la naturaleza de nuestra *amâna*, por hacernos aceptar Tu *âman* conscientemente, por crear para nosotros la posibilidad de la libertad.

Âdam, la paz sea con él, aceptó Tu *amâna* en el acontecer de su creación, sin conocer la historia, porque la historia estaba comenzando en ese momento al mismo tiempo que su mente poblada de nombres. Han pasado muchas generaciones de *banu* Âdam y se ha desplegado a través de ellas la *silsila* de Tus mensajeros. La Revelación se ha completado con nuestro Muhámmad, la paz sea con él, y ahora nosotros sí podemos aceptar nuestra condición de seres libres y responsables, pero nos cuesta mucho la libertad, nos resistimos a ella porque nos da miedo la responsabilidad, porque nos aplasta, como temieron las montañas.

Empezamos ahora a comprender por qué las montañas, los cielos y la tierra se negaron a aceptarla y por qué la aceptó Âdam, la paz sea con él. Reconocemos nuestra naturaleza paradójica: amamos las cosas buenas de este mundo y queremos descansar en Tu cercanía, pero nos da miedo el abismo que a veces se abre entre Tú y Tus criaturas, cuando nuestra mente se queda adherida a los nombres y a las visiones, mientras nuestros corazones laten buscando Tu dulce compañía.

Nos da miedo la libertad y por eso volvemos nuestros ojos y nuestras mentes una y otra vez hacia la *Shariah*. Nos da miedo la libertad porque estamos buscando el conocimiento, pero la *Haqîqa* que Tú nos regalas nos hace conocer nuestra propia inconsciencia y por eso la rechazamos a veces, sólo por eso, porque nos da miedo no ser nada, porque hemos llegado a sentir nuestra creación como si fuera la única verdad. *Astagfirullah*.

Volvemos nuestros ojos a la *Shariah* cuando hemos perdido la visión del camino, cuando nuestros *nafs* están tirando de nosotros como si fuéramos un fardo sin sentido, un cuerpo sin espíritu. En los antiguos libros de sabiduría, como dice el Corán, encontramos el mismo e incesante mensaje, la misma advertencia esclarecedora:

"Cuantos más tabúes y prohibiciones haya en el mundo, más pobre se hace la gente —nos dice Lao Tzú— Cuanto más completas se promulguen las leyes y decretos, más malhechores y ladrones aparecen. Por eso el sabio dice: Yo no actúo y la gente se transforma sola. Amo la quietud y la gente se encauza de manera natural. No emprenderé." —Lao Tzú, Tao Te Ching, Capítulo 57

do ningún negocio y la gente prospera. No tengo deseos y la gente retorna a la simplicidad.”

(TAO TE KING, CAPÍTULO 57)

Nos exigimos a nosotros mismos una ley y nos comprometemos con la *Shariah* porque conocemos nuestras limitaciones, *al hamdulillâh*. Libremente decidimos obedecer. Pero esta obediencia implica precisamente aceptar la libertad, aceptar la *amâna* que Allâh nos está dando, asumir plenamente nuestra condición de jalifas, lanzarnos al vacío de la existencia como seres conscientes. Nuestra obediencia sólo es debida a Allâh. Por eso somos libres, humanamente hablando. Por eso nos rebelamos contra la tiranía aunque no hagamos nada, o precisamente cuando no hacemos nada porque nada podemos añadir, porque el acontecer obedece a una sabiduría que nos trasciende.

Nuestro miedo a la libertad, nuestra resistencia a aceptar la *amâna* de Allâh, nos lleva a establecer relaciones humanas a veces muy dolorosas y dañinas. Nos atribuimos a nosotros mismos y a los demás una realidad y un papel que no nos corresponden. Esperamos de ellos que nos procuren el consuelo, la salvación, la comprensión de nuestra situación y una palabra que nos cure. Pero ¿Qué les estamos dando a cambio sino nuestra propia incredulidad?

Esperamos del otro que sea nuestro maestro, nuestro sanador, en lugar de mirarlo y comprender que es una criatura en manos de su Señor, igual que nosotros. Nos da miedo cogernos de las manos porque en el círculo del *dîkr* nos

disolvemos y ni siquiera el contacto con otra piel nos devuelve a nuestra mente autosatisfecha. Eso fue lo que extravió a muchos seres humanos y comunidades, la atribución de existencia real y autosuficiente a las criaturas, la atribución de divinidad y permanencia a los seres humanos.

A menudo esperamos que el otro se defina mediante una palabra, esperamos de él un límite que nos consuele del vacío. Haga lo que haga, diga lo que diga, aún siendo un maestro, sigue siendo otro ser humano. Nos cuesta mucho esfuerzo no hacer nada, no oponer resistencia, porque tenemos miedo a la Verdad, rechazo a la muerte, al vacío que por todos lados se nos manifiesta. Y por eso hablamos y nos movemos sin cesar, para llenar ese vacío, para conjurar ese silencio que se abrió en el pecho de nuestro Ádam.

La ilaha illah Allâh, decimos con la lengua mientras el corazón llora en silencio. *Lâ ilâha illâ Allâh*, decimos con todo nuestro ser cuando nuestras almas se aquietan. *Lâ ilâha illâ Allâh*, decimos siempre que Allâh quiere ser recordado en este mundo. Libremente proclamamos la unidad cuando ya no comprendemos nada, cuando ya no queda nada de nosotros mismos.

Somos una expresión de *tauhid* y eso nos da miedo porque nos compromete, porque sólo obtenemos acción, expresión, desenvolvimiento, pero nada real podemos agarrar de forma duradera en este sueño, sólo la *târiqa* que se va formando entre el ir y venir de nuestras ansiedades, entre los vacíos que irremediablemente se nos imponen.

Somos tan sólo un estado o una estación y en eso somos responsables. Responsables de nuestras *mâqâmat* siendo

Allâh el único creador de todas ellas, cuidadores de Su jardín terrenal. Esto nos tranquiliza y nos proporciona una identidad más llevadera. La ignorancia no puede tener aquí cabida porque ya lo sabemos, y si no lo sabemos lo recordamos, *al hamdulillâh*. Nuestro silencio se convierte en palabra, nuestra mudez contempla el verbo creador. La mayor plenitud parece vacía... la mayor rectitud parece torcida, la mayor habilidad parece torpeza, nos dice el viejo maestro chino. ¿Cómo entonces nos atrevemos a juzgar?

Abandonamos el juicio de las criaturas porque aceptamos que sólo Allâh es un juez perfecto. A Él nos sometemos y sometemos nuestras dudas y nuestros errores. Sólo Él conoce las intenciones de las almas, de los seres aniquilados en Su realidad. ¿Puede un sabio reaccionar de alguna manera? ¿Puede decir una sola palabra que sea realmente suya?

Allâhumma: libranos del juicio de nuestros semejantes.
Haznos comprender Tu Shariah. Háznos cruzar a la orilla
del fácil sometimiento, de la conciencia de Tu Ley. Amin

Jutba 45

AL HAMDULILLÂH *rabbil'alamîn, ar Rahmâni, ar Rahîm, al Wali, al Wakil.* Nos asombramos de que, una vez más, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos está dando forma, sacándonos del sueño a la conciencia. Una vez más que es como decir constantemente, sin pausa ni descanso. Allâh no descansa nunca, no necesita descansar, es completo y Único, sin pérdida ni ganancia ninguna. Nada le afecta en Su completitud, nada en Su creación está de más. Su insistencia hacia nosotros, Su predilección por nuestra conciencia la vivimos como una misericordia Suya porque no podemos vislumbrar el fin de Sus horizontes. *Lâ ilâha illâ Allâh.*

Él es Quien nos crea de un coágulo y de un embrión y Quien hace que esa vida informe se torne vida humana, consciente. Él es Quien nos enseña las palabras, Quien crea a Muhámmad, la paz y las bendiciones sean con él, como el

mejor de todos los seres humanos, como el digno de confianza a quien puede encomendársele la Revelación y la Guía para el ser humano. Allâh crea a Muhámmad para que tengamos la mejor referencia como criaturas, para que podamos reflexionar sobre nuestra condición, para aprender a vivir en la Realidad Única como seres conscientes.

Con Muhámmad, la paz sea con él, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos regala una conciencia clara y mantenida, una inclinación del corazón que nos vuelve hacia la Realidad, que nos deja la sensación de haber estados dormidos durante mucho tiempo. Allâh hace con nosotros lo que Él quiere. Nos saca de las tinieblas a la luz y luego nos sumerge de nuevo entre las sombras, nos hace nadar entre el aire y el agua, entre lo alto y lo bajo, para que conozcamos los linderos de Su creación, que se extienden más allá de nuestra percepción, de nuestra imaginación y de nuestra razón, *al ham-dullilah*, ayudándonos así, con ese regreso, a recordarLe.

Esa persistencia de la *Rahma*, de la Compasión divina, nos lleva inevitablemente, antes o después, hacia la morada de la sinceridad, del *ijlás*. En el *ijlás* purificamos nuestra intención, nos enfrentamos a eso que sentimos como lo más bajo de nosotros mismos, y así Allâh va abriendo en nosotros un ámbito divino, el lugar donde Él se manifiesta en toda Su Grandeza y Poder. No hay acciones grandes ni pequeñas, "Las acciones son por su intención", nos dice el hadiz del profeta, la paz sea con él. Sin la sinceridad, sin el *ijlás*, no podemos acceder a lo Real. Es necesario un acto de sinceridad, una vuelta eficaz a la conciencia, a la vida concreta en el silencio.

"Y sin embargo, no se les ordenó sino que adoraran a Allâh, sinceros en su fe en Él solo, apartándose de todo lo falso; y que fueran constantes en la oración, y gastaran en limosnas: pues esta es una ley moral de probada solidez."

(CORÁN, SURA 98, AL BAIYINA, ÂYA 5)

"Sinceros en su fe en Él solo, apartándose de todo lo falso"
Así nuestra *shahâda* se va purificando en el *ijlâs*. Somos testigos de lo Real, de aquello que en algún momento hemos tratado de evitar. Ahora vemos con el ojo de la Realidad y no sentimos miedo. Es el *ijlâs*, la sinceridad, lo que hace que se purifique nuestra intención, porque nos vemos a nosotros mismos en nuestra precariedad más elocuente. La sinceridad llevada hacia lo profundo nos muestra la estupidez que supone tener miedo o deseo de cosas perecederas, el *ijlâs* nos enseña que lo Real, lo verdaderamente significativo, está muy cerca, es accesible, inagotable, y nos está invitando a participar constantemente.

¿Dónde estarían nuestros argumentos, nuestras palabras, si viviésemos constantemente vueltos hacia la Realidad? El mundo de todos los días, todos los mundos, discurren en la Realidad ¿Dónde, si no, iban a existir? Pero esos mundos que percibimos están formados por los ecos y las huellas de esa misma Realidad. Cuando los vivimos como reales en sí mismos, por su condición de ser sólo huellas, nos resultan insatisfactorios, fragmentarios, y nos mantienen en la inconsciencia, porque no son sino aspectos, reflejos de la Única Realidad que se oculta entre las palabras y que, a través de ellas, vuelve a recordarnos.

Esos mundos de todos los tiempos son insistentes y diversos. En su diversidad cada mundo va reactualizando su forma, su diseño y su ley, desplegándolas como sus lenguas y sus colores hasta el agotamiento. Luchamos por superar la rutina, la repetición, cuando en esa insistencia en la repetición hay un profundo sometimiento a lo Real, a nuestra condición de criaturas absolutamente desvalidas sin más *Walí* ni *Wakil* que Aquel que en éste y en todo momento nos sustenta.

La sinceridad nos sirve en nuestro viaje porque nos lleva en la buena dirección, porque delimita la senda media, y nos procura equilibrio, paz, *salâm*. El conocimiento de nuestra verdadera condición nos prepara para asumir nuestra responsabilidad, nuestro *ajlâq*, que es aquello que se expresa en nuestra manera de vivir. Nuestros actos son por la intención. La mejor intención es volver, regresar a la conciencia, estar vivo y sin preguntas. La mejor intención es la que nos conduce a nuestra meta de la mejor, más veloz, más clara y luminosa manera posible.

El *ijlâs* abre la puerta a la alegría. La sinceridad nos hace humildes porque vemos nuestra humanidad más universal, una precariedad que compartimos más o menos conscientemente con casi toda la humanidad. La humildad une a la humanidad, y es en la humanidad donde brota el mensaje, donde se propaga como un río de luz y de sentido. Esa humildad dulcifica nuestro carácter y no tiene nada que ver con la debilidad sino precisamente con la fuerza. El mejoramiento de nuestro carácter es el mejor resultado de nuestro esfuerzo en la vía del sometimiento. Es la prueba de que

estamos transitando ese camino. *Lâ ilâha illâ Allâh*, que nos hace ser testigos de nuestro vacío esencial y del tauhid, de la unicidad de lo Real.

"no se les ordenó sino que adoraran a Allâh, sinceros en su fe en Él solo, apartándose de todo lo falso."

Este es el mismo mensaje de Ibrahîm, la paz sea con él, que nos transmitió la adoración sincera, y que era *hanif*, una palabra árabe que procede del verbo *hanafa*, que significa literalmente "*él se inclinó*". Se inclinó en la Realidad, desde la Realidad y hacia la Realidad. Cuando abrimos nuestra sinceridad ya nos inclinamos, ya reconocemos lo Real, ya no somos tan importantes, ya sólo somos las sombras, la promesa de una resurrección.

Sentimos vergüenza y nos inclinamos en la sinceridad ¿Quién nos conoce mejor que Él? ¿Quién puede descender más allá de la oscuridad de nuestras almas y elevarlas en realidad y dignidad? *Al hamdulillâh ua shukurillâh*, que nos permite el olvido para poder regresar una vez y otra a la Realidad sin descanso.

Al hamdulillâh wa shukurillâh, que nos está regalando la Realidad mediante una creación Suya de la que conoce hasta el más ínfimo rincón, iluminada con la Luz de las luces, que brota por todos lados y que no es el del oriente ni del occidente, que no deja resquicio para ninguna sombra, *al hamdulillâh*, que siembra la certeza en el corazón humano y hace que Su creación tenga sentido, que hace del ser humano un signo que va alumbrando los pasos del peregrino espiritual.

*Allâhumma: incrementa nuestra sinceridad, nuestro *ijlás*, y acércanos a Muhámmad, a tu más clara, reciente y generosa Revelación. Amin.*



EL MENSAJE DE IBRAHÎM está vivo en el mensaje de Muhámmad, la paz sea con ellos. El Corán que nos transmite Muhámmad nos ayuda a inclinarnos, a curvarnos, a flexibilizarnos. Un Corán que promueve en nuestros corazones la sinceridad, el *ijlás*, que nos devuelve la flexibilidad y la salud porque nos ayuda a acompañarnos con toda la creación, a reconocernos como agua, como luz, como criaturas que se inclinan, que se doblan como juncos movidos por el viento... Sin sinceridad, la risa es tan sólo una burda mueca, un gesto de hastío.

El valor de la sinceridad es acorde con el valor del testimonio y éste acorde al grado espiritual del peregrino. De Allâh venimos y hacia Él regresamos. El *ijlás* apresura este regreso, nos acerca los horizontes, como prueba de la centralidad del corazón en esta vía que vamos desbrozando en el justo medio, alejándonos de cualquier extremo dogmático o doctrinal porque ahora ya sabemos que nos enturbiaría. La claridad del *ijlás* y su naturaleza creadora son como un agua transparente para unos ojos cansados de mirar, una resurrección luminosa en lo más profundo del alma, una bocanada de aire fresco, música grata, límpidas palabras.

El *ijlás* surge cuando nos quitamos de en medio. Nos damos cuenta de que ninguna de nuestras acciones conse-

guirán sus objetivos más que por la *Rahma* de Allâh y que estas acciones son válidas según nuestra intención. Quedamos a solas con nuestras verdaderas intenciones, aquellas que sólo Allâh conoce. Y Allâh nos ayuda a purificarnos meditando en nuestra intimidad, conociéndonos a nosotros mismos según el grado de nuestra sinceridad.

La sinceridad fluye al mismo tiempo que el abandono confiado. El *ijlás* y el *tauakul* caminan juntos. Como tampoco hay verdadera sinceridad sin que al mismo tiempo esté viva la conciencia de Allâh, la *taqua*, una conciencia que lo es de Su Poder, de Su Sabiduría y de Su Compasión. Un abandono confiado es la prueba de nuestra sinceridad, de que vivimos de acuerdo a nuestro *din*.

En el miedo, en la desconfianza y el recelo, tan presentes en los mundos que transitamos cada día, anidan los pájaros negros del olvido. Luego nos cuesta trabajo hacerlos desaparecer y recordar, pero es Allâh y sólo Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, Quien lo hace todo. Creer que hacemos algo resulta así presuntuoso y sin embargo vivimos en la acción, en la decisión entre los mundos, las ideas, los lugares, las orillas o lo que sean, entre silencios de vida, entre latidos de muerte, perdidos y regresados.

Allâhumma: Tórnanos sinceros y háznos humildes. Haz que no estemos tristes, háznos comprender que las dificultades son la sal del camino, la prueba necesaria. *Amin*.

Jutba 46

AL HAMDULILLÂHI rabbil'âlamin, ar Rahmâni ar Rahîm, Al Hayy, Al Qayyum. La vida discurre muy aprisa. Los días se solapan unos con otros en un tiempo continuo. La pregunta debe ser respondida urgentemente. No hay tiempo que perder, el tiempo apremia. Los rostros muestran su última expresión: unos nos ofrecen una mueca, otros nos regalan una sonrisa.

Apuramos la copa de la existencia y cuando paladeamos su sabor ya se nos ha ido. Miramos la cara del sufrimiento y tampoco perdura. Sólo imágenes son, sólo momentos que desaparecen en el tiempo. Olvidamos el regalo que Allâh nos hace, el favor divino que nos crea, para volver a recordar, ese es nuestro decreto como *banu Âdam*. El tiempo no desaparece, *astagfirullah*: nosotros desaparecemos en él. La conciencia se torna un mar de asociaciones mentales, de mares inconexos... En la mente las aguas

se reparten los colores: mar blanco, mar negro, mar rojo, fragmentos de un yo que no existe, los más bellos Nombres de Allâh, *Al Hayy, Al Qayyum...* *Lâ ilâha illâ Allâh.* ¿Quién puede amarTe y quién puede recordarTe? ¿Quién puede preguntar? ¿Quién responde?

El místico pregunta: ¿Dónde Te escondes? ¿En el templo de las imágenes? ¿En el templo de Tu creación? Los velos de las imágenes se superponen a velos de luz y de sonido, a esas vibraciones que se entrecruzan formando un nosotros, un ámbito, un espacio, y luego se vuelven a su matriz y nos dejan solos y desnudos. Solos entre otros seres solitarios que cruzan la existencia, regalados con el encuentro de las miradas, de las caricias y los abrazos, colmados de palabras de amor y de amor mismo, justo cuando sentimos la respuesta, cuando la Realidad se nos dona y nos vuelve conscientes. *Lâ ilâha illâ Allâh, Al Haqq, Al Qayyum.*

Aunque sea sólo un momento, es un instante de Realidad. Y un instante de Realidad es toda la Realidad, nos sirve para reconocer lo Real, para paladearlo y reconocerlo como nuestro, como lo más nuestro porque ya no somos. Ya podemos morir, ya hemos cumplido el mandato de conocer, de nacer a la vida, *al hamdulillâh. Lâ ilâha illâ Allâh.* Ya podemos callarnos para siempre y emprender conscientemente el regreso. Ya podemos vivir, ya sabemos que el sacrificio no es la condición de nuestra creación ni de nuestra existencia.

Descubrimos, como Ibrahîm, *aleihi salâm*, que nuestro *din* es un camino de belleza y de plenitud, *al hamdulillâh*, que nuestro *din* se hace andando por el sometimiento a lo

Real, dia a dia, momento a momento, entre la duda y la certeza, entre la pregunta y la respuesta, entre la vigilia y el sueño. Que no tenemos más sostén que el Aliento de nuestro Dios, de nuestro *rabb*, que nos acompaña siempre, al *hamdulillâh*, que nos reúne cuando Quiere, que nos ayuda purificar nuestra intención con Su Revelación, con esa donación de sentido que siembra la conciencia en nuestros corazones perplejos.

¿Qué podemos hacer sino aquello que estamos haciendo? ¿Qué más podemos hacer, qué esfuerzo, qué más podemos pensar? ¿Cómo podríamos alterar el más mínimo instante de nuestras vidas, de la vida del mundo? Sólo somos testigos de una creación vasta e incommensurable, invisible y generosa, de una creación de conciencia que ahora sentimos nuestra, que nos hace ser y existir, que nos hace hablar y conocernos unos a otros, con el solo propósito de conocerse a Sí misma a través de un nosotros. Sólo podemos adorarLe. *Subhana Allâh*.

Sufrimos y gozamos porque compartimos los signos, porque nos abrimos a ellos. Nos empeñamos en sentirnos como seres creados, acabados y cerrados, pero la Realidad nos dice que somos creación incesante, devenir, expansión y apertura... Necesitamos de una materia, aunque sea una '*materia imaginal*', una palabra, para expresar nuestra propia y genuina creación, y por esa razón no somos creadores. Lo que nos está ocurriendo es claro y alentador.

El *islâm* es una forma de vivir que asume y resuelve la pugna secular entre la ocultación y el desvelamiento, entre la idolatría y el reconocimiento de la Realidad. Por mucho

que los seres humanos nos empeñemos en velar los hechos que ocurren incesantemente, dentro y fuera de nosotros, por mucho que nos empeñemos en otorgar realidad a las imágenes, sabemos que son sólo ecos y huellas que, a la hora de la verdad, no pueden respondernos.

Allâh nos da la conciencia de todo ello en nuestra vida cotidiana, nos regala con el Corán criterios válidos para poder comprender sencillamente lo que nos ocurre. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos salva de la locura, de la tiranía de la historia y de las culturas mediante una Revelación clara que nos hace felices, que nos libra de cargas innecesarias, incluso que equilibra nuestra carga, la pondera, la sitúa en el ámbito de lo Real, *al hamdulillâh*.

La Revelación nos alcanza mientras escuchamos el Corán, cuando un hermano nos cita este *âya*, o cuando la vemos inscrita en las montañas y entre las nubes, cuando Allâh nos hace oír la recitación de Muhámmad, *sala Allâhu aleihi ua salem*. La Revelación nos afecta cuando Allâh quiere. Y Allâh está queriendo, está disolviendo el jardín y el fuego en el Océano de Su Realidad, y está disolviéndonos a nosotros en Él, haciéndonos conscientes de lo Real.

Allâhumma: Tú eres inabarcable, incomprendible y más grande que cualquier visión o idea que podamos sentir o imaginar. No podemos verTe más que en Tu creación, en esos rincones de Tu creación donde resuenan los ecos de tus Nombres. Estamos perdidos y estamos solos. Atiéndenos, cúranos de nosotros mismos como sólo Tú sabes hacerlo, porque Tu Amor es Sabiduría y Tu Sabiduría es la savia de toda Tu creación. *Amín*.



LA SOCIEDAD DE LAS IMÁGENES no nos sirve para realizarnos como seres humanos, para llevar a cabo una realización integral, para difundir valores universales, establecer justicia y promover equidad, para repartir la riqueza de una manera más justa, para evitar el derramamiento de la sangre. Porque se trata de un lenguaje fragmentario e inconcluso que por ello nos produce insatisfacción.

Esa cultura y ese culto de las imágenes y de las ideas se vuelve en contra de sus cultivadores, mostrando el rostro más desastroso de la violencia, las expresiones de niños y mujeres asesinados en las mezquitas, mientras hacen la oración, o en los trenes mientras caminan a su trabajo, ajenos a cualquier sacrificio. O a esos millones de seres humanos que engrosan las cifras del genocidio de manera lenta y callada, en esas guerras de las que casi nadie habla, en los lugares más lejanos y recónditos del planeta. Denunciamos el mal, combatimos el terror con nuestros corazones, con la palabra, con el diálogo, con nuestras miradas, con nuestras acciones, con todo nuestro ser.

Llamamos a la cordura, a la razón, decimos con nuestras lenguas y tratamos de decir con nuestras vidas que no es necesario el sacrificio, que no hemos sido creados para el dolor o para la tristeza, al hamdulillâh. Y eso que parece lo más sencillo de ver y comprender, lo más obvio, humanamente hablando, se convierte en un arduo *jihâd*, en un gran esfuerzo por mantenernos en un camino medio y equilibrado, con sentido, completa y constantemente significativo, racional.

Un gran *yihâd*, un nítido esfuerzo que consiste, sobre todo, en nuestra atención a la Realidad, un esfuerzo por mantenernos conscientes y despiertos aún cuando no sepamos nada de nosotros mismos. Una entrega voluntaria y gozosa a lo Real que, entonces, nos habla al corazón.

Ese es el mensaje contenido en la Revelación, el mensaje de la *silsila* de Ibrahîm, de Isa y de Muhámmad, la paz sea con ellos, un mensaje que choca frontalmente con todas las religiones consuetudinarias, con todas las iglesias instituidas en sus nombres. Estas religiones históricas han servido para la dominación de las comunidades, como las culturas sacrificiales han servido para mantener unas identidades ficticias y unas determinadas relaciones de poder hasta llegar a nuestro tiempo.

No es necesario el sacrificio para obtener el bien, lo bueno. No es necesario el sufrimiento, el dolor, para alcanzar nuestros mejores objetivos. Esta misma conciencia anima ahora a millones de seres humanos que luchamos frente al terrorismo global, una conciencia incomprensible para quienes adoran a las imágenes y las ideas y son capaces de inmolarse por ellas. Esa es la enseñanza contenida en el pasaje coránico del sacrificio de Isma'il, la paz sea con él, donde encontramos lo siguiente:

"Pero cuando ambos se hubieron sometido a lo que consideraban la voluntad de Allâh, e Ibrahîm le hubo tenido sobre el rostro, le llamamos: 'Oh Ibrahîm, has cumplido ya el propósito de la visión!'"

(CORÁN, SURA 37, AS SAFFAT, ÂYA 105)

Propósito que no es otro que liberarnos de un sacrificio innecesario, de un sufrimiento inútil. La conciencia del *hanif*, el *maqâm* de Ibrahîm, la paz sea con él, representa el fin de la mentalidad sacrificial, la sustitución de la religión de los antepasados —todas las formas históricas de la religión, basadas en la ofrenda y en el sacrificio— por la sumisión a la Realidad, por el *islâm*. Para nosotros, Allâh no es un concepto abstracto sino que es la Realidad, la Única Realidad. Ser musulmán, por tanto, no es otra cosa que someternos a lo Real y ese sometimiento implica un desvelamiento del miedo, una apertura, un desenmascaramiento del terror; *Allâhu Akbar!*

El terror cava su propia tumba porque el terror no existe más que en las mentes de los terroristas, unas mentes enfermas hasta el punto de la inconsciencia premeditada y del suicidio. Los musulmanes, aún sufriendo con especial virulencia la persecución y el exterminio, nos mantenemos masivamente ajenos a la mentalidad sacrificial, al *hamdulillâh*, y, como nosotros, millones de seres humanos que no quieren renunciar a una identidad positiva. Por eso los efectos no son los que esperaban los terroristas. Por eso mismo vemos hoy prevalecer el *din* sobre la cultura, la Revelación sobre las doctrinas, al *hamdulillâh*.

Y es este el único establecimiento del *islâm*, en nuestras *lataif*, en las *mâqâmat* de los profetas, la paz sea con ellos, en el aquí y ahora. La sumisión a lo Real, el *islâm*, es un desenmascaramiento de la mentira, de los velos, y una exhortación hacia el bien, hacia lo bueno sin duda. Un regalo en forma de certeza, de presencia, de Realidad, una condición

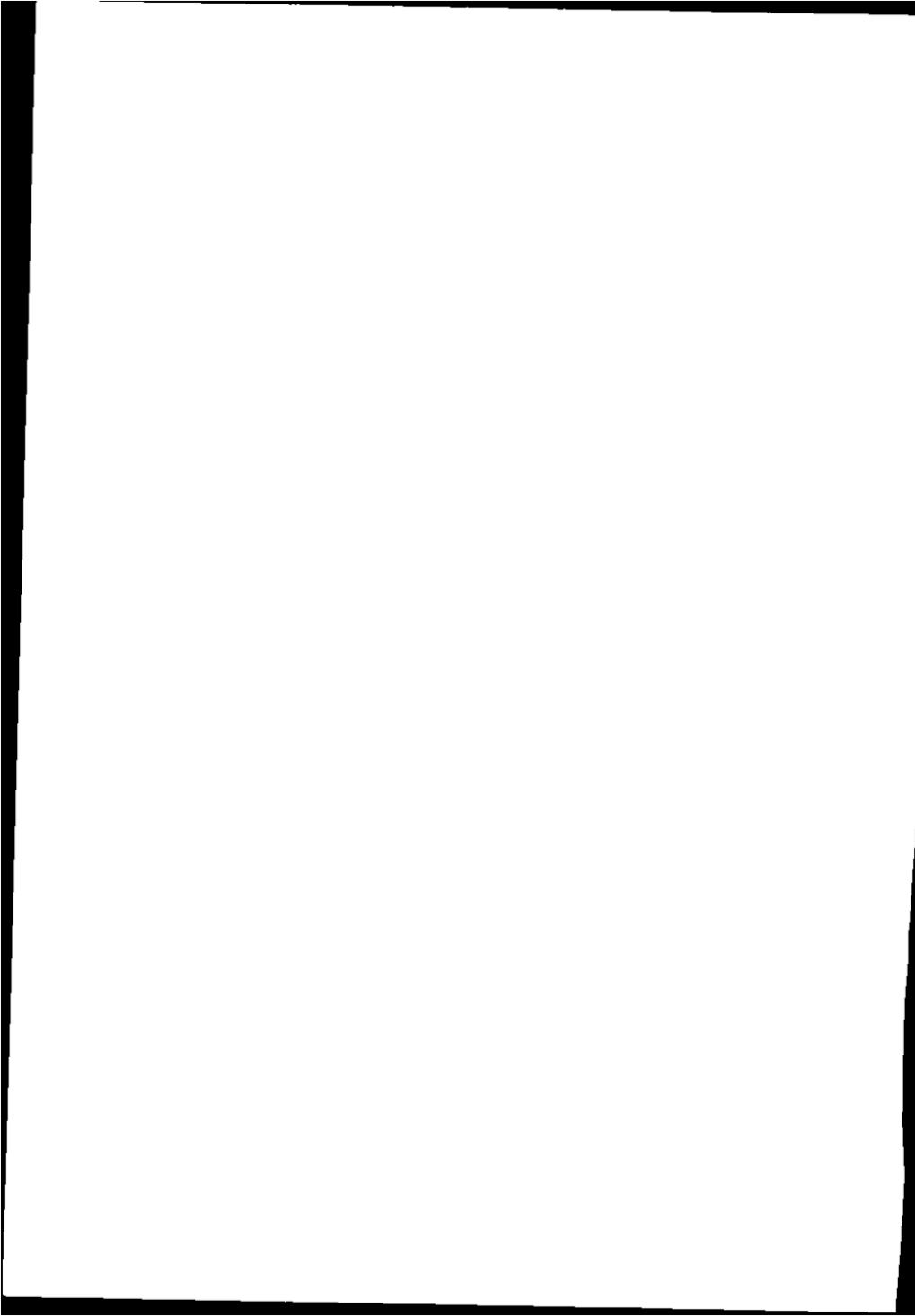
que nos devuelve a nuestra más elemental y sana humanidad, a nuestra naturaleza original, a nuestra *fitrah*.

El musulmán es humilde, nunca es arrogante, porque la humildad es el soporte de su grandeza, la expresión de su sometimiento. La arrogancia no nos corresponde a nosotros. El ridículo que Allâh les hará vivir a los arrogantes sólo es comparable a la vergüenza ajena que muchos llegarán a sentir, *subhana Allâh*, en este tiempo que Allâh está creando para mostrar Sus signos a la humanidad, para llevar a cabo la divina globalización, la reunificación de todas las conciencias dispersas y el establecimiento de un criterio eficaz.

Cada ser humano es un jalifa y cada jalifa es soberano de su propia creación, libre, dotado de comprensión según la sabiduría divina. Establecer el *islâm* es vivir con naturalidad los hechos que forman nuestro mundo, aplicar nuestra inteligencia en la consecución de un mundo más consciente, más en armonía con la Realidad Única, un mundo más libre de imágenes y palabras inútiles, de experiencias sin significado.

Allâhumma: ayúdanos a vivir nuestro tiempo, a paladear Tus signos, Tus silencios, Tus latidos. *Allâhumma*: No nos dejes como a Musa, *aleihu salam*, a las puertas de Tu Medina. Háznos entrar en ella y que nuestros ojos vean sus plazas, sus calles y sus mercados. Muéstranos las miradas de sus habitantes y dános la *bâraka* del último de Tus mensajeros para que nos ayude en nuestra travesía. *Amin*

RAMADÂN



Jutba 47

EL TIEMPO DEL AYUNO comienza a envolvernos con sus sutiles bendiciones un año más, una vuelta más en nuestro *tauaf*, circunvalando la Kaaba de la Realidad. El mes de Ramadán es un mes lleno de bendiciones y de *báraka*. Lo han dicho los profetas, los santos y los conociedores, y nosotros lo vamos comprobando a medida que tratamos de vivir como musulmanes.

El ayuno es una práctica común a todas las tradiciones, una *'ibâda* humana universal. La privación voluntaria es una decisión espiritual que equilibra el exceso, compensando el debilitamiento que nos produce la repetición. El ayuno nos hace romper los hábitos que embotan nuestras vidas y nos adormecen hasta hacernos morir, olvidar lo Real. El frío nos empuja con fuerza hacia el calor. El ayuno nos lanza de lleno a la necesidad de romperlo, *Al hamdu-*

lillâh, nos ayuda a recordar la soledad, el hambre, la sed y el deseo para, finalmente, dejarnos a solas con nuestro *Rabb*, con ese Señor nuestro que habla en cada una de nuestras células, en cada uno de nuestros pensamientos.

Al *hamdullillah*, que entonces Se nos revela como el Más Sabio, como el Más Puro Conocimiento. El ayuno no sólo nos libera del mundo, sino también de nosotros mismos. Nos hace comprender, precisamente, que no somos algo diferente del mundo que habitamos. Tan vacíos estamos nosotros como el mundo. No hallamos la Realidad por ningún sitio, sólo silencio, sólo quietud inanimada. Nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán, en el Sura *Al Bâqara*:

"¡Oh vosotros que habéis llegado a creer! Se os ha prescrito el ayuno como se les prescribió a quienes os precedieron, para que os mantengáis conscientes de Allâh."

(CORÁN, SURA 2, AL BÁQARA, LA VACA, ÂYA 183)

El ayuno nos prepara para el Corán, para la Revelación que se inició durante el mes bendito de Ramadân. El mundo sutil, la vida de nuestras *lataif*, se nos revela cuando nuestra atención abandona los sueños del mundo y nuestros sentidos se libran de los ídolos que los mantienen fijos y prisioneros. Cuando nuestra mente se apacigua y nuestros *nafs* están templándose con el ayuno, nos vamos limpiando de todas las adherencias que hemos ido adquiriendo en nuestro viaje. Nuestra atención se dirige inevitablemente hacia el interior, se repliega hacia adentro.

Nos damos cuenta entonces de que nuestra percepción es interesada, de que miramos con el ojo formal de la mente en lugar de hacerlo con el ojo del corazón. Oímos con el oído de la autosatisfacción, en lugar de escuchar la sinfonía de la creación, siempre sugerente y llena de sentido. Vemos aquello que queremos y creemos ver, en lugar de ver aquello que es en realidad. Eso es parte de nuestra peculiar condición. Pero también tenemos la capacidad de darle la vuelta a esa situación, mediante un movimiento del corazón, y ofrecernos a la Realidad, a la vida fluyente. Para ello es absolutamente necesario que el corazón esté limpio y purificado, para que pueda reconocer al verdadero objeto de su sentir.

El ayuno purifica nuestros corazones de las constricciones a que se ve sometido por la existencia, de las prostraciones que hacemos a los ídolos consciente ó inconscientemente. Esta privación nos libera de todos los movimientos y pensamientos que no están dirigidos a encontrar a Allâh, a encarar la Realidad. Para eso nos ha prescrito el ayuno, como Misericordia, para que se incremente nuestra conciencia de Él, nuestra *taqua*, para tenernos más cerca proclamando el *tauhid* de Su creación.

Es el único acto de adoración, de *'ibâda*, que el *mu'min* hace para Allâh sólo, como ofrenda y como expresión del sacrificio de sí mismo. Quien no puede sacrificar durante el *Hach*, debe ayunar diez días. El ayuno del *mu'min* tiene lugar en el marco de su relación personal con su *Rabb* porque implica una merma del *nafs*, un abandono de uno mismo y un reconocimiento de aquello que nos mantiene en la vía de la Realidad.

En las prescripciones legales contenidas en el Corán, el ayuno aparece como expiación y reparación legal, como purificación y renovación. Quien no tiene capacidad económica para reparar un daño o liberar un esclavo deberá ayunar. En este mes bendito tiene lugar la transición cílica en la que el *mu'min*, escapando del tiempo lineal, recobra la capacidad de vivir en el tiempo sagrado, cuando Allâh se manifiesta como Santo, como *Al Quddús*, y nos procura la curación espiritual sin que sepamos cómo ni de qué manera nos ocurre.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, establece el ayuno como uno de los pilares obligatorios de nuestro *din* para que nuestros corazones puedan acompañarse en la hermandad del *tauhid*, sentir su expresión pura y creadora de vida en nosotros. Allâh nos quiere para Él al mismo tiempo que nos quiere para nosotros mismos. Él quiere crearnos libres para que así podamos vivir la experiencia de la soledad y del deseo.

De ahí que las noches del mes de Ramadán sean especialmente benditas y que *Laylatul Qadr* transcurra cuando Allâh nos ha despojado ya de todas las excusas, de los lastres que nos mantienen en un estado de letargo, de conciencia lejana y extrañada. *Al hamdulillâh* que nos hace conocer la privación para hacernos conscientes de Él, que a cada uno de nosotros nos regala un Corán que se nos va revelando según el grado de transparencia de nuestros corazones, según nuestra capacidad de amar y de comprender.

Al hamdulillâh que da vida a nuestras *lataâf* haciéndonos oír el rumor de las alas de Ýibril. *Al hamdulillâh*, que nos hace reconocer la Realidad por medio de esa ciencia Suya

contenida en la creación, a través de ese maestro interior que siempre reverdece y cuyo discurso nos ilumina cuando estamos vacíos, cuando somos humildes. El ayuno tiene como fin purificarnos en todos los niveles de nuestra existencia. Sobre aquellos y aquellas que se privan de algo, sea lo que sea, dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán:

"En verdad, a todos los hombres y mujeres que se han sometido a Allâh, los creyentes y las creyentes, los hombres y mujeres realmente devotos, los hombres y mujeres fieles a su palabra, los hombres y mujeres pacientes en la adversidad, los hombres y mujeres humildes, los hombres y mujeres que dan limosna, los abstinentes y las abstinentes, los hombres y mujeres que guardan su castidad, y los hombres y mujeres que recuerdan mucho a Allâh: Para todos ellos ha preparado Allâh el perdón de las faltas y una magnífica recompensa."

(CORÁN, SURA 33, AL ASHAB, LA COALICIÓN, ÂYA 35)

El ayuno, al tiempo que nos limpia, va acercándonos a la conciencia de Allâh. Esta *taqua* acaba con el *shirk*, abole la idolatría, y es la antesala de la *magfira*, del perdón de nuestras faltas, de la reconciliación unificadora entre el siervo y su Señor. No podemos acercarnos a la Realidad mientras nos hallamos entretenidos en las imágenes, en las ideas incompletas y fragmentarias que absorben nuestra atención, pero ¿Cuáles son nuestras faltas, nuestros errores?

Nuestras faltas son los momentos que hemos vivido alejados de Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, habiendo podido ser

conscientes de Él. Nuestros errores son también esas imágenes e ideas que han quedado impresas en nuestra memoria y que, pretendiendo ser reales, no hacen sino tratar de velarnos a la Realidad, a nuestra propia conciencia trascendente. Son esos sentimientos que quedaron en algún remoto rincón de nuestro pensar, esas imágenes que quedaron grabadas con fuerza en nuestros corazones; de todas esas formas de idolatría nos libra el ayuno.

La privación sensorial devuelve la dimensión espiritual a nuestras funciones y experiencias vitales, recobrando el sentido trascendente que implican, animando la vida de las *lataif*. El ayuno nos ayuda a reaprender esas funciones, a valorarlas, renovando nuestra capacidad para vivir en una creación que es pura diferencia y dinamismo. Ayunar nos hace conscientes de nuestra respiración y quien ayuna gusta del silencio en su regreso hacia el interior. También recobramos la percepción, el gusto de los alimentos, el gozo de los sentidos, las vivencias más espirituales de nuestra sexualidad. *"En la dificultad está la facilidad"*, nos dice Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, en el Corán. En la privación se gestan el disfrute y la abundancia de bienes.

Existe una correlación entre los mundos. Nuestro cuerpo, nuestro *nafs* y nuestro *rûh* son distintas expresiones de una sola realidad, como nos dice la Ciencia del *Tauhid*, y si trabajamos en una de esas expresiones, se ven afectadas todas ellas de una manera u otra. A través de la privación de los sentidos ordinarios, al trascender los impulsos y hábitos que estructuran nuestra vida cotidiana, Allâh nos procura los sentidos sutiles, despierta nuestras *lataif*.

A través del hambre, Allâh nos recuerda el valor de los alimentos, nos descubre nuevamente los sabores y olores inimitables que componen Su creación. Por medio de la sed, Allâh nos recuerda que estamos cruzando el desierto del mundo, y que el agua es el medio por el cual Él nos crea a la vida y que no podemos dar un paso sin ella. Estar sedientos es reconocer que somos una tierra seca y dura en la que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, hace surgir la vida mediante el agua y nos convierte así en arcilla moldeable, donde exhala Su *rûh* dándonos la forma que Él quiere, creando el mundo que Él quiere para nosotros. *Al hamdulillâh.*

Allâh nos hace ser conscientes de nuestra necesidad, de nuestra condición de seres dependientes, de seres sujetos, de criaturas. Así nos va conduciendo, sabia y compasivamente, hacia Sí Mismo, de la única manera posible, sin error, sin falta. Por medio de la continencia sexual y de la interiorización, Allâh purifica nuestra visión, renovando nuestra capacidad de vivir el amor en nuestra mirada.

Así Se nos revela Allâh en el ayuno a través de Sus Nombres, como *Ar Rashid*, como Aquél que nos guía por el sendero de la virtud, Aquel que es capaz de conducirnos por la senda de la Realidad. *Al hamdulillâh* que nos ha prescrito el ayuno como uno de los pilares obligatorios de nuestro *din*. Así nos beneficiamos de los dones que derrama en abundancia sobre quienes se privan de algo por Su causa.

Allâhumma: Haznos conscientes de que nuestro ayuno es sólo para Ti. Procúranos satisfacción en lo sencillo, en lo claro, en lo cercano. Que nuestra privación de nosotros mismos se haga conciencia de Ti. *Amin.*



EN LOS PLANOS MÁS SUTILES de nuestras *mâqâmat* el silencio y la meditación son estados que Allâh nos hace vivir para que nuestra existencia adquiera su sentido, para que podamos reconocer la Realidad que se esconde detrás de cada color, de cada sonido, de cada olor que tocamos o degustamos, de todo nombre. Todo en esta creación es signo, *tayâli*, nada más que señal, nada menos que una teofanía.

El ayuno purifica nuestras miradas, alejándolas de cualquier pretensión de seducción, convirtiéndolas en un intercambio de luz en Allâh y para Allâh. Sobre las bendiciones contenidas en el ayuno de las palabras, Allâh le dice a Mariam, en el sura que lleva su nombre:

"Come, pues, y bebe, y que se alegren tus ojos! Y si ves a algún ser humano, hazle saber: He hecho voto de silencio al Más Misericordioso y no puedo, por ello, hablar hoy con nadie."

(CORÁN, SURA 19, MARIAM, ÂYA 26)

Ayunamos de nosotros mismos cuando dejamos de prestar atención a nuestros ídolos y, en el mejor de los casos, cesan nuestras visiones al ser arrebatados por la Realidad. *Al hamdulillâh*. En el *Riyad As Salihin* encontramos varios hadices que nos hablan sobre el ayuno de Ramadân. Existe uno de Abu Huraira, que oyó decir al Profeta Muhámmad, la paz sea con él:

"Dijo Allâh, poderoso y majestuoso: 'Toda práctica de adoración del hijo de Ádam es para él, excepto el ayuno que es para Mí y Yo recompenso por él! El ayuno es protección. Y si estáis ayunando no digáis obscenidades ni gritéis ni alborotéis. Y si alguno de vosotros es insultado o dañado, que diga ¡'Estoy ayunando!' ¡Por Aquel que tiene en sus manos el alma de Muhámmad, que el aliento de la boca de quien ayuna es mejor ante Allâh que el olor del almizcle! El ayunante tiene dos grandes momentos de alegría: el momento de romper el ayuno y cuando llegue el encuentro con su Señor, se alegrará de haber ayunado."

(LO RELATARON AL BUJARI Y MUSLIM. RIYAD AS SALIHIN. 1222)

El ayuno es para Allâh, porque nos priva de aquello que en nosotros Le vela. Es sólo para Él, porque los mejores frutos del ayuno son el *fanâ fillâh*, la extinción en la Realidad, y el *baqâ*, la subsistencia en Ella. Es sólo para Él porque la privación nos procura la *taqua*, la conciencia de Allâh como Único Sustentador, como nuestro *Rabb*. En medio de las horas de Ramadán nos vamos quedando solos y en silencio, regresando a nuestra existencia más elemental y no tenemos más *quibla* que aquella que nos señala nuestro *imân*.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos acompaña siempre, *Al hamdulillâh*, y sólo quiere que nos demos cuenta de ello. Esa es la *Haqîqa* contenida en la prescripción divina de nuestro ayuno, porque el ayuno es la herramienta más poderosa para suscitar el Recuerdo, para resucitar nuestra *fitrah*. El ayuno es una protección porque no hay temor ninguno en la extinción ni en la subsistencia en lo Real.

Todo temor se quema en el fuego de nuestro *fanâ*. Sólo las *lataif* siguen viviendo. Los órganos de nuestro cuerpo siguen Sus mandatos con obediencia y así Allâh nos va curando de nuestros males, con esa Ciencia Suya que algunos seres humanos han llegado a conocer o vislumbrar.

Además del gozo al romper el ayuno encontramos otra alegría, aún mayor, la del encuentro con nuestro Creador, el reconocimiento de Su proximidad. La ruptura de nuestro ayuno es una metáfora de nuestra vida en esta tierra, que no es sino un ayuno de Él, que romperemos cuando, tras la muerte, nos encontremos en Su cercanía de una manera más consciente, más real y más viva.

Nuestras vidas como hijos de Âdam son vidas que transcurren en la privación. Cuantas más experiencias e imágenes alberguemos, más hambre de Él tendremos. Cuando dejemos de tener el hambre y la sed del mundo, romperemos el ayuno de nuestra vida, *masha Allâh*.

Allâhumma: Te pedimos que aceptes nuestro ayuno, un año más, y facilites nuestra travesía en este tiempo bendito. Que nuestras faltas e idolatrías se deshagan como la niebla entre las horas de Tu Ramadân. Que el ayuno nos sirva para fortalecer y dulcificar los lazos que nos unen. Que nos ayude a ser más conscientes de que el Tú está en el Nosotros. Que tus siervos que sufren en todos los rincones del mundo sean confortados con tu *Rahma, ;Ya, Rahîm!*

Que este Ramadân se derramen especialmente Tus dones espirituales sobre todos aquellos que Te buscan sinceramente y que la conciencia que renazca de nuestras cenizas sea, sobre todo, conciencia de Ti. *Amin.*

Jutba 48

A lo largo de estos *jutbas* hemos hablado de lo que significan el *islâm* y el *imân* como experiencias del *muslim* y del *mu'min*. El *islâm* es nuestra acción de someternos a la Realidad y el *imân* nos hace ser conscientes de ello. El *islâm* y el *imân* abren nuestros corazones a Allâh, y nos conducen, *insha Allâh*, a la experiencia del *ihsân*.

A medida que hablamos de estas cosas durante nuestro viaje, nos vamos dando cuenta de que *islâm*, *imân* e *ihsân* no son sólo palabras, sino realidades que se manifiestan en nuestras vidas. Antes hablábamos del sufismo y de la realización espiritual y ahora nos encontramos como peregrinos transitando por esta vía de la Realidad, sintiendo en nuestras almas la impresión de sus paisajes inacabables. En esta vía del sometimiento a Allâh nos encontramos con un hadiz transmitido por An Nawaui, en el que

Yibril, *aleihu salâm*, nos habla del *ihsân*, de las consecuencias de este sometimiento y de esta apertura. Dice el profeta, la paz sea con él, en este hadiz que:

"El ihsân es adorar a Allâh como si Le viéramos, pues aunque nosotros no lo vemos, Él nos ve."

(LO RELATÓ MUSLIM, RIYAD AS SALIHIN, CAPÍTULO 5)

Yibril, la paz sea con él, es quien nos trae la Revelación, y el rumor de sus alas nos conforta. Nos dice que Allâh se nos revela como *Al Muhsî*, el que nos ve, el que lleva la cuenta, el que conoce cada rincón, cada detalle de nuestra inacabada identidad, el que nos hace conocer la totalidad cuando nos hemos roto en las palabras, en las barreras, en los ídolos, cuando nos hemos librado del *shirk* atravesando las alambradas.

El *ihsân* es nuestra excelencia, nuestro mejor estado. Cuando vivimos sometiéndonos a la Realidad, abriéndonos a Su Revelación, encontramos el sentido pleno de nuestra existencia, un estado de conciencia claro, de percepción pacificada.

Los musulmanes —*muslimún*— somos unas criaturas extrañas dentro de la humanidad. Somos seres libres que decidimos someternos a aquello que no conocemos y no podemos ver ni imaginar. Tratamos de someternos a esa Realidad que se nos escapa, a pesar de ser lo Único que se nos muestra. Por medio de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, sirviéndonos de esta *amâna* que Allâh

nos ha confiado, con ese *imân*, nos dirigimos consciente y voluntariamente hacia Él. Así vamos haciéndonos *mu'minún*, mientras nuestros corazones se ensanchan despertando al sentido. Y nos damos cuenta ahora de que es Allâh quien decide cada respiración, cada latido, todo suceso, cada significado que conforma nuestra misteriosa existencia.

Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos dice que cuando damos un paso hacia Él, Él da cien hacia nosotros. El *mu'min* es aquel que viaja hacia Allâh conscientemente, un paso detrás de otro, pacientemente. Un solo movimiento del corazón, una súbita comprensión es suficiente para que nos alcance el *ihsân*, para que ahora seamos *muhsinún*, unos seres humanos que rasgamos el velo de la duda, que traspasamos el muro de la incertidumbre y adquirimos seguridad, certeza —*yaqín*— en medio del tiempo que nos envuelve y constituye, de los otros corazones que nos reclaman desde los rincones de nuestra creación.

El comportamiento excelente, la conducta impecable del *ihsân*, es la manifestación de nuestra experiencia viva en Allâh, un sentimiento claro y cierto de vivir en Su Presencia, de subsistir en Su Realidad. Aquí comprendemos que nuestro *imân* es una *amâna*, algo que Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos ha prestado para llegar hasta Él, y que una vez aquí no tiene ya sentido. El *imân* sirve al propósito de guiarnos hasta su verdadero Dueño.

Aquí estamos a solas con la Realidad Omnipotente, vivos en la subsistencia. Aquí ya no necesitamos creer porque estamos gustando la Verdad, viviendo y paladeando la Realidad. Él es *Al Mu'min*, el que guarda nuestra concien-

cia de Él, el que nos la presta por un tiempo. ¿Cómo podríamos nosotros ser *mū'minún* si Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, no nos la hubiese confiado?

Esta conciencia nos vuelve agradecidos. Nos damos cuenta de que el *islâm*, el *imân* y el *ihsân* son los mayores tesoros que podemos obtener en la tierra de Âdam, que es ahora la tierra de Muhámmad, la paz sea con ellos, tierra de la Realidad donde la creación del ser humano y del mundo tienen ya sentido, y una clara finalidad consciente.

Cuando comprendemos esto, cuando sentimos el deseo de devolver a Allâh Su préstamo en esta vida, en forma de conciencia y de responsabilidad, Él nos ilumina, nos saca de la duda y nos lleva hasta la certeza. Sentimos entonces nuestra existencia misma como un puro acto de adoración, de *'ibâda*, agraciado con la presencia, con la experiencia de lo Real. Esta excelencia del comportamiento, esta expresión de la conciencia clara, no la vivimos como resultado de nuestro esfuerzo o de nuestro conocimiento, sino como una *báraka* de Allâh, como una misericordia Suya, como una dulce y sutil *sakîna* en forma de Recuerdo.

En cierta ocasión dijo el profeta, *sala Allâhu alehi ua salem*, "Abu Bakr no es superior a vosotros por sus salât o por sus ayunos, sino por algo que se ha aposentado en su pecho." El ayuno nos recuerda nuestra precariedad, aún cuando dispongamos de todo lo necesario para subsistir. La privación nos ayuda a ser conscientes de nuestra pobreza y vacío interiores, nos deja a solas con la Realidad, y cuando nos damos cuenta de ello, la Realidad se compadece de nosotros iluminando ese vacío, llenándonos de luz.

El ayuno durante el mes de Ramadán es también una parábola de la peregrinación espiritual. Su principio, los diez primeros días de ayuno, son el ayuno del musulmán, el sometimiento voluntario que implica una privación o autonegación. Comenzamos el ayuno contradiciendo nuestras inclinaciones. Tenemos hambre, sed y deseo sexual, pero también tenemos la capacidad de decidir. Los animales no pueden ayunar, no saben, no quieren. Cuando sienten sed, si tienen agua, no pueden reprimirse. Nosotros sí. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos hace obligatorio el ayuno para que nos demos cuenta de que somos diferentes al resto de las criaturas, de que tenemos algo distinto, algo que no nos pertenece, un préstamo de conciencia y de libertad que sólo es de Allâh, *lâ ilâha illâ Allâh*.

Sólo la conciencia puede otorgarnos realidad, donarnos existencia. Sólo el Poderoso puede crearnos libres, *Al hamdulillâh*. Cuando nos sometemos al mandato divino del ayuno estamos caminando hacia lo Real contra toda lógica, presintiendo a Allâh en nuestros corazones. Sabemos que está ahí y aquí aunque no podamos verLe, creemos en Él y Le adoramos.

Casi sin darnos cuenta hemos cruzado la mitad del ayuno, que es ahora ayuno del *mu'min*, un ayuno fácil y lleno de conocimiento. Y en las últimas noches, Allâh nos regala el *ihsân*, la excelencia, el sentimiento vivo, la presencia, el poder. Este es el ayuno del *muhsin*.

El *ihsân* es ese estado en el cual Allâh nos regala Su Ciencia, esa ciencia del corazón de la que hablamos a propósito de Musa y de su maestro, la paz sea con ellos.

El *ihsân* es nuestra plena realización en estas vidas que tenemos, el propósito para el que somos creados aquí y ahora. El profeta, *sala Allâhu alehi ua salem*, dijo que su misión entre nosotros es perfeccionar nuestro buen carácter, indicarnos la vía por la que alcanzamos la excelencia en el comportamiento como seres humanos. En un hadiz transmitido por Ibn Hanbal y por Tabari, al Hasan oyó decir al Enviado de Allâh, la paz sea con él:

"No os vistáis con la lana sino cuando vuestros corazones sean puros. Los que se visten con la lana mientras que aún se encuentra en ellos trampa y perfidia, se exponen a la enemistad de Aquel que sostiene los cielos."

Ningún misterio sobrevive a la apertura completa del corazón. *¡Al hamdulillâh!* Y Allâh, con el *ihsân*, nos da la ciencia, una ciencia que, como dijo el imám Malik "no consiste en aprender una multitud de contenidos sino que es una Luz que Allâh deposita donde Él quiere".

Al Sulami nos cuenta lo siguiente:

"El Arcángel Ýibrîl vino a buscar al profeta y le dijo: Oh Muhámmad: Te traigo el Ihsân, que consiste en que perdes al que ha sido injusto contigo, que des al que niega tu dádiva, que visites al que se ha alejado de ti, que no te apartes de quien da pruebas de incomprendición hacia ti y que practiques el bien aún con el que actúa contigo por el mal."

Precisamente porque el profeta Muhámmad, la paz sea con él, era *muhsin*, Allâh le dice en el Corán:

"Pues, ciertamente, observas en verdad un din, un modo de vida sublime."

(CORÁN, SURA 68, AL QALAM, EL CÁLAMO, ÁYA 4)

Y Aisha insistió repetidas veces, hablando del Profeta años después de su muerte, en que:

"Su din, su modo de vida era el Corán"

(MUSLIM, TABARI, IBN HANBAL, ABU DAUD Y NASAI)

El *din* del profeta era sublime. Su *din* era el *ihsân*, la excelencia, la apertura a la vida, a la Revelación. Su *din* era el Corán ¿Qué mejor *din* que ese? Quien procura el *ihsân* es Allâh, que entonces se manifiesta como *Al Muhsî*, como *Ar Rashid*, como Aquel que nos conoce y nos conduce por el sendero de la virtud, que puede procurarnos algo de Su conciencia si Él quiere. Y quiere. En árabe, conducta es *rashada*, de la misma raíz que *rashid*. La conducta es la forma de conducirnos, de relacionarnos, de decidir o de dirigirnos a algo o a alguien.

Pero es a Allâh a Quien en realidad nos dirigimos, y la forma en que lo hacemos, la disposición y el estado que expresamos, es nuestra *rashada*. Él la conoce bien porque Él la crea. Él nos hace ser como somos y hablar como hablamos, porque Él es *Ar Rashid*, el que nos conduce hacia Sí Mismo, mediante el bien, por medio de la virtud, de la Revelación de la Palabra, como en este fácil ayuno del

mu'min tan cargado de bendiciones. Él traza nuestras vidas y nuestros caminos.

;Ya, Rashid!: Somos Tus criaturas desvalidas, somos unos seres pobres de espíritu, vacíos de Realidad, hambrientos y sedientos de Tí. ;Ya, Rashid! condúcenos hasta el agua de Tu jardín y arranca una sonrisa a nuestros rostros.
;Ya, Muhsí! Vela por nosotros, para que nuestras intenciones sean más luminosas, más generosas y más puras.
;Allâhumma!: acepta nuestro ayuno para Ti solo y derrama Tu compasión sobre nuestra inconsciencia. Amin.



EL *IHSÂN* ES LA JUVENTUD que Allâh procura a nuestras almas. Él quiere que nuestra capacidad de ver y de comprender, que nuestra conciencia se sitúe por encima de las leyes de Su creación. Nuestro cuerpo envejece y se muere pero nuestro espíritu y nuestra alma se hacen a cada momento más capaces de Él, nacen a Él en cada instante.

Esta juventud del alma es la que Allâh nos otorga cuando se nos revela como *Al Muhsí*, cuando nos hace ser como Ibrahîm, *jalil ullâh*, amigos del Amigo que nos conoce y nos observa. Allâh quiere para nosotros el *ihsân* porque así somos conscientes de Él, y a Él nada se Le escapa. Así percibimos que no hay error ninguno en Su Creación y que todo está en su lugar.

Ahora ya no nos basta con saber adonde vamos, estamos yendo irremediablemente y hemos de hacerlo de manera impecable. No podemos volvernos atrás porque no

podemos eludir la conciencia. El *ihsân* es vivir en Allâh, es la realización que Allâh crea para que seamos humanos realmente, el regalo inesperado, la donación de conciencia que hace a quienes Él quiere.

Islâm, imân e ihsân tienen como correspondencia en nosotros, la voluntad, el conocimiento y el Recuerdo. Y el Corán, que es el mejor Recuerdo, sólo se nos revela en toda su profundidad cuando somos *muhsinún*, cuando recordamos la Realidad, cuando aceptamos y sentimos Su presencia en nosotros.

Allâh nos procura una pura experiencia de la Realidad cuando se nos revela como *Al Muhsî*. Así nos hace conocer las formas de vivir el sometimiento, el *din* del *islâm*, el *ijlás*, a través de nuestra condición, de nuestro carácter. La dimensión interior la guarda para los hombres y mujeres justos, para los gnósticos, la gente de la vía, para aquellos cuyos corazones Él purifica haciéndolos capaces de la Revelación. Allâh ha escogido a unos a quienes agracia y regala con Su cercanía. Pero Él está siempre más allá o más acá, porque seguimos siendo Sus criaturas, desde los musulmanes más dormidos y formales hasta los más santos profetas, la paz sea con ellos. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, siempre está velando por Su creación.

En el *ihsân*, Allâh nos reviste con Sus propios atavíos, nos toma bajo Su protección, y nos facilita la comprensión de nuestros cambios sutiles, la vida de nuestras *lataâf*, el significado de las *mâqâmat*. Hablamos de la excelencia en el comportamiento, hablamos del *ihsân*, no para comprender un concepto o conocer una idea sino porque,

como musulmanes que tenemos un *imân* más o menos fuerte, sabemos que habremos de alcanzar el *ihsân*, *insha Allâh*, en un momento u otro, cuando Allâh quiera.

De la misma manera que muchos de nosotros no podíamos siquiera imaginar que un día seríamos musulmanes, no podíamos ni siquiera calcular que hubiese un Dios que pudiera conducirnos, por la vía del sometimiento, hacia Sí mismo, hacia la Realidad, tampoco como musulmanes pudimos imaginar que Allâh nos tenía preparado un encuentro real con Él. Y sin embargo, ahora vemos cómo, mientras van purificándose nuestras almas, nuestros pensamientos se van tiñendo con la única luz de lo Real.

El ayuno nos saca del sueño de la inconsciencia y de la muerte, y nos deja un poco más cerca de Allâh, un poco más conscientes de Él. Ese poco más, ese pequeño incremento de nuestra taqua es suficiente para que conozcamos el *ihsân*. Cuando el Recuerdo de Allâh inunda nuestro corazón, nuestra visión ya no nos muestra nada ni presente ya nada más que a Él, aunque no podamos verlo.

"Anás dijo: He oido decir al Mensajero de Allâh, la paz y las bendiciones sean con él: 'el ihsân es una cualidad de la gente del Yanna.'

(TRANSMITIDO POR ABUL QASIM Y RECOGIDO POR TABARANI)

Ahora no necesitamos aprender nada, sino a vivir de una manera impecable. Ya conocemos la teoría, ya practicamos los pilares, ya sabemos los principios de nuestro

din. Ahora nos toca vivir como seres conscientes, responsables, ahora nos toca devolver a Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, el préstamo precioso que nos hizo al traernos a la vida y a la conciencia.

¡Allâhumma!, por procurarnos este *ihsân*: Te pedimos que nos hagas merecedores de ser Tus siervos. Aniquila nuestras visiones, ennoblee nuestras almas y haz que nuestras palabras y nuestras acciones sirvan tan sólo a Tu propósito. Protégenos a todos aquellos que hoy ayunamos por Ti en todos los rincones del mundo. Protege y alienta a tantos seres sometidos que sufren injusticia y persecución. Tú sabes más, pero nosotros Te pedimos misericordia, perdón, guía, luz, amor, claridad, unión, calor y alimento. *Amin*

Jutba 49

DURANTE EL TIEMPO del ayuno Allâh nos hace recorrer, de manera consciente y precisa, nuestro mejor itinerario. En el Corán nos insiste, una vez y otra, que en la sucesión del día y de la noche, en los ciclos y en las *mâqâmat*, hay señales para nosotros, unas criaturas dotadas de vista y de oído, dotadas de intelecto. Y realmente es así. Nuestro calendario lunar nos recuerda que vamos recorriendo las *mâqâmat* de la creación. Ramadân es un momento de este calendario, un *maqâm* de restauración y renacimiento, de encuentro con la Revelación. Durante esta lunación, Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos decreta el ayuno para que reconozcamos el Tiempo y así Le recordemos a Él.

El calendario islámico no es una medida humana, fija y convencional, sino una expresión de los ciclos naturales y cósmicos, de la frecuencia y los ritmos del latido creador.

La luna va cruzando el cielo de las *mâqâmat*, reflejando las estaciones en su danza sobre el horizonte. La luna se llena de luz y se vacía, su visión depende de su posición con respecto a la tierra y al sol. Aparentemente la luna hace su *tauaf* alrededor de la tierra, pero en realidad todos los cuerpos celestes hacen *tauaf* en torno a una Kaaba que no es sino la Realidad.

Cada año, el calendario lunar se adelanta once días al ciclo de las estaciones, porque nuestra *'ibâda* no está prisionera de una cifra, no es fruto de un acuerdo entre seres humanos, sino que surge en nosotros como una forma de la conciencia, como un acto vivo que se va acompañando con los cambios y pálpitos de la Realidad, con el discurso del claroscuro, del *tayali*. Las luces invernales producen visiones de una especial dulzura, el sol desciende de la manera más suave en el horizonte, y los colores que arranca persisten en la atmósfera y en nuestras retinas, subsistiendo en el frío de nuestra percepción. Así quiere Allâh que recordemos la pureza de esos colores que normalmente se esconden en el tiempo.

El ayuno nos ayuda a recobrar el silencio interior. El pulso, en este *maqâm*, se enlentece, la savia se para, los animales duermen o hibernan y los demonios huyen. Es un tiempo que favorece el diálogo íntimo, el silencio vacío que induce o provoca la Revelación. El ayuno nos hace sentirnos como peregrinos que cruzamos el mundo, cumpliendo una orden de nuestro *Rabb*, siguiendo el rastro de Su luz en las *mâqâmat*, atraídos por el Recuerdo como limaduras de hierro hacia un potente imán.

El ayuno, el *salât*, el *zakât*, el *hach*, la *shahâda*..., todos los pilares de nuestro *din* son creados para nosotros. Allâh quiere que Le conozcamos y nos dice cómo hemos de hacerlo, cómo hemos de vivir en el tiempo. Nuestro Sus-tentador nos enseña a adorarLe, postrándonos, privándonos, mirándonos, conociéndonos a nosotros mismos, en medio de cambios y contrastes, limándonos unos a otros hasta llegar a ser, como dijo el profeta, cantos rodados. *Al hamdulillâh* porque nos lo está diciendo de forma que podemos comprenderlo fácilmente.

El Ramadân abre nuestra conciencia al latido cósmico, y así Allâh nos va despertando progresivamente a la Realidad, haciéndonos capaces de Su Revelación. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos va haciendo capaces de concebir el bien y la belleza; nos hace conocer nuestros límites, nuestros huddud, nuestra propia creación, con dulzura; nos hace comprender lo difícil mediante secuencias fáciles. Esta conciencia del tiempo que va más allá de las horas, de los días, de los minutos... y de los ciclos, es una apertura cierta que nos devuelve a un mundo más real, amplio y humano, a un mundo de criaturas en precariedad cierta y elocuente.

Allâh nos muestra el horizonte de *magrib*, teñido de un rojo intenso, mientras en *subh* vive un azul luminoso. *Al hamdulillâh*. Signos claros que Allâh nos procura en la luz. El arco que lanza la luz es invisible, el arco iris no. Sólo vemos un inmenso arco iris, la escala infinitamente diversa de la Creación. La creación entera se prosterna ante la luz como un arcoíris hecho de continuidad. Toda la creación no hace otra cosa que adorarLe, desde el rojo intenso

que procura la noche hasta el azul de la mañana. Colores que hasta este momento eran sólo palabra, hieren ahora nuestros sentidos.

Durante el ayuno somos más conscientes del ritmo lúminoso del *salât*. Nuestros sentidos sutiles, nuestras *lataif*, perciben la adoración en la luz, la peregrinación luminosa, a lo largo de las horas, los días, las lunaciones y las *mâqâmat*. Quiere Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, que nos acompañemos con la luz para acercarnos hasta Sí mismo.

Vivimos en una tierra donde hay seres humanos de todas las creencias y sensibilidades. Cada día nos relacionamos con gentes que no saben nada del ayuno o del *salât*, ayunamos en medio de una sociedad que no sólo no ayuna sino que se entrega a un consumo sin freno. Mediante este contraste radical, Allâh nos ofrece la posibilidad de ver este mundo persistente e inamovible como un espacio de relatividad, como la nada cierta que es. Esta conciencia nos libera de muchos velos, *al hamdulillâh*, de muchas incertidumbres.

Y así nos va purificando en la privación mientras nos enseña a ser testigos de la Realidad. Luego, al romper el ayuno, nos devuelve el gozo del sentir, el gozo de nuestra individualidad, porque en Su Ciencia está el enseñarnos a recordar el mundo una y otra vez y luego a olvidarlo, a recordar los colores, sonidos, olores, sabores y sensaciones de Su creación. Allâh sabe cómo resucitarnos a la Realidad y lo hace de la manera más compasiva, regalándonos esta vida por un tiempo y la otra para siempre, *masha Allâh*. Así nos hace conscientes de nuestra precariedad y de que nuestra conciencia es tan sólo un préstamo Suyo.

Este conocimiento no es como los saberes, las ciencias o las técnicas, sino una *báraka* que Allâh nos otorga cuando y como quiere. Él nos está haciendo vivir como musulmanes aquí, sometiéndonos a lo Real en nuestra propia tierra, haciéndonos testigos de una profunda transformación en nosotros mismos.

Al hacernos nacer, crecer, amar y morir aquí como musulmanes, nos está haciendo ser testigos privilegiados de esos dos mundos Suyos que en realidad son uno solo. Allâh nos está haciendo vivir aquí, en la confluencia de los dos mares, en la tierra de la Realidad, de la *Haqîqa*. *Subhana Allâh*. Porque Allâh está creando el Corán para nosotros, está haciendo la creación para Sus jalifas.

Allâh nos enseña que este Corán desciende sólo para nosotros a través de Su Ángel y de Su Profeta, y nos hace saber, de la manera más sabia, que ese Profeta es, además, Su Mensajero, *al hamdulillâh*, Muhámmad, que ayuna con nosotros. Durante el Ramadân Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos regala Su Mensaje y nos hace amar a Muhámmad con el Corán y a amar el Corán con el Muhámmad de nuestro ser.

Nuestras vidas se tornan sencillas y reales cuando nos alcanza la *báraka* contenida en la *sunnah* del Profeta, cuando oímos y leemos cómo vivía, como sentía, cómo hablaba y como miraba. Nos sorprendemos siempre de la fuente inagotable de sabiduría que hay en sus hadices. Y el Corán nos revela su inimitable carácter.

Quince siglos después de su muerte en la *Madina Al Munauara*, la *báraka* de Muhámmad está viva en cada musulmán y cada musulmana que abren su corazón al

Corán, en cada uno según su grado de apertura, dignificando nuestra condición hasta los más altos grados. *Al hamdulillâh.*

Allâh se nos revela en nuestro ayuno porque la privación nos torna verdaderos. Y nos torna verdaderos porque en realidad no somos sino criaturas necesitadas que dependemos de todo para existir: del aire, del agua, de la tierra y del fuego, que sufrimos la sed y el hambre y somos conducidos por el deseo. Somos como las hojas de nuestros árboles, como la vida de nuestros animales, aunque seamos algo más. Y Allâh quiere que seamos conscientes de ese algo más, en la medida de nuestras posibilidades. La conciencia de ese algo más es el principio de la restitución de nuestra *amâna* a su verdadero Dueño.

Y en los días finales del ayuno, Allâh nos procura un encuentro con el poder, nos hace comprender el discurso energético de la luz mediante la oscuridad misma de la noche. Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, nos habla del Corán en el Corán, de la Revelación en la Revelación:

"Ciertamente hemos hecho descender ésta en la Noche del Destino. ¿Y qué puede hacerte concebir lo que es esa Noche del Destino? La Noche del Destino es mejor que mil meses: Los ángeles descienden en ella en multitudes portando la inspiración divina con la venia de Su Sustentador. Contra todo lo malo que pueda ocurrir protege hasta que despunta el alba."

(CORÁN, SURA 97, AL QADR, EL DESTINO, ÂYAT 1-4)

En esta noche de oscuridad sentimos la presencia divina, la luz que renace interiormente en medio de la tiniebla. Estamos en tiniebla porque nos ciega nuestro apego a las cosas, porque nos vela la idolatría. Vivimos en la oscuridad misma de nuestro deseo, palpitando, vivimos en la niebla. Y en el límite mismo de esa oscuridad, Allâh nos manda Su *Rûh* con Sus *malâika* y con sus mensajeros, la Luz de los cielos y de la tierra, *An Nur Samauati ual Ard*, nos ampara en Su áman mientras dura la noche.

Noche del Destino, *Laylatul Qadr*, cuando Allâh derrama sobre nosotros Su *Rahma* como el agua de una promesa verdadera. Él nos hace ver en medio de la oscuridad para enseñarnos Sus secretos. El ayuno nos purifica para que seamos conscientes de lo Real, de Su poder, para que conozcamos Su majestad en esta noche interior que es mejor que mil meses narrados.

En silencio o agitados por el Recuerdo somos afectados por Allâh, conmovidos por la Realidad. Así nos damos cuenta de que Él es el Más Grande, *Allâhu Akbar*, y que Suyo es todo el Poder. ¿No vamos a sentirnos agradecidos a Él por haber abierto nuestros corazones y estar haciendo de nosotros Sus siervos, musulmanes y musulmanas que nos sometemos consciente y voluntariamente a la privación, y que así estamos siendo guiados al Jardín de la Realidad, al paraíso de la conciencia?

Sentimos agradecimiento hacia Él porque Él quiere que seamos musulmanes, porque nos está enseñando a cada uno de nosotros el din de nuestro sometimiento. Esa guía Suya es el más preciado de los tesoros, la que alberga las formas

de nuestro *din*. Por eso es tan necesario que nuestras vidas se acompañen con esas formas divinas de existencia, con el *salât*, con el ayuno... no por una cuestión de celo religioso o de ascética espiritual, sino porque verdaderamente en esas formas de vivir que Allâh nos hace obligatorias están las llaves que nos permiten abrir las puertas del sentido, acceder a la mejor de las realidades. *Al hamdulillâh.*

Los pilares de nuestros *din* no son los barrotes de una cárcel para las almas rebeldes sino herramientas eficaces para alcanzar nuestra liberación como seres humanos. Así, el cumplimiento cabal del ayuno afina y afianza nuestros corazones y nos hace capaces de albergar la Revelación, de adquirir un sentido existencial trascendente.

Allâhumma: Háznos recobrar el sentido de la Realidad y purifica nuestros corazones. Haz que el sometimiento a Ti esté vivo en nosotros, en nuestras acciones y palabras. Haz que nuestro ayuno sea transitado por Tus ángeles. Acepta nuestro ayuno y nuestro *salât*. Háznos peregrinos de Tu Casa, adoradores de lo Real.

Vacíanos de todo lo que nos aparte de Ti. Háznos amantes de la Vida, amantes Tuyos. Dirígenos con dulzura por el sendero de la autenticidad. Líbranos de la pereza y del orgullo. Ilumina nuestro interior con una luz que no la apaguen nada ni nadie. Haznos ser agradecidos y líbranos de la tiranía del olvido. *Amin.*



NO PODEMOS HABLAR de nuestro ayuno sin hablar del profeta, la paz sea con él. Su ayuno fue agraciado con una Revelación que nos alcanza a todos. Es imposible abstraerse de Muhámmad durante el Ramadán. Porque nos acercamos a la revelación, al Corán, y allí nos encontramos incesantemente con él, cuando Allāh le habla y le dirige Sus palabras para todos nosotros. Sin él no tendríamos la guía que hace posible nuestro Recuerdo. Sin su *báraka*, trascendente al tiempo y al lugar, no habrían podido los santos acercarse a la Realidad. Por eso nos dice Allāh en el Corán:

"En verdad, Allāh y Sus ángeles bendicen al Profeta: así pues, ¡Oh vosotros que habéis llegado a creer, bendecidle y sometéos a su guía con un sometimiento total!"

(CORÁN, SURA 33, AL AHSAB, LA COALICIÓN, ÁYA 56)

Allāhumma: Haznos conocer y seguir la buena *Sunnah* del profeta, las luminosas descripciones de los *sahába*, las oraciones de los *auliyá*. Te pedimos a Tí por Muhámmad, porque es la perla que refleja lo mejor de nuestra humanidad, porque es el vínculo que nos conecta con toda la comunidad espiritual, la lengua que nos comunica con lo Real, con lo Único. *Amin.*

Jutba 50

EL AYUNO DE RAMADÂN termina una vez más, dejándonos esos regalos sutiles que son como semillas que irán brotando y crecerán durante este año nuevo, *insha Allâh*. La privación de nuestro alimento nos ha recordado que nuestra vida en este mundo no es sino un ayuno aún mayor, que somos seres dependientes, creados, originados, con un nacimiento, una muerte y una resurrección. Venir a la existencia del *duniâ* es nacer al olvido, sufrir la necesidad vital de recordar. El Ramadân es un ayuno dentro de un ayuno, porque nuestras vidas discurren en la privación. Estamos aquí vivos y parlantes pero no podemos ver toda la Realidad, ni saciar-nos en lo verdadero más que experimentando la vacuidad de nuestros *nafs*, su naturaleza creada y dependiente. El fin de nuestro ayuno es una metáfora del fin de nuestra vida en esta *duniâ*, llena al mismo tiempo de seducción y de vacío.

Llegará un día en que ya no habremos de privarnos más, *masha Allâh*, encontraremos nuestro alimento y nos fundiremos con Él. Ahora, sin embargo, vivimos la distancia con aquello que amamos y necesitamos. Estamos recordando el valor de las cosas, la dignidad de las criaturas, nuestra propia grandeza, no por nosotros mismos, por nuestros nombres o nuestras acciones, sino por ser los receptáculos de una Misericordia Infinita, por haber sido agraciados con la *taqua*.

Ayuno y ruptura del ayuno, *ua din ua duniâ*, como *tayali* de la creación de Allâh, como expresión de nuestra condición de jalifas. El ayuno nos purifica, afina nuestros centros sutiles, nuestras *lataif*, a la vez que nos fortalece mediante la claridad intelectual, una *hikma* que necesitamos para transformarnos y transmutar el mundo en la creación del significado, en la transmisión del mensaje, de este Corán celeste que nos recorre sin cesar por dentro y por fuera.

El ayuno nos ha ayudado a recordar que no hay dentro ni fuera, sino sólo la Misericordia de Aquel que crea el velo para que podamos ir retirándolo poco a poco y así Le conocemos a Él. Gloria a Allâh que hace que Le sintamos y Le adoramos como nuestro *rabb*. Las alabanzas son para Aquel que nos regala la conciencia, el Sutil, *Al Latif*, que nos hacer ser y hace que Le alabemos conscientemente. *Al hamdulillâh* que nos acompaña siempre, incluso en nuestro olvido, que nos sume en él para que así podamos sentir la necesidad de recordarLe y el gozo de retornar a Él.

Barakalaufiq porque Tú nos procuras la experiencia de nuestra extinción, y porque suscitas en nuestros corazones

la *taqua. Barakalaufiq*, porque ahora nos hallamos purificados, plenos de sentimiento, con la alegría aún en nuestras miradas, con nuestras retinas y nuestros tímpanos capaces de percibir el tiempo y el espacio sagrados, con la generosa recompensa de nuestro Creador, con Su *báraka* inconfundible. Él nos devuelve ahora al mundo de la razón y del deseo más capaces, más abiertos y con una sensibilidad más refinada y templada, *al hamdulillâh*.

Allâh es generoso con Sus siervos. Nos hace recordar la vida cotidiana y retornar al mundo para habitarlo de nuevo, un ciclo más, un paso más cerca del encuentro. Miramos a nuestro alrededor y vemos todos los rostros posibles de la vida, llenos de fuerza y de belleza, *al hamdulillâh*. Sentimos una intensa nostalgia de lo Único, pero ese sentimiento ya no nos detiene ni nos hace volver el rostro hacia adelante ni hacia atrás.

Ya no vivimos en el tiempo de la historia lineal sino en un tiempo profético, circular y momentáneo, en un espacio que expresa un orden perfecto, un significado que nos sacia en el puro instante.

Vivimos en el *maqâm* de la creación como si fuésemos un *qutb* o eje desde el cual el mundo se ordena y tiene sentido. Miramos hacia cualquier sitio sabiendo que nada habremos de encontrar más que vacío, y que la conciencia de ese vacío soposrtá los latidos de nuestros corazones anhelantes, llamando al ser amado. Sentimos la creación de la conciencia única inmersos en la diversidad. Esta conciencia, acrecentada por la Misericordia y el Poder de la Realidad, se expresa como *ajlâq*.

Nos damos cuenta entonces de que nuestras miradas y nuestras gargantas transmiten los resplandores del Recuerdo y las palabras de la resurrección.

Al *hamdulillâh* porque existen jalifas sobre la tierra. *Barakalaufiq* porque hablamos de Ti y nos amamos en Ti y por Ti. *Barakalaufiq* por crear para nosotros a Muhámmad, *sala Allâhu alehi ua salem*, por regalarnos su *bâraka* y por vestirnos con los hilos de su santidad. *Subhana Allâh*. Por hacernos, como sólo Tú sabes hacernos, musulmanes y musulmanas que tratamos de serlo.

Nuestra andadura por el camino del sometimiento adquiere su sentido más pleno viviendo en una comunidad humana en profunda crisis, en una transmutación irreversible. Vivimos en una humanidad harta de razones, de justificaciones, de argumentos. Habitamos una tierra que necesita recuperar el sentido y el sentir, necesitamos revivir nuestra experiencia adámica, real y espiritual, recobrar la alegría de nuestra *fîtrah*. Por eso estamos siendo agraciados con una dirección y con una guía. Por eso Allâh nos hace llegar Su Revelación y nos hace vivir en la *ummah* de Muhámmad, la paz sea siempre con él.

Nuestras vidas cambian sin cesar y nuestros corazones necesitan ensancharse, ser más capaces de amar. En este mundo de los velos, una sonrisa puede transmitir un mensaje más luminoso que las más elocuentes palabras. Nuestras expresiones son un *jihâd* y una *daua*. Allâh hace que Sus siervos Le adoremos conscientemente. Así hace que Su *Haqîqa* siga alimentando la condición humana, al *hamdulillâh*, que no desaparezca Su Recuerdo.

En la dificultad, Allâh nos hace fácil la conciencia, nos señala con claridad el propósito de nuestra existencia, haciéndonos caminar hacia Su Realidad en la más precaria pobreza interior. Los musulmanes sentimos y vivimos en esa precariedad, reconociendo la prioridad que la Realidad tiene sobre nosotros mismos, aceptando vivir más allá de las descripciones. Reconocemos y sentimos la naturaleza del velo, la *Rahma* de Allâh y Su Sabiduría.

Así somos más capaces de asumir la sencillez, la unicidad, de vivir la humildad real de nuestros corazones, la fragilidad de nuestros cuerpos, la vacuidad casi completa de nuestras almas. Nuestra decisión es hacia la Realidad, hacia la aceptación de la nada cierta que somos. Desde ese reconocimiento podemos transmitir un mensaje real, de lo Real hacia lo Real, articular el discurso de la sensatez y el sentido en nosotros mismos.

Allâh nos hace vivir unos momentos inefables que no se repiten nunca y que se componen en esta realidad misteriosa que llamamos Tiempo en la que nos vamos extinguiendo inevitablemente.

El ayuno ha revitalizado nuestros sentidos sutiles, nuestras *lataif* y nuestra capacidad sensorial, y nos regala nuestra propia creación renovada, como una conciencia que se va revelando poco a poco, durante cada instante de nuestras vidas, *insha Allâh*. El ramadán ha aguzado nuestras percepciones y ha refinado nuestros pensamientos. Nos enseña a valorar más sinceramente nuestras vidas, a recuperar la capacidad de placer y el contento de ánimo. Allâh, con Su inimitable sabiduría, nos ha hecho ayunar como si fuése-

mos niños que necesitáramos reprender a ser, a vivir. Él nos agracia con Su luz de la mejor manera posible. Nos regala la belleza y nos devuelve a esa antigua orilla de la que sólo nos librará nuestro encuentro con Él, *masha Allâh*.

Allâhumma: Háznos más conscientes de Tí, agráciáanos con Tu Recuerdo, llena de sentido nuestras vidas vaciándolas de nosotros mismos, e incrementa nuestra alegría. Háznos ser humildes y simples *banu Âdam*, amigos y *hunafa*, adoradores Tuyos, gentes de pureza espiritual. Muéstranos la gloria de nuestro amado Muhámmad, y bendícelo y cólmale de Tus mejores luces. Y de la más pura Misericordia, de Tu mayor Misericordia. Y a todos y a todas los que sienten su *báraka* intemporal, a sus seguidores y seguidoras, a la gente cuyos corazones se alegran cuando se menciona su nombre.

A las gentes que transitan por las veredas del Recuerdo, por los caminos de la hermandad, a los corazones tristes que se alegran cuando oyen a los pájaros cantar. Y a quienes hacen *hijâra* para este *Id* de Ramadán. Que a ellos les correspondan Tus dulces atenciones, nuestras mejores intenciones y nuestras mejores palabras. *Amin.*



ALLÂH, SUBHANA WA TA'ALA, nos hace comprender que no somos un error, que nuestra vida no es un error sino una misericordia que se expande sin límite. Vemos entonces nuestros errores y carencias del mismo modo que los logros y talentos, como algo sin mucha importancia al lado de la conciencia que Él quiere para nosotros. Precisamente

esta conciencia, esta *taqua*, nos llena de responsabilidad, de *ajlāq*, y hace que nuestras vidas sean una pura *daua*, una simple y a la vez profunda llamada al sometimiento a la Realidad. Hagamos lo que hagamos, desde lo más simple hasta lo más sofisticado, no hacemos sino un llamamiento a la conciencia, a la Realidad, y eso es hacer *daua al islām*.

Aquí no hacemos ningún esfuerzo. No es necesario que construyamos ninguna estrategia porque reconocemos al mejor de los estrategas, al Único que conoce la realidad de Su creación y la naturaleza de nuestro *yihād*. Él nos enseña que nuestro *yihād* no está tanto en la *daua* como en la *taqua*. Y esta conciencia es la que estamos transmitiendo más allá de nuestra decisión y de nuestra voluntad, como siervos entregados a una tarea de adoración más o menos consciente, como herramientas en manos de *Al Musauir*, del Señor Poderoso que nos va dando forma y alentándonos con Su espíritu. *Subhana Allāh*.

El final del ayuno es el final de la travesía del desierto. Nada hay casual en nuestras *mâqāmat*. El conocimiento de nosotros mismos nos va acercando al conocimiento de Allāh, a la conciencia pura de la Realidad. *Barakalaufiq*.

A veces la travesía nos parece larga e insufrible. Desfallecemos por un momento. Otras, nuestras almas se elevan desde unos cuerpos fortalecidos y contentos. Siempre bajo la atenta mirada de nuestro *Rabb*. *Barakalaufiq*. *Barakalaufiq* porque has querido que el Corán descendiera hasta la oscuridad de nuestros corazones haciéndonos conscientes de Ti, de Tu Poder y de Tu Misericordia sin límite. Has querido que conozcamos de cerca el resplandor del Muhámmad de nues-

tro ser. Has abierto nuestro *aql* a tu *Haqîqa* de forma que ya no podemos volvernos hacia ningún sitio nada más que hacia Ti. Nos has regalado la experiencia de tus *haqaiq* luminosas, esos destellos que sólo pueden provenir de Tus Ángeles anunciantes. Nos has dado pruebas no sólo de Tu existencia, sino de Tu Sabiduría, no sólo de Tu Majestad sino de Tu Belleza y de Tu Grandeza. Al *hamdulillâh*. Y todo ello para que seamos musulmanes, para que realicemos en nosotros el sometimiento a la Realidad y así Te conozcamos a Tí. *Barakalaufiq.*

El ayuno de Ramadân es una *'ibâda*, una forma profunda de adoración, de oración interior que hacemos con todo nuestro ser, con nuestros cuerpos evidentes y con nuestras almas inconclusas, sostenidos en todo momento por el Aliento de *Al Rahmân*, nuestro Dios inhallable, nuestro Dios velado en nuestra visión. Pero Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, sabe más y quiere mostrarnos los signos de nuestra resurrección, hacernos conscientes del gozo que supone nacer a la existencia en medio del Recuerdo.

Allâh nos enseña así que el primer olvido no fue nuestro, sino una *Rahma* Suya. Todos los demás olvidos pertenecen a nuestro débil *ajlâq*, a la conciencia tan pobre que tenemos de nuestras propias acciones. A Allâh, *Subhana ua Ta'ala*, Le pedimos perdón por ello. *Astagfirullah*, *Astagfirullah*, *Astagfirullah*. Resucitamos también a nosotros mismos, a un mundo que nunca es idéntico a sí mismo aunque nos empeñemos continuamente en afirmar lo contrario. Nacemos a un mundo que nace al mismo tiempo que nosotros.

Por eso mismo, desde el momento en que nace esta conciencia y hasta que nos alcance el Ángel de la Muerte, la

paz sea con él, hemos de vivir plenos de agradecimiento a Allâh, constantemente, en cada uno de los momentos fugaces que nos van acercando a Él. De esta forma iremos librándonos de la tiranía de nuestras almas, y tornándonos, *insha Allâh*, en almas sosegadas habitando el Jardín.

A las puertas del jardín de la *duniâ* entregamos nuestro *zakât al fitrah* como expresión de nuestro vaciamiento, del desprendimiento de los últimos velos en este tiempo sagrado lleno de bendición. Reconocemos nuestra precariedad, nuestra pobreza, y así somos colmados con la abundancia, con el regalo de nuestra naturaleza original. Allâh quiere para nosotros la sonrisa de nuestros rostros, la alegría de nuestras palabras y el perdón de las rencillas que oscurecen Sus rediles.

Pero ¡cuidado! ¡mucho cuidado! porque los demonios están siendo librados de sus cadenas. Ya se pasean desperezándose entre nosotros. Si alguna vez alguno nos llega a molestar decimos "*Audu billâhi minâh Shaitân i rayîn*". Vueltos hacia la Luz, ninguna sombra se interpone. Sólo Luz sobre Luz que se derrama sin cesar por todos sitios. Ahora nos damos cuenta y le damos las gracias a Allâh por todo ello.

Allâhumma: Te damos las gracias por haber creado la Vida y la Belleza para nosotros, por habernos hecho posible la existencia, la conciencia y el Recuerdo. Acepta nuestra adoración. Haznos vivir nuestra *'ibâda* con plena conciencia, sin distracciones. Que nuestras decisiones sean las Tuyas. Compadécete de quienes conocen la soledad. Guíanos por el camino que nos despierta a Tu Realidad. *Amín*.

Bibliografía

- Muhámmad Asad. "*El Significado del Qur'ân*". CDPI Junta Islámica. Córdoba 2000.
- Imâm An Nawawi. "*Los Jardines de los Justos, Riyad As Salihin*". CDPI Junta Islámica. Córdoba 1999.
- Corbin, Henry. "*La Imaginación Creadora en el sufismo de Ibn 'Arabi*". Ed. Destino. Barcelona, 1993.
- Corbin, Henry. "*El hombre de luz en el sufismo iraní*". Ed. Siruela. Madrid 2000.
- Sihaboddin Yahia Sohravardî. "*El encuentro con el ángel*". Ed. Trotta, Madrid 2002.
- Shabistari. "*Es nuestra rosaleda*". Editorial Sufi, Madrid 1997.
- "*Dichos, sentencias y sabias tradiciones del islam. Sahih Al Kafi y Maqarimul Ajlaq*". Ediciones Mezquita At Tauhid. Buenos Aires 1988.